

# CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 3

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR

2007

# CUADERNO DE HISTORIA MILITAR



Nº 3

DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR

2007

IMPRESO EN LOS TALLERES DEL INSTITUTO GEOGRÁFICO MILITAR.

LAS COLABORACIONES Y OPINIONES EN ELLA VERTIDAS SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DE SUS AUTORES Y NO REPRESENTAN NECESARIAMENTE EL PENSAMIENTO NI LA DOCTRINA INSTITUCIONAL.

ÍNDICE

LA MUERTE EN LA GUERRA DEL PACÍFICO: VISIÓN A TRAVÉS DE FUENTES PRIMARIAS.....	5
RAFAEL 2º TORREBLANCA DORALEA Y LA PROVINCIA DE ATACAMA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO. (1879-1880) .....	23
LA CONTRIBUCIÓN DEL EJÉRCITO DE CHILE AL DESARROLLO DE LA ARAUCANÍA PERÍODO 1884-1910 .....	63
MASONERÍA Y RESCATE DE NAPOLEÓN: LA PRESENCIA MILITAR FRANCESA EN AMÉRICA DEL SUR ENTRE 1810 Y 1830 COMO ELEMENTO EXTERNO CARACTERIZANDO LA INDEPENDENCIA DE CHILE Y ARGENTINA (1815-1830).....	151
RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO.....	159
EL PATRIMONIO MILITAR UNA MANERA DE ACERCARNOS Y ENTENDER NOS.....	201



## LA MUERTE EN LA GUERRA DEL PACÍFICO: VISIÓN A TRAVÉS DE FUENTES PRIMARIAS

STE. Rodrigo Arredondo Vicuña

### INTRODUCCIÓN

La guerra, en cualquier escenario de carácter bélico, trae aparejada la muerte del enemigo, constituyendo un elemento normal, cotidiano y hasta querido por el bando en pugna.

Frente al pensamiento anterior, la muerte es vista desde distintos prismas dependiendo de la situación que se viva, del ritual que conlleve la inhumación, no común en cada pueblo, debido a la cultura asociada y la cosmogonía.

Ante ello, la situación de Chile, como nación beligerante durante la Guerra del Pacífico, representa incógnitas, tales como si siguieron los sistemas de sepultura tradicionales en la época; si fue distinta debido a la guerra y a la situación de posible barbarie ante el enemigo, mezcla de revancha y patriotismo de los bandos; o bien, si fueron diferentes los rituales entre un soldado y un alto funcionario.

Estas interrogantes nos lleva a enfrentar la documentación primaria, en la búsqueda de elementos que den luces, o bien destellos, respecto de esta situación que indudablemente es más cercana a la vida privada que a la guerra misma, ante lo cual se debe señalar que este no es un estudio de la Guerra del Pacífico en cuanto a batallas, estrategias o los denominados héroes, sino más bien representa una exploración que tiende a dilucidar que pasó con los muertos que esta guerra provocó.

Para lo anterior se ha utilizado las recopilaciones de leyes, para ver el sustento teórico, los registros y libros de la Sanidad, los que dan cuenta del nacimiento de un servicio que se fue creando a sí mismo, y en donde es posible constatar algunas defunciones, los volúmenes de bajas, volúmenes de sociedades protectoras, la prensa de la época representada por *El Nuevo Ferrocarril*, como además fragmentos de *El Mercurio*, como también otra bibliografía de carácter primario y secundario, que indudablemente ayudan a bosquejar y sacar conclusiones de un tema que aunque tratado por historiadores, indudablemente no está acotado para este conflicto.

### LA MUERTE Y LA GUERRA

Entender el fenómeno de la guerra es complejo, conlleva incluso un estudio de carácter psicológico y social, aunque sin duda el concepto de la guerra y la muerte está representado en forma clara en lo expuesto en el libro dirigido por Phillipe Ariès y George Duby, *Historia de la Vida Privada*, en el contexto de las guerras en Francia, en donde se señala que "*la guerra pertenece a la vida privada...*, estos

*intermedios en los que se puede dar o recibir la muerte, imprevisiblemente. Estos muertos cuya lista cubre aproximadamente treinta y ocho mil monumentos erigidos en Francia a su memoria, ¿Cuántos hombres habían matado estas víctimas –a distancia, pero a veces cuerpo a cuerpo– antes de sucumbir? Morir por la patria, matar por la patria. Aquello se valora, esto se calla. Si la muerte recibida transforma a un hombre en cadáver, la muerte inflingida transforma a un hombre en otro hombre. Este deseo, esta pasión de destrucción del otro, son tan fuertes que podemos preguntarnos si la paz no es la continuación de la guerra por otros medios”.*<sup>1</sup>

El párrafo anterior representa en toda su dimensión la guerra y sus muertes asociadas, las que, sin embargo, en el momento de la conflagración pasan al segundo plano, realidad que en Ariès y Duby presentan para Francia, aunque sin duda representa plenamente cualquier guerra.

Pero la Guerra del Pacífico, que en el orden económico significó que “*el salitre se transformó en el motor de la economía nacional*”,<sup>2</sup> como además la consolidación de la oligarquía,<sup>3</sup> sumando que también representó la muerte y la desaparición de varios combatientes, aquellos que a pesar de su muerte no fueron buscados después por sus familias; curiosamente se quedaron con un parte de defunción y la posibilidad de cobrar algo al Estado mediante las leyes de recompensa.

Durante el tiempo de guerra, en relación al tema de la muerte, es importante destacar que existía un marco legal internacional y que respondía a la Convención de Ginebra, y luego, más específicamente, a la Convención de París, realizada el 29 de agosto de 1867, que constituyó una modificación importante respecto del tema de los caídos y que ayuda a aclarar el *modus operandi* desarrollado por los ejércitos beligerantes, el cual menciona:

*“artículo 8º. El ejército victorioso, está en el deber de amparar, mientras lo permitan las circunstancias, los caídos sobre el campo de batalla, para preservarlos del pillaje i de los malos tratamientos i de enterrar a los muertos, conformándose estrictamente a las prescripciones sanitarias.*

*Las potencias beligerantes signatarias cuidarán que en el tiempo de guerra cada militar vaya provisto de un signo uniforme y obligatorio, apto para identificar la persona. Este signo indicará su nombre, el lugar de su nacimiento, como también el cuerpo del ejército, este documento deberá retirarse antes de la inhumación, i remitirse a la autoridad civil o militar del país natal del difunto.*

- 
- 1 ARIÈS, Philippe, DUBY, Georges, *et al.*, **Historia de la Vida Privada. De la Primera Guerra Mundial a nuestros días**, Traducido del francés por José Luis Checa Cremades, Editorial Taurus, Madrid, España, 2001, pp. 177-178.
  - 2 BAUER, Arnold. **La sociedad Rural Chilena, desde la conquista española a nuestros días**, Editorial Andrés Bello, Santiago 1994, p. 207. Véase además PINTO VALLEJOS, Julio, La Transición laboral en el norte salitrero: La provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile, 1870-1890. En: *Revista de Historia* Nº 25, 1990, pp. 207-228.
  - 3 MÉNDEZ NOTARI, Carlos. **Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico**, Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2004, p. 15.

*Las listas de muertos, de heridos, de enfermos i de prisioneros, serán comunicadas, en todo lo posible, inmediatamente después del combate, al comandante del Ejército enemigo, por la vía diplomática y militar”.*<sup>4</sup>

El artículo aclara en forma específica que las bajas deben ser enterradas por prescripciones sanitarias, además de marcar el uso de distintivos identificatorios claros y la información o estadística de ellos, así como la comunicación de las bajas en poder del enemigo. A este respecto, Benjamín Vicuña Mackenna escribió en el diario *El Nuevo Ferrocarril*, una pequeña columna en la cual da cuenta de los mitos desarrollados ya durante los primeros meses de la guerra el año 1879, de la que se ha extraído el siguiente párrafo:

*“se asegura que los peruanos han quemado vivos a nuestros soldados, i resulta que esas piras del campo de batalla, han sido encendidas por las ambulancias en beneficio de sus heridos i los nuestros, como una medida higiénica, pronta i usual, de todos los campos de matanza”.*

Vicuña Mackenna explica a sus lectores ávidos de conocer sobre la guerra del norte, estos aspectos. La hoguera es por cuestiones sanitarias y no de barbarie como la supuesta quema de heridos, ya que se deja en evidencia la importancia de reducir el posible foco infeccioso que provocaría el dejarlos insepultos.

#### MUERTE Y SOCIEDAD CHILENA

Tras la visión de las leyes y la aclaración presentada por la pluma de Vicuña Mackenna, resulta necesario conocer como se desarrollaba el tema de la muerte durante parte del siglo XIX, para dar paso a las fuentes de la guerra.

Cabe destacar que sobre este tema existe un estudio de 1890, en especial sobre la creación del Cementerio General y sus lozas y mausoleos, cuyo autor es J. Abel Rosales, quien menciona respecto a la historia de los cementerios, la siguiente discusión del Congreso de fecha 29 de agosto de 1819:

*“Por Cédula del 15 de mayo de 1804, por la que se mandó la construcción de cementerios en la América, debía procederse a las mas pronta ejecución de una obra que si se encaminare a consultar la salud pública, tiene por objeto el mayor decoro i decencia de los templos. No me parece justo que la casa de oración en que los fieles tributan la adoración i culto que le es tan debido i en las que dirijiendo sus votos a la deidad, se emplean en sus alabanzas i en asistir a los sagrados sacrificios,*

---

4 VARAS, José Antonio. Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i circulares concernientes al Ejército desde enero de 1878 a fin de diciembre de 1883, Imprenta de R. Varela, Santiago de Chile, Año 1884, Tomo VI, p. 160.

*presenciando los actos mas respetables de nuestra reliji3n santa, venga a ser el dep3sito de los cad3veres i de la corrupci3n. La costumbre de sepultar cad3veres en los templos, que ha parecido piadosa i que en realidad es la mas degradante al catolicismo, debe cortarse, cuando imperiosamente lo exige el honor de la reliji3n i lo pide la necesidad de mirar por la salud p3blica. Ya se han tocado mui cerca los funestos resultados de la sepultaci3n en las iglesias, que a las veces no se frecuentan por muchos cat3licos o por temer el contagio de una enfermedad epid3mica o por no ser tolerable fetor que se difunde por todo el templo. Estos antecedentes precisan a S.E. a decretar el establecimiento de cementerios, ordenando que para su formaci3n se nombre por el excelent3simo Supremo Director una comisi3n que haya de tratar de lo material i formal de una obra tan propicia i ventajosa al pais....”<sup>5</sup>*

Este antecedente, fechado en 1826, era analizado por el Senado buscando crear cementerios, eliminando la tradici3n de sepulturas en las iglesias y capillas, toda vez que era poco higi3nico y no conveniente para la salud.

Otra publicaci3n m3s moderna es la de Marco Antonio Le3n Le3n, quien en su libro *Sepultura Sagrada, Tumba profana*,<sup>6</sup> da cuenta, en su cap3tulo V, de los discursos higienistas respecto al tema de los muertos, interesante visi3n de la mentalidad de quemar o enterrar los cuerpos para evitar focos infecciosos.

Vicu3a Mackenna, nuevamente desde una columna de *El Nuevo Ferrocarril*, da cuenta de lo vivido en un d3a de muertos en Santiago y de la estratificaci3n social de los muertos, en ella deja entrever las diferencias entre ricos y pobres, por sus categor3as f3nebres: mausoleo, tres pesos y fosa com3n:

*“Los contrastes de la vida son tambien los de la muerte. All3, en la ciudad de los muertos i de la humildad, el rico ostenta soberbios mausoleos i el pobre... el osario i la fosa com3n.*

*En la inhumaci3n de un rico se ven muchos hombres de las m3s aristocr3ticas familias, se oyen discursos, se esparcen flores i se depositan art3sticas coronas.*

*En el entierro de un pobre no hai discursos ni coronas: un hoyo se abre, i sobre la tumba que se cierra se oyen, en vez de las armon3as de la palabra, las mon3tonas i melanc3licas paladas del sepulturero.*

*I as3, como en la vida hai ricos i pobres i un t3rmino medio –jente decente– tambi3n en la ciudad de las tumbas hai un tercer elemento, la sepulturas de a tres pesos.*

---

5 ROSALES, J. Abel. *Historia y Tradiciones del Cementerio General de Santiago*. Imprenta Victoria, Santiago de Chile, 1890, p. 7.

6 LE3N LE3N, Marco Antonio. *Sepultura Sagrada, Tumba Profana. Los espacios de la Muerte en Chile 1883-1932*. Editorial LOM, Santiago de Chile, 1998.

*Allí pues el mundo admite estas únicas categorías: mausoleo - tres pesos - fosa común.*

*Es horrible escuchar la respuesta del sepulturero cuando uno pregunta ¿De quien es aquella sepultura? Es de a tres pesos, señor.*

*El nombre desaparece bajo un número... como en la penitenciaría”.*<sup>7</sup>

Aquí se menciona una situación importante, el nombre de la persona desaparece tras un número, situación importante a la hora de pensar en los muertos por la Guerra del Pacífico.

#### LA GUERRA DEL PACÍFICO Y LOS MUERTOS, RECORRIDO POR LAS FUENTES DOCUMENTALES

Los documentos existentes en el Archivo Histórico de Ejército ayudan a recrear en parte la imagen y el tratamiento de los muertos en combate, ejemplo de ello es el del Capitán Prat, quien después de morir en la cubierta del Huáscar habría sido bajado en una tabla y dejado sin tapar ante la población peruana que en forma curiosa y exaltada fue a ver a los enemigos derrotados. El relato es de B.A.R., *Voz Chilena de Iquique*:

*“Como a las 5 PM fueron mandados a tierra los cadáveres de Prat i Serrano por el Contra Almirante Grau, cada uno sobre una tabla; al llegar al muelle, fueron colocados en el suelo i abandonados a la avidez pública. El gentío que allí se había reunido era inmenso. El cadáver del teniente Valverde, que se había desembarcado con todos los honores militares, fue objeto de estrepitosas congratulaciones, mientras que los cuerpos de los héroes chilenos eran abandonados en el muelle a la Befá de la Chusma que había acudido al muelle.*

*Hasta las nueve de la noche permanecieron arrojados en el suelo, sin que ni siquiera una bandera vieja los cubriese, expuestos a las miradas de esa repugnante plebe que compone el populacho del Perú: Cholos, negros, indios, zambos, mulatos, chinos - cholos i las mil combinaciones de esa raza híbrida, saciaron en ellos su complaciente curiosidad, a ciencia i paciencia de las autoridades.*

*El Contra Almirante Grau tuvo, sin duda, mucha culpa del escarnio cometido a los cadáveres de Prat i Serrano. A él como Jefe de la escuadra, le correspondía hacer cumplir los usos de la guerra; su deber imprescindible era mandar cubrir los cadáveres de aquellos valerosos oficiales con la bandera de su nación (...) debió oficiar al comandante de la plaza pidiendo sepultura honrada para tan respetables reliquias, i que se les hiciera los funerales militares que se acostumbran en todos los países*

---

7 “La ciudad de los muertos”, *El Nuevo Ferrocarril*, 1º de noviembre de 1880, año II, Nº 127, pp. 2-3.

*civilizados de la tierra. Pero nada hizo, sino por el contrario, desde el principio se mostró pequeño en sus propósitos. Su conducta merecerá siempre la reprobación de todos los marinos del mundo i la censura de la historia.*

*A las nueve de la noche, el Prefecto mandó a recoger los cadáveres i que fuesen colocados sobre un carro de carga del ferrocarril, temiendo que los devorasen los perros que lamían sus heridas. Allí pasaron la noche, hasta que por la mañana, a eso de las diez, fueron conducidos al hospital por un caballero español, que había conseguido licencia de las autoridades peruanas para poner fin a tan prolongado y enorme escarnio”.*<sup>8</sup>

Cierto o no el relato, queda en evidencia la tendencia poco parcial del autor, además de quizás exagerar la situación acaecida para provocación chilena, así el mito de Prat y su heroísmo comenzará a levantarse mediante estas publicaciones, en especial al revisar *El Nuevo Ferrocarril*, que cada cierto tiempo menciona la imagen de Prat, más aún al analizar el apéndice I del libro de Williams Sater, *Columns of Newsprint Devoted to Arturo Prat by various Chilenas Newspapers, 1880-1931*, en donde se demuestra la difusión de la imagen de Prat y los años en donde su figura fue resaltada, en especial en el siglo XX.<sup>9</sup>

En mayo de 1879, además de los hechos presentados de Prat, se estaba formando el Servicio Sanitario, apareciendo una reglamentación interna que fue despachada por oficio al Intendente General del Ejército, la que señalaba:

*“Después del combate el cirujano de regimiento o uno de la ambulancia recorrerá el campo para ver si ha quedado algún otro entre los muertos”.*<sup>10</sup>

Para este servicio, obviamente la vida primaba no los muertos, cabe destacar que no se ha encontrado referencia respecto a una reglamentación que mencione el tratamiento de los muertos, por lo que se presume se guiaban por la Convención de París.

La Batalla de Tarapacá constituye otra instancia de la muerte que causó conmoción, donde falleció producto de las Heridas recibidas el Teniente Coronel Eleuterio Ramírez Molina y gran parte de su regi-

---

8 “El entierro de Prat” 22 de mayo de 1879, B.A.R. *Voz Chilena de Iquique*, AHUMADA MORENO, Pascual, Guerra del Pacífico, recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia conteniendo documentos de importancia, Imprenta i librería americana, 1884, Tomo I, Capitulo VII, s/n de página.

9 SATER, William. *The Heroic Image in Chile, Arturo Prat, Secular Saint*, University Of California Press, Berkeley and Los Angeles, California, 1973, Apéndice I. Con referencia a los héroes una referencia interesante en CRUZ, Nicolás y CAVALLLO, Ascano. *Las Guerras de la Guerra, Perú, Bolivia y Chile frente al conflicto*, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (Fundación Konrad Adenauer, Alfabetá impresores, Santiago de Chile, 1981.

10 Archivo General del Ejército (en adelante ARGE) Volumen S - 1, p. 4.

miento. En el caso de Ramírez y los que estaban junto a él si no fueron víctimas de las balas lo fueron del fuego con que prendieron la casa en donde estaban, tal como lo comenta José Toribio Medina, quien viaja en 1880:

*“en el piso, la ceniza menuda de los cuerpos calcinados me daba hasta la mitad de la pantorrilla, y en otro sucedía en todo el frente... En las demás piezas, el incendio no había sido tan completo, pues pueden fácilmente reconocerse muchos huesos y hasta calaveras enteras... En la pieza o pasadizo (aledaño), están los restos del caballo de Ramírez, y en esa como en las restantes pueden desenterrarse hebillas de cinturón, baquetas, vainas de bayoneta, etc., etc. Según cuenta Vernal, la cantinera Leontina hizo fuego hasta el último con su revolver, habiéndose su cuerpo escapado de las llamas para ser mas tarde devorado por los perros”.<sup>11</sup>*

Los muertos aún están en el campo de batalla y no fueron enterrados, cabe destacar, además, que el hijo de Ramírez se embarca para buscar los restos de su padre y darles sepultura, información publicada en *El Nuevo Ferrocarril*, de la siguiente forma:

*“El joven don Ricardo Ramírez, hijo del valiente comandante del 2º, sale mañana para Valparaíso, donde se embarcará en el Itata, que a más tardar saldrá el 20 para el norte.*

*El señor Ramírez va en busca de los restos de su padre i con el objeto de recoger el equipaje de éste, al propio tiempo que a recojer datos seguros sobre su muerte i si es posible descubrir el sitio en que reposan sus restos... Todavía abrigamos esperanza de que los restos del bravo comandante puedan ser hallados i devueltos a su patria, que los reclama para darles la sepultura que merecen los héroes”.<sup>12</sup>*

Cabe destacar que el encuentro bélico fue el 27 de noviembre de 1879 y recién el 25 de enero de 1880, es encontrado Ramírez y enterrado el resto de los cuerpos:

*“el sargento mayor José Ramón Vidaurre salía desde Quillaguasa hacia Tarapacá con fuerzas de infantería, encargados de reunir elementos dispersos que hubieran quedado en Tarapacá y enterrar los últimos cadáveres”,<sup>13</sup> al ser encontrada la sortija de boda y el cuerpo de Ramírez menciona en el acta: “mandé a remover a mi presencia las cenizas en el lugar donde se había encontrado el cadáver y luego descubrí una parte del chaleco de lana que llevaba el día del combate, en cuyo único bolsillo encontré dos colleras de oro para puños con el anagrama de su nombre y cinco fichas de las que*

---

11 TORIBIO MEDINA, José. Una excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá, 1880-1881. En *Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a José Toribio Medina en el Centenario de su Nacimiento, 1852-1952*, D. G. de Prisiones, Santiago de Chile, 1952, p. 32.

12 *El Nuevo Ferrocarril*, 18 de diciembre de 1879, Año I, Nº 28, p. 4

13 REYNO GUTIÉRREZ, Manuel. *Próceres de Chile, Eleuterio Ramírez*. Offset, Santiago de Chile, 1984, p. 60.

*se usan en las salitreras y que yo mismo le había obsequiado días antes de su muerte... Momentos antes había llegado el subteniente Moreno, quien me entregó un tirabuzón con pito y una brújula que también encontró entre los jirones de ropa que aún conservaba el cadáver... por lo expuesto verá usía que la identidad del cadáver del comandante Ramírez no deja lugar a dudas, pues sus facciones, después de lavada la cara y la cabeza, son las mismas reconocidas por las personas que me acompañan, y en fe de lo cual hice levantar un acta... a más, el unido brazo que tiene y que es el izquierdo está vendado con un pañuelo blanco, conforme a noticias que se tenían... los cadáveres irán perfectamente acondicionados, pues yo mismo los he arreglado, y el doctor señor Tagle Arrate ha preparado los desinfectantes”.*<sup>14</sup>

La anterior es una muestra de las diferencias entre la batalla marítima y el combate terrestre. Prat a las 9 de la noche estaba en un hospital con miras a ser trasladado en féretro, en tanto que Ramírez y sus soldados tuvieron que pasar cerca de dos meses para ser rescatados, enterrados y algunos, como fue el caso de Ramírez repatriado a Chile.

La imagen de Ramírez como la de Prat representan a los primeros héroes de la guerra, aunque Ramírez indudablemente no tuvo la misma difusión que Prat, lo que en la actualidad es plenamente perceptible en el ámbito de la educación.

En el caso del resto de los combatientes no corrían mejor suerte al morir, el grabado publicado en *El Nuevo Ferrocarril* demuestra una realidad de la guerra, el texto del diario es el siguiente:

*“No hai en ella ni imaginación ni exageración: es un cuadro perfectamente exacto i verdadero, tomado por los hábiles fotógrafos señores Diaz i Spencer sobre el campo mismo de batalla. El teniente de artillería señor Solo Zaldívar, con dos de sus soldados está dando sepultura a un grupo de tres soldados bolivianos, muertos en la batalla de Tacna.*

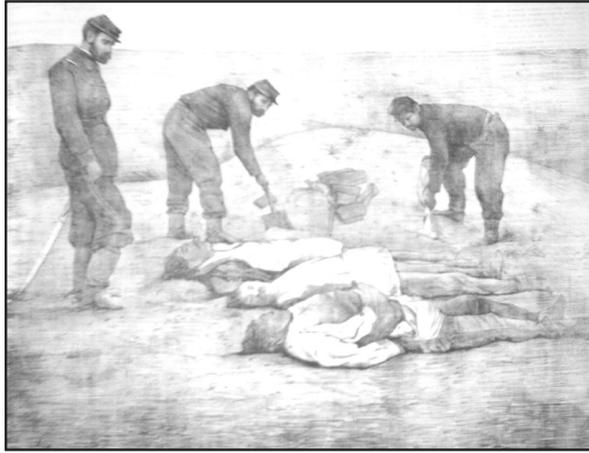
*La eminencia que se ve tras el grupo es formada por la tierra que cubre ya a otro grupo mas numeroso de muertos. Todos los horrores sombríos de la guerra se comprenden con solo mirar ese siniestro cuadro. Los muertos, informes, destrozados, desfigurados, van debajo de la tierra, confundidos i revueltos, i olvidados casi siempre”.*<sup>15</sup>

La imagen publicada es vívida en la forma de sepultar a los muertos en la guerra, cumpliendo con la disposición sanitaria.

---

14 *Ibidem*, p. 62

15 *El Nuevo Ferrocarril*, septiembre 23 de 1880, Año II, Nº 116, p. 2.



Una nueva editorial con referencia a la muerte en la Guerra del Pacífico será publicada en *El Nuevo Ferrocarril*:

*“Comienza otra vez para los chilenos la cruel tarea de las sepulturas. Esta es la quinta vez.*

*En esta guerra larga, de inagotable dolor, hemos visto caer en treinta campos de batalla no menos de diez mil de nuestros compatriotas, de los cuales eran al menos cuatrocientos oficiales: la flor de nuestra juventud.*

*Los unos cayeron para no volver a levantarse, excepto en los livianos átomos de la pira, i estos fueron los mas. Los otros para recobrase i regresar a la fila vengadora... Volvemos por lo tanto con el corazón henchido de lágrimas, a la orilla de la ancha fosa i pisamos con reverente amor el dintel que guarda el recuerdo santo de nuestros defensores i mártires.*

*Haremos en esta premisa ocasión solo rápidos bosquejos, esperando hora con mas tranquilidad para completar nuestros diseños. Al día siguiente de las matanzas no se entierra a los muertos: se les agrupa en filas paralelas i se vela apenas los palidos rostros con unas cuantas presurosas paladas de tierra”.<sup>16</sup>*

Estas palabras reproducen el destino de los muertos en combate, fosas comunes, sean oficiales o tropa, siendo enterrados en forma presurosa, en el mismo campo de batalla, tarea cumplida por la unidades de reserva que servían de sepultureros.<sup>17</sup>

---

16 *El Nuevo Ferrocarril*, 23 de enero de 1881, Año II, Nº 151, p. 2.

17 Estado Mayor General del Ejército, *Historia del Ejército de Chile*, Impresos Vicuña, Santiago de Chile, 1982, Tomo VI, p. 405.

## LA MUERTE EN LA GUERRA DEL PACÍFICO: VISIÓN A TRAVÉS DE FUENTES PRIMARIAS

Como es sabido, no todas las muertes se produjeron en batallas, la otra parte falleció en los hospitales y ambulancias producto de diversos males, ante lo cual el Servicio Sanitario evacuaba un informe donde daba cuenta de la muerte del soldado o el funcionario, aunque no dan la información del lugar del entierro.

*"Hospital San Ramón, Tacna, Enero 5 de 1881.*

*A las 9 AM de hoy ha fallecido en este hospital Cósme Irritarren, soldado del Regimiento Lautaro 2º Cº del 2º Batallón, atacado de tisis tuberculosa.*

*Lo que aviso a US. para los fines consiguientes.*

*Dios Gue. a US.*

*Rafael H. Vargas*

*Al Sr. Comandante General de Armas".<sup>18</sup>*

La misiva de esta forma cumplía dos funciones, la primera informar y la segunda, conforme se desprende de otra comunicación similar el retirar el cuerpo del hospital.

*"3º sección de la 4º Ambulancia.*

*Campamento de "Alto de Lima", Enero de 1881*

*Señor Coronel:*

*Pongo en su conocimiento que anoche dejó de existir en el Hospital de "Alto de Lima" el soldado Modesto Riquelme perteneciente al Regimiento Buin.*

*Comunico a Ud. Esto para los fines que se sirva ordenar a algunos soldados hagan la conveniente inhumación del cadáver que perteneció al espresado soldado.*

*Dios Gue. a US.*

*(Firma poco clara)".<sup>19</sup>*

---

18 ARGE, Volumen S-012, foja 5.

19 ARGE, Volumen S-012, foja 17.

## CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Ya en febrero de 1881 son dictadas algunas disposiciones respecto de la sepultura de los soldados, que en parte fueron acatadas.

*Santiago, febrero 2 de 1881*

*Pongo en conocimiento de US., que en conformidad a los acuerdos de esa Junta, este Ministerio ha impartido las órdenes convenientes para que sean sepultados en el local designado, los soldados del Ejército de Operaciones que fallezcan en los hospitales de sangre; comisionándose al señor don Pedro Antonio Errázuriz para la compra de Ataúdes i su distribución en los diversos establecimientos.*

*Este Ministerio ha aceptado asimismo la indicación de la Junta para colocar en cada sepultura una cruz de hierro con la inscripción del nombre del soldado i del cuerpo a que haya pertenecido.*

*Me es grato con este motivo manifestar a la Honorable Junta las gracias por la presteza i oportunidad con que ha contribuido a conmemorar el nombre de los que han sucumbido por defender los derechos i la honra del país.*

*Dios guarde a US.,*

*Manuel García de la Huerta*

*Al Presidente de la Junta de Beneficencia<sup>20</sup>*

Sin embargo, estas disposiciones no siempre se cumplían cabalmente, y el cadáver del soldado o los soldados, simplemente no eran enterrados, como se comunica en el oficio siguiente, demostrando el poco valor y respeto a los muertos:

*“Hospital de San Ramón, Tacna, Junio 21 de 1881*

*Pongo en conocimiento de US. que habiendo tenido denuncias que los empleados del cementerio no cumplían con los deberes de sepultar debidamente los cadáveres que de este hospital se remitían, mandé dos testigos a averiguar el hecho i ha resultado ser efectivo, quedando la mayor parte de ellos insepulcros, i a merced de las aves de rapiña.*

*Lo que comunico a US. para los fines que crea conveniente.*

---

20 VARAS, *op. cit.*, p. 318.

*Dios guarde a US.*

*J. Castro.*

*Señor Jefe de Estado Mayor”.*<sup>21</sup>

Una situación particular acaecía con la Sociedad Protectora de Valparaíso, la que remitía informes para solicitar la fe de muerte para ayudar a las víctimas de la guerra, quizás sólo un lucro con la muerte del soldado o bien para los trámites de la familia y su pensión:<sup>22</sup>

*Sociedad Protectora  
Valparaíso, 16 de diciembre de 1881*

*Señor:*

*Suplico a Us., a nombre de esta Sociedad, se sirva darnos fe de la muerte de Enrique Muñoz fallecido en Lima siendo sargento 2º del Regimiento “Esmeralda”. Fue herido en Chorrillos i murió en el Hospital 2 de Mayo de Lima a consecuencia de sus heridas.*

*Confiando en su patriotismo i buena voluntad para con las pobres víctimas de la guerra, tengo el honor de suscribirme.*

*De US. su Atto. S.S.*

*Guillermo 2º Linacre,  
Secretario*

*Al Señor Inspector  
Jral. del Ejército”.*<sup>23</sup>

Junto a este oficio un pedazo de papel manuscrito certifica la muerte del soldado firmado por el Capellán del Hospital 2 de Mayo:

Certificado Manuscrito

---

21 ARGE, Volumen S-0012, Foja 52.

22 Al interior del Archivo General del Ejército existen el volumen Certificados de Muertos i otros, ARGE, Volumen 1º, V-125.

23 Volumen Protectora de Valparaíso, 1880-1882, V-134.

*"Lima. Hospital dos de mayo. Mayo 9 de 1881*

*Certifico: Cómo capellán de éste Hospital que el dies i ocho de febrero del presente año de 1881 dejó de existir en este establecimiento el soldado 2º Enrique Muñoz del Batallón Esmeralda a consecuencia de sus heridas. De que doi fé para los fines consiguientes.*

*Javier Valdés Larra".<sup>24</sup>*

Dentro de los fallecimientos también es posible encontrar otras personas como es el caso de un Capellán Mayor del Ejército.

*"Hospital dos de mayo  
Ambulancia N° 2  
Lima, Septiembre 6 de 1882*

*Tengo el sentimiento de anunciar a Us. que el Capellán Mayor del Ejército, D. Enrique Cristi ha fallecido anoche a las 12 P.M.*

*El Sor.Cristi fue victima de su caridad a los enfermos del Ejército al lado de los cuales siempre se le encontraba. Contrajo la Tifus en el Lazareto de esta enfermedad, siendo víctima de él.*

*Dios Gue. a Us.  
Alcérreca*

*Señor Jefe del Estado Mayor  
Crl. D. M. A. Arriagada".<sup>25</sup>*

Hacia 1883, la necesidad de conocer el nombre de las bajas y las causas de sus muertes llevó a la publicación en el *Diario Oficial* de un listado, el que se publicaría mensualmente, aunque esta clase de listados era solicitado anualmente.

*"Santiago, setiembre 10 de 1883*

*Impuestos de lo informado por US. respecto de las indicaciones que el Comandante Jeneral de Armas de Linares hacía en su nota de 28 de julio último, núm. 446; i estimando de necesidad para las familias de los que tienen deudos en el Ejército así como conveniente para otros fines del servicio, la*

---

24 *Ibidem.*

25 ARGE, Volumen S-18, s/n foja

*publicación nominal de los individuos que fallecen en él por cualquiera causa, este Ministerio ha resuelto lo siguiente:*

*La Inspección Jeneral del cargo de US. procederá a la mayor brevedad a formar los estados de los individuos de su dependencia que desde el principio de la guerra han muerto, sea en acción de guerra o por enfermedades.*

*Este estado formará por cuerpos i por orden cronológico de defunciones, i solo contendrá el nombre del individuo, su clase, fecha i causa de muerte i lugar donde ocurrió.*

*Los estados así formados, los hará insertar cada Inspección en el Diario Oficial a medida que se tenga la lista correspondiente al año, hasta el actual.*

*De ahora en adelante, ese estado se publicará mensualmente con los datos que se vayan recibiendo.*

*Comprenderá también el estado los desaparecidos, espresándose esta circunstancia i la fecha hasta la cual llegan las noticias que se tienen del individuo.*

*Debo prevenir a US. que al anotarse la muerte o desaparecimiento de individuos que hayan ingresado a lo depósitos u hospitales se les hará figurar en el cuerpo a que pertenecían cuando fueron heridos o se enfermaron; pues el fin del trabajo que se encomienda a esa Inspección es, tanto facilitar a las familias el conocimiento de la suerte que han corrido sus deudos, como servir más tarde de base a la estadística detallada de la campaña.*

*Creo necesario recomendar a US. la exactitud en este trabajo i la necesidad de que se haga cuando ántes; sobre todo ahora que se va a prorrogar por última vez el plazo para que los deudos de los que han muerto en la campaña hagan valer sus derechos a las pensiones que el Estado les acuerda.*

*Dios guarde a US.*

*Carlos Castellón”.*<sup>26</sup>

Ante estos documentos la muerte de los soldados era registrada, pero un factor común hace que la información sea insuficiente, que es la falta del lugar del entierro del cuerpo. De hecho la información existente en el Libro de heridos y bajas, 1879 - 1884<sup>27</sup> sólo está la relación de bajas por combate y batalla, dato de enfermos y días de muerte, pero no la relación del entierro y lugar. Un ejemplo es la muerte del capitán Vivar:

---

26 VARAS, *op. cit.*, p. 642, también solicitado el 1º de febrero de 1881, *Ibidem*, p. 693.

27 ARGE, Volumen V-173.

*“Vivar, Pedro Antonio, Capitán del rej. Colchagua, falleció en la Batalla de Miraflores, el 15 de enero de 1881”.*

Frente a lo anterior es posible decir que el rito de la muerte en la guerra no existe, el solo morir representa, más allá de perder la vida, el ser enterrado sin ceremonia ni cementerio. La Guerra del Pacífico, en este aspecto demuestra que la muerte es un número, tal como lo mencionaba Vicuña Mackenna, ya que se debía completar la plaza perdida, lo que es posible encontrar en la documentación de todos los regimientos.

Sólo pocos eran evacuados, como es el caso de Prat y Ramírez o del Ministro Sotomayor, quien *“cayese fulminado cuando estaba a punto de recibir el premio de sus grandes servicios”*,<sup>28</sup> *aunque su cadáver fue conservado y embarcado en Ite a bordo de la Covadonga, I de ahí trasladado al Cochrane para ser conducido a Chile*,<sup>29</sup> un largo camino para llegar al cementerio. En tanto que el oficial y el suboficial y los soldados eran enterrados en el desierto, sólo notificando su muerte y esperando completar en algún momento las plazas de aquel que había fallecido.

## CONCLUSIÓN

La muerte durante la Guerra del Pacífico, como se ha podido apreciar, no representa los ritos funerarios de quienes viven fuera del estado de guerra, al morir no hay procesiones, ni muchos lamentos. El concepto de muerte en guerra es distinto, sombrío, una realidad de palas y caliche cubriendo al batido por el enemigo; el cementerio no existe y si lo hay, al lado de los hospitales no se sabe si será enterrado o no.

En efecto, nada identifica la tumba en el desierto, el cuerpo queda bajo las paladas de tierra y se continúa la marcha.

Sin duda, las preguntas de la introducción logran respuesta, no hay rito funerario, no es distinta la fosa de un oficial y de un soldado, pero si se pueden evacuar las autoridades importantes, o bien los destacados, como el caso de Ramírez o los oficiales de la Concepción, cuyos corazones reposan en la Catedral de Santiago.

Sin embargo, la incertidumbre del lugar de entierro para las familias no representaba mayor problema, en ningún documento se pregunta donde fue enterrado en forma exacta, se da el lugar de la muerte, pero no bajo que suelo descansa el combatiente.

---

28 BULNES, Gonzalo. *Guerra del Pacífico, de Tarapacá a Lima*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1914, p. 284.

29 *Ibidem*, p. 288.

## LA MUERTE EN LA GUERRA DEL PACÍFICO: VISIÓN A TRAVÉS DE FUENTES PRIMARIAS

Un caso particular es el del soldado enterrado en la cuesta Zig Zag, por su vestimenta es posible ubicarlo dentro de las bajas de una unidad de bajage, pero a ciencia cierta, este cuerpo que hoy reposa en una plaza ciudadana en Santiago de Chile, sólo puede hablar por sus señas particulares, pero no por algún elemento dejado por sus compañeros de armas que cuidaron de enterrarlo junto con su yatagán, no figura su nombre, sólo es un soldado más dejado en el desierto tras el disparo mortal del enemigo.

### BIBLIOGRAFÍA

#### Fuentes

AHUMADA MORENO, Pascual. Guerra del Pacífico, recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias i demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú i Bolivia conteniendo documentos de importancia. Imprenta i librería americana, 1884, Tomo I, Capítulo VII.

ARGE, Volúmenes de Sanidad, Veteranos y Correspondencia

*El Nuevo Ferrocarril*, 1879 - 1882

TORIBIO MEDINA, José. Una excursión a Tarapacá. Los Juzgados de Tarapacá, 1880 - 1881. **En Homenaje de la Ilustre Municipalidad de Iquique a José Toribio Medina en el Centenario de su Nacimiento, 1852 - 1952**. D. G. de Prisiones, Santiago de Chile, 1952

VARAS, José Antonio. Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i circulares concernientes al Ejército desde enero de 1878 a fin de diciembre de 1883. Imprenta de R. Varela, Santiago de Chile, Año 1884, Tomo VI.

#### Bibliografía Secundaria

ARIÈS, Philippe, DUBY, Georges, *et. alt.* **Historia de la Vida Privada. De la Primera Guerra Mundial a nuestros días**. Traducido del francés por José Luis Checa Cremades. Editorial Taurus, Madrid, España, 2001.

BAUER, Arnold. **La sociedad Rural Chilena, desde la conquista española a nuestros días**. Editorial Andrés Bello, Santiago 1994.

PINTO VALLEJOS, Julio. La Transición laboral en el norte salitrero: La provincia de Tarapacá y los orígenes del proletariado en Chile, 1870 - 1890. En: *Revista de Historia* N° 25, 1990.

- MÉNDEZ NOTARI, Carlos. *Héroes del Silencio. Los Veteranos de la Guerra del Pacífico*. Centro de Estudios Bicentenario, Santiago de Chile, 2004.
- ROSALÉS, J. Abel. *Historia y Tradiciones del Cementerio General de Santiago*. Imprenta Victoria, Santiago de Chile, 1890.
- LEÓN LEÓN, Marco Antonio. *Sepultura Sagrada, Tumba Profana. Los espacios de la Muerte en Chile 1883-1932*. Editorial LOM, Santiago de Chile, 1998.
- SATER, William. *The Heroic Image in Chile, Arturo Prat, Secular Saint*. University Of California Press, Berkeley and Los Angeles, California, 1973
- CRUZ, Nicolás y CAVALLO, Ascano. *Las Guerras de la Guerra, Perú, Bolivia y Chile frente al conflicto, Instituto Chileno de Estudios Humanísticos*. (Fundación Konrad Adenauer, Alfabetas impresores, Santiago de Chile, 1981.
- BULNES, Gonzalo. *Guerra del Pacífico, de Tarapacá a Lima*. Sociedad Imprenta y Litografía Universo, Valparaíso, 1914.
- REYNO GUTIÉRREZ, Manuel. *Próceres de Chile, Eleuterio Ramírez*. Offset, Santiago de Chile, 1984.
- Estado Mayor General del Ejército. *Historia del Ejército de Chile*. Impresos Vicuña, Santiago de Chile, 1982, Tomo VI.



RAFAEL 2º TORREBLANCA DORALEA Y LA PROVINCIA DE ATACAMA EN LA GUERRA DEL PACÍFICO. (1879-1880)

Patricio Ibarra Cifuentes\*

INTRODUCCIÓN

La Guerra del Pacífico, conflicto armado protagonizado por Chile contra la alianza formada por Perú y Bolivia, ha sido estudiada por la historiografía de las naciones beligerantes y de terceros países, fundamentalmente en lo relativo a sus causas, desarrollo y consecuencias desde el punto de vista político y militar. Abundan también estudios referentes a algunos protagonistas del conflicto, civiles o militares, los cuales se han centrado en los aspectos biográficos más relevantes de ellos y, generalmente, ensalzando sus capacidades individuales, virtudes patrióticas o heroísmo; sin referirse especialmente al sentir, inquietudes cotidianas, y puntos de vista de estos hombres respecto del devenir de la guerra, en caso de existir registro de ellas, o de su diario vivir como miembros del Ejército Expedicionario del Norte o la Armada.<sup>1</sup>

En el conjunto de trabajos biográficos disponibles, referidos tanto a personajes de la historia de Chile en general, como de la Guerra del Pacífico en particular, uno de los hombres a quien muchas páginas han sido dedicadas es el capitán del Batallón Atacama, Rafael 2º Torreblanca Doralea. Este oficial, debido a su destacada participación en el desembarco y toma de Pisagua, en las batallas de San Francisco, Los Ángeles y Campo de Alianza; sumado a los diversos escritos que dejó, (epistolario, diario de campaña y poemas), ha sido objeto de varios trabajos los que han relatado los aspectos más importantes de su vida antes de la guerra, a su intervención en el conflicto como parte del Ejército chileno y a su muerte en combate en Campo de Alianza, en las afueras de Tacna, el 26 de mayo de 1880.<sup>2</sup> Sin embargo, en ellos no fue cabalmente dimensionada la trascendencia del personaje para la comunidad de Copiapó, ciudad que le

\* Becario CONICYT. Programa de Magíster Universidad de Chile. Correo electrónico: patricioibarrac@gmail.com. El autor agradece los comentarios a versiones preliminares de este trabajo del profesor Cristián Guerrero Y. y de sus colegas Carolina González B. y Mabel Cantuarias P.

1 Excepciones a la regla, pero que tratan el tema en sus rasgos más generales son los valiosos trabajos de Sergio Rodríguez R., *Problemática del soldado durante la Guerra del Pacífico*. Santiago, Edimpres, 1985, el de William F. Sater. *Chile and the War of the Pacific*. Lincoln, Nebraska Press, 1986; el de Osvaldo Silva G. "Aspectos de las campañas de 1879: el testimonio de los actores". *Cuadernos de Historia*, N° 7, Santiago, 1987, pp. 155-174; el de Paz Larraín Mira. *Presencia de la mujer chilena en la Guerra del Pacífico*. Santiago, Universidad Gabriela Mistral, 2002 y el capítulo dedicado a los participantes en la guerra escrito por Carlos Donoso y Juan Ricardo Couyoumdjian, incluido en la obra dirigida por Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri. *Historia de la vida privada en Chile*. Vol. 2, Santiago, Taurus, 2006, entre otros.

2 Algunos de los trabajos biográficos dedicados a Rafael Torreblanca son: Vicuña Mackenna, Benjamín, *El álbum de la gloria de Chile, homenaje al Ejército i Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos i soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico. 1879-1883*. Santiago, Imprenta Cervantes, 1883, pp. 29-35.; Fernández L, Sergio (Editor), *Santa Cruz y Torreblanca. (Dos héroes de las Campañas de Tarapacá y Tacna)*. Santiago, Editorial Mar del Sur, 1979, pp. 107-216, Estado Mayor General del Ejército, *Galería de hombres de armas de Chile*. Tomo II, Santiago, Editorial Barcelona, pp. 278-287 y Reyno Gutierrez, Manuel, *Próceres de Chile 24. Rafael Torreblanca*. Sin pie de imprenta. Además existen referencias en variados diccionarios biográficos e históricos de Chile.

vio nacer, estudiar, salir a probar suerte en el extranjero, volver para enrolarse en el Ejército y, finalmente, recibir sus restos tras su deceso convirtiéndose en un héroe local. Tampoco abordaron el proceso de organización del batallón, y más tarde Regimiento Atacama.

Recuperar los aspectos más importantes de la vida y los testimonios de quienes combatieron en la Guerra del Pacífico, son útiles para reflejar, como lo expresara Osvaldo Silva "*al hombre, con sus angustias y esperanzas; al hombre que reflexiona sobre la vida y la muerte escondiendo sus sentimientos tras la fachada del guerrero*".<sup>3</sup> Del mismo modo, ilustran las inquietudes de cada persona más allá del legítimo interés por preservar su propia existencia; mostrando la preocupación por sus problemas y sus afectos, fueran estos sus amigos, familiares o el ser amado. Individuos que, junto con integrarse a las filas de las Fuerzas Armadas y adquirir las experiencias propias de pertenecer a un ejército movilizad, crearon fuertes lazos afectivos y de asociatividad con sus camaradas, consecuencia de las situaciones que les tocó en suerte vivir y de la cotidianidad inherente a una campaña militar. El soldado, pese al rigor, dureza y peligros derivados de su oficio, nunca pierde su condición fundamental: la de ser humano atento a lo que sucede con él y su entorno.

En paralelo, conocer el proceso de formación y adiestramiento de un cuerpo armado que completó su dotación íntegramente con habitantes de la ciudad de Copiapó y sus localidades cercanas; aporta a la reconstrucción, desde la perspectiva de un caso específico y reconociendo los matices y restricciones propios de tal punto de vista, del método a través del cual se completaron los cuadros de los cuerpos necesarios para la guerra. Asimismo, ilustra el modo en que la población de las provincias chilenas afrontaron la ruptura de las hostilidades, primero con Bolivia y luego con el Perú, involucrándose estrechamente con sus brigadas locales; y luego de iniciadas las campañas terrestres de la guerra, siguiendo con singular atención el devenir de sus naturales y de la unidad que representaba a su villa o provincia.

### EL ESTALLIDO DE LA GUERRA Y LA MOVILIZACIÓN DE LOS CHILENOS

Al momento de la declaración de la guerra, abril de 1879, el Ejército de línea chileno, es decir, las fuerzas regulares de tierra, estaban compuestas por 2.400 efectivos, repartidos en 1.500 hombres de infantería, 530 de caballería y 410 de artillería. Sin embargo, la ley vigente en aquel momento, promulgada el 12 de septiembre de 1878, establecía nominalmente la planta en un total de 3.122 soldados. El personal existente bastaba para cubrir las plazas de Santiago, Valparaíso y las exigencias derivadas de la mantención de una línea fronteriza en La Araucanía. Por otra parte, los efectivos de la Guardia Nacional, un cuerpo de milicias sometidas a un elemental y rudimentario entrenamiento de fin de semana y escasamente apertrechado, no podían ser considerados como soldados plenamente capacitados para enfrentar el combate real contra un adversario medianamente adiestrado. Peor aún, esta institución contaba en 1877 luego de

---

3 SILVA G., *op. cit.*, p. 158.

un progresivo proceso de reducción del número de sus plazas, con algo más de 6.500 hombres.<sup>4</sup> En su conjunto estos guarismos eran insuficientes para defender la integridad del territorio contra dos países que, sumado su potencial económico y poblacional, le superaban.

El esfuerzo realizado por la sociedad chilena, necesario para enfrentar el desafío de una guerra contra dos enemigos, se sustentó en la masiva participación de civiles, personas comunes y corrientes, quienes transformados en soldados, clases y oficiales posibilitaron la creación y ocupación de las plazas necesarias para completar los nuevos batallones y regimientos que participarían en las sucesivas campañas del conflicto. De un Ejército compuesto a comienzos de 1879 por alrededor de 2.400 hombres, alcanzó a los 18.000 durante la Campaña de Tacna y Arica (mayo - junio de 1880), y a 45.000 en la época de la entrada a Lima (enero de 1881).<sup>5</sup>

El entusiasmo por enrolarse y participar en la guerra fue progresivamente en aumento. Por una parte, un aliciente que alimentó la exaltación patriótica de los chilenos fue la llegada de un gran número de compatriotas expulsados desde el Perú, así como la conducta observada por Arturo Prat y la tripulación de la corbeta Esmeralda, en el Combate Naval de Iquique. No era extraño encontrar improvisados oradores, destacándose entre ellos el polígrafo Benjamín Vicuña Mackenna, quienes impulsados por su fervor y las noticias llegadas del norte, encabezaron reuniones en plazas, cuarteles y a las afueras de edificios públicos. Desde allí azuzaban a la población común y corriente a tomar las armas para proteger la patria amenazada.<sup>6</sup>

---

4 GREZ, Carlos. "La supuesta preparación de Chile para la Guerra del Pacífico". *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, N° 5, Santiago, 1935, p. 117.

5 BULNES, Gonzalo. *Guerra del Pacífico*. Vol. II., Santiago, Editorial del Pacífico, 1955, p. 362.

6 Sergio Grez explica la movilización a gran escala de 1879 como consecuencia del exitoso proceso de construcción del Estado nacional en Chile, producto del "disciplinamiento" de la sociedad chilena y del significativo vínculo existente entre la elite y el bajo pueblo. Sergio Grez T. "La huesera de la gloria". *Cuadernos de Historia*, N° 26, Santiago, 2007, pp. 187-191. Simon Collier sostiene que a partir del fomento por parte de los gobiernos de los generales José Joaquín Prieto y Manuel Bulnes de una cultura nacional, en otras palabras, de un sentimiento de nacionalidad o "chilenidad"; apareció, al menos entre la elite intelectual y política chilena, una no despreciable sensación de preponderancia de los chilenos ante sus vecinos, especialmente argentinos y peruanos. Collier, Simon, Chile. *La construcción de una república. 1830-1865. Política e ideas*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, pp. 197-200. Durante la época de la Guerra del Pacífico la idea de superioridad fue alentada, por medio de variados escritos periodísticos, al recuperar simbólicamente los personajes de la independencia y de las campañas de 1838 contra el mariscal Santa Cruz. Los artistas, literatos, dramaturgos, poetas y cantores populares, a través de sus creaciones ensalzaron a los chilenos y vituperaron a peruanos y bolivianos. Múltiples ejemplos de esas expresiones en: Uribe E., Juan. *Canciones y poesías de la Guerra del Pacífico*. Valparaíso, Editorial Renacimiento, 1979. Por otra parte, debe considerarse también lo expuesto por Lawrence LeShan, quien propone que desde mediados del siglo XIX hasta el fin de la Segunda Guerra Mundial, las sociedades en su conjunto se involucraban activamente en los conflictos impulsados por el fervor nacionalista y azuzados por la información transmitida por la prensa, facilitada por la presencia de múltiples corresponsales de guerra ávidos de relatar acciones heroicas. De allí entonces se desataba la sensación de participar en una "guerra mítica", caracterizada por la participación de todas las clases sociales en la lucha, la aparición de héroes conocidos por todos, una excitación general por participar de los combates y la idea de formar parte de una cruzada contra el mal, entre otras percepciones. Lawrence LeShan. *La psicología de la guerra. Un estudio de mística y su locura*. Santiago, Editorial Andrés Bello, 1992, pp. 77 y ss.

En múltiples lugares, muchos voluntarios se acercaron a los cuarteles: bomberos, burócratas, estudiantes y trabajadores participaron de la movilización, enlistándose como simple tropa, clases u oficiales, sin importar su edad pese a la prohibición de acoger a niños menores de 16 años. Otros engrosaron las filas atraídos por la seguridad de un ingreso estable, alojamiento, comida y vestuario que, más allá de los riesgos evidentes de participar en un enfrentamiento armado, tendrían mientras durara el conflicto. Asimismo, presidiarios de la Penitenciaría de Santiago fueron conminados a empuñar el fusil solucionando, de paso, algunos problemas de sobrepoblación en los recintos penales, así como de seguridad, al sacar de circulación a delincuentes y gente calificada como de mal vivir.<sup>7</sup> Sin embargo, el entusiasmo nacionalista y el incentivo económico no fueron suficientes para completar los cuadros de los batallones y regimientos en formación. Muchos individuos, artesanos, mineros y campesinos vistieron el uniforme chileno luego de ser obligados tras la llegada a sus ciudades y pueblos natales de los oficiales de reclutamiento. Las levas forzosas también incluyeron a no pocas personas consideradas como vagos, borrachines y pependencieros.<sup>8</sup> El rápido incremento en el personal del Ejército y la creación de nuevos cuerpos provocó entre otras situaciones, el ascenso de muchos suboficiales y clases quienes, ya fogueados por su permanencia en la frontera, pudieron hacerse cargo del adiestramiento y liderazgo de los nuevos voluntarios y reclutas.<sup>9</sup> Más allá del origen social, edad o de la voluntariedad con la cual ingresaron a servir en la milicia chilena, todos debieron pasar de la tranquilidad y licencia usual de la vida civil, a la desconocida instrucción y disciplina militar.

#### RAFAEL 2º TORREBLANCA DORALEA

Uno de los tantos jóvenes que voluntariamente acudieron a los cuarteles para tomar parte en la guerra, fue un copiapino de 25 años de edad llamado Rafael 2º Torreblanca Doralea, undécimo hijo de Rafael Torreblanca Olivares y María Doralea Vallejos. Nació en las postrimerías del verano de 1854, específicamente el día 6 de marzo.<sup>10</sup> En 1872, a la edad de 18 años, inició el ejercicio del oficio de ensayador, es decir, quien prueba la calidad de un mineral o metal precioso, el que adquirió durante su permanencia en el Liceo de Copiapó.<sup>11</sup> Gracias a sus aptitudes, en los inicios de su vida laboral logró ocupar la jefatura del esta-

7 DONOSO y COUYOUMDJIAN. "De soldado orgulloso a veterano indigente. La Guerra del Pacífico", *op. cit.*, pp. 237-239.

8 Sater, *op. cit.*, pp. 77-78.

9 Rodríguez R., *op. cit.*, p. 55. Pese a la urgente necesidad de nuevos oficiales para enfrentar las exigencias de la guerra, era una práctica común que suboficiales y clases alcanzaran tales rangos luego de años de permanencia en el Ejército. Durante los inicios y consolidación de la república, más de un tercio de los oficiales habían ingresado a la institución con el grado de soldado, cabo o sargento. Vergara Q., Sergio. *Historia social del Ejército de Chile*. Vol. I, Santiago, Universidad de Chile, Vicerrectoría Académica y Estudiantil, Departamento Técnico de Investigación, 1993, p. 179.

10 "Hoja de servicio de Rafael Torreblanca Doralea". Archivo Histórico del Ejército. Hojas de Servicio. Vol. 5. Foja 61.

11 En la recopilación documental El contingente de la provincia de Atacama en la Guerra del Pacífico, existe una biografía de Rafael Torreblanca escrita por Ricardo Passi García, amigo y condiscípulo de Torreblanca, quien afirma que su compañero debió retirarse del Liceo de Copiapó sin titularse de Ingeniero en Minas, debido a los graves problemas económicos por los cuales atravesaba su padre. *El contingente de la provincia de Atacama en la Guerra del Pacífico*. Vol. II, Copiapó, Imprenta de el "Atacama", 1882, pp. 507-508.

blecimiento metalífero de Agua Amarilla, de propiedad de la casa comercial Edwards. Al año siguiente, intentó viajar a Cuba para participar de la revuelta liderada desde 1868 por Manuel de Céspedes, quien proclamó la independencia cubana la que no se materializó sino luego de 10 años de intensa lucha. En su viaje hacia la isla, Torreblanca realizó una escala en Lima, Perú, lugar donde su hermano Zacarías trabajaba como profesor en el Colegio Inglés, quien le retuvo allí y le consiguió empleo en aquel instituto como profesor de matemáticas. Para complementar sus modestos ingresos, se ocupó también como contador en la casa comercial Dreyfus. Luego de obtener algún dinero por realizar tales tareas, Torreblanca pudo liberar a su hermano de las deudas que le mantenían en la Ciudad de los Reyes y juntos retornaron a Chile. De vuelta en su terruño, siguió los pasos de su padre quien dedicó su vida al cateo de minas logrando ser dueño de dos yacimientos: Retamo y Remolinos, reuniendo una importante fortuna, la que, para su desgracia y la de su familia, perdió producto de las veleidades propias del negocio de la explotación minera.<sup>12</sup> Mientras Torreblanca se encontraba cateando minerales en Argentina y con varios planes para comenzar a explotar junto con otras personas nuevas vetas, supo del estallido de las hostilidades entre Chile contra Perú y Bolivia, abandonando sus proyectos personales, regresó a su país.<sup>13</sup>

Los malévolos oficios del dios Marte precipitaron los sucesos provocando la ruptura diplomática entre las cancillerías de los países involucrados. La Guerra del Pacífico se inició, oficialmente, el 5 de abril de 1879.

#### COPIAPÓ Y LA FORMACIÓN DEL BATALLÓN ATACAMA

La provincia de Atacama y Copiapó fueron testigos, especialmente a partir de la década de 1830, de un importante auge económico gracias a la concienzuda exploración y explotación de los ricos minerales de plata existentes en la región. La gran actividad económica allí generada se expandió a lo largo de casi todo el resto del país, a través de las inversiones realizadas por los mineros y habilitadores más prósperos, en otros giros tales como la banca, la agricultura, la industria y el comercio.<sup>14</sup> Como consecuencia de esto se produjo en la zona un incremento de la actividad política y cultural, transformándose, en cierto modo, en un referente de las ideas liberales durante gran parte del siglo XIX chileno. En palabras de Simon Collier, “*El norte se vio a sí misma, no sin razón, como la zona más industrial y progresista de Chile*”.<sup>15</sup> Tanto fue así que en enero de 1859, atizado por las crisis de exportación argentífera de 1854 y el mismo 1859, se produjo un conato revolucionario contra el gobierno de Manuel Montt reclamando mayores libertades, iniciado en Atacama y dirigido por el joven caudillo Pedro León Gallo Goyenechea, hijo de Miguel Gallo Vergara descubridor del mineral de Chañarillo. La revolución fracasó, pero las ideas y el orgullo cívico en Copiapó se mantuvieron. Por su parte, Pedro León Gallo, luego

---

12 VICUÑA MACKENNA, *op. cit.*, pp. 29-31.

13 *El contingente...*, *op. cit.*, p. 510.

14 VILLALOBOS R., Sergio, *et. al. Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002, pp. 468-471.

15 COLLIER, *op. cit.*, p. 257.

de su derrota vivió el destierro en Argentina y España. A su vuelta a Chile, fue elegido como diputado por Copiapó y Caldera, y más tarde senador por Atacama. Este personaje, gracias a su actuación pública como político, militar y hombre de letras, se transformó en referente obligado para los habitantes de su provincia natal.<sup>16</sup>

La guerra sorprendió a la provincia de Atacama con una actividad económica en franca decadencia, la que había comenzado desde al menos 15 años antes. No obstante, la comunidad copiapina mantenía una alta idea de sí misma y de sus virtudes patrióticas y ciudadanas. La vida política jugaba un rol importante, manifestándose en diversas y marcadas tendencias partidistas y de interpretación de los sucesos locales y nacionales.

Una de las primeras medidas tomadas por el gobierno chileno luego de la ocupación de Antofagasta (febrero 14 de 1879), fue instruir a las intendencias reorganizar a la brevedad las guardias cívicas de cada ciudad importante. En Copiapó, el intendente, comandante general de armas y presidente de la municipalidad, Guillermo Matta, hizo publicar un bando por el cual decretaba el llamamiento al servicio activo a todos los oficiales, clases y soldados pertenecientes al Batallón Cívico local. El mismo documento recordó la obligatoriedad de inscribirse en los cantones de las milicias a todos los hombres en condiciones de empuñar las armas, según lo dispuesto en el artículo 156 de la Constitución de 1833.<sup>17</sup> Los primeros soldados de la región, 92 en total, provenientes tanto de Copiapó como de los poblados cercanos fueron llevados directamente a Antofagasta para ser integrados a los cuerpos que allí se preparaban.<sup>18</sup> Esta remesa de voluntarios fue incorporada a las filas del 2º de Línea.<sup>19</sup> Por otra parte, con el objeto de equipar a los cuerpos en formación, desde Santiago se ordenó remitir hacia Copiapó 300 fusiles franceses rayados con bayoneta triangular y 150 a Caldera, con su correspondiente correaje.<sup>20</sup> Sin embargo, el número de este armamento sería insuficiente.

Por su parte, la prensa local junto con informar acerca de las tratativas diplomáticas realizadas por los gobiernos de los tres países involucrados, avisó de las asambleas o mítines que se realizarían para comentar la situación política del momento, exaltando las virtudes patrióticas y definir lo que, según su criterio, sería el comportamiento correcto del gobierno y de los ciudadanos chilenos ante el conflicto en ciernes. Del mismo modo fueron publicadas diversas crónicas acerca de las campañas de 1838, colocando especial énfasis en la Batalla de Yungay, el Batallón Buin y a las proezas y carácter guerrero del roto chileno.

---

16 FIGUEROA, Virgilio. *Diccionario histórico, biográfico y bibliográfico de Chile*. Tomo III, Santiago, Establecimientos Gráficos Balcells & Co., 1929, p. 253

17 *El Constituyente*, Copiapó, sábado 22 de febrero de 1879, año XVIII, Nº 5.315.

18 *El Elector*, Copiapó, lunes 3 de marzo de 1879, año I, Nº 35.

19 "Nota al Inspector General del Ejército". Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 149. Nº 110.

20 "Nota al Comandante General de Armas de Atacama". Archivo Histórico del Ejército. Vol. DS 144. Nº 131.

## CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

El llamado tuvo éxito. Miembros de la sociedad civil copiapina se organizaron para participar activamente en la guerra. Por ejemplo, los alumnos del liceo de la ciudad decidieron organizar un destacamento compuesto íntegramente por miembros del plantel, pudiendo incorporarse sólo aquellos que tuvieran una edad superior a los 16 años. El objetivo de estos jóvenes era ponerse a disposición del gobierno central para recibir el entrenamiento y el armamento necesario. Nombraron como mayor instructor a José 2º María Soto. Del mismo modo, las compañías de bomberos comenzaron a realizar diversos ejercicios con el fin de, en caso de ser necesario, ocupar un lugar entre las filas del Ejército.<sup>21</sup> El ofrecimiento de los bomberos copiapinos fue bien recibido en Santiago, de hecho, a mediados del mes de abril, las autoridades de La Moneda decretaron la formación de un cuerpo de voluntarios con los integrantes de la citada corporación.<sup>22</sup>



TENIENTE RAFAEL TORREBLANCA DORALEA  
(Copiapó 6 / III / 1854 - Campo de Alianza 26 / V / 1880)

Retrato gentileza del Departamento de Historia Militar del Ejército de Chile.

---

21 *El Elector*, Copiapó, lunes 10 de marzo de 1879, año I, N° 41.

22 Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Año de 1879. Suplemento al libro XLVII correspondiente al Ministerio de Guerra i publicado por este departamento, Santiago, Imprenta de la República J. Núñez, 1882, p. 54.

Luego de la declaración formal de la guerra, se determinó la creación en Copiapó de un batallón de 300 plazas, el que, según las órdenes dirigidas desde Santiago a la Comandancia General de Armas de Atacama, debería marchar al litoral en un plazo no inferior a un mes. La unidad se formó bajo la dirección del teniente coronel Juan Martínez, quedando a cargo de la recepción de los nuevos oficiales, clases y soldados.<sup>23</sup> Respecto de sus sueldos, el contingente de Copiapó, junto con el de Caldera y La Serena, recibiría además del salario establecido por las leyes de junio de 1860 y noviembre de 1871 una gratificación especial, fijada en 1853 durante el gobierno de Manuel Montt.<sup>24</sup> A jefes y oficiales de alta graduación se les entregarían 18 pesos mensuales, a capitanes y tenientes 12. Al resto de la tropa les fueron asignados 6 pesos por mes.<sup>25</sup> Para albergar a los soldados se dispuso ocupar el antiguo convento de la Merced; edificio remodelado para tal efecto.<sup>26</sup> A fines de abril, a un poco más de tres semanas de iniciadas las hostilidades, el nuevo batallón contaba con 210 efectivos y su armamento consistía en 125 fusiles de sistema antiguo y 25 Comblain.<sup>27</sup> Sin embargo, el entrenamiento todavía no daba resultados concretos. Los bisoños infantes en sus primeras prácticas de tiro, evoluciones y otros movimientos realizados en la plaza de Copiapó, demostraron hasta aquel momento muy pocas habilidades. En un ejercicio de puntería, de 84 rondas disparadas respectivamente a 150, 200 y 260 metros del objetivo, sólo seis acertaron al blanco.<sup>28</sup>

El proceso de instrucción de las nuevas tropas no estuvo exento de polémicas. Algunos miembros de la brigada cívica fueron acusados por el periódico *El Constituyente*, de provocar desordenes mientras se encontraban de franco. Otro tabloide, *El Atacama*, tomó partido por los soldados y denunció que por culpa de los comentarios vertidos en *El Constituyente*, se les castigó obligándoseles a realizar la guardia del cuartel, en circunstancias que tal medida disciplinaria no correspondía.<sup>29</sup> La manera como los diarios presentaron este suceso intrascendente, es una de las tantas muestras del desacuerdo y debate permanente en que los rotativos de distinta tendencia política se enfrascaron durante el período. La temática de la discusión fue variada. Mientras algunos refutaron las diversas interpretaciones respecto noticias y comentarios expuestos en sus páginas; otros, como se verá más adelante, se preocuparon del proceder de las autoridades locales, materializadas en ácidas opiniones acerca del acontecer, sucesos y conducción del conflicto. Justificadas o no, las querellas políticas se mantuvieron durante la compleja etapa en que Chile se vio envuelto en una conflagración no deseada, y para la cual tampoco se encontraba preparado a cabalidad.<sup>30</sup>

23 *El Atacama*, Copiapó, lunes 14 de abril de 1879, año V, Nº 1.450.

24 Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Año de 1879. Suplemento al libro XLVII..., p. 72.

25 Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Libro XXI. 1853. Santiago, Imprenta de Julio Belín y Cia., 1853, p. 474. Al igual que lo sucedido en las otras unidades del Ejército chileno, muchos militares de todas las graduaciones, asignaron parte o la totalidad de sus sueldos a familiares o amigos mientras durara la ausencia de sus hogares. Múltiples documentos acerca de esta práctica en Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 186 y DS 128.

26 *El Constituyente*, Copiapó, lunes 14 de abril de 1879, año XVIII, Nº 5.353.

27 *Ibidem*, lunes 28 de abril de 1879, año XVIII, Nº 5.361.

28 *El Atacama*, Copiapó, jueves 1 de mayo de 1879, año V, Nº 1.465.

29 *Ibidem*, sábado 3 de mayo de 1879, año V, Nº 1.467.

30 Los periódicos copiapinos de la época tenían diversa filiación política. *El Atacama*, cuyo editor fue Elías Marconi, era adicto a la administración del Intendente en ejercicio, miembro del Partido Radical Guillermo Matta. Lo mismo sucedía con *El Elector*,

Junto con apelar al patriotismo para que la juventud copiapina y de sus alrededores se motivaran a formar parte de los cuadros que partirían al norte, la prensa también ofreció, para quien lo quisiera y por un precio módico, información acerca del uso básico de un arma de infantería muy utilizada por el Ejército chileno: el fusil Comblain. Un anuncio publicado por *El Atacama* señaló:

*“A los defensores de la Patria. El que desee aprender como debe defenderse el honor nacional, ocurra (sic) a la imprenta o a la librería del Atacama a comprar el “Manejo del rifle Comblain” por sólo 10 centavos”*.<sup>31</sup>

Paralelamente a estas exhortaciones, el 3 de mayo el gobierno dispuso el aumento de la dotación del Batallón Cívico de Copiapó, elevándolo a ocho compañías.<sup>32</sup> Días más tarde, el 13 de mayo, un nuevo decreto emitido desde La Moneda dispuso la segregación de la unidad, formándose un nuevo batallón de cuatro compañías denominado oficialmente “Atacama”, el que debía movilizarse.<sup>33</sup> Por esta razón, fue necesario más personal para servir como oficiales de la unidad en formación. Entre el nuevo contingente se encontraba Rafael 2º Torreblanca Doralea quien, según Vicuña Mackenna no le fue fácil ser aceptado.<sup>34</sup> La solicitud para ser admitido como subteniente del cuerpo en formación, enviada junto con la de otros siete jóvenes más y que debía ser avalada por el jefe de la unidad para ser considerada por el supremo gobierno, dice textualmente:

*“Hallándose vacante en el Batallón Cívico, que está a mi cargo del departamento de Copiapó, el empleo de subteniente de la séptima compañía, por el tiempo que dure la guerra con las repúblicas del Perú y Bolivia, en persona de conducta valor y aplicación. Propongo a V. S., usando la facultad, que como jefe del expresado cuerpo me corresponde.*

*En primer y único lugar al ciudadano Rafael Torreblanca. Se recomienda por su patriotismo, competencia y decisión por la causa”*.<sup>35</sup>

Otros jóvenes enlistados fueron: el capitán de la Guardia Municipal Juan R. Soto, quien en el nuevo batallón mantuvo su rango; el teniente Juan Agustín Fontanés; el subteniente de granaderos Miguel Puelma y los subtenientes Antonio 2º Garrido, Gregorio Ramírez, Alejandro Arancibia y Moisés A. Ar-

---

autodenominado como partidario y defensor del radicalismo. En la vereda opuesta estaban *El Copiapino*, dirigido por José Agustín Fraga, y *El Amigo del País*, éste último vinculado a la organización local denominada Sociedad de Amigos del País, encabezado por el presbítero Guillermo Juan Carter y dedicado a la propaganda católica. Por su parte, *El Constituyente*, a cargo de Alejandro Villegas Julio, era calificado por las editoriales de *El Atacama* y *El Elector*, como “Monttvarista” y enemigo del gobierno local.

31 *El Atacama*, Copiapó, jueves 8 de mayo de 1879, año V. Nº 1.471.

32 Boletín de las leyes i decretos, *op. cit.*, p. 85.

33 *Ibidem*, p. 103.

34 VICUÑA MACKENNA, *op. cit.*, p. 30.

35 Nota al Inspector General de Guardias Nacionales. Archivo Histórico del Ejército. Vol. DS 128. Nº 173.

ce.<sup>36</sup> Días más tarde se propuso para llenar otros cupos de capitanes a José A. Fraga, perteneciente a una importante familia local, y Ramón R. Vallejo; como subtenientes a Vicente Blanco, Juan G. Matta, hijo del Intendente, entre otros.<sup>37</sup> Tiempo después, Torreblanca fue reasignado a la segunda compañía de la unidad, a través de una nota de recomendación similar a la ya transcrita fechada el 21 de mayo de 1879.<sup>38</sup> Diez días más tarde, el 31 de mayo, fue oficializado su nombramiento.<sup>39</sup> Quedó a las órdenes del capitán Fraga y del teniente Melitón Martínez, compartiendo las tareas de subteniente con Antonio 2º Garrido.<sup>40</sup>

El batallón estaba compuesto en su gran mayoría por mineros, acompañados también por algunos artesanos y personas de otras profesiones u oficios, todos habitantes de localidades cercanas a Copiapó tales como Huasco, Chañarillo, Tierra Amarilla, Chañaral, Tres Puntas, Carrizal, Freirina, entre otras. Sin embargo, muchos eran naturales de otras provincias, tales como Aconcagua, Curicó, Colchagua, Coquimbo, Santiago y Valparaíso.<sup>41</sup>

Cabe señalar que Torreblanca ingresó directamente al escalafón del Ejército como oficial. Su elección para desempeñar tales funciones, como sucedió también con José A. Fraga, Juan G. Matta y otros, obedecía, junto con provenir de importantes familias copiapinas y poseer las condiciones personales apropiadas para ejercer el liderazgo de la tropa, a la necesidad de conseguir rápidamente mandos medios para los cuadros en formación.<sup>42</sup> Tal situación era fiel reflejo de una conducción de la guerra muy lejana al método y tecnicismo del modelo militar prusiano, muy en boga por esa época, el que luego de sus victorias ante Austria y especialmente Francia en 1870 se transformó en el paradigma doctrinario a imitar. Sólo una vez finalizada la Guerra del Pacífico, gracias a la autocrítica realizada por los propios militares, aquel sistema fue adoptado por el Ejército de Chile.<sup>43</sup>

Junto con la incorporación de nuevos hombres, también fue necesario reunir algunos elementos básicos de su equipo. Con ese objeto fue creada una Junta Central de Donativos, la que se preocupó de recaudar fondos a través de diversos medios, principalmente colaboraciones en dinero efectivo efectuadas por personas particulares o asociaciones locales.<sup>44</sup> Diariamente, los tabloides publicaron listas de las ero-

36 *El Atacama*, Copiapó, lunes 12 de mayo de 1879, año V. Nº 1.474.

37 *Ibidem*, viernes 23 de mayo de 1879, año V. Nº 1.483.

38 Nota al Inspector General de Guardias Nacionales. Archivo Histórico del Ejército. Vol. DS 128. Nº 245.

39 Hoja de servicio de Rafael Torreblanca Doralea. Archivo Histórico del Ejército. Hojas de Servicio. Vol. 5. Foja 61.

40 *El contingente...*, Vol. I, p. 176.

41 "Lista de individuos de tropa que pertenecían al regimiento Atacama en la campaña contra el Perú y Bolivia". Archivo Nacional, Fondo Benjamín Vicuña Mackenna, Vol. 251, fojas 2-9.

42 La práctica de enlistar directamente como oficiales a miembros de familias importantes fue muy común tanto en la Colonia como en la república; sin perjuicio que, como ya se mencionó, muchos suboficiales y clases pudieran acceder a tales rangos. Vergara Q., *op. cit.*, Vol. I, p. 183.

43 BRAHM G., Enrique. "Del soldado romántico al soldado profesional. Revolución en el pensamiento militar chileno. 1885-1940". *Historia*, Nº 25, Santiago, 1990, pp. 5-7.

44 La Junta Central de Donativos para la guerra fue una institución creada en la ciudad de Santiago, a través de un decreto expedido por el gobierno. A las órdenes del Intendente General de Ejército y la Armada en campaña, su función principal era

gaciones hechas por vecinos o llegadas desde poblados cercanos para, de ese modo, invitar al resto de la población a imitar tal comportamiento. Otra forma de cooperación comunitaria fue la entrega de especies u otro tipo de pertrechos. Asimismo, se realizaron distintos tipos de actividades, como por ejemplo la organización de un concierto a beneficio para financiar algunos de los gastos generados por el cuerpo. En aquella ocasión se instó a la colectividad copiapina para que rápidamente comprara los palcos disponibles y asistiera al espectáculo en el lugar, fecha y hora señalada.<sup>45</sup> Sin embargo, la entrega de la ayuda fue en extremo lenta. Durante el período de instrucción básica de la unidad se produjeron variadas quejas respecto de lo mal vestida que se encontraba la hueste, tanto en su permanencia en el cuartel de Copiapó así como al momento de ser enviados a Caldera. Ante tal situación, se solicitó a la comisión encargada de administrar los subsidios invertir algunos de los fondos existentes en su poder en la compra de indumentaria, especialmente en vista de la próxima llegada del invierno. Producto de la petición, la comisión informó que a la brevedad posible adquiriría ropa interior para la tropa e intentaría suministrarles un uniforme.<sup>46</sup>

La contribución económica de la provincia de Atacama también se vinculó con causas emprendidas en el resto del país. Además de reunir dinero para las tropas de su localidad fueron recibidos numerosos aportes destinados a construir un nuevo buque para la Armada, el que sería bautizado como Esmeralda, en recuerdo y homenaje a la corbeta hundida en la rada de Iquique.<sup>47</sup>

#### EL ATACAMA EN CALDERA Y ANTOFAGASTA

Por la tarde del 26 de mayo, el Batallón Atacama se trasladó en ferrocarril hasta Caldera para continuar con su adiestramiento y custodiar el puerto ante un posible desembarco de tropas enemigas. En su viaje les acompañó el intendente Matta y el Cuerpo de Bomberos, los que fueron llevados al embarcadero para prestar sus servicios en caso de ser necesarios.<sup>48</sup> El viaje no estuvo exento de polémica. La prensa opositora a la gestión del intendente, se quejó de graves deficiencias en la distribución de vestuario y de alimentación entre la tropa, calificando a las autoridades como inoperantes y criminales. En *El Amigo del País* se escribió:

*“Por orden del gobierno se formó aquí una brigada de cuatrocientos hombres que hace dos días marcharon a Caldera. Estos infelices estaban casi desnudos y muchos de ellos no tenían ni camisa.*

---

la de recolectar las erogaciones en dinero y enajenar los aportes realizados en artículos y especies que, por su naturaleza, les eran inútiles tanto en el Ejército como en la Armada. Asimismo, tenía la facultad de nombrar nuevas juntas en las diferentes provincias del país, las cuales debían estar sujetas a los dictámenes de la Junta de Santiago. Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Año de 1879. Suplemento al libro XLVII..., pp. 127-128.

45 *El Atacama*, Copiapó, viernes 18 de abril de 1879, año V, N° 1.454.

46 *Ibidem*, sábado 31 de mayo de 1879, año V, N° 1.490.

47 Numerosos documentos acerca de la contribución económica de la población de Atacama, tanto para equipar a su batallón, como para unidades médicas y la construcción de la nueva Esmeralda, se pueden encontrar en: Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 523.

48 *El Atacama*, Copiapó, martes 27 de mayo de 1879, año V, N° 1.486.

*Las señoras y muchos caballeros reunieron dinero para comprarles un traje, el Intendente los manda a Caldera medio desnudos y aún sin tener frazada para dormir.*

*Esto es una vergüenza para nuestro Intendente; su indolencia es criminal: trata a los pobres soldados peor que a los perros...*

*El gobernador de Caldera telegrafió que no tenía fondos para prepararles comida, y entonces las señoras de Copiapó se dirigieron al gobernador diciéndoles que ellas respondían por los gastos y que se les diera comida.*

*¡Que tal!*

*He ahí un Intendente y un Gobernador que no merecen la sal que comen”.*<sup>49</sup>

A pesar de las críticas, la situación no mejoró. El 23 de julio, el comandante de la unidad, el coronel Juan Martínez, escribió al intendente y comandante general de armas de la provincia, el mismo Guillermo Matta, reiterándole una solicitud anterior por vestuario adecuado para sus hombres:

*“Vuelvo a distraer la atención de Us., haciéndole presente que la tropa del batallón a mi mando se halla completamente falta de calzado, pantalones y demás prendas necesarias para su uso ordinario”.*<sup>50</sup>

El problema sólo se solucionó con el arribo desde el sur del equipo y vestuario tantas veces requerido por el coronel Martínez. A fines del mes de septiembre, el vapor Toltén arribó a Caldera con 588 fusiles Gras y 600 fundas, 37.500 tiros, 600 quepis de paño azul, 600 quepis de lana, 600 levitas, 1.200 camisas blancas, 600 pares de botas, 500 frazadas, 600 cantimploras, etc. Sin embargo, el jefe del Atacama hizo notar que los suministros enviados por el Ministerio de Guerra, eran insuficientes para apretrechear a todos los soldados bajo su mando. Se requerían aún 12 fusiles, 2.500 tiros y algunas mantas; mientras que para la totalidad del batallón faltaban los pantalones del uniforme.<sup>51</sup>

La carencia de uniformes, equipo y pertrechos militares para las tropas, fue un hecho sintomático de la improvisación inherente a un ejército en pleno proceso de formación para enfrentar el desafío de la guerra.

Una vez establecidos en Caldera, las tropas fueron alojadas en el cuartel de cívicos y en las instalaciones de la Escuela de Varones.<sup>52</sup> Junto con el entrenamiento, el batallón participó en la construcción de los fuertes Arturo Prat, donde fueron acantonados Torreblanca y sus camaradas.<sup>53</sup>

---

49 *El Amigo del País*, Copiapó, jueves 29 de mayo de 1879, año VII. Nº 667.

50 “Nota del coronel Juan Martínez al Comandante General de Armas de Atacama”, Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, Nº 69.

51 “Telegrama del coronel Juan Martínez al Comandante General de Armas de Atacama”, Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, S. / No.

52 *El Atacama*, Copiapó, miércoles 28 de mayo de 1879, año V, Nº 1.487.

53 FIGUEROA, Pedro Pablo. *Atacama en la Guerra del Pacífico (Reminiscencias históricas)*, Santiago, Imprenta Colón, 1888, p. 59.

Pese a los muchos jóvenes ya enlistados en el Atacama, al momento de la partida a Caldera faltaba al menos un sexto de la dotación del batallón por completar. Paralelamente a su permanencia en la localidad costera, constantemente se incorporaban a la unidad grupos de 5, 10 o hasta 15 individuos.<sup>54</sup> Con toda seguridad, gran parte estas personas fueron enlistadas por el sargento 2º Carlos Martínez, quien a mediados del mes de junio se desplazó hacia las subdelegaciones de Loros, San Antonio y Lomas Bayas con el objetivo de contratar o reclutar a nuevos individuos.<sup>55</sup> Otro viaje en busca de nuevo contingente se realizó a inicios del mes de septiembre; oportunidad en la cual el teniente Antonio María López se desplazó a Chañaral, regresando con buen éxito en su cometido. Los gastos producidos a propósito de los nuevos efectivos ingresados a las filas eran cubiertos por la Comandancia General de Armas de Copiapó.<sup>56</sup>

El 21 de junio fueron embarcados a bordo del transporte Maule y con destino a Antofagasta 100 hombres del batallón, bajo las órdenes de los oficiales Vilche y Ramírez. En la misma nave se trasladó a 200 infantes del Coquimbo.<sup>57</sup>

Hacia fines de mes, Torreblanca y el resto de los oficiales del Atacama escribieron una misiva al intendente Matta, en su calidad de presidente de la Municipalidad de Copiapó, con el objeto de solicitarle la extensión del permiso dado al funcionario de esa corporación Olegario Arancibia, quien se desempeñaba como Sargento Mayor Instructor en la unidad. La petición se fundamentaba en el importante rol cumplido por Arancibia, durante el entrenamiento de los oficiales y la tropa, lo que permitía al coronel Martínez dedicarse a las numerosas ocupaciones inherentes al cargo de comandante del batallón.<sup>58</sup> El hecho que capitanes, tenientes y subtenientes realizaran tal petición, da cuenta del grado de proximidad y confianza existente entre la jefatura y el personal en adiestramiento, elementos de vital importancia en la conformación de una unidad de combate aguerrida y eficiente.

Mientras en Santiago se realizaban los primeros aprestos y se debatía acerca del plan más idóneo para iniciar la invasión del Perú, se tomó la decisión, materializada a través de un decreto fechado el 30 de junio de 1879 –firmado por el Presidente Aníbal Pinto y por el ministro de Guerra general Basilio Urrutia– de movilizar al Batallón Atacama. En la misma oportunidad también fueron integrados a las fuerzas regulares los batallones Coquimbo y Chillán.<sup>59</sup> Estas unidades pasaron a formar parte del Ejército Central de Reserva, es decir, las fuerzas acantonadas en Santiago, Valparaíso, la frontera araucana y otros puntos a las órdenes del coronel Cornelio Saavedra.

---

54 *El Atacama*, Copiapó, miércoles 18 de junio de 1879, año VI, Nº 1.504.

55 “Nota del coronel Juan Martínez al Comandante General de Armas de Copiapó”. Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, Nº 22.

56 “Nota al inspector de Guardias Nacionales”. Archivo Histórico del Ejército. Vol. DS 128. Nº 551.

57 *El Atacama*, Copiapó, sábado 21 de junio de 1879, año VI, Nº 1.507.

58 “Carta de los oficiales del batallón Atacama al Intendente de la provincia de Atacama”. Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, s. / Nº.

59 Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Año de 1879..., *op. cit.*, pp. 157-158.

Durante su estadía en Caldera, Torreblanca y sus compañeros de armas debieron permanecer atentos ante la posibilidad de una incursión del monitor peruano Huáscar, que en ese momento asolaba las costas y naves chilenas gracias a la pericia de su comandante Miguel Grau. El 22 de julio, acompañado por la corbeta Unión, el Huáscar ingresó a la rada de Caldera donde su capitán se entrevistó con su par del transporte Colombia, de bandera inglesa. A bordo de esa nave Grau tomó conocimiento de la salida desde Valparaíso del Rímac, vapor que sin escolta alguna llevaba a Antofagasta al escuadrón de caballería Carabineros de Yungay. Días más tarde, el transporte caería en manos de la escuadra del Perú con toda su valiosa carga de soldados, armas y caballos.<sup>60</sup> Ajenos a lo que se fraguaba en la bahía, Torreblanca y sus hombres tomaron su posición en el fuerte norte a las órdenes de Carlos Porter, un experimentado teniente de artillería, quien tomó el control del cañón allí emplazado. Repartida la munición correspondiente, la compañía se dividió en tres porciones, una de ellas subordinada a Torreblanca, quedando a la espera de los movimientos de las naves peruanas, permaneciendo en su puesto durante el resto de la noche. Finalmente, con la llegada del nuevo día vieron que los buques se retiraron sin disparar sobre las instalaciones del puerto o desembarcar gente. Pese a no verse envueltos en una acción de combate real, la aparición de la escuadra peruana sirvió para que Torreblanca observara la actitud de sus hombres al enfrentarse con el enemigo:

*“Cada vez estoy más complacido de ir acompañando a soldados como los que tenemos. Ningún enfermo quiso quedarse sin formar y todo el tiempo que nos duró la esperanza de entrar en acción, se han comportado con el aplomo y serenidad de viejos veteranos y con un entusiasmo que no se manifestó con gritos a la patria cosa para mí al menos algo desagradable en un soldado, pero sí la alegría que manifestaban en sus rostros. Esto parece palanganada después de haber salido del trance sin disparar un tiro; pero deja de serlo si se considera que no creímos ni por un instante que los peruanos entraron sólo por manifestarnos su presencia, sin intentar nada hostil ni comunicar para nada con tierra”.*<sup>61</sup>

En el relato destaca la buena opinión del oficial sobre los hombres bajo su mando, especialmente al momento de enfatizar en la compostura demostrada al enfrentar al adversario, sin caer en demostraciones patrióticas desmedidas e innecesarias. Tal comentario denota la mesura de carácter de Torreblanca, quien, a la luz de sus palabras, comprendía la importancia de que al momento de encarar el combate real la tropa debía estar motivada, pero con la suficiente concentración y autocontrol para no cometer torpezas ni yerros los cuales podrían poner en riesgo la integridad personal de cada individuo, como también la de sus camaradas de armas. La confianza del líder de una unidad de combate en sus soldados es un elemento fundamental para el éxito en la consecución de los objetivos a cumplir en una acción de guerra.

---

60 BULNES, *op. cit.*, Vol. I., pp. 233-237.

61 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Caldera, julio 22 de 1879). En Fernández L, Sergio (Editor), *op. cit.*, pp. 123-124.

Mientras permanece acantonado con sus camaradas en Caldera, Torreblanca descartó la posibilidad de retirarse del Ejército para integrarse a la Armada con el objeto de tomar a la brevedad parte activa en la guerra. En una carta dirigida a su hermana Petronila, le manifiesta su intención de permanecer en las filas del Atacama por cuanto cree que allí podrá satisfacer su deseo de ser protagonista de las próximas acciones militares de la guerra:

*“Tenía conocimiento del decreto del gobierno relativo al aumento de guardiamarinas y, francamente, no me ha tentado. Creo firmemente que los marinos que se hundieron en Iquique han puesto punto final a la guerra marítima. El Huáscar no se atreverá a batirse con ninguno de nuestros blindados, y esto es muy probable que consigan darle caza. Las operaciones en el mar no tendrán gran importancia y por eso prefiero quedarme donde estoy, pues al ejército le toca en adelante desempeñar el principal papel.*

*Verdad es que mi puesto es insignificante; pero ocasiones de ascender se presentarán con frecuencia para el que quiera y sepa aprovecharlas”.*<sup>62</sup>

La inocente ambición de obtener gloria en la guerra y un ascenso en el escalafón del Ejército como premio por su desempeño en el campo de batalla, algo muy común entre los soldados de la época y provocado por sus propios sentimientos patrióticos y la euforia bélica, no fue ajena para este oficial del Atacama.

Tras la aparición del Huáscar en Caldera, la estadía del Atacama en el puerto transcurrió sin mayores sobresaltos. Continuó con su entrenamiento y completando progresivamente el número de efectivos suficientes para enfrentar la invasión al territorio enemigo pronta a iniciarse. Su fuerza disponible al 12 de agosto alcanzaba a 532 hombres, desglosados en: dos jefes, cuatro capitanes, dos ayudantes, cuatro tenientes, 10 subtenientes y 512 clases e individuos de tropa. Pese a contar con una importante cantidad de soldados el armamento disponible era exiguo, contando tan sólo con 300 fusiles modelo 1853 en mal estado. La munición era insuficiente pues poseían escasas 6.000 cápsulas, en su gran mayoría defectuosas, y con el inconveniente que no eran utilizables por completo debido al mayor ancho de la bala en relación con la boca del cañón. Al momento del disparo, el tirador desechaba el proyectil o bien perdía mucho tiempo en romperlo para encajarlo en el arma.<sup>63</sup> Como ya se mencionó, los problemas de equipamiento se solucionaron en su gran mayoría sólo hacia fines de septiembre.

Sin embargo, el estado de alerta era permanente. Las autoridades de Caldera tomaron las medidas necesarias para evitar que en una nueva aparición sorpresiva el Huáscar atacara las embarcaciones sur-

---

62 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Petronila Torreblanca (Caldera, julio 31 de 1879). En Fernández L, Sergio (Editor), *op. cit.*, pp. 127.

63 “Nota de Cesaréo Aguirre al Comandante General de Armas de Atacama”. Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 525, N° 348.

tas en la rada, puntualmente al transporte Lamar, intentando cañonearlo o lanzarle torpedos. Para alertar a tiempo la llegada del monitor o de otra nave de la Marina de Guerra peruana, todas las noches una chalupa tripulada por Torreblanca, un cabo y cinco soldados se internaba en la bahía, con la misión de lanzar una bengala en cuanto asomase cualquier navío. La tarea asignada valió un comentario de Torreblanca en sus cartas enviadas desde Caldera:

*“Hace ya 15 ó 20 días que tengo este oficio. Esta clase de guardia tiene siquiera la entretención de la pesca, entretención que me ha salido poco productiva pues hasta ahora no he podido sacar ni una sardina en el anzuelo. Pero he encontrado cosas curiosas en esta nueva vida, por mi desconocida. Así por ejemplo no sabía que los pescados (sic) se ven mejor de noche que de día, ni había visto la lluvia de fuego que hace saltar el remo en el agua, en las noches oscuras. Ponchos del color del relámpago, son cardúmenes, y globitos de fuego que aparecen por instantes sobre el agua, son hocicos de pescados que asoman al aire”.*<sup>64</sup>

Este testimonio sirve para ilustrar una situación común para casi todas las personas involucradas en un conflicto armado. Sabido es que para quienes participan de la guerra en cualquiera de sus ocupaciones, el devenir cotidiano en las filas de las instituciones militares se compone de largos e interminables momentos de ocio y tedio, matizados por ejercicios y marchas u otros quehaceres rutinarios; mezclados, en caso de tener ocasión de participar directamente en una batalla, con el miedo, horror y destrucción propios de los combates propiamente tales. De ese modo, gran parte del tiempo es ocupado en situaciones de ordinaria ocurrencia, las cuales adquieren una connotación especial para los soldados. A la luz del comentario vertido por Torreblanca se infiere que él, y con seguridad sus compañeros, matizaron las actividades castrenses con la observación del entorno, el esparcimiento y enriquecimiento personal; por cuanto una tarea de carácter netamente militar, como en este caso las rondas nocturnas a la bahía de Caldera, les permitieron adquirir nuevas experiencias de vida y, en parte, distraerse de las obligaciones inherentes a sus obligaciones como hombres de armas. Otro aspecto importante en el devenir habitual de las tropas fue el envío y recepción de correspondencia, elemento fundamental para mantener alta la moral de los soldados instruidos (no todos sabían leer y escribir), por cuanto les permitió mantenerse informados de cuanto ocurría con sus familias y amigos durante su permanencia en sus respectivos cantones, campamentos o en campaña. En sus epístolas, Torreblanca junto con describir en detalle las alternativas de la vida militar pudo comentar a sus familiares diversos sucesos.<sup>65</sup> Igualmente, el acceso a los periódicos chilenos les facilitó tomar conocimiento del acontecer nacional y de las impresiones de los corresponsales acerca de las alternativas de la guerra. Gracias a las cartas y la prensa, un trozo del terruño pudo llegar a sus manos, ayudando a mantener en alto el espíritu de la hueste.

64 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Caldera, agosto de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 133.

65 Por los tópicos tratados, las descripciones hechas y por los comentarios realizados en los escritos de Torreblanca, donde la crítica y la ironía son habituales para con algunos de los mandos del Ejército, se desprende que no existió censura para con la correspondencia enviada. No sólo los oficiales gozaron de plena libertad para difundir sus opiniones, los soldados comunes y

Las rondas nocturnas a la ensenada de Caldera finalizaron cuando el transporte Lamar abandonó el lugar. En seguida, Torreblanca fue comisionado para dirigir la construcción de otro fuerte para el puerto, colocándose al frente de sus hombres para dirigirlos en la tarea asignada. Nuevamente los soldados del Atacama debieron dejar de lado el entrenamiento con el fusil y la bayoneta, retomando el oficio de la albañilería.<sup>66</sup>

Durante el desarrollo de las acciones navales de la guerra, la cañonera chilena Magallanes capturó la goleta mercante peruana Coqueta. A bordo de ésta viajaban algunos marineros pertenecientes a la dotación del Huáscar, los cuales fueron capturados como prisioneros de guerra.<sup>67</sup> Torreblanca pudo observarles y conversar con ellos durante una escala de la Magallanes en Caldera. En aquella oportunidad logró, por primera vez, tomar contacto directo con miembros de las Fuerzas Armadas enemigas y, de paso, formarse su propia impresión de ellos. El hecho quedó registrado en una de las misivas dirigidas a su hermano Manuel Antonio:

*“[En la Magallanes] llevaban a bordo dos marineros que el Huáscar dejó en un buque mercante por arrancar a prisa del Blanco. Cuando los vi estaban muy tranquilos comiendo revueltos con los marineros. Uno de ellos es indio fino, otro parece chileno y es bastante vivo. Me dijeron con orgullo que eran marineros del Huáscar, les pregunté si los trataban bien y respondieron que sí, pero que estarían mejor en su tierra”.*<sup>68</sup>

A la luz de este testimonio, se infiere que la opinión de Torreblanca acerca de los prisioneros fue positiva. Se refirió a ellos con respeto y consideración, realizando una sucinta descripción física y de su personalidad; interesándose además por el trato brindado a bordo de las naves chilenas.

Pese a la tranquilidad que caracterizó en gran parte de la estadía del Atacama en Caldera, ésta no estuvo exenta de problemas. A fines del mes de julio y comienzos de agosto se produjeron varias deserciones de las filas del cuerpo, entre ellas las de los soldados Jesús Olmos, Segundo Sepúlveda, Misael Díaz y Saturnino Fuenzalida. Los cupos dejados por estos individuos fueron suplidos con la incorporación de nuevos voluntarios.<sup>69</sup> Otra complicación surgió del sumario seguido en contra del sargento 2º Daniel Contreras, quien fue encontrado borracho luego de ser enviado con dos soldados

---

corrientes también tuvieron tal posibilidad. Esto se infiere de la lectura de las cartas de Abraham Quiroz, quien en los escritos dirigidos a su padre relató todas las experiencias y problemas vividos durante su permanencia en las filas del Ejército chileno. Quiroz, Abraham, “Epistolario inédito de su campaña como soldado raso durante toda la Guerra del Pacífico. 1879-1884”. En **Dois soldados en la Guerra del Pacífico**, Buenos Aires-Santiago, Editorial Francisco de Aguirre, 1976.

66 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Caldera, septiembre 5 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 137.

67 **Boletín de la Guerra del Pacífico**, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979, pp. 201-203.

68 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Caldera, septiembre 5 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 137.

69 Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 186. Nº 327 y 355.

a comprar ropa para la escuadra a su cargo. Sorprendido en estado de ebriedad se resistió al arresto, maltratando a los oficiales que intentaban llevarlo de vuelta al cuartel, agravando la falta cometida. Como castigo por sus actos fue degradado al rango de soldado raso y reubicado desde la 3ª a la 2ª compañía del batallón.<sup>70</sup>

Luego de la captura del Huáscar en Angamos (octubre 8 de 1879), el gobierno chileno pudo disponer casi con absoluta libertad el lugar en donde se iniciaría la invasión del territorio peruano. Con ese fin, los regimientos y batallones disponibles fueron llevados a Antofagasta, colocándose a disposición del alto mando del Ejército para ser transportados desde allí hacia el lugar establecido para el desembarco. El Atacama y el Coquimbo fueron embarcado al norte el 14 de octubre a bordo del vapor Itata. Viajaron en convoy con el Toltén y el Toro siendo escoltados hasta su destino por la Magallanes.<sup>71</sup>

Ya en Antofagasta, el Atacama tuvo la oportunidad de realizar ejercicios de tiro al blanco ante la población local. En la oportunidad los infantes mostraron notables avances respecto de sus primeras incursiones, cuando se trataba de reclutas recién sometidos a la disciplina y entrenamiento militar. Según el periódico antofagastino *El Catorce de Febrero*, las habilidades demostradas en el uso de los nuevos fusiles Gras fueron muy buenas, acertando en la mayoría de las punterías.<sup>72</sup> Del mismo modo el día 26 de octubre, por orden del General en Jefe del Ejército Erasmo Escala, ferviente devoto católico, en una ceremonia efectuada ante la comunidad antofagastina y las tropas acantonadas en la plaza, fue bendecido el estandarte del Batallón Atacama por el canónigo José Ramón Saavedra.<sup>73</sup> La consagración del emblema, bordado por una comisión de señoras copiapinas, fuera de su ciudad natal, y más aún, la persistente negativa presentada hasta ese momento por el intendente Matta para proceder con la ejecución tal rito, fue motivo de críticas por parte de la prensa conservadora de Copiapó. Otra razón de molestia para los católicos fue la imposibilidad, debido a la expresa prohibición del Intendente, de repartir escapularios de la Virgen del Carmen, al considerarlos inútiles en las futuras operaciones el Ejército.<sup>74</sup>

A pocos días de iniciarse la invasión al Perú y con el Batallón Atacama aguardando sus órdenes para ocupar un lugar entre las tropas que participarían en el asalto, la transformación de Torreblanca y sus camaradas, de hombres comunes y corrientes a soldados prácticamente se había completado. Sin embargo, aún les faltaba enfrentarse cara a cara con el enemigo y la muerte, para, desde ese momento en adelante, comenzar a demostrar las habilidades colectivas e individuales adquiridas en meses de entrenamiento.

---

70 "Sumario seguido al sargento 2º de la 3ª compañía del Batallón Atacama Daniel Contreras". Archivo Histórico del Ejército. Vol. DS 128. s. / No.

71 *El contingente...*, Vol. I., p. 168.

72 *El Catorce de Febrero*, Antofagasta, viernes 24 de octubre de 1879, año I, N° 109.

73 *Ibidem*, martes 28 de octubre de 1879, año I, N° 111.

74 *El Amigo del País*, Copiapó, martes 17 de noviembre de 1879, año VIII. N° 737.

*PISAGUA: EL BAUTISMO DE FUEGO*

El 2 de noviembre de 1879 a través de desembarcos simultáneos en Pisagua y la caleta Junín se inició la invasión a territorio peruano. Transportado a bordo del Limarí, al Atacama le correspondió participar en el asalto a la playa de Pisagua, siendo enviado a tierra en los dos primeros escalones de ataque. En el primero tomaron parte la 1ª y 3ª compañías, y en el segundo la 2ª y la 4ª, acompañándoles tropas del Buin y de los Zapadores.<sup>75</sup> Según el relato del comandante Diego Dublé Almeyda, el día anterior al desembarco recibió orden del general Escala de sacar al Batallón Navales de la nómina de unidades designadas para tomar tierra en la jornada siguiente y reemplazarlo por otra. El cuerpo elegido fue el Atacama.<sup>76</sup>

Sabido es que el subteniente Torreblanca desempeñó un destacado papel en el combate. Tomó parte en la segunda ola de desembarco y junto con los hombres a sus órdenes superaron no sin grandes dificultades la playa y el farellón rocoso de Pisagua, para una vez llegados a Hospicio enarbolar sobre un poste del telégrafo, por primera vez en territorio enemigo, el pabellón chileno.<sup>77</sup> El Alto Mando del Ejército tomó conocimiento de este hecho sólo cuando se elaboró el parte oficial del combate. Durante la redacción del documento el coronel Emilio Sotomayor, jefe de las fuerzas chilenas, inquirió información respecto a lo sucedido en la ascensión a Hospicio. Esto produjo una discusión entre los jefes de los distintos cuerpos participantes en la acción, disputándose para sus respectivas unidades el honor de ser reconocida como los primeros en llegar a las alturas de Pisagua, e instalar allí la divisa chilena. La verdad de los hechos se conoció producto de la casualidad. El sacerdote José Domingo Pérez, jefe de una ambulancia peruana y protegido por las fuerzas chilenas, en un almuerzo con el coronel Sotomayor conversó sobre lo sucedido durante el enfrentamiento y relató el incidente de la colocación del emblema. Su testimonio, transcrito en el diario de campaña de Diego Dublé Almeyda, fue el siguiente:

*“Como a las 5 P. M., se presentó un individuo casi completamente desnudo a la entrada de la ambulancia (...) Al ver al canónigo el soldado lo apuntó con su fusil, pero aquel le dijo, inclinando la cabeza para que le viese la corona: “Soy sacerdote, señor, estoy a cargo de este hospital.” Lo que fue suficiente para que el soldado retirase su arma.*

*Pocos minutos después llegó otro soldado chileno, y poniéndose al habla con su compañero, ambos se dirigieron a la casa situada al frente de la ambulancia, en cuyo corredor había un piano. Se acercaron al instrumento y se pusieron a tocar de una manera horrible, conservando sus fusiles sujetos con las piernas, mientras empleaban las manos en dar fuertes golpes sobre el teclado del piano, ocupación que fue interrumpida por la presencia de un oficial chileno que llegó acompañado de dos*

---

75 PINOCHET U., Augusto. *La Guerra del Pacífico. Campaña de Tarapacá*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1979, pp. 120-123.

76 DUBLÉ ALMEYDA, Diego. “Lo que yo he visto”. En *Las Últimas Noticias*, Santiago, miércoles 23 de octubre de 1907, año V, N° 1.524, p. 5.

77 *El Constituyente*, Copiapó, sábado 8 de noviembre de 1879, año XVIII, N° 5.509.

*soldados. El oficial los llamó, y con ellos, se acercó al poste del telégrafo que está frente a la casa a la orilla del cerro. Se paró sobre los hombros de los soldados y amarró a la extremidad del poste la bandera chilena".*<sup>78</sup>

Dicho esto, Sotomayor solicitó al religioso le avisara al instante si veía nuevamente al oficial, pues deseaba conversar con él. Por la tarde del mismo día, el canónigo individualizó a Torreblanca y se puso en contacto con los jefes chilenos. Luego, el comandante Dublé Almeyda, acompañado por el mayor Lopetegui, fueron quienes acompañaron al canónigo Pérez a buscar al oficial:

*"En la tarde del mismo día el canónigo entró a la pieza donde el coronel Sotomayor trabajaba con sus ayudantes, y le dijo: "Señor coronel, el oficial de la bandera, en este momento ha entrado a la maestranza".*

*Con el canónigo y el mayor Lopetegui nos dirigimos al interior de la maestranza del ferrocarril situada a pocos pasos de la casa en que nos hallábamos. Allí vimos un oficial ocupado con un martillo dando golpes al remache de la empuñadura de su espada. Al ser interrogado, me dijo ser subteniente del Atacama, y su nombre Rafael Torreblanca.*

*Con él me dirigí a la oficina del coronel Sotomayor e interrogado por éste le refirió modestamente su subida a Hospicio en compañía de soldados del batallón, y la circunstancia de la colocación de la bandera, todo lo cual fue fácilmente comprobado.*

*Así concluyó este incidente que traía a varios jefes preocupados, pues cada uno quería para los suyos la honrosa y distinguida acción de ser los primeros en colocar la bandera chilena en las cimas de Pisagua".*<sup>79</sup>

Al igual como sucedió con Torreblanca, el desempeño del Atacama en el combate fue muy destacado, revelándose como un cuerpo aguerrido y altamente motivado al momento de enfrentar al enemigo, participando en una acción difícil y marcada por la agresividad demostrada por ambos contendientes. En la ascensión del farellón, muchos de los soldados bolivianos ya lastimados continuaron disparando contra los asaltantes, quienes, en vista de las circunstancias no trepidaron en repasar, es decir, dar muerte a los heridos que les atacaban.<sup>80</sup> Según una crónica publicada en el periódico *El Atacama*, luego de terminado el reñido combate librado en las arenas de Pisagua y en la subida a Hospicio, Torreblanca, en una decidida intervención, libró de la muerte al teniente coronel peruano Manuel A. Saavedra, quien pese a rendirse, estuvo a punto de ser fusilado por la tropa.<sup>81</sup>

---

78 DUBLÉ ALMEYDA. "Lo que yo he visto". *op. cit.*, viernes 25 de octubre de 1907, año V, N° 1.526, p. 5.

79 *Ibidem*.

80 AHUMADA MORENO, Pascual. Guerra del Pacífico. Recopilación completa de todos los documentos oficiales, correspondencias y demás publicaciones referentes a la guerra que ha dado a luz la prensa de Chile, Perú y Bolivia, conteniendo documentos inéditos de importancia, Vol. II., Valparaíso, Imprenta del Progreso, 1884-1892, p. 91.

81 *El Atacama*, Copiapó, martes 11 de noviembre de 1879, año VI, N° 1.623.

Luego de conocidas las primeras noticias de lo ocurrido en Pisagua, la prensa de Copiapó subrayó la participación de *“nuestros comprovincianos los bravos del batallón Atacama”*.<sup>82</sup> Colocaron especial énfasis en la reacción de la comunidad copiapina respecto del papel desempeñado por su cuerpo, señalando entre otras cosas, que *“Atacama está orgullosa de su noble batallón”*.<sup>83</sup> El nombre de Rafael Torreblanca destacó entre los oficiales y soldados pertenecientes a la unidad. Encabezar las tropas llegadas a Hospicio e izar por primera vez la bandera chilena en territorio enemigo, le valió, en palabras de Virgilio Figueroa, automáticamente *“el título de valiente”*.<sup>84</sup> Su proceder en la batalla significó ganarse el reconocimiento de su ciudad natal y, de paso, todo país. Los corresponsales chilenos, principalmente de periódicos de Santiago y Valparaíso, ávidos de contar historias y encontrar personajes heroicos no dudaron en ensalzar las acciones realizadas por los soldados chilenos y particularmente lo obrado por Torreblanca, elevándolas a la calidad de proezas increíbles. Tal fue el nivel de inverosimilitud de algunos escritos, que el propio Torreblanca salió al paso de ellos. En una carta dirigida a su hermano Manuel, manifiesta su interés de *“poner las cosas en su lugar”* desmintiendo de plano algunas afirmaciones exageradas respecto de su participación en el desembarco y de lo sucedido después del combate:

*“¡Como abultan las noticias de Chile! Por lo que me toca personalmente quisiera desprenderme de ciertas hazañas que me cuelgan los de Copiapó.*

*Así, por ejemplo, aquella historia de los agujeros de mi ropa tapados con pedazos de bandera por el General en Pisagua, no pasa de ser una farsa grotesca.*

*Y ya que mencionan que yo fui el 1er oficial que llegó al campamento boliviano en el combate del 2º, no debieron echar en olvido que, el subteniente Alejandro Arancibia me acompañó en aquel último trance.*

*Espero que la carta que te escribí desde Pisagua y que has recibido tan tarde contribuya a poner las cosas en su lugar, al menos entre los aparceros”*.<sup>85</sup>

Pese a las exageraciones comentadas por Torreblanca, la intervención del batallón en el asalto fue reconocida en todo el país, pues las crónicas de los diarios de Santiago y Valparaíso se reproducían en la prensa de provincia. Por otra parte, el Presidente Pinto en persona, y el representante del ejecutivo en campaña Rafael Sotomayor enviaron sendas notas al intendente Matta, congratulándole a él y a la provincia por el arrojo y esfuerzo mostrado en el combate por la unidad que les representaba. A su vez, el intendente mandó un escrito de felicitación dirigida al comandante del cuerpo, coronel Martínez.<sup>86</sup>

82 *El Constituyente*, Copiapó, lunes 17 de noviembre de 1879, año XVIII, N° 5.596.

83 *El Amigo del País*, Copiapó, sábado 8 de noviembre de 1879, año VIII, N° 733.

84 FIGUEROA, *op. cit.*, Tomos IV-V, p. 910.

85 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 14 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 169.

86 AHUMADA MORENO, *op. cit.*, Vol. II, p. 118.

### LA BATALLA DE SAN FRANCISCO Y LA ESTADÍA EN TARAPACÁ

A semanas de iniciada la incursión en Tarapacá, el día 19 de noviembre, y luego de una escaramuza entre partidas de caballería en Pampa Germania, se enfrentaron el grueso de los ejércitos chileno y Perú-boliviano en la batalla del cerro de San Francisco o Dolores. En la ocasión, al Atacama le correspondió participar en la defensa de la unidad de artillería comandada por el mayor José de la Cruz Salvo, en conjunto con los propios artilleros y algunos hombres del Coquimbo, rechazando en sucesivas oportunidades a la infantería aliada que amenazaba conquistar la posición donde se encontraban emplazados los cañones, obligándoles a retirarse. La lucha fue intensa. El Atacama y el Coquimbo debieron cargar cuerpo a cuerpo, a la bayoneta, para derrotar a su enemigo. En una de sus cartas, Torreblanca describió lo ocurrido en los faldeos del cerro de San Francisco:

*"...ordenó el comandante Martínez cargar a la bayoneta, el teniente Moisés Arce, con los restos de su 3ª compañía y a mi con una parte de la 2ª que había sufrido muy poco. Los cuicos fueron batidos y del 1er. empuje llegamos al pie del cerro y los desalojamos de una oficina desde donde pudieron fusilar tras de trincheras al puñado de hombres que nos seguían. Arce ha sido el héroe de la jornada. Yo lo alcancé muy abajo".<sup>87</sup>*

Pese a que el propio Torreblanca disminuyó la importancia de su participación en el combate, el coronel Martínez en el parte oficial destacó la intervención del entonces subteniente en la carga que desbandó a los asaltantes, así como también la de los tenientes Cruz Daniel Ramírez y Moisés Arce.<sup>88</sup> Pese al éxito registrado en la jornada, las tropas Perú-bolivianas fueron derrotadas y puestas en fuga, el costo en muertos y heridos fue alto. El hecho no pasó por alto para Torreblanca, quien en la recién citada misiva comentó la situación, lamentándose de la gran cantidad de bajas registradas en su unidad:

*"Nuestro pobre batallón ha quedado destrozado. Han muerto el capitán Vallejos y los subtenientes Blanco y Wilson y heridos el ayudante Ramírez y el subteniente Abinagoitis. Entre la tropa 82 bajas entre muertos y heridos".<sup>89</sup>*

Estas palabras de tristeza, también se expresaron en otro modo. Uno de los rasgos más destacados de la personalidad de Torreblanca, resaltado tanto por sus biógrafos como por los historiadores, fue su pasión por las letras materializada en sentidos poemas acerca de su vida personal y experiencias como soldado. La muerte en combate del capitán Vallejos y de los subtenientes Blanco y Wilson, junto con participar en la penosa tarea de rescatar sus restos y sepultarlos, le inspiraron lo suficiente como para crear un

---

87 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, noviembre 20 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 154.

88 AHUMADA MORENO, *op. cit.*, Vol. II, p. 138.

89 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, noviembre 20 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, pp. 154-155.

verso-epitafio, el que fue escrito a lápiz en la rústica cruz de madera que acompañó la improvisada tumba de sus amigos y camaradas:

*“Cayeron entre el humo del combate,  
Víctimas del deber y del honor.  
¡Denodados y heroicos compañeros!  
Valientes de Atacama. ¡Adiós! ¡Adiós!”*<sup>90</sup>

- 
- 90 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 14 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 168. Benjamín Vicuña Mackenna menciona dos en *El álbum de la gloria*. El primero de ellos, dedicado a su motivación y obligaciones como soldado en campaña, señala:

“En campaña, soldado y no poeta,  
Mi lira es hoy un refulgente acero,  
Y mi música el toque de corneta.  
Que a cumplir su deber llama al guerrero.

No tengo ya esas notas que arrancaban  
El sentimiento al corazón ardiente.  
Y en amorosos cánticos llevaban  
Tiernos tributos de pasión ferviente.

El amor, ¡ay!, si en mi alma se atesora  
Es aquel que a la Patria a mi me inspira  
El deseo de verla triunfadora,  
De verla libre y que al progreso aspire!”

Ricardo Passi García, ya individualizado, atribuye a Torreblanca un segundo verso, del cual en *El álbum de la gloria* sólo se reproduce un fragmento. La musa de estas líneas habría sido la prometida de Torreblanca, quien, según se desprende de lo aseverado en la obra de Vicuña Mackenna, no estuvo de acuerdo con el ingreso de su novio a las filas del Ejército. El verso dice:

“Lucero de misterioso amor.  
Que brillas entre nubes escondido,  
Al fulgor de tus rayos he sentido  
Tembloroso mi pecho palpar.  
Voy a partir! El dedo del destino  
Me señala quizás en lontananza  
Un remoto sendero de esperanza  
Que conduce a las gradas de tu altar.

Voy a buscar en medio de la guerra,  
Entre el humo sangriento del combate,  
Una bala piadosa que me mate  
O un rayo de luz para mi sien;  
Un rayo que alumbrando mi existencia  
Me permita llegar hasta tu lado  
De triunfales laureles coronado,  
Para ponerlos todos a tus pies.

Meses de convivencia diaria, compartiendo el rigor de la disciplina militar y la experiencia de sobrevivir a una batalla crearon fuertes vínculos entre los miembros del batallón; más aún tratándose de hombres provenientes de la misma ciudad o de sus arrabales, lo que en muchos casos significaba ser partícipes de historias, amistades, costumbres y valores comunes.

Posteriormente, los cuerpos de Vallejo, Blanco y Wilson fueron retirados de sus improvisadas tumbas en el campo de San Francisco para ser trasladados al cementerio de Copiapó. El 17 de diciembre de 1879 los restos llegaron a Caldera y luego se les llevó a su última morada, previa recepción y una ceremonia para rendirles honores por parte de una comisión especial de personajes notables, tanto del mencionado puerto como de Copiapó.<sup>91</sup> Por otra parte, los heridos del batallón, así como también algunos prisioneros aliados y sus acompañantes fueron internados en el Hospital de Sangre de la ciudad. Algunos soldados lograron sanar de sus heridas, parcial o completamente, y los menos afortunados fallecieron. Estos últimos fueron sepultados luego de rendirles los honores correspondientes a su rango.<sup>92</sup>

---

Cuando suene el clarín de batalla,  
Bastará Clementina, tu memoria  
Para lanzarme en pos de la victoria  
Con altivo y osado corazón.  
Y si el plomo enemigo me derriba,  
Tu nombre sólo, fúlgido lucero  
Brotará de los labios del guerrero  
Como postrero y eternal adiós.

Mil veces por dichoso me daría  
Si al tomar el fusil de la matanza,  
Una sola palabra de esperanza  
Pudiera de tus labios arrancar;  
Y si caigo y derramas una lágrima  
Por la memoria pálida del muerto,  
Las arenas candentes del desierto  
Conmoverse mis restos sentirán.

Cuando bese la brisa tus mejillas  
Y jugando en tu rubia cabellera,  
A tu oído murmure placentera  
Vagas frases de goce y amor,  
Entonces ¡ay! recuerda que te adora  
Más que a su vida un mísero soldado,  
Que deja al separarse de tu lado  
Estas líneas su postrer adiós”.

*El contingente...*, Vol. II., pp. 512-513 y Vicuña Mackenna, *op. cit.*, pp. 33-34.

91 *El contingente...*, Vol. I., pp. 374-375.

92 *Ibidem*, pp. 384-386. Diversos documentos respecto del personal dado de alta en Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vols. 527 y 532.

Gracias a algunos hombres capturados en Dolores, Torreblanca pudo tomar conocimiento más acabado de los adversarios a que se enfrentaban, y también de una persistente idea entre ellos: que las tropas chilenas no daban cuartel y, por lo tanto, asesinaban sin misericordia alguna a quienes eran capturados como sus prisioneros. Un ejemplo de ello, fueron los sucesos acaecidos luego del fin de la contienda:

*“Baldomero Castro, jovencito de 19 años, sargento de la 4ª compañía, corrió a un peruano por más de tres cuadras que consiguió ensartarlo con su yatagán. Volvía a reunirse con nosotros cuando salió de entre sus piernas otro soldado del Ayacucho. En vano le gritó que se entregase, por que el peruano corría como alma que lleva el diablo, entonces Castro cargó su rifle y del primer disparo lo echó al otro mundo.*

*En la ambulancia pasábamos por la puerta de un corralito, cuando de adentro hicieron un disparo sin herir a ninguno. Allí había un encierro de cuicos. Dos quedaron muertos y otro escapó por sobre las casas. El cabo Antonio [Ores] que tú conoces, dio cuenta de éste. Otro se entregó prisionero. Pregunté a éste que por qué no se rendían para escapar de la muerte y me contestó que tienen la idea de que los chilenos no perdonan a nadie.*

*En seguida se arrodilló y llorando quiso besarle la mano al teniente Arce.*

*¡No me mate Tatai! ¡A mí me han traído amarrado para hacerme soldado!*

*Esta es la cantinela eterna de todos estos pobres diablos. Persuadidos todos de que somos unas fieras, resisten hasta el último extremo.*

*A este infeliz lo estuve trayendo detrás de mí hasta que se concluyó la pelotera y a cada soldado que veía acercarse le repetía la misma historia.*

*Creo que hasta ahora no se ha entregado un solo prisionero sin repetir ¡No me mate Tatai!, ¡Me han traído amarrado!”.*<sup>93</sup>

El relato contrasta con la primera experiencia de Torreblanca con prisioneros enemigos, los marineros del Huáscar capturados por la Magallanes, los que provocaron en él una positiva impresión. Ahora, al enfrentarse a soldados de infantería comunes y corrientes, el sentir es distinto, pues sus opiniones poseen cierto desdén, incluso lástima, para con ellos.

La gran cantidad de bajas producidas en las filas del Atacama durante los primeros encuentros terrestres de la guerra, provocaron que la Comandancia General de Armas de Copiapó solicitara al Ministro de la Guerra la autorización para reclutar y alistar a nuevos soldados voluntarios, para destinarlos primero como reemplazos de los heridos y muertos, y luego para formar un nuevo batallón. La petición fue aceptada a fines del mes de noviembre, procediendo a realizar el enganche del nuevo contingente en el cuartel del Batallón Cívico de Copiapó.<sup>94</sup> El decreto correspondiente fue expedido el

---

93 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 14 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, pp. 166-167.

94 *El contingente...*, Vol. I., p. 253.

2 de enero de 1880 y se bautizó al nuevo cuerpo como "Atacama No. 2", el cual estaría compuesto por la misma dotación, 600 hombres, e igual plana mayor que la unidad original. Su primer comandante fue el sargento mayor José María Soto, quien para ocupar el cargo, fue ascendido al grado de teniente coronel de la Guardia Nacional.<sup>95</sup> Tiempo después, los batallones Atacama N°s 1 y 2, constituirían un solo regimiento.

Junto con el dolor producido por la muerte de algunos de sus camaradas, Torreblanca recibió otra infausta noticia, esta vez, relacionada directamente con su familia. Su padre, Rafael Torreblanca Olivares, falleció el 16 de noviembre provocando un hondo sentimiento de pesar en la comunidad copiapina. En su edición del día 18 de noviembre de 1879, *El Constituyente* publicó una nota respecto de la mala nueva, en donde lamentaba el deceso de tan destacado vecino.<sup>96</sup> Por su parte, *El Atacama* incluyó un comunicado por el cual se invitaba a los amigos del difunto y de la familia, a acompañar a los deudos en las exequias que se realizarían al día siguiente en el cementerio local.<sup>97</sup> Pese a la desmedrada condición económica en que se encontraba, Rafael Torreblanca Olivares, aún era considerado como un importante personaje para la comunidad copiapina. Su condición de empresario minero, en su momento muy exitoso, le permitió a él y a su descendencia acceder a un importante reconocimiento en la zona.

Fue a través de los diarios que Torreblanca supo del deceso de su progenitor:

*"Algunos días antes de recibir tu carta, fechada 30, sabíamos Zacarías y yo, por algunos diarios, la muerte de mi padre. La impresión dolorosa que me causó me hizo suspender una larga correspondencia que pensaba enviarte. Pobre viejo, ni siquiera al despedirse de la vida consintió verse rodeado por los cuidados de sus hijos. No se si la circunstancia de estar mirando la muerte cara a cara acostumbra a despreciarla, pero te aseguro que recibimos la mala nueva con una especie de estoica resignación".*<sup>98</sup>

Las palabras de Torreblanca denotan que a pesar del intenso dolor producido por el fallecimiento de su padre, le era imposible sustraerse a cuanto acontecía a su alrededor. Con seguridad en su memoria permanecía fresco el recuerdo de camaradas y enemigos, quienes pagaron el último precio al participar en la vorágine de destrucción y muerte de las batallas recién pasadas, tomando conciencia, además, que él mismo podía morir en cualquier momento. La tragedia personal, provocada por la muerte de su padre, fue incapaz de superar por completo a la desolación colectiva propia de la guerra.

---

95 Boletín de las leyes i decretos del gobierno. Año de 1880. Suplemento al libro XLVIII correspondiente al Ministerio de la Guerra i publicado por este departamento, Santiago, Imprenta de la República de J. Núñez, 1880, p. 4.

96 *El Constituyente*, Copiapó, martes 18 de noviembre de 1879, año XVII, N° 5.597.

97 *El Atacama*, Copiapó, lunes 17 de noviembre de 1879, año VI, N° 1.628.

98 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 9 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 158.

Días más tarde, conocidas las primeras noticias de la Batalla de Tarapacá, donde las tropas chilenas sufrieron un grave revés pese a culminar con la huída de las fuerzas peruanas hacia Arica, provocó una honda impresión en Torreblanca. Su pluma, inteligente y mordaz, no dejó pasar la ocasión para criticar abiertamente a quienes consideró como los responsables del desastre. Los coroneles Emilio Sotomayor y Luis Arteaga y, especialmente, el comandante Ricardo Santa Cruz, fueron el blanco de sus más ácidos comentarios, tratándolos duramente por su proceder tanto en las jornadas previas, como en el combate propiamente tal. También lamentó dejar pasar la posibilidad de acabar de una vez con el enemigo y, de paso, perder a tantos hombres inútilmente. El único jefe que salió indemne de su análisis fue el comandante del 2º de Línea, Eleuterio Ramírez, de quien sólo tuvo palabras de elogio para con su comportamiento, manifestando que “*Ramírez, herido, se defendió con su revólver y murió como un león*”.<sup>99</sup> En un triste y sentido corolario para su relato de lo acontecido en la quebrada de Tarapacá, expresó:

*“Los diarios de Chile, celebrarán probablemente este combate como una gran victoria. Aun aquí ya se habla de condecorar a las tropas vencidas con una cinta, pero nada se dice de someter a los jefes a un Consejo de Guerra”.*<sup>100</sup>

Terminada la ocupación efectiva de Tarapacá, el Ejército chileno se dividió dejando varios campamentos en distintos puntos de la región, tales como Pisagua, Jazpampa, Santa Catalina, Tiliviche, etcétera, con el objeto de tomar el control efectivo de la provincia, permitir la explotación del salitre y proteger las oficinas de cualquier incursión de fuerzas regulares o montoneras, impidiendo su normal desempeño. Al Atacama le correspondió permanecer en la Aguada de Dolores, bajo las órdenes del general Manuel Baquedano y acompañando a los regimientos 1º y 4º de Línea, a los batallones Valparaíso y Coquimbo, y a una batería de artillería.<sup>101</sup> Por su parte, Torreblanca fue ascendido a teniente el 6 de diciembre de 1879.<sup>102</sup> Al día siguiente, recibió mando de la 2º compañía de su unidad.<sup>103</sup>

Mientras duró la estancia en Dolores, el Atacama pudo recuperar fuerzas, entrenar y apertrecharse para estar en condiciones y prestos a responder a cualquiera orden del gobierno y del Alto Mando del Ejército para volver a entrar en acción. Un aspecto importante para la reorganización del cuerpo fue el arribo de 181 nuevos voluntarios destinados a servir como reemplazos de los muertos y heridos producidos en Pisagua y Dolores. Todos los nuevos fueron aceptados, a excepción de cuatro individuos considerados por el cirujano del batallón como inhábiles para el servicio. El coronel Martínez, en la misma nota donde

---

99 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 9 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 161.

100 *Ibidem*.

101 PINOCHET U., *op. cit.*, p. 215.

102 “Hoja de servicio de Rafael Torreblanca Doralea”. Archivo Histórico del Ejército. Hojas de Servicio. Vol. 5. Foja 61.

103 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, enero 7 de 1880). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 170.

comunicó la llegada de los nuevos efectivos, solicitó se le enviaran a la brevedad posible más uniformes para la tropa.<sup>104</sup>

Reorganizado el Ejército, el Atacama fue asignado a la 2ª División comandada por el coronel Mauricio Muñoz e integrada también por los regimientos 2º de Línea, Lautaro y el Batallón Bulnes; además de una batería de artillería y un escuadrón de Granaderos a caballo.<sup>105</sup>

Al igual que lo sucedido en Caldera, los soldados del Batallón Atacama debieron soportar el tedio producido por la vida de campamento, aumentado en esta oportunidad por el rigor del clima desértico y los ejercicios militares. Durante su estadía en Tarapacá, muchos soldados vieron resentida su salud. Según sus palabras, Torreblanca no se vio tan afectado como muchos de sus camaradas, aunque debió sufrir similares infortunios:

*“Continuamos acampados, esperando pacientemente que se resuelvan a movernos sobre Arica y sobre Lima. Nuestro ejército está tendido a lo largo de la línea férrea desde Jazpampa hasta Santa Catalina. La mayor parte de los cuerpos acampan al aire libre. Los soldados acomodan con frazadas pequeñas carpas para librarse durante el día del calor y de la tierra.*

*A las 10 de la mañana principia a soplar un viento fuerte que levanta espesas nubes de polvo y desde esa hora el sol nos sancocha hasta que se entra. A la oración llega el frío aumentando hasta hacerse al amanecer bastante respetable. El agua abunda por todas partes en pozos de 5 mts. de profundidad sin duda la de Dolores, la mejor. Las diarreas están a la orden del día, pero mi constitución de fierro me mantiene hasta ahora libre de peladuras.*

*En todas las marchas llevamos nuestro equipo a la espalda. La ropa sucia la vamos botando a medida que nos mudamos hasta que casi todos hemos quedado con lo encapillado. Como el más adinerado de los oficiales, siempre he cargado sobre mis lomos mi colchón. Los pobres soldados llevan encima cerca de un quintal.*

*La comida hasta hace poco se componía de charqui, galletas y arroz. Ahora tenemos harina tostada, id. flor para tortillas, carne de buey y chancaca, en defecto de azúcar”.*<sup>106</sup>

La comunidad de la provincia de Atacama continuaba muy atenta a cuanto sucedía a los miembros su unidad. En los primeros días del año de 1880, los miembros de la Comisión de Obsequios para el Batallón Atacama, autodenominados como “admiradores de la conducta digna y patriótica que los ciudadanos que componen el Batallón Atacama han observado en la campaña”, envió una carta al coronel Martínez para explicarle los objetivos de dicha organización. A estas personas les animaba la idea de conseguir el

---

104 “Nota del coronel Juan Martínez al Comandante General de Armas de Copiapó”. En Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, Nº 10.

105 BULNES, *op. cit.*, Vol. II., p. 37.

106 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Dolores, diciembre 14 de 1879). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, pp. 165-166.

caudal necesario para comprar provisiones de todo tipo, para remitirlos al batallón a través de los buenos oficios de la Comandancia General de Armas local. A la par, deseaban facilitar el envío de cartas y encomiendas para jefes, oficiales y tropa de manera gratuita; garantizando la entrega de las especies en las propias manos de los beneficiados.<sup>107</sup> Por la misma época, los primeros días del año 1880, el intendente de Atacama recibió algunos aportes en dinero para la construcción de un mausoleo en honor de los caídos del cuerpo.<sup>108</sup>

### LA EXPEDICIÓN A MOQUEGUA Y EL COMBATE DE LOS ÁNGELES

Terminada la campaña en Tarapacá, el gobierno chileno resolvió reiniciar las acciones enfocando sus esfuerzos para conquistar las ciudades de Tacna y Arica, dejando de lado la invasión a Lima como algunos sectores políticos lo solicitaban. El objetivo era obtener el control del departamento de Moquegua y anular el poder de las tropas allí emplazadas, quedando en una condición ventajosa para entablar negociaciones con Bolivia para, a través de una cesión territorial, sacarla de la alianza con el Perú; obligándole a éste a ceder definitivamente a Chile el departamento de Tarapacá y sus riquezas.<sup>109</sup>

Desde sus campamentos en el desierto los cuerpos del Ejército chileno debieron trasladarse a Pisagua para ser embarcados. El Atacama fue una de las primeras unidades en llegar a la costa, donde sus efectivos debieron esperar en plena vía pública, sin alimentos ni agua, la resolución del Estado Mayor del Ejército respecto de reemplazar o no sus fusiles Gras, de los cuales necesitaban más de 200, por el Comblain. Finalmente, abordaron el transporte Lamar sin resolver el tema de las armas, lo que se solucionó sólo tiempo después, cuando se optó por dotar al batallón con los Comblain.<sup>110</sup> El cambio de armamento no fue del gusto de Torreblanca. En carta a su hermano Manuel Antonio manifestó su disconformidad con el nuevo implemento considerándolo como “viejo y sucio”; además con el inconveniente de contar en su poder con al menos un 5% de munición de diámetro más grande que la necesaria.<sup>111</sup> Con todo, el 25 de febrero de 1880, Torreblanca, sus camaradas atacameños y el resto del Ejército, partieron a la nueva campaña que se iniciaba. Cerca de 10.000 hombres se hicieron a la mar para enfrentar un territorio desconocido y a los enemigos que allí les aguardaban.

Luego de arribar a Ilo, las tropas chilenas ocuparon sin grandes problemas el valle que se encontraba abandonado por los peruanos a su suerte. No hubo resistencia.

Instalado con su batallón en la localidad de Pacocha, Torreblanca hace una sucinta pero vívida descripción del generoso valle de Ilo y de la gran variedad de frutos frescos disponibles, los que sirvieron

107 “Nota al comandante del Batallón Atacama. Sr. Juan Martínez”. Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 186. s / No.

108 “Nota al Intendente de Atacama”. Archivo Histórico del Ejército. Vol. I 060. s / No.

109 BULNES, *op. cit.*, Vol. II., pp. 11-18.

110 *El contingente...*, Vol. I., pp. 445-446 y p. 452.

111 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Ilo, marzo 12 de 1880). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 84.

para enriquecer el rancho de los soldados. Sin embargo, lamenta no poder disfrutar con sus camaradas de un momento de ocio entre los prados del lugar:

*“Desde la casa de donde te escribo estoy divisando los olivares del valle de Ilo, veinte cuadras al N. He probado higos y granadas muy buenos, pero pegados en el campamento no podemos disponer de una hora para ir a revolcarnos en el pasto verde. Todos los huertos hasta algunas leguas al interior están completamente abandonados.*

*Me cuentan que el río estaba seco desde algún tiempo atrás, pero ayer ha bajado una avenida que ha regado todo el valle sin necesidad de camayos. La naturaleza nos protege”.*<sup>112</sup>

Se encomendó a la 2ª División del Ejército ocupar la ciudad Moquegua, con el objeto de cortar la comunicación y privar de recursos a los ejércitos de Arica y Tacna con el norte del Perú. Además, debían realizar constantes reconocimientos para hostigar al enemigo y reconocer la zona por donde transitaría el grueso de las fuerzas en su camino a Tacna.

El 12 de marzo se inició el avance por una ruta de aproximadamente 87 kilómetros, de los cuales la mitad correspondían a un árido desierto. Comandó la expedición el general Baquedano y como su segundo el coronel Muñoz. Debido a la imprevisión de la jefatura chilena que no procuraron tener el agua y alimentos necesarios, durante la marcha se produjeron escenas muy desagradables. Torreblanca observó como en las jornadas del 13 al 16 de marzo los hombres se impacientaron y faltaron a la disciplina, producto de la sed provocada por la caminata bajo el inclemente sol y el polvo levantado por las columnas. Otros, con menos suerte, quedaron rezagados a la intemperie y murieron; el propio oficial, extenuado por el cansancio y la falta de líquido, sufrió los mismos padecimientos que el resto de los soldados. Llegados a mejores tierras, la infantería acampó en el pueblo de Condes, abandonado por sus habitantes ante la presencia de los chilenos. La hueste se dedicó a recorrer las inmediaciones y aprovechó para saquear las cavas de las haciendas cercanas. Bebieron en demasía y el espectáculo fue dantesco:

*“Días 17 y 18 [de marzo]. Días de desordenes repugnantes. No se han tomado precauciones debidas para retener la tropa en sus campamentos y como abunda el vino, los ebrios no escasean. Indigna y entristece verlos en las solitarias moradas revolverse entre los muebles destrozados rebuscando objetos de valor. En la tarde del 18, merced a la energía del general Baquedano, que asume el mando de la división, el orden se restablece. Ordena que se vacíen algunas bodegas y por una ancha acequia he visto correr más vino que agua”.*<sup>113</sup>

---

112 Carta de Rafael 2º Torreblanca a Manuel A. Torreblanca (Pacocha, febrero 27 de 1880). En Fernández L., Sergio (Ed.), *op. cit.*, p. 180.

113 Diario de Rafael Torreblanca (17-18/III/1880). En Fernández L., Sergio, (Ed.), *op. cit.*, p. 187.

La ocupación de Moquegua, materializada el 20 de marzo, trajo como consecuencia en los días posteriores algunos incidentes menores en los cuales varios soldados chilenos fueron apresados. Un oficial y tres soldados del Regimiento Santiago cayeron como prisioneros de guerra al salir de paseo internándose cerca de 4 o 5 leguas al interior de la localidad de Pachía, donde fueron sorprendidos y capturados por una partida de cerca de 150 montoneros mientras compartían con mujeres del lugar.<sup>114</sup> En su diario, Torreblanca se refirió a este incidente con singular dureza e ironía, considerando la irresponsabilidad de estos hombres como el factor primordial para ser aprehendidos por el enemigo:

*“Los cholos capturan un subteniente [Adolfo] Lagos del Santiago y tres soldados. Estos caballeros contraviniendo las órdenes, han abandonado su campamento para emborracharse estúpidamente, al lado de unas cholas en la falda del cerro. Una partida enemiga los ha encontrado en ese costado y ha cargado con ellos”.*<sup>115</sup>

El 29 de marzo, una partida de exploración encabezada por el comandante Diego Dublé Almeyda fue atacada mientras sus jefes y oficiales almorzaban con el sacerdote del pueblo de Locumba, quien preparó la celada con el fin de exterminar o aprisionar la avanzada, por la montonera de Albarracín que merodeaba en la zona. El resultado de la emboscada fue de 14 muertos y ocho prisioneros entre los chilenos.<sup>116</sup> A propósito de este incidente Torreblanca escribió:

*“Si se exceptúa la pérdida de una descubierta de granaderos, conducida por Dublé Almeyda, que se dejó sorprender tontamente en el pueblo de Locumba. (...) 21 soldados y 2 oficiales han muerto o han caído en poder de Albarracín. El cura del pueblo ha sido el primer actor de esta buena jugada”.*<sup>117</sup>

Fiel a su costumbre, Torreblanca criticó ácidamente a los jefes que, según su juicio, cometían gruesos errores o ejercían deficientemente el mando de las tropas.

Muy pronto, a Torreblanca y al Atacama le correspondió volver a entrar en acción. El 22 de marzo de 1880 fue asaltada la escarpada cuesta de Los Ángeles, lugar donde se guarecían algunas tropas peruanas replegadas allí luego del arribo chileno a Moquegua. A las órdenes del general Baquedano, el Regimiento Santiago, los batallones Bulnes y Atacama, más una sección de artillería fueron las unidades participantes en el ataque. Las tropas se dividieron en tres grupos, correspondiéndole al Atacama escalar la empinadísima pendiente de la parte norte de la elevación, denominada Guaneros. Antes de llegar a su objetivo, los atacameños debieron transitar un largo trayecto a través de la oscuridad de la noche, por un camino sinuoso y en silencio para evitar ser descubiertos por el enemigo. Sin embargo, durante su

---

114 “Correspondencia de El Ferrocarril”. En AHUMADA MORENO, *op. cit.*, Vol. III., pp. 376-378.

115 Diario de Rafael Torreblanca (21/III/1880). En Fernández L., Sergio, (Ed.), *op. cit.*, p. 188.

116 “Parte oficial de Albarracín”. En Boletín..., p. 623.

117 Diario de Rafael Torreblanca. En Fernández L., Sergio, (Ed.), *op. cit.*, p. 204-205.

recorrido debieron soportar un nutrido fuego de fusilería, proveniente desde las posiciones peruanas. Tal situación confundió a la tropa que avanzaba. Torreblanca, al mando de su compañía, también fue víctima del desconcierto y del temor reinante mientras eran atacados en medio de la noche. En su diario anotó:

*“Yo perdí completamente la chaveta, y no recuerdo haber estado jamás más asustado”.*<sup>118</sup>

Todo cambió al llegar a la falda del cerro. Con su objetivo a la vista y logrando por fin pasar inadvertidos, el Atacama inició la difícil subida de la cuesta. Como es sabido, la ascensión de la aguda pendiente fue guiada por Torreblanca. Los soldados sólo pudieron llegar a la cumbre tras un gran esfuerzo, viéndose obligados a utilizar sus corvos, yataganes y bayonetas para introducirlos en los intersticios de las rocas y usarlos como gradas y continuar la subida. Por cada tranco dado debían detenerse para encontrar el lugar apropiado para meter la cuchilla y colocar su pie; en ocasiones, el soldado que iba atrás, sujetaba al de adelante para que éste no se precipitase al vacío arrastrando, de paso, a sus camaradas.<sup>119</sup> Al llegar a la cima, el ataque sobre la línea peruana fue sorpresivo y contundente:

*“Nos descolgamos en seguida como una avalancha sobre las trincheras. Llegados a distancia conveniente todos nuestros cornetas tocaron ataque y todos nos lanzamos a la bayoneta. Una bandera chilena izada en mi espada flameó bien pronto sobre el muro enemigo. Fue necesario batirla enérgicamente, para que nuestros artilleros cesaran de enviarnos granadas con sus certeras punterías”.*<sup>120</sup>

El rol cumplido por el Atacama fue muy importante. Irrumpió en el momento exacto, logrando evitar la llegada de nuevas tropas peruanas las cuales habrían amagado al resto de los cuerpos chilenos que atacaban por otros sectores la cuesta; prácticamente, los hombres del coronel Martínez ganaron el combate por sí mismos, pues las otras dos columnas mandadas respectivamente por Baquedano y Muñoz, no pudieron superar los fuegos de los defensores de la atalaya. Por su parte, Torreblanca, al mando de la 2ª compañía del batallón y a las inmediatas órdenes del jefe de su unidad, fue destacado con especial notoriedad en el parte de batalla. En el documento, el jefe del Atacama llenó de elogios al oficial por lo hecho durante la jornada, recalcando también su distinguido comportamiento en las otras dos acciones de guerra donde hasta ese momento se había encontrado (Pisagua y Dolores), insistiendo, de paso, en recomendarle para ser inmediatamente ascendido al grado de capitán. Otros oficiales mencionados con especial atención fueron: el capitán Gregorio Ramírez, el teniente Antonio María López y los subtenientes Abraham Becerra y Walterio Martínez. Asimismo, felicitó el comportamiento de la cantinera Carmen Vilche, tanto en la travesía por el desierto de Tacna, como en el combate de Los Ángeles, en el que participó *“con su rifle e infundiendo ánimo a la tropa con su presencia y singular arrojo”*.<sup>121</sup>

118 Diario de Rafael Torreblanca (22/III/1880). En Fernández L., Sergio, (Ed.), *op. cit.*, p. 191.

119 BULNES, *op. cit.*, Vol. II., p. 121.

120 Diario de Rafael Torreblanca (22/III/1880). En Fernández L., Sergio, (Ed.), *op. cit.*, p. 192.

121 “Comandancia del Batallón Atacama”, Archivo Nacional, Fondo Intendencia de Atacama, Vol. 527, N° 89.

Esta acción fue un nuevo motivo de orgullo para la prensa y comunidad de Copiapó. *El Constituyente* en su edición del sábado 24 de abril de 1880, publicó una crónica en la cual destacaba el comportamiento de jefes, oficiales y tropa en el combate; colocando el énfasis en subrayar el contenido de los partes de batalla que, como ya se mencionó, recomendaban al teniente Torreblanca para un ascenso. Igualmente, en la portada del mismo ejemplar incluía un croquis de la cuesta de Los Ángeles, con el detalle del cerro, de las posiciones del enemigo y del lugar por donde irrumpió el Atacama.<sup>122</sup>

Tras el combate de Los Ángeles, el devenir de Torreblanca hasta la Batalla del Campo de Alianza transcurrió sin mayor novedad, con excepción de su ascenso a capitán materializado el 13 de abril de 1880.<sup>123</sup> A la 2ª División del Ejército chileno, y por tanto al Atacama, le correspondió avanzar desde Moquegua hasta Locumba, donde se reunió a fines de abril con la 1ª y 3ª División. Luego se trasladarían a Las Yaras, un pequeño lugar en el valle de Sama, donde fue ubicado el campamento para prepararse a atacar a las fuerzas aliadas.

#### CAMPO DE ALIANZA: CITA CON LA MUERTE

La Batalla de Tacna o del Campo de Alianza, registrada el 26 de mayo de 1880, fue uno de los enfrentamientos más importantes de la Guerra del Pacífico. En esa oportunidad, la victoria de las armas chilenas significó la salida definitiva del Ejército boliviano del conflicto; de allí en adelante los esfuerzos se concentrarían en derrotar al Perú, país que aún mantenía una capacidad militar real para hacer frente a la invasión de su territorio, e intentar revertir la situación adversa en que se encontraba. En aquella jornada, el Atacama ocupó un lugar en la 2ª División del Ejército, comandada por el teniente coronel Francisco Barceló, ubicándose en el centro de la línea chilena. En la misma posición se encontró la 3ª División, a las órdenes del coronel José Domingo Amunátegui y conformada, además, por el Coquimbo, el Chacabuco y la Artillería de Marina.<sup>124</sup>

Batiéndose en la explanada de Tacna, comandando a sus hombres de la segunda compañía del Batallón Atacama, en medio de la vorágine de un encarnizado enfrentamiento casi cuerpo a cuerpo y superado en número por sus enemigos, el recientemente ascendido capitán Rafael 2º Torreblanca Doralea cayó herido en la cabeza durante la retirada efectuada por la 1º y 2º divisiones debido a la falta de municiones.<sup>125</sup> Al observar la delicada situación de las fuerzas chilenas, la jefatura del Ejército aliado mandó a sus tropas salir en persecución de los que retrocedían. Muchos heridos, entre ellos Torreblanca, quienes no alcanzaron a ser recogidos por el Servicio Sanitario fueron muertos con armas blancas, es decir, “repasados”. El

122 *El Constituyente*, Copiapó, sábado 24 de abril de 1880, año XIX, N° 56.320.

123 “Hoja de servicio de Rafael Torreblanca Doralea”. Archivo Histórico del Ejército. Hojas de Servicio. Vol. 5. Foja 61.

124 BULNES, *op. cit.*, Vol. II., pp. 166-168.

125 “Correspondencia a El Ferrocarril”. En AHUMADA MORENO, *op. cit.*, Vol. II., p. 609.

capitán del Atacama, Antonio María López, asegura en una carta enviada a Benjamín Vicuña Mackenna, que Torreblanca fue “ultimado con dos balazos más y siete bayonetazos”.<sup>126</sup>

Finalizado el combate, al encontrar el cuerpo del malogrado oficial, así como el de muchos otros atacameños y compañeros, se produjo un profundo pesar entre los sobrevivientes. Lágrimas inundaron sus ojos y la tristeza se hizo presente entre sus espíritus, al saber de la pérdida de su apreciado amigo, camarada y capitán.<sup>127</sup> En el campo de batalla, a las afueras de Tacna y en medio del furor de un combate desesperado, terminó la existencia de uno de los soldados chilenos de mayor connotación durante el conflicto. La guerra y el destino reclamaron el precio más alto para quien se ganó, a partir de su desempeño y las acciones realizadas, el respeto, aprecio, prestigio y el apelativo de valiente tanto por la comunidad que le vio nacer, como de quienes siguieron solícitamente las crónicas y relatos de los enfrentamientos donde participó.

Las bajas del Atacama alcanzaron a casi la mitad de sus efectivos. Perdió, en total, 13 oficiales, entre ellos los hermanos capitán Melitón Martínez y subteniente Walterio Martínez (hijos del jefe del batallón coronel Juan Martínez), al capitán Moisés Arce y al subteniente Valenzuela.<sup>128</sup>

#### COPIAPÓ Y EL RECIBIMIENTO DE LOS RESTOS DE TORREBLANCA

La noticia de la victoria en el Campo de Alianza causó gran alegría en Chile. No obstante, la felicidad inicial dio paso luego a un hondo pesar debido a la gran cantidad de muertos y heridos registrados en el combate. En Copiapó la situación no pudo ser de otro modo, organizándose todos los aprestos para recibir, a la brevedad posible, a los heridos de su batallón. Con este fin se solicitó a través de la prensa local a las señoras del departamento y de toda la provincia, proporcionar cuantos paños y utensilios útiles para curaciones tuvieran en su poder.<sup>129</sup>

Por otra parte, a la espera de la repatriación de los cadáveres de Torreblanca y de otros caídos, la Municipalidad de Copiapó acordó en su sesión del 2 de junio de 1880, inscribir, como homenaje póstumo, a Torreblanca en el acta correspondiente a ese día y enviar una nota de pésame a su familia. En ella expresa los más íntimos sentimientos de duelo por parte del intendente Guillermo Matta en particular y del Consejo Municipal en general, colocando especial énfasis que Torreblanca “*representaba a lo vivo esas dos cualidades del ciudadano y militar valiente y disciplinado*”.<sup>130</sup>

---

126 “Carta del capitán del Atacama A. M. López.-Tacna, junio 7 de 1880”. Citada en Vicuña Mackenna, Benjamín, “Rafael Torreblanca. Héroe de Atacama”. *El Mercurio*, Valparaíso, miércoles 30 de junio de 1880, año LIII, Nº 15.983.

127 *Ibidem*.

128 “Comandancia del batallón Atacama Nº 1” En AHUMADA MORENO, *op. cit.*, Vol. II., p. 568.

129 *El Constituyente*, Copiapó, jueves 10 de junio de 1880, año XIX, Nº 56.357.

130 *El contingente...*, Vol. II., pp. 439-440. Difícil resulta establecer una definición clara y específica de cómo se caracteriza al “ciudadano” en el Chile de fines del siglo XIX. Sin embargo, se reconocía como tal, en rasgos generales, al individuo habilitado

La figura de Torreblanca fue exaltada por los escritores de la provincia de Atacama. Pedro Pablo Figueroa, en un artículo publicado en el periódico *El Constituyente*, le vinculó con otro ínclito personaje de la historia de Copiapó: Pedro León Gallo, el revolucionario de 1859 que gozaba de gran prestigio entre la comunidad local, a través de Víctor Torreblanca, hermano de Rafael, quien murió en la Batalla de Los Loros defendiendo la causa rebelde. Asimismo, valoró sus cualidades ciudadanas, señalándolo como ejemplo para las futuras generaciones:

*“A un talento profundo unía un carácter ejemplar digno de su familia, donde el valor y el patriotismo son virtudes hereditarias. Victor Torreblanca murió gloriosamente en la quebrada de los Loros defendiendo la bandera Constituyente; bajo las ordenes del noble patricio don Pedro León Gallo, - la encarnación más pura de la probidad política en nuestra querida patria...*

*A Rafael Torreblanca le cupo en suerte pertenecer a ese heroico batallón y obedeciendo a su severa y patriótica consigna, cumplió gloriosamente su deber legando a sus hermanos un ejemplo que imitar, provechosas lecciones que aprender, sublimes virtudes que practicar.*

*¡Aprende juventud, en la corta historia de su vida, los deberes del ciudadano y cuando sea llegado el momento de poner en práctica su enseñanza, cumplid vuestra misión como él la llenara, con abnegación y con gloria!”*.<sup>131</sup>

Más de un mes esperaron las autoridades y población de Copiapó para recibir a sus heridos y muertos en la Batalla de Tacna. El 27 de junio de 1880 se realizó la masiva recepción fúnebre que acompañó al cementerio a Torreblanca y a sus camaradas caídos. No obstante, el recibimiento de los cadáveres provocó una ácida polémica entre las autoridades civiles y eclesiásticas de Copiapó. Por una parte, el clero y las comisiones de señoras y caballeros organizaron exequias fúnebres a realizarse en el principal templo de la ciudad, invitando a participar en la ceremonia a los deudos de los caídos, al intendente y comandante general de armas de la provincia Guillermo Matta, a los miembros del municipio y a la población en general. Matta y los funcionarios de la corporación rechazaron asistir al servicio. Según sus detractores, la medida obedeció al carácter ateo del intendente. Sin embargo, el gobierno central obligó a Matta a enmendar su proceder y hacer cuanto fuera necesario para que los cuerpos fueran velados en la iglesia siguiendo el rito católico. Pese a la orden emanada desde Santiago, los ataúdes de los oficiales del Atacama fueron llevados

---

para sufragar (participa directa o indirectamente en el ejercicio del poder político, aceptando la autoridad de los gobernantes) y miembro activo de una colectividad de iguales, conformando un cuerpo político amplio y abstracto denominado nación. Asimismo, en la visión de las personas y la comunidad, la condición de ciudadano estaba asociada al derecho y obligación, en caso de ser necesario, de defender la integridad de la patria; junto con preservar y practicar los valores inherentes a la vida familiar, el servicio público, el respeto a la ley y a sus pares. Algunos conceptos e interpretaciones respecto de la idea de ciudadanía en Latinoamérica durante el siglo XIX en: Sábato, Hilda (Coordinadora), **Ciudadanía política y formación de las naciones. Perspectivas históricas de América Latina**. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1999; Annino, Antonio (Coordinador), **Historia de las elecciones en Ibero América, siglo XIX**, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina, 1995 y Carmagnani, Marcello (Coordinador), **Federalismos latinoamericanos: México / Brasil / Argentina**. México D. F., Fondo de Cultura Económica, 1993.

131 FIGUEROA, Pedro Pablo, "Rafael Torreblanca (1854-1880)". *El Constituyente*, Copiapó, jueves 10 de junio de 1880, año XIX, Nº 56.357.

directamente al cementerio. Al llegar a Caldera, y estando consignados bajo la responsabilidad de la Comandancia General de Armas de Copiapó, Matta mandó enterrarlos a la brevedad posible una vez que se encontraran en Copiapó, aseverando que el estado de los cadáveres podría generar un problema sanitario mayor, desechando cambiarlos a nuevos ataúdes de zinc.<sup>132</sup> Sin embargo, los cuerpos permanecieron en Caldera dos días luego de arribar a territorio chileno, tal y como lo mencionara el propio Matta en una nota dirigida al coronel Martínez.<sup>133</sup>

Pese a las disputas e inconvenientes, el recibimiento de la comunidad copiapina a sus mártires fue multitudinario.

Llegados a Caldera el 25 de junio, las urnas de los oficiales caídos en el Campo de Alianza fueron depositadas en el fuerte Atacama, lugar donde quedaron al resguardo de una guardia de honor. Allí les visitó una gran cantidad de personas, quienes depositaron múltiples ofrendas, especialmente coronas de laurel, ante los féretros.<sup>134</sup>

Dos días más tarde, el 27 de junio, los ataúdes de Torreblanca y sus camaradas fueron llevados a Copiapó. Según la relación de *El Amigo del País*, los restos de los atacameños llegaron desde Caldera en tren a bordo de un vagón especialmente acondicionado como capilla ardiente, teniendo por escolta una comisión de vecinos de Caldera y Antofagasta y la compañía de un cura. Una vez en la estación de Copiapó, los cuerpos fueron colocados en sendos carros fúnebres adornados para la ocasión por los bomberos. El carruaje destinado al capitán Torreblanca era el más alto y vistoso. Luego de pronunciado un discurso en el edificio ferroviario, el cortejo se dirigió hacia el camposanto. Encabezó la columna la banda de música de Caldera, seguida por las carrozas mortuorias conducidas por los bomberos, siendo el último el de Torreblanca; más atrás les escoltaban la Sociedad de Artesanos, la Sociedad de Beneficencia Italiana, el Club de Obreros, todos portando sus respectivos estandartes. Cerraban la extensa fila, diversas corporaciones civiles, los deudos y otras personas. A ellos les seguían los nuevos voluntarios del Batallón Atacama y los cívicos, precedidos de sus músicos. El ambiente reinante en la ciudad fue de absoluto recogimiento para honrar a sus conciudadanos caídos:

*“Saliendo de la alameda tomó el cortejo por la calle de Atacama. Ya desde ese momento las aceras se hacían estrechas para contener la inmensa cantidad de gente que tomaba parte en tan solemne manifestación de duelo público. La marcha era lenta y reinaba profundo e imponente silencio sólo interrumpido por el andar de los carros funerarios y los plañidores acordes de las músicas...*

*Por momentos se detenían los carros a fin de aceptar las ofrendas que algunas señoritas hacían a*

---

132 *El Amigo del País*, Copiapó, jueves 1 de julio de 1880, año VIII. N° 825.

133 “Nota del Intendente de Atacama al Comandante del batallón Atacama N° 1”. Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 186. N° 913.

134 *Ibidem*.

*los héroes; eran estas hermosas coronas con inscripciones honrosas para su memoria sobre cintas blancas. Antes de mucho el de Torreblanca había desaparecido bajo aquella lluvia de homenajes; su carro mortuorio era un lecho de laureles”.*<sup>135</sup>

Acto seguido, los féretros fueron llevados a su última morada en el cementerio de Copiapó. Depositados en el mausoleo de la Sociedad de Artesanos, llegaron para acompañar allí a sus camaradas Blanco, Wilson y Vallejo, caídos en la Batalla de San Francisco. Luego, para finalizar el sepelio, fueron pronunciados discursos por varios personajes de la vida pública copiapina. Al día siguiente, en la iglesia Matriz fueron celebradas las honras fúnebres para rogar por el eterno descanso de los muertos del Batallón Atacama N° 1. En la oportunidad, contando con la presencia del intendente Matta y de sus asesores, quienes fueron ubicados entre el público general, se rezó y pidió por el alma de las víctimas de la guerra. En un lugar destacado del altar del templo, adornado especialmente para la ocasión, fue colocado un gran retrato del capitán Torreblanca.<sup>136</sup>

Días después del entierro y honras fúnebres, la familia de Torreblanca reclamó la cancelación de los sueldos hasta ese momento adeudados al extinto capitán. Para cumplir con tal requerimiento el intendente Matta solicitó realizar el correspondiente ajuste de haberes y luego extender una nota la cual indicara el total de los salarios impagos.<sup>137</sup>

La actuación de Rafael Torreblanca trascendió más allá de su batallón, de Copiapó y de la provincia de Atacama. Las crónicas de los periódicos de todo el país reprodujeron las alternativas de los combates donde participó, ganándose, de ese modo, el reconocimiento y aprecio de todas las personas preocupadas de los detalles del devenir de la guerra. A poco más de un mes de su muerte, Benjamín Vicuña Mackenna publicó en *El Mercurio* una reseña de su vida, ya citada en esta monografía, la que entrega información muy similar a la presentada en la recopilación biográfica *El álbum de la gloria*, obra publicada con el fin de recordar y honrar a los oficiales del Ejército y la Armada caídos en la contienda.

Por otra parte, el profesor, literato y poeta Santiago Escuti Orrego, recreó líricamente los pasajes más importantes de la vida de Torreblanca, tanto como civil y militar en un folletín de 25 páginas dado a luz el mes de julio de 1880 e intitulado *Apoteosis del héroe Rafael 2° Torreblanca*.<sup>138</sup> Ocho décadas más tarde, en 1965, el conjunto vocal de música folclórica “Los cuatro cuartos” publicó el disco ¡Al Séptimo de

135 *El Amigo del País*, Copiapó, jueves 1 de julio de 1880, año VIII. N° 825.

136 *Ibidem*. Según Michelle Vovelle, los funerales multitudinarios de personajes notables para una comunidad son una de las tantas manifestaciones de los cultos cívicos masivos propios del siglo XIX, muy asociados a las ideologías sobre la nación y el Estado. A la par, el romanticismo predominante en la época juega un rol clave para comprender la crispación colectiva provocada por la muerte heroica en defensa de la patria. Michelle Vovelle. “Historia de la Muerte”. *Cuadernos de Historia*, N° 22, Santiago, 2002, pp. 26-27.

137 “Nota del Intendente de Atacama al Comandante del Batallón Atacama N° 1”. Archivo Histórico del Ejército. Vol. C 186. N° 899.

138 ESCUTI ORREGO, Santiago. *Apoteosis del héroe Rafael 2° Torreblanca*. Santiago, Imprenta de “El Independiente”, 1880.

Línea!, obra inspirada en la novela de Jorge Inostroza *Adiós al Séptimo de Línea* ambientada en la Guerra del Pacífico. Este trabajo contiene dos canciones donde se hace alusión a Torreblanca. La primera, "Los juramentados de Atacama", cuenta la historia de cinco oficiales del Atacama quienes se comprometieron a morir todos durante el conflicto en caso de que uno de ellos fuera abatido en combate, rescata fragmentos del verso escrito por Torreblanca en la tumba de sus camaradas caídos en la Batalla de San Francisco. La segunda, "La novia de mi capitán", alude directamente a Torreblanca y su muerte en la Batalla de Tacna, donde reproduce una estrofa del poema dedicado a su prometida.<sup>139</sup>

## EPÍLOGO

Durante los años de guerra muchos fueron los soldados chilenos fallecidos en el campo de batalla. Gran número de ellos eran naturales o habitantes de Copiapó y Atacama, quienes perecieron en la defensa de la causa chilena y en representación de su provincia: Vallejo, Blanco, Wilson, Ramírez, Silva, Gómez, Arce, los hermanos Melitón y Walterio Martínez, o su padre Juan, jefe del Atacama, muerto producto de una herida en el estómago al día siguiente de las batallas de San Juan y Chorrillos.<sup>140</sup> Sólo 52 hombres de los 600 soldados fundadores del Atacama permanecían en sus filas al término de la campaña de Lima, en 1881, cuando fue licenciada la unidad.<sup>141</sup> Por lo tanto, cualquiera de quienes exhalaban su último aliento en territorio enemigo, pudo ser recordado de manera especial y dotado de cualidades heroicas. Sin embargo, fue Rafael Torreblanca Doralea el elegido como referente para sus coterráneos de Copiapó y Atacama, como símbolo de valentía y arrojo en defensa de los valores y el buen nombre de Chile. Con seguridad, su elevación a la calidad de héroe local y nacional fue producto de ser él quien primero enarboló el pabellón chileno en Pisagua; a que en su vida anterior a la guerra demostró un gran aprecio por su familia y la causa de la libertad de Cuba; a los románticos poemas dedicados a su novia, Clementina, y a la vida de soldado y, porque no, a pertenecer a una destacada familia de Copiapó, la que, pese a estar en aquel momento empobrecida, participó en la época de mayor esplendor económico, político y cultural de la localidad. Todas estas razones en su conjunto, significaron para Torreblanca el reconocimiento como ciudadano íntegro, intachable y digno de servir como ejemplo para los coterráneos de su generación y de las venideras.

Como lo expresara William Sater "*un héroe sólo lo es porque los hombres ven en él algo que admiran y que quizás quisieran llegar a ser*".<sup>142</sup> Según se desprende del revuelo producido por las acciones y muerte de Torreblanca, él representó los más altos ideales de sus conciudadanos de Copiapó reforzando, de paso, su identidad, cultura y valores locales. A partir de ese reconocimiento, y el entregado también por el resto

139 Los cuatro cuartos. ¡Al Séptimo de Línea! ARCI, 1965, 1997.

140 VICUÑA MACKENNA. *El álbum de la gloria...*, pp. 13-16.

141 DUBLÉ ALMEYDA. "Lo que yo he visto". En *Las Últimas Noticias*, Santiago, martes 12 de noviembre de 1907, año V, N° 1.541, p. 6.

142 SATER, William, "Arturo Prat, símbolo de ideales nacionales ante la frustración chilena". *Mapocho*, N° 4, Santiago, 1966, p. 249.

## CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

del país, pasó a formar parte del panteón de las figuras notables de la Guerra del Pacífico; aunque con menor trascendencia, claro está, que Arturo Prat o la 4ª compañía del Batallón Chacabuco inmolada en La Concepción.

La historia de Rafael Torreblanca Doralea, es también la de Copiapó, la provincia de Atacama y de los esfuerzos y aportes realizados por sus naturales en pos de la victoria. Fueron los chilenos quienes forjaron su destino gracias a su activa participación en el conflicto; Torreblanca, y otros tantos como él, encauzaron sus bríos, contribución y aspiraciones sirviendo como modelo de conducta para todos quienes sintieron como propia la causa de Chile durante la Guerra del Pacífico.



## LA CONTRIBUCIÓN DEL EJÉRCITO DE CHILE AL DESARROLLO DE LA ARAUCANÍA PERÍODO 1884-1910

Coronel Walter Dörner Andrade  
Eduardo Arriagada Aljaro<sup>1</sup>

*“Ejército de Chile, crisol de la victoria,  
que proteges el alma de toda la Nación...”*

Santiago Polanco Nuño  
*“Versos Militares”*

*Son de gestos robustos, desbarbados, bien formados los cuerpos y crecidos, espaldas grandes, pechos levantados, recios miembros, de nervios bien fornidos; ágiles, desenvueltos, alentados, animosos, valientes, atrevidos, duros en el trabajo sufridores de fríos mortales, hambre y calores.<sup>2</sup> No ha habido rey jamás que sujetase esta soberbia gente libertada, ni extranjera nación que se jactase de haber dado en sus términos pisada, ni comarcana tierra que se osase mover en contra y levantar espada: siempre fue exenta, indómita, temida, de leyes libres y de cerviz erguida.<sup>3</sup>*

### I. INTRODUCCIÓN

#### A. Preámbulo

*“Entre dos provincias chilenas (Concepción y Valdivia) se intercala un pedazo de país que no es provincia y que aún puede decirse que no es Chile, si Chile se llama el país donde flota su bandera y son obedecidas sus leyes”.* (Domingo Faustino Sarmiento, en *“El Correo del Sur”*, 14 de noviembre de 1854).<sup>4</sup>

Veintidós años duró el proceso de ocupación militar del territorio comprendido entre los ríos Biobío y Toltén, el cual culminó en la localidad de Villarrica, lugar en el que tres siglos antes sucumbieron los precursores de aquellos soldados que, en la mañana del 1º de enero de 1883, fueron los primeros chilenos en presenciar las ruinas de la antigua ciudad española.<sup>5</sup>

Los mandatarios chilenos concibieron la intervención militar en la región de Arauco como una etapa inevitable en la tarea de la integración de dos culturas, lo que implicaba incorporar aquella cuyo territorio

---

1 Investigadores y redactores de la Academia de Historia Militar. Colaborador el general Hernán Saldes.

2 ERCILLA Y ZÚÑIGA, Alonso de. *La Araucana*. Editorial Andrés Bello, 1983, Canto I, estrofas 46 y 47.

3 *Ibidem*.

4 RAVEST MORA, Manuel. *Ocupación Militar de La Araucanía (1861-1883)*. Santiago, Editorial Licanray, 1997.

5 *Ibidem*.

sería ocupado. El mapuche chileno de la segunda mitad del siglo XIX venía precedido por una historia, la que hace sentir orgullosos a los chilenos, debido a que se consideran sus descendientes. La figura del mapuche había adornado las enseñas de la Patria Vieja, simbolizando el espíritu nacional indómito y libertario. “*Todo chileno siente en el fondo de su corazón el más grato placer de escuchar o referir las antiguas y modernas proezas de los héroes araucanos, y todos se glorían de que este pueblo esté situado dentro de los límites de la República*”, afirmaba en 1835 el Ministro de la Guerra, a pesar de los cruentos desmanes perpetrados poco antes por los “héroes” en la frontera.<sup>6</sup>

El tema de La Araucanía suele ser algo complicado para las actuales generaciones de chilenos. Pareciera que la problemática mapuche ha generado en la conciencia colectiva de la sociedad chilena algún tipo de complejo de culpa, de lo que pueden dar testimonio en la actualidad los pehuenche, frente a la construcción de la central hidroeléctrica de Ralco, en el Alto Biobío.

Los estudios acerca de la historia indígena en Chile han adquirido gran importancia en el último tiempo, ya que mientras unos desean entender este fenómeno, otros pretenden resignificar las demandas indígenas. Muchos trabajos se han realizado en los últimos quince años. Algunas investigaciones sostienen la hipótesis de las “relaciones fronterizas”, que dice que durante el largo período colonial de convivencia pacífica entre hispano criollos y araucanos se produjo un “reblandecimiento” de la cultura mapuche y un proceso de persistente integración de estos indígenas a la sociedad chilena. En cambio, otros autores sostienen que los mapuche han continuado afirmando su personalidad, defendiendo sus derechos y expresando su voluntad de existir.<sup>7</sup>

A lo largo de la historia, tanto el chileno como el mapuche aparecen en actitudes heroicas, como en situaciones lamentables, propias del ser humano. Pero la historia, como disciplina, debe aproximarse a los hechos de la forma más realista, de forma de que contribuya a la construcción de sociedades respetuosas del ser humano.<sup>8</sup>

El estudio de la historia de los indígenas debe permitir un replanteamiento de la historia de Chile. Muchos historiadores chilenos no han incorporado el tema indígena en su discurso, sino que este ha seguido siendo un asunto lejano y que sucede en los límites de espacio territorial de la sociedad chilena. Numerosas investigaciones han venido aportando conocimientos sobre hechos olvidados y han revelado aspectos desconocidos sobre las relaciones interétnicas. La tarea de los investigadores es enhebrar una a una las historias, con el fin de llenar los vacíos, de cambiar la idea de lo que somos y de cómo imaginamos nuestro pasado colectivo.<sup>9</sup>

---

6 *Ibidem.*

7 BENGUA, José. “*Historia del pueblo mapuche. Siglo XIX y XX*”. Sexta edición, Santiago de Chile, LOM Ediciones, 2000, p. 7.

8 *Ibidem.*, p. 8

9 *Ibidem.*

Este trabajo reseña la contribución del Ejército en el proceso de incorporación del pueblo mapuche a la nación y a la ciudadanía chilena, durante el período posterior al tratado de paz de Villarrica, firmado el año 1883. Este proceso consideró los diversos aspectos del hecho de tener que asimilar a un grupo humano que venía llevando una vida diferente, con una lengua y costumbres muy distintas a las de la nación que iba a absorberlo. Nuevas leyes y nuevos sistemas de educación, de salud, de comercio, comunicaciones, infraestructura y formas de vida se presentaron como parte como un proceso en el cual el Ejército de Chile participó y fue un actor fundamental, ya que con su accionar contribuyó a la incorporación de un territorio y de un pueblo al mundo moderno.

Esta labor mereció el respeto y la admiración de Chile hacia su Ejército, el que, una vez depuestas sus armas luego de la Guerra de 1879 contra Perú y Bolivia, supo emprender la tarea de incorporar al pueblo mapuche para beneficio de todo el país.

El proceso de desarrollo que se inició en el año 1884 y que continúa hasta el día de hoy, tuvo, primero, un marcado acento cultural (por lo inédito) y, posteriormente, un énfasis económico durante la segunda etapa de incorporación que se emprendió una vez terminada la ocupación militar del territorio de La Araucanía.

El objetivo del presente trabajo es, entonces, indagar acerca de cual fue la labor realizada por el Ejército de Chile en La Araucanía, una vez que quedó finalizado el proceso de ocupación de dicho territorio. No se trata de investigar el proceso mismo de ocupación ni las acciones militares, sino lo que aconteció después. Esta investigación tiene por ello dos capítulos principales: el primero es de tipo introductorio, y busca dar un panorama general de lo que fue La Araucanía durante el siglo XIX y hasta el mismo año de 1884, y de los hechos que ocurrieron en dicha región en cuanto a la interacción del pueblo mapuche con el Estado chileno y los chilenos mismos; el segundo capítulo corresponde a una reseña de la labor efectuada por el Ejército a favor de La Araucanía y de sus habitantes, tanto indígenas, como chilenos y extranjeros. Primero se analiza esta labor año por año, partiendo desde 1884 y hasta 1890; luego, como la autoridad civil fue tomando las atribuciones que tenía la antigua autoridad militar en La Araucanía y, por consiguiente, asumiendo las tareas que los militares tenían en dicho territorio, labor que fue disminuyendo por lo cual en un mismo subcapítulo se contempla este trabajo efectuado entre los años 1891 y 1904; en un último subcapítulo se reseña y analiza, en particular, una de tales labores, que fue la educación primaria del contingente de las unidades con guarnición en La Araucanía y, en especial, la de los conscriptos de origen mapuche.

Para elaborar el primer capítulo se recurrió a una diversa bibliografía secundaria, la que es citada y comentada, con el fin de dar, tal como se señaló, un panorama general de La Araucanía y de sus habitantes durante el siglo XIX. En el caso del segundo capítulo se recurrió a diversas fuentes tales como: las disposiciones legales del período en cuestión, que fueron sacadas de las diversas recopilaciones de leyes y decretos tanto del gobierno como del Ejército que existen para el siglo XIX (aquí cuentan las recopilaciones de

leyes y decretos referentes al Ejército del siglo XIX y las recopilaciones de leyes de Ricardo Anguita); oficios encontrados en volúmenes manuscritos de correspondencia enviada y recibida de diversas unidades militares que tuvieron guarnición en La Araucanía entre los años 1884 y 1890, y que están guardados en el Archivo General del Ejército; y finalmente, las memorias ministeriales de este período, principalmente las Memorias del Ministerio de Guerra, que son las que más detalles entregan acerca de la labor del Ejército que pretende reseñar esta investigación.

### B. *Contexto Histórico*

Esta investigación tiene su centro de gravedad en el período histórico chileno comprendido entre los años 1884 y 1910. En el primero de estos años había finalizado la Guerra de 1879 contra Perú y Bolivia, y Chile había expandido, por el norte, su soberanía a las regiones de Antofagasta, Tarapacá, Arica y Tacna; las dos primeras constituyeron la zona salitrera propiamente tal, de la cual el Estado chileno obtuvo una cuantiosa renta durante todo el período comprendido en este trabajo. Se está en presencia de un país que había comenzado un período de expansión territorial y económica sin precedentes en toda su historia, estimándose que los diez años que transcurrieron entre 1881 y 1891, corresponden, efectivamente, a un período de expansión nacional, como nunca después se ha vuelto a repetir. Además, el hecho de haber ganado la mencionada guerra permitió a Chile posicionarse como una de las grandes potencias de América del Sur.

Pero esta expansión no sólo se dio hacia el norte. Hasta la década de 1860, Chile era un país discontinuado territorialmente hablando, ya que la franja geográfica comprendida entre el río Biobío y la zona de Valdivia se mantenía como un mundo independiente de la república. Tal situación fue una herencia del período colonial, pero ella no podía durar por mucho tiempo. Durante la primera mitad del siglo XIX nuestro país debió abocarse a resolver otros asuntos más urgentes tanto internos como externos, por lo cual el problema de La Araucanía fue siendo dejado para más adelante. Pero esto cambiará en la segunda mitad del mencionado siglo, cuando dentro de la opinión pública chilena tomará fuerza la idea de ocupar y de incorporar al país la región de La Araucanía, a lo que se sumaron hechos accidentales que no tuvieron otro efecto que promover esta causa. Con el fin de la Guerra del Pacífico y debido a las mayores entradas fiscales por el cobro del impuesto de exportación del salitre, se contó con los recursos necesarios para proceder a ocupar y a incorporar este territorio a la soberanía del Estado chileno. La ocupación militar misma terminó en 1883 y luego vino el período de colonización de esta región, proceso que fue dirigido por el Estado y dentro del cual la mayor parte de las tierras fueron entregadas tanto a elementos nacionales como extranjeros, quedando la población indígena local radicada en zonas muy delimitadas.

*“Chile enfrentaba a la mayor de las guerras de su historia. El año 79 el ejército chileno avanzaba hacia el norte y dos años más tarde entraba triunfante en Lima. Esta expansión territorial –salitre mediante– provocó una ola de entusiasmo y confianza política y militar en el gobierno central. El Estado chileno se encontraba más fuerte que nunca y todo el país se vio convulsionado por un sen-*

*timiento de nacionalidad que quizá no lo abandonaría más. Era, por tanto, evidente para todos los sectores chilenos, la necesidad de ocupar todo el territorio, de completar la obra de construcción nacional”.*<sup>10</sup>

Esto que ocurría en Chile, también acontecía en un contexto mundial. Mientras en Europa se desarrollaba la revolución industrial y la población aumentaba en forma significativa, aquél territorio se hizo insuficiente para tantas personas, por lo cual grandes masas de europeos comenzaron a emigrar a los demás continentes y a colonizar nuevos territorios. Fue así como vastas zonas del mundo fueron pobladas por familias venidas del viejo continente, las que iniciaron la explotación económica de aquellas. Como resultado de esto, zonas como las grandes praderas de América del Norte y las pampas argentinas se convirtieron en regiones agrícolas y ganaderas muy productivas.

*“Fue, por lo tanto, el período en que se abrieron las fronteras agrícolas más grandes, quizás, del mundo. En Estados Unidos de Norteamérica se inició la marcha hacia el Oeste, en Canadá se abrió un territorio hasta entonces inexplorado, Australia pasó de ser una colonia penal a transformarse en un granero, en Argentina se preparaba la «Campaña del Desierto”, Francia buscaba ocupar Argelia y el Norte de África instalando colonos. El mundo occidental capitalista abrió sus fronteras agrícolas presionando por la revolución industrial y repartía su población por los cuatro confines del globo”.*<sup>11</sup>

Todo este panorama internacional repercutió necesariamente en Chile, ya que se veía a La Araucanía como una región con gran potencial agropecuario, la que, además, podía ser colonizada por familias europeas.

En cuanto al aspecto político chileno, en 1891 se produjo un quiebre en la vida de país que implicó pasar de la segunda etapa del régimen portaliano (también conocida como “República Liberal”) al período denominado “República Parlamentaria” (que para algunos autores, como Alberto Edwards, vendría siendo la tercera etapa de la “República en forma”). Si el primero de estos períodos se caracterizó por un equilibrio de poder entre el Presidente de la República y el Congreso Nacional, en el segundo este último poder del Estado alcanzó la primacía sobre el Ejecutivo, sin que esto implicara un cambio en la Carta Fundamental de 1833, sino que una modificación en la forma en como ésta se interpretaba.

*“En 1891, por primera vez en sesenta años, un Gobierno fue derribado en Chile por la violencia; pero la forma en que se produjo el acontecimiento, le daba más bien los caracteres de una restauración de la legitimidad tradicional. Con la antigua clase dirigente había triunfado el antiguo orden jurídico, y*

---

10 *Ibidem* p. 264.

11 *Ibidem*, p. 173.

*también es preciso reconocerlo, el movimiento histórico que desde fines del Gobierno de Bulnes venía acentuando el predominio oligárquico sobre el poder absoluto. Los vencedores, por su parte, se esforzaron en demostrar que habían entendido combatir una tentativa de usurpación, y que, frustrada esa tentativa, todo quedaba como antes”.*<sup>12</sup>

A partir de 1891 comenzó una etapa política dominada por una oligarquía que gobernará desde Santiago y a través de los partidos políticos. También comenzó un lento pero sostenido proceso de estancamiento en la marcha general del país, que se hará muy evidente hacia el año 1910, en el que termina esta investigación y en la que también la república cumplió cien años de vida independiente.

En el proceso de expansión nacional señalado al comienzo de esta breve reseña, el Ejército tuvo una labor fundamental como uno de los más poderosos instrumentos con que contó el Estado chileno. Pero la Institución no solamente actuó en el plano netamente militar, sino que tuvo una labor muy fecunda en la incorporación del territorio araucano, a través de la construcción de caminos, puentes y de todo tipo de obras públicas; en la extensión de las comunicaciones, mediante el tendido de las líneas telegráficas y la construcción de vías férreas; en la vigilancia del orden público, tanto en las nuevas poblaciones, como en los caminos y en los campos; en la extensión del aparato estatal mediante la construcción de diversos edificios públicos y en la administración de las nuevas zonas ocupadas; y en la labor en favor de la población local, contándose aquí tanto a la población indígena autóctona, como a los colonos que se fueron estableciendo en La Araucanía (labor que se expresó tanto en el ámbito de la atención sanitaria, como en la alimentación de parte de esta población y en su educación).

Pero también este Ejército experimentó un cambio interno significativo a partir del año 1885, ya que el modelo militar francés que había predominado en la Institución desde la época de la Independencia, dio paso al modelo militar alemán, que comenzó en momento de la llegada al país del capitán Emilio Körner, a quien le siguió un gran contingente de militares alemanes, los que cambiaron la educación militar chilena, la instrucción que se daba en los cuarteles, la orgánica del Ejército y muchos otros aspectos internos de la Institución. Todo este proceso implicó la profesionalización de la carrera militar y fue conocido como la “Prusianización”. Dicho proceso se intensificará aún más después del año 1891 y durará hasta la década de 1910.

*“La necesidad de reorganizar y profesionalizar al ejército nació en forma evidente después de la evaluación autocrítica ya reseñada, que se realizó al interior de la institución una vez finalizada la Guerra del Pacífico, y, además, por la nueva estatura internacional que había alcanzado el país. En efecto, a partir de 1885 empezó a estructurarse una nueva fuerza militar, estimulada entre otros motivos por los problemas limítrofes con Perú y Bolivia, las conflictivas relaciones con Argentina,*

---

12 EDWARDS, Alberto. **“La Fronda Aristocrática”**. Sexta edición, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S. A., 1966, p. 174.

las demandas militares por el proceso de «penetración» de La Araucanía, las especiales relaciones diplomáticas que se mantenían con Estados Unidos e Inglaterra y La defensa del enclave salitrero. Los primeros trabajos relacionados con el tema se realizaron comparando experiencias propias con las del viejo mundo, los cuales arrojaron algunas interesantes conclusiones. Una de ellas fue la necesidad de mantener una fuerza militar capaz de defender al país en caso de agresión externa que, como se expuso, Chile no poseía en 1879. Dicha fuerza se organizaría en tiempo de paz y estaría entrenada de una forma adecuada como para servir de molde en el cual se vaciaran las reservas que conformarían un ejército de campaña”.<sup>13</sup>

C. *Algunos antecedentes basales que enmarcan la presente investigación.*

1. Con respecto a la población de La Araucanía dentro el período en el cual se enmarca la presente investigación, es muy difícil dar una cifra exacta dada la escasez de fuentes confiables. En 1797, el gobernador de Chile, Ambrosio O’Higgins, realizó un primer censo a través de los capitanes de amigos, el que arrojó una cifra de 95.504 mapuche. En la década de 1850, el obispo de Concepción estimó que la población de La Araucanía era de unos sesenta mil indígenas. En 1868 se calculó una cifra de ochenta mil mapuche y no mapuche en esta región, mientras que el censo de 1875 dio una cifra de 76.196 indígenas. Estos datos son muy imprecisos y actualmente se estima que están subvalorados, por lo cual la población debió haber sido un poco superior a las 150 mil personas. El primer censo realizado después de la ocupación de este territorio, en el año 1907, arrojó una población de 101.118 mapuche en La Araucanía.<sup>14</sup>

Las depredaciones, muertes, pestes y hambrunas que tuvieron lugar en este período debieron haber afectado a esta población y a ello hay que agregar la permanente migración entre los lados argentino y chileno de la cordillera, lo que complica aún más la estimación de una cifra.<sup>15</sup>

Se puede afirmar que hubo períodos de crecimiento poblacional (como entre los años 1800 y 1869) y otros de contracción demográfica, lo que se combinó con los desplazamientos desde y hacia Argentina. Se estima que a comienzos del siglo XIX, la población de esta región debió superar los cien mil habitantes, cifra que aumentó en los sesenta años siguientes, para luego decaer por los efectos de la guerra, de modo que a fines del período se tendría una cifra cercana a las noventa mil personas. En la década de 1870 se produjo una fuerte migración hacia las

---

13 ARANCIBIA CLAVEL, Roberto. *“La Influencia del Ejército chileno en América Latina. 1900-1950”*. Primera edición, Santiago de Chile, Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM), septiembre de 2002, p. 119.

14 BENGOA, *op. cit.*, p. 254.

15 *Ibidem*.

pampas argentinas y en la siguiente ocurrió lo contrario debido a la “Campaña del Desierto”, la que tuvo lugar al otro lado de la cordillera; se estima que unas diez mil personas se trasladaban entre uno y otro sector, y se calcula que entre mil quinientos a dos mil guerreros se movilizaron durante este período entre ambos lados de la cordillera.<sup>16</sup>

2. La región de La Araucanía posee cerca de cinco millones de hectáreas de extensión, lo que representan un 7,3% del total del territorio chileno, un 19% de la superficie agrícola nacional y un 35% del total de la tierra arable del país.<sup>17</sup>

En el período en el cual se enmarca la presente investigación, esta región estaba mayormente cubierta de bosques, dentro de los que se ubicaban los diversos asentamientos indígenas. Con la incorporación de este territorio a la república comenzaron los desmontes de los terrenos, con el fin dedicarlos, principalmente, a la agricultura de cereales, llegando esta zona a ser conocida como “el granero de Chile”.

Siguiendo la historiografía nacional, desde fines del siglo XIX los mapuche se han ubicado en el territorio situado entre los ríos Biobío y Toltén. Esto lo afirmó el poco conocido autor Horacio Lara, hacia el año 1888.<sup>18</sup> A su vez, para el connotado historiador Tomás Guevara, los mapuches ocuparon el territorio comprendido entre el río Biobío y el paralelo 37° 40' de latitud sur.<sup>19</sup>

3. Concepto de “etnia”

“Etnia” es un término que proviene del griego “*Ethnos*”, el que aludía a los individuos pertenecientes a un grupo humano específico. A su vez, tiene también su origen en la palabra “*ethnikos*”, que hacía referencia a los “no griegos”. Con estos antecedentes se concluye que la etnia define a un grupo humano diferenciable de cualquier otro. Por lo mismo, el concepto de “etnicidad” encierra un sentimiento de vinculación y filiación a una comunidad que posee una cultura y una historia comunes, las que otorgan una identidad particular a este grupo. En este sentido, los factores componentes de la etnia y la etnicidad serían la lengua, la historia, la religión, los hábitos y las costumbres.

Actualmente existe una corriente antropológica y sociológica orientada a transformar la etnicidad en un problema de investigación y en objeto de estudio. Se habla también

---

16 *Ibidem*, pp. 254 y 255.

17 Instituto Nacional de Estadísticas (INE), “*Censo de 1992*”.

18 Cfr., LARA, Horacio. ***Crónica de la civilización de la Araucanía***. Tomo I. Santiago, Imprenta de El Progreso, 1888.

19 GUEVARA, Tomás. ***Historia de la civilización de La Araucanía***. Tomo I. Temuco, Museo Regional de La Araucanía, 1889.

de la “interculturalidad”, nombre que caracteriza al proceso de interacción, reconocimiento y aceptación de una minoría en el contexto de una sociedad global, compleja y “moderna”.<sup>20 21</sup>

En ciertos temas, los antropólogos prefieren utilizar el término “etnia”, en lugar del de “raza”. Al decir de ellos, la palabra “raza” supone connotaciones biológicas o una “filiación biológica”, no necesariamente presente en el “grupo étnico”.

En lo referente al mundo latinoamericano, “etnia” es un término utilizado para definir una minoría con creencias, cultura e historia propias, que existe dentro de una cultura y una sociedad mayores, y occidentales (el Estado Nación). En otras palabras, la “etnia” ha surgido como un concepto que ha servido para otorgar a los pueblos prehispánicos una presencia político-ideológica que los distingue y que los opone al Estado Nación dentro del cual existen, y en el marco del cual se desarrollan como minorías.

#### D. *La Araucanía*

El territorio denominado “La Araucanía” se ha asimilado al espacio geográfico donde habitaban los mapuche no incorporados, primero, al Reino de Chile y, luego, a la república, siendo, por tanto, un área cuyos límites han variado históricamente a medida que, primero, los españoles y, después, los chilenos, fueron ocupando el territorio que habitaban estos indígenas.<sup>22</sup>

La denominación “La Araucanía” identifica comúnmente a toda la región ubicada al sur del río Biobío durante la época del dominio español, ya que este curso fluvial constituyó el límite entre el Reino de Chile y esta zona,<sup>23</sup> la cual, a su vez, limitaba por el sur con el río Calle-Calle.

Inicialmente, el territorio situado entre los ríos Itata (por el norte) y Calle Calle (por el sur), fue conocido entre los españoles como el territorio de los “araucanos” o “moluches”, comúnmente llamados “mapuche” (“*mapu*” significa “*tierra*” y “*che*” significa “*gente*”), quienes hablaban “mapudungun” y estaban compuestos por subgrupos que correspondían a los picunche, huilliche, pehuenche y araucanos propiamente tales. Es en esta parte geográfica de Chile donde transcurrió, primero, la guerra entre espa-

---

20 Un completo trabajo analítico y conceptual al respecto, en: AUSTIN, Tomas. “Conceptos fundamentales para el estudio de la interculturalidad”, en Universidad de Temuco, Dirección de Investigación, Serie *Cuadernos de Discusión y Estudios*, Nº 2, abril de 1999.

21 SAAVEDRA F., Marcelo. “Etnoindigenismo, Ideología y Política etnicista en la X Región” (trabajo de investigación histórica presentado a la Academia de Historia Militar en el año 2004 y en el taller “Identidad y Defensa Nacional”).

22 SILVA GALDAMES, Osvaldo. *Atlas de Historia de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, 1990, Mapa, p. 96.

23 BONILLA BRADANOVIC, Tomas. *La Gran Guerra Mapuche, análisis crítico-histórico (1541-1883)*, Tomo II. Santiago de Chile, Talleres Gráficos Instituto Geográfico Militar, 1988, pp. 129-130. La línea de la frontera según las paces de Quilín (1641), corría paralela al curso del río Biobío.

ños y araucanos, y, posteriormente, entre chilenos y estos últimos. Con el tratado firmado en Villarrica en el año 1883, entre los mapuche y el gobierno de Chile, el área denominada “La Araucanía” se redujo al espacio comprendido entre los ríos Biobío y Toltén, que correspondía al territorio habitado por los grupos araucanos y pehuenche.

En cuanto a “Arauco”, el nombre primitivo de esta voz pudo haber sido el de “Rauco”. El hecho de repetir “voy a Rauco” habría generado la expresión “voy a Arauco”. En los archivos de Indias citados por Claudio Gay, es común observar en las cartas enviadas por los gobernadores al rey, que ellos se referían a las tribus ubicadas sur del río Itata como los “aucas”. Así, la palabra “araucano” pudo llegar a ser una acomodación en el lenguaje, la que fue generalmente aceptada. Incluso el mismo Pedro de Valdivia, en su carta dirigida al monarca español y fechada el 20 de agosto de 1545, indicaba “... *que ... en la provincia de Rauco*”. No cabe duda que de allí pudieron derivarse los nombres de “Arauco” y de “araucano”.

La provincia de Arauco fue creada como tal el 13 de octubre de 1875 y, posteriormente, se denominó “Arauco” a la provincia perteneciente a la Región del Biobío y cuya capital es Lebu. La actual Región de La Araucanía (cuya capital regional es Temuco), comprende las provincias de Malleco y Cautín (cuyas capitales provinciales son Angol y Temuco, respectivamente) y ambas fueron creadas por el gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda.

En síntesis, el área geográfica comprendida en el presente estudio está conformada por las actuales provincias de “Arauco”, “Malleco” y “Cautín”,<sup>24</sup> que incluyen las antiguamente denominadas “Baja Frontera” y “Alta Frontera”,<sup>25</sup> términos que se empleaban indistintamente, junto con el de “Araucanía”, para referirse a esta región<sup>26</sup> y que fueron utilizados por el estamento castrense. Nació así el concepto de “la Frontera”,<sup>27</sup> para referirse a la zona en comento.

El mapa de la región en comento elaborado en 1870, año posterior a la primera gran campaña del Ejército en La Araucanía (que ocurrió en el año 1869) y durante el cual, y también en el año siguiente (1871), tuvo lugar la segunda incursión de esta fuerza militar en dicho territorio.<sup>28</sup>

---

24 Las Provincias de Malleco y Cautín fueron creadas durante el tiempo del mandato del Presidente José Manuel Balmaceda (1887): Malleco tenía como capital a Angol y Cautín a Temuco.

25 La “Alta Frontera” y la “Baja Frontera” fueron expresiones utilizadas por los militares para identificar a las unidades de Ejército que tenían guarnición en “La Araucanía”.

26 Nota del Autor: La delimitación que efectuó CONARA en el año 1978, respetó el antecedente delimitador tradicional que fijaba los límites provinciales.

27 PINO ZAPATA, Eduardo. *Pacificación y colonización en la Frontera* (Itinerario Histórico).

28 Nombre de esta fuente: “*Plano de Arauco y Valdivia con la designación de la Antigua i Nueva Linea de Frontera Contra los Indios. 1870. Construido por M.G.O.*”.

Respecto de la población autóctona existente en la región, se estima que alcanzaba a unas cien mil personas y en cuanto la superficie en hectáreas que ocupaban, tanto desde la costa hasta la cordillera de los Andes (de oeste a este) y desde la línea Arauco - río Biobío - Paso Pino Hachado (por el norte) hasta la línea del Toltén inferior - Villarrica - Paso Mamuil-Malal (por el sur), alcanzaba a unas 3,4 millones de hectáreas.<sup>29</sup> La mayor parte de sus habitantes ocupaban las tierras de los faldeos orientales de la Cordillera de Nahuelbuta, vale decir, mirando hacia los llanos del valle central.

En 1883, la fuerza del Ejército en la “Frontera” alcanzó cerca de un total de dos mil soldados (pertenecientes al Regimiento Santiago 5º de Línea, al Regimiento Zapadores y a los regimientos 3º, 4º y 9º de Línea, todos los que estaban reducidos a batallones), a los que se agregaban unos mil quinientos milicianos de la Guardia Nacional (pertenecientes a los batallones Angol y Ñuble, al Escuadrón de Carabineros Nacimiento, a las compañías Mulchén y Antuco, y a la Brigada de Artillería).

“*La Araucanía quedó así anexada a Chile...*” (Ocupación de Villarrica, 1º de enero de 1883, en el Boletín Informativo de la Milicia Republicana, año 1932).<sup>30</sup>

La pregunta que salta a primera vista, es como el Ejército de Chile pudo realizar en un corto tiempo (en setenta años) lo que otras fuerzas militares anteriores a esta (las españolas) no lograron concretar en un período mucho más largo (cerca de doscientos sesenta años), a pesar de tener medios técnicos avanzados, constancia y valor, lo que no puede ser desmentido. Según los historiadores nacionales, existieron varias causas que influyeron en la prolongación de la guerra de conquista de La Araucanía, pero se estima que hay una razón que pudo ser la clave de este buen resultado: se trata del aprovechamiento de la institución del cacicazgo, de la que los militares chilenos se sirvieron en forma muy inteligente con el fin de

---

29 Nota del Autor: La superficie total, incluyendo la zona cordillerana habitada por la etnia pehuenche, asciende a 5,4 millones de hectáreas.

30 Nota de la Academia de Historia Militar: Epulef, cacique dueño de Villa Rica, último jefe mapuche que trató de salvar un pedazo de tierra ubicado a orillas del lago del mismo nombre y al costado sur del riachuelo Ruhuelhue, prohibió traspasar este curso de agua a la fuerza militar al mando del Coronel Gregorio Urrutia Venegas, lo que el Ejército no acató, procediendo a tomar posesión de toda la comarca. Es digno destacar también el discurso del cacique Panchulef presente en el siguiente relato: “*Los jinetes araucanos desmontáronse y se comenzó el Parlamento que había de ser el último que se celebraría entre representantes del Gobierno de Chile y del altivo Araucano. El acto inicial en él fue el saludo hecho por Panchulef y sus mocetones y consistente en un saludo individual de mano a cada uno de los jefes y oficiales chilenos, pronunciando a la vez las frases: ‘Mari – Mari peñi’ y ‘¿Qui me ley mi?’*, que traducidas dicen: ‘Buenos días, amigo’ y ‘¿Estás bien?’. En seguida Panchulef usó de la palabra más o menos en estos términos: ‘He montado en mi viejo caballo blanco que sólo en estas fiestas se presenta, he dejado abandonada lejos de aquí, mi casa, mis mujeres, mis hijos, mis vacas y mis caballos para venir a saludarte, Señor Usía y saber cómo has hecho el viaje con tus Oficiales, tus Sargentos y tus soldados contra los bravos ríos y enojadas montañas y si todos han llegado buenos de salud. También he venido para presentar mis buenos oficios al Señor Gobierno y a Vos, Señor Usía y a tus Oficiales y a tus soldados’”.

relacionarse con el pueblo araucano.<sup>31</sup> “El cacicazgo” era una organización ancestral de personificación de la autoridad política, social y económica que empleaba la etnia mapuche como una forma de relacionarse intrínsecamente como sociedad.<sup>32</sup>

## II. LA ORGANIZACIÓN DEL TERRITORIO DE LA ARAUCANÍA

### A. Antecedentes

El territorio situado entre los ríos Biobío y Toltén estuvo bajo jurisdicción militar directa hasta fines del año 1887, ya que la administración civil de la zona se organizó a partir del año 1888. La creación de la Provincia de Arauco se efectuó mediante Ley de 13 de octubre de 1875,<sup>33</sup> mientras que las provincias de Malleco y Cautín se crearon por Ley de 12 de marzo de 1887.

El jefe de la operación “colonización” de la frontera fue el teniente coronel de Guardias Nacionales, Martín Drouilly, ingeniero que elaboró las cartas topográficas de la región de La Araucanía y quien más tarde fue designado Jefe de la Comisión de Colonización de dicho territorio.

En aquella época, el fisco adjudicaba los terrenos que estaban ocupados de hecho, en explotación y con vivienda construida. De esta manera comenzaban una larga tramitación judicial y enojosos procedimientos, que no pocas veces concluyeron en crímenes. Quien estaba instalado en un determinado terreno alegaba el derecho de ser el primer ocupante y, como tal, era quien había ayudado con su presencia, su trabajo y con su defensa, a asegurar el dominio político de Chile en el territorio que se iba conquistando. Esto fue verdad en cierto aspecto y en muchos casos, pero, en otros, se trató simplemente de audacia y viveza, factores que nunca faltan cuando las situaciones no están perfectamente claras. La legislación dictada en aquella época establecía que todo el territorio que el Ejército ocupara en La Araucanía pasaba a ser propiedad del Estado chileno, el que respetaría el dominio de las tierras habitadas por los indígenas sometidos.

Otra razón que hizo necesario mantener la autoridad militar, fue continuar disponiendo del trabajo de los soldados para abrir las vías de comunicación, construir caminos, puentes y edificios,

---

31 BENGOA. *op. cit.* (en la Tercera parte, Capítulo X, Número 4, p. 41, se menciona a Álvaro Jara).

32 Al comenzar el siglo XIX, el listado de caciques importantes no era muy grande. Cien caciques dominaban todo el territorio y la población mapuche; de estos había unos quince a veinte Ñidol Loncos que ejercían una influencia decisiva sobre el resto. Esto fue muy bien comprendido por el Ejército chileno, ya que los capitanes de amigos que hacían de mediadores entre la Institución y los mapuche, conocían detalladamente a esta sociedad indígena. Cuando se invitaba a los naturales a los parlamentos se buscaba de entre ellos a los personajes claves, quienes eran los que tenían real influencia en la población. En total, se estima que durante el período ubicado entre los años 1884 y 1910, no existían más de cuarenta agrupaciones de mapuche situadas entre los ríos Biobío y Toltén.

33 A esta área se le llamó “Baja Frontera”.

y, más tarde, de la fuerza del Regimiento de Zapadores, la que ayudó en la construcción de las vías férreas.

La renuncia del general Gregorio Urrutia Venegas determinó que se dejara en su reemplazo interinamente al coronel Alejandro Larenas, pero a fines del mismo año 1883 se designó al general de Brigada Marco Aurelio Arriagada como Comandante en Jefe del Ejército del Sur.

Como en agosto de 1884 el territorio peruano fue desocupado por el Ejército de Chile, las unidades militares volvieron al país. Algunas de estas fueron enviadas directamente desde Callao a Talcahuano y desde este último puerto a Angol. Las primeras unidades que llegaron a La Araucanía fueron el Regimiento "Santiago" 5º de Línea y el Regimiento Zapadores. Estos cuerpos relevaron de sus obligaciones a las Guardias Nacionales, las que entraron en receso, fueron desmovilizadas y cuyos miembros volvieron a la vida civil. También llegaron, en una segunda etapa, los regimientos 3º y 4º de Línea, los que fueron reducidos a batallones y continuaron la obra de trabajo y resguardo de los numerosos habitantes que ya poblaban la Frontera.

En septiembre de 1884 se nombró en reemplazo del general Marco Aurelio Arriagada, a Gregorio Urrutia Venegas, quien se hizo cargo del Comando General del Ejército del Sur. Su nombramiento fue breve, pues en diciembre de aquél mismo año fue enviado a asumir la Jefatura de la División de Ejército que ocuparía los territorios de Tacna y Arica, los que pasaron bajo la soberanía de Chile en forma temporal, una vez finalizada la guerra del año 1879. En su lugar fue designado el coronel Alejandro Gorostiaga, quien hizo recaer el gobierno administrativo en los Jefes de Plaza y en los Comandantes de Fuertes, quienes dependieron directamente de la Jefatura de Plaza (el Comandante General de Armas).

Cabe hacer presente que el territorio ubicado entre los ríos Biobío y Toltén constituía una unidad administrativa que se regía por la Ordenanza General del Ejército, cuerpo legal que colocaba a esta zona en Estado de Asamblea (igual que en los tiempos de guerra) y cuyo Jefe Militar era, a su vez, el Jefe político y administrativo, el que ejercía como Intendente y Comandante General de Armas. Por Ley del 2 de julio de 1852 se colocó todo este territorio bajo el mando militar, situación que perduró hasta el año 1888.

Comenzó también en esta época, bajo el mando del coronel Alejandro Gorostiaga, la supresión de algunas unidades del Ejército en La Araucanía, por el hecho de haber concluido el proceso de pacificación en esta zona.

En el mensaje dirigido al Congreso en el año 1884, el Presidente de la República dio cuenta acerca de su preocupación por La Araucanía, reflejada en dos aspectos principales: la colonización extranjera y la construcción de los ferrocarriles a Traiguén y Victoria, como también de la continuación de los estudios en terreno del trazado que tendría la línea ferroviaria de Victoria a Temuco, y desde esta ciudad hasta Valdivia y Osorno.

En junio de 1884, el ministro del Interior comunicó haber firmado el contrato de construcción de las líneas de Angol-Traiguén y Renaico-Victoria con la empresa de Carlos Hillman y S.H. Mayers, por una suma que ascendió a \$ 3.880.774,18. Ambas líneas alcanzaban las longitudes de 73,5 y 81 kilómetros, respectivamente.

En 1884 y refiriéndose al territorio sureño, el ministro de Guerra expresó:

*“En cuanto al sur, no son menores los deberes que la ocupación total de La Araucanía impone al Ejército, desde ser el núcleo de las nuevas poblaciones, hasta hacer el servicio de verdadera policía rural para garantizar la vida i la propiedad en aquellos vastos despoblados. La implantación en ese territorio de colonias europeas, a las que hemos ofrecido seguridades de todo jénero, i la construcción de grandes obras públicas que produce la aglomeracion de miles de trabajadores, son otras tantas causas de servicios imprescindibles que no permiten por el momento llegar a mayores reducciones en las fuerzas del Ejército”.*<sup>34</sup>

En cuanto a lo que específicamente se refería a La Araucanía, se consignó:

*“La antigua Frontera ha desaparecido, i al presente existe un vasto territorio que la civilizacion, más que las armas, asimila rápidamente al resto del pais”.*<sup>35</sup>

*“Hoi, la mision de nuestro ejército distribuido en treinta i nueve destacamentos i plazas, se reduce a mantener el orden i prestar proteccion a las nuevas poblaciones i colonias que a su sombra se establecen”.*<sup>36</sup>

*“Por otra parte, la tranquilidad en que se mantienen los indíjenas, debida en gran parte a la seguridad que tienen de ser atendidos en sus reclamos por las autoridades, permiten escalonar las fuerzas que guarnecen aquel territorio, de modo que puedan hacer el servicio de verdadera policía, el más importante hoi en La Araucanía”.*<sup>37</sup>

Para el año 1884, la fuerza del Ejército en el sur estaba compuesta por las siguientes unidades:

---

34 ANTÚNEZ, Carlos. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 29 de diciembre de 1884, p. VII; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1884”. Santiago, Imprenta de “El Progreso”, 1884.

35 *Ibidem*, p. XXVI.

36 *Ibidem*.

37 *Ibidem*, pp. XXVI y XXVII.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

INFANTERÍA	JEFES	OFICIALES	TROPA
Batallón Caupolicán 9º de Línea	3	35	734
Batallón Movilizado Angol	2	18	594
Batallón Movilizado Ñuble	2	19	565
Batallón Movilizado Arauco	2	17	575
Batallón Movilizado Biobío	2	17	494
TOTAL	11	106	2962

CABALLERÍA	JEFES	OFICIALES	TROPA
Escuadrón de Cazadores a Caballo	1	7	161
Escuadrón Movilizado Carabineros de Angol	2	12	214
TOTAL	3	19	375
TOTAL GENERAL	14	125	3337

38

Esta fuerza se ocupaba entonces en la edificación de cuarteles y edificios fiscales; también construía caminos y puentes, y fabricaba embarcaciones destinadas a cruzar los ríos de la región. Como en aquella época había escasez de peones para estos trabajos, no se podía emplear otro procedimiento.<sup>39</sup>

Con respecto a estos soldados, el ministro de Guerra señaló:

*“La tropa no solo se contrae al servicio militar que le corresponde, sino que recibe un corto diario que, al propio tiempo que mejora su situación, le hace trabajar con empeño e impide la desmoralización nacida de la ociosidad”.*<sup>40</sup>

38 Fuente: ARRIAGADA, Marco Aurelio. “Memoria del General en Jefe del Ejército del Sur”, Angol, 30 de mayo de 1884, p. 176; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1884”, *op. cit.*,

39 *Ibidem.*

40 *Ibidem.*, p. XXVII.

El Presidente Balmaceda fue quien mediante una ley presentada al Congreso creó las provincias de Malleco y Cautín, e incorporó estas comarcas a la administración civil del Estado, suspendiendo de esta forma el “estado de asamblea” en que habían vivido permanentemente durante algunos años. Las primeras autoridades civiles fueron José Luis Vergara Correa, para Malleco y Francisco Pérez, para Cautín. Con este paso se procedió a realizar la labor de poblamiento y de creación tanto de las administraciones provinciales como de los servicios públicos, y se fue integrando La Araucanía a la vida del país, dándose además un impulso sin restricciones a la construcción de los ferrocarriles en dicha zona.

Entre los años 1884 y 1890 quedó terminado el tramo del ferrocarril Renaico-Victoria, con todas las obras de ingeniería que ello implicó, tales como los puentes que debieron construirse, especialmente el viaducto del Malleco, que fue proyectado por el ingeniero Víctor Aurelio Lastarria. En vista de su construcción y teniendo varias propuestas a la vista, el gobierno decidió cerrar contrato con la firma Schneider y Cía., de la ciudad de Creusot, por un costo total de \$1.050.000. El largo total del viaducto del Malleco es de 407,50 metros y su altura sobre el nivel de las aguas corresponde a 97,60 metros. La construcción de este puente duró cerca de cuatro años y fue inaugurado en forma oficial en una gran ceremonia pública, la que tuvo lugar el 26 de octubre de 1890 y que contó con la asistencia del Presidente Balmaceda. En aquel mismo día, el mandatario llegó en tren a Victoria, dejando oficialmente inaugurado el ferrocarril hasta este punto.

Pero ya en esa fecha se estaba trabajando en la continuación del ferrocarril desde Victoria hasta Temuco, propuesta pública que la obtuvo y llevó a cabo el general Gregorio Urrutia quien, una vez retirado del Ejército, formó una sociedad con Tomás Albarracín. Esta entidad amplió tal propuesta con el tramo Temuco-Pitrufquén.

La administración Balmaceda se preocupó también de construir los edificios de las gobernaciones e intendencias; así, los de Lautaro e Imperial datan de esta fecha, mientras que la Intendencia de Temuco, la que estuvo en pie hasta el terremoto del año 1960, también fue construida en esta época, junto con lo que fueron los edificios del Telégrafo del Estado y el de Correos de Temuco.

Al iniciarse la incorporación de La Araucanía al Estado chileno (1883), la estructura orgánica del poder político mapuche era la que se indica a continuación y constituyó una de las bases para la futura división política-administrativa que fue establecida en 1887 por el gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda, al momento de crear las provincias de Malleco y Cautín, y los departamentos correspondientes.

En 1884 existían dos grandes entidades o “butal-mapu” (“gran territorio” en mapudungun): el de la costa se denominaba “labquen-mapu” (“territorio marítimo”) y el central se llamaba “lelvun-mapu” (“territorio o país de los llanos”). El territorio araucano consistía entonces en algo parecido a una confederación de parcialidades. Las tribus, a su vez, constituían las masas de araucanos de la costa (pescadores) y

de los llanos (ganaderos del valle central). Los territorios de estos dos “butal-mapu” estaban subdivididos en cantones y distritos.

Al “butal-mapu” de la costa pertenecían los territorios de Arauco y Tucapel (a Arauco correspondían los cantones de La Imperial y Boroa, los que estaban divididos en distritos, tales como Llico, Tubul, Quidico, Quiapo y Ranguil; mientras que a Tucapel correspondían los distritos de Ilicura, Paicaví, Lleulleo, Tirúa y Tucapel mismo). Dentro del “butal-mapu” de los llanos, estaban los cantones de Angol, Purén, Repocura y Maquehua, Huenu (alto), Toltén, Mariquina, Niñinco, Lumaco, Tomen, Chollcholl, etc.

Pero toda esta organización tiene una historia que la explica.

Importantes cambios experimentó la sociedad mapuche de fines del siglo XVIII. Originalmente, esta sociedad no tenía formas desarrolladas de centralización política, sino que cada familia era una unidad independiente y existían mecanismos de agrupación esporádica, tanto para resolver conflictos, como para formar alianzas frente a empresas o enemigos comunes. En un comienzo, los toquis o jefes militares eran elegidos para un cierto objetivo, el cual, una vez logrado, implicaba que la alianza se terminaba. Pero como la amenaza bélica se hizo permanente, los toquis adquirieron mayor estabilidad. Junto con ello, también fue necesario actuar en el campo de la diplomacia, de las relaciones fronterizas y de los contactos comerciales. De esta manera, las tareas de gobierno se complejizaron y para ellas ya no servía el sistema flexible inicial, sino que se necesitaron dirigentes estables que tuvieran presente el conjunto de los elementos del problema.<sup>41</sup>

En el caso mapuche, en el comienzo de la conquista no existían las agrupaciones formales. Lo que en el parlamento de Quillín apareció como la “federación de Butalmapus de La Araucanía”, no correspondió conceptualmente a lo que en ese momento era la autoridad del pueblo mapuche, es decir, la asamblea de más de mil quinientos caciques de igual rango que participaban en las juntas. Solo más tarde la necesidad de negociar y de llegar a acuerdos, obligó a los caciques a delegar el poder en ciertos representantes. Por eso se organizaron repartimientos o ayllarehues (grupos de nueve caciques) y butalmapus (grandes regiones), con el fin de dar orden a la representación. De tanto reunirse por áreas y regiones, éstas adquirieron realidad; y de tanto ser elegido un mismo lonco, éste asumió un poder especial sobre los otros caciques y se transformó en Ñidol Lonco, o cabeza principal.<sup>42</sup>

A mediados del siglo XVIII, las grandes agrupaciones tenían una cierta realidad política, al menos en relación con los españoles.

---

41 BENGUA, *op. cit.*, p. 65.

42 *Ibidem*, p. 66.

Se dio cierta coincidencia entre los loncos que adquirieron mayor importancia entre los caciques y la mayor riqueza de éstos. El más importante era también el más rico y poderoso. Fue disminuyendo el número de caciques iguales en rango y, al mismo tiempo, se produjo una estratificación de los rangos de poder, habiendo grandes caciques que dominaban extensos territorios y mucha población; luego, hubo también caciques locales autónomos que seguían la línea de un Ñidol Lonco; y, finalmente, caciquillas y capitanejos con muy poca independencia, ya que eran parte de la estructura de poder de un cacique (ellos no eran conas, pero no tenían la riqueza y el poder de los caciques).<sup>43</sup>

Al promediar el siglo XVIII habían unas cuarenta y nueve agrupaciones araucanas entre los ríos Biobío y Tolstén; había dieciséis más en la región de Valdivia; y también existirían unas diecinueve agrupaciones pehuenche. Al comenzar el siglo XIX, unos cien caciques dominaban el territorio y la población mapuche; de ellos sobresalían unos quince a veinte Ñidol Loncos, quienes tenían una gran influencia sobre el resto.<sup>44</sup>

*“Junto a esta mayor concentración del poder político en pocas manos, se da como otro síntoma importante el carácter hereditario del poder. Antiguamente el cacicazgo no se heredaba, sino que se accedía a él por méritos. Esto era sobre todo válido para el toqui o jefe de las alianzas militares. La junta (cahuín) de guerreros para elegir un cacique, o de caciques para elegir un toqui (o lonco mayor), era el sistema democrático utilizado. Este sistema no dejó de utilizarse hasta el siglo XIX, pero adquirió un carácter en cierto modo formal, pues más que elegir al cacique, lo confirmaban como dirigente o, a su muerte, confirmaban a su heredero”.*<sup>45</sup>

*“Hacia fines del siglo XVIII se advierte un cambio en la forma de transmisión del poder; ya no se accede al cacicazgo, a la jefatura en general, solo por los méritos, sino también por herencia. Mangin, al parecer, fue elegido jefe de los arribanos por méritos propios; no se sabe que fuera por herencia. Pero su poder se transmitió a su hijo Quilapán. Lo mismo ocurrió con Calfucura, que entregó el mando a Namuncura. Los Coñoepán aparecen como señores de Choll-Choll y Repocura, manteniendo los hijos el poder de sus padres. El hijo de Colipi, Juan Marileo, continuó con el cacicazgo de Purén; y así podemos señalar muchos casos que ocurren en el siglo XIX. El democratismo casi total que tenía la sociedad mapuche, se va desdibujando; van apareciendo los derechos de herencia y, por tanto, las castas de poder”.*<sup>46</sup>

En resumen, se observa una sociedad en la cual un grupo de grandes caciques fue conformando un estrato de mando permanente. La guerra en la región también fomentó esta situación, ya que contribuyó

---

43 *Ibídem.*

44 *Ibídem.*, pp. 66 y 67.

45 *Ibídem.*, p. 67.

46 *Ibídem.*



ocupación de La Araucanía. Estas agrupaciones tuvieron jefes (o loncos), que fueron actores centrales en la historia mapuche.<sup>50</sup>

Parecía que la relación con las autoridades españolas era el origen de estas grandes agrupaciones. Ya en el siglo XVIII los butalmapus eran reales, al menos en su contacto con los gobernadores de Chile; esto provocó la preeminencia de algunos cacicazgos en relación al resto. Esta preeminencia fue consolidada por las alianzas matrimoniales, la riqueza ganadera y por la cantidad de hijos, parientes y mocetones.<sup>51</sup>

*“Las agrupaciones tenían políticas definidas frente al Estado chileno. Con la amplitud del comercio a fines del siglo dieciocho, con el acceso a la educación española y el aumento de los contactos pacíficos, los caciques comprendieron que el carácter totalmente independiente de La Araucanía no podía durar. Los cacicazgos elaboraban estrategias para conseguir las mejores condiciones de negociación con las autoridades del lado chileno. Los grandes loncos del siglo diecinueve tuvieron claridad sobre este punto, e intentaron implementar sus políticas: mientras los abajinos buscaban un reconocimiento del cacicazgo por la vía de la integración social y cultural a la sociedad chilena, los arribanos exploraban en el federalismo, realizaban una gran confederación indígena y pactaban con las autoridades argentinas federalistas y chilenas de Concepción. Los cacicazgos asumieron estrategias mantenidas por largo tiempo, verdaderos programas políticos en torno a las relaciones con la sociedad fronteriza”.*<sup>52</sup>

La ubicación de los grupos araucanos en el momento del término de la ocupación militar fue la siguiente:<sup>53 54</sup>

- En las llanuras y lomajes que bajan de la Cordillera de Nahuelbuta se ubicaban los abajinos (Butal-Mapu de la costa).
- En el valle central, entre los ríos Biobío y Cautín se situaban los arribanos (Butal-Mapu de los llanos).

---

50 *Ibidem*, p. 73.

51 *Ibidem*.

52 *Ibidem*, p. 74.

53 Nota del Autor: En el Alto Biobío, habitaban los pehuenche, quienes no se han considerado en esta obra por no hablar mapudungun y por constituir una etnia no araucana.

54 BENGGOA, *op. cit.*, p. 25. Diremos sólo a modo de comentario marginal, que si los mapuche hubieran logrado constituir una sociedad señorial antes de ser absorbidos por el sistema económico chileno, quizás (se podría pensar) habrían constituido un grupo ganadero regional, que hubiera podido establecer relaciones con los agricultores criollos de la zona central. No cabe duda de que esa era la estrategia de integración de los Colipí, Pinolevi y de otros caciques integracionistas, quienes pensaban formar grandes confederaciones de carácter puntual o estable. Nunca dejaron de funcionar las juntas (cahuines), en las que el conjunto de caciques y mocetones de una determinada agrupación discutían sus puntos de vista y elegían a sus jefes. Aunque tal elección era formal, se mantenía el rito democrático.

- En el valle y la costa, entre los ríos Malleco y Cautín, estaban los chollchollinos.
- En alrededores del río Imperial y hasta el Toltén se ubicaban los boroanos y los moquehuanos.

En el libro de la historia del pueblo Mapuche Siglo XIX y XX, se puede apreciar en forma gráfica la ubicación espacial de estas agrupaciones en el territorio de La Araucanía.<sup>55</sup>

Los principales caciques del área en estudio, con los cuales se entendió y relacionó la fuerza militar, fueron los siguientes:

En el territorio abajino (cuyo centro estaba en lo que actualmente es Traiguén, Lumaco, Los Sauces, y Purén, por un lado y el área de Choll Choll, Repocura y el actual pueblo de Galvarino, por el sur) estaban la familia Colipí (cuyo gran cacique fue Lorenzo Colipí)<sup>56</sup> y la familia Coñoepán (cuyo principal jefe fue Venancio Coñoepán). Ellos siempre mantuvieron una política de integración con el Estado chileno.

En el territorio arribano (entre el río Malleco y Temuco) estuvieron los caciques Mariluán, Mangin y Quilapán, quienes no aceptaron la presencia de los chilenos en el suelo araucano.

En el territorio de Ultra Cautín (vale, decir, más allá o al sur del río Cautín), estuvieron Pascual Coña, los Vilu de Maquehua, los Manquilef de Quepe, los Paillalef, los Epulef, los Panguilef, Juan de Dios Neculmán y, por último, Calquín, Ñanculeo, Martín Catrileo y Llanquileo, de Huillío.

En este contexto cabe la pregunta acerca de cómo se relacionaron los jefes militares chilenos con estos loncos. En el caso del general Orozimbo Barbosa, éste utilizó en el trato con los mapuche un sistema que hasta ese momento no había sido empleado y que al principio fue menospreciado por los caciques: se comunicó con ellos por escrito, enviándoles cartas. El mismo señaló que su correspondencia, en un comienzo, no agradó mucho a varios de estos jefes, quienes protestaron porque sus antepasados nunca se habían entendido con el gobierno por medio de papeles y, debido a ello, le devolvieron sus comunicaciones. Pero este general siguió empleando este sistema hasta que los caciques llegaron a aceptar las cartas con gusto y, con el tiempo, llegaron a mostrarlas como señal de distinción. Incluso llegaron a guardar y ostentar tales comunicaciones, las que, además, sirvieron para ser transmitidas a los demás indígenas por medio de personas que sabían leer, especialmente los comerciantes y quienes que servían de correo.

El trato del general Orozimbo Barbosa con el cacique Maquehua fue muy cordial y familiar; a Manuel Burgos lo trató de “*mi amigo*”, “*apreciado amigo*”, o “*apreciado Burgos*”. Algunas frases de sus

---

55 *Ibidem*, p. 71.

56 Nota del Autor: Felipe Colipí, hijo del Cacique Lorenzo Colipí, luchó en la Guerra contra la Confederación Perú-Boliviana, haciéndose famoso en la Batalla de Yungay, acción por la cual fue ascendido a Teniente.

cartas fueron las siguientes: “*muchas cosas tengo que hablarte y desearía vinieras a ésta (Toltén) luego que puedas. Tuyo Barbosa*”. En otra decía: “*Da un abrazo a tus hijos y tú dispón de tu mayor amigo. O. Barbosa*”. Este trato era muy convincente y luego fue muy corriente entre los caciques y las autoridades chilenas.

El mismo sistema fue empleado también con éxito por el general Gregorio Urrutia.

Algunas de estas cartas fueron conservadas, hasta hace pocos años, por los familiares de estos caciques, quienes las mostraron como pruebas de la deferencia que los comandantes de las tropas chilenas tuvieron en el trato con ellos.

*B. Algunos aspectos básicos del desenvolvimiento civil de la “Frontera” entre los años 1887 y 1910*

*1. La ocupación del territorio*

Ya se ha señalado que una vez terminada la conquista militar de La Araucanía y lograda la pacificación de dicho territorio con el último episodio que ocurrió en Villarrica, más la campaña del Alto Biobío, no pareció convenir que, en forma inmediata, se organizara la autoridad civil en la Frontera, sino que se estimó que debía permanecer por algún tiempo bajo la autoridad militar, lo que facilitaría tomar las medidas que las circunstancias pudieran requerir, sin tener que recurrir a las tramitaciones que implicaba la administración de una provincia organizada del país, ni a la reglamentación propia de ella. De esta forma la autoridad militar siguió ejerciéndose en el territorio de colonización de Arauco, mediante un jefe militar establecido en Angol.

En 1887, el Congreso Nacional aprobó el proyecto presentado por el Ejecutivo que ponía término a la jurisdicción militar de la Frontera y que dio paso a la creación de dos provincias: la de Malleco, cuya capital fue Angol y que comprendía tres departamentos: Angol, Traiguén y Collipulli; y la de Cautín, cuya capital fue Temuco y que incluía dos departamentos: Temuco e Imperial. Junto con crearse mediante ley estas provincias, el Presidente José Manuel Balmaceda comenzó a designar a las personas que conformarían la administración civil de la Frontera.

La ley que creó estas provincias fue promulgada el 16 de marzo de 1887. Los primeros nombramientos los hizo el Presidente el 17 de marzo del mismo año, designando como intendente de Malleco a José Luis Vergara Correa y como intendente de Cautín al general Alejandro Gorostiaga; como gobernador de Nueva Imperial fue designado Máximo de la Maza; como gobernador de Traiguén se nombró a Antonio Santibáñez Rojas; y, de Collipulli, a Romilio Carte. Como tesoreros fiscales fueron designados José Olegario Cortés (por Angol), Juan de Dios Herrera (por Collipulli), Zenón Martínez Rioseco (por Traiguén), Rafael García (por Temuco) y Pedro G. Urrutia (en Imperial).

Posteriormente vino la designación del primer juez de letras de Temuco, en la persona del abogado Emiliano Fuentes Rí, quien se había desempeñado como Presidente de la Comisión Radicadora de Indígenas en este territorio y el que fijó su residencia en Temuco. Al producirse este nombramiento, quedó vacante el cargo de Presidente de la Comisión Radicadora, para el cual fue designado otro miembro de esa entidad, el coronel Adolfo Holley (quien tiempo después, en el año 1891, sería nombrado ministro de Guerra).

En octubre de 1887 y después de haber cumplido siete meses en el cargo de intendente de la Provincia de Cautín, el general Alejandro Gorostiaga renunció y fue designado en su reemplazo el teniente coronel de Ejército, Francisco Pérez.

A finales del año 1890 se inauguró el viaducto de Malleco y se estableció el servicio de trenes hasta Victoria.

La reglamentación jurídica básica para la formación de la propiedad austral fueron las leyes de 1866. En la ley del 4 de diciembre de ese año se indicó que todos los terrenos ubicados al sur del río Biobío serían tratados como fiscales, se sacarían a remate por parte del Estado y que se formaría una Comisión Radicadora de Indígenas que los ubicarían en los terrenos que fueran de su pertenencia. Esto fue un triunfo de la corriente estatalista por sobre la modalidad de colonización espontánea realizada por los particulares en tratos directos con los indígenas. Esta misma política de colonización se venía realizando en otros países de América que estaban abriendo sus fronteras a los colonos europeos.<sup>57</sup>

Las leyes de los años siguientes, especialmente las de 1874, aclararon e hicieron más operativas las del año 1866 e insistieron en la prohibición de que los particulares compraran directamente terrenos a los indígenas. En enero de 1883 fue dictada una nueva ley que reforzó la política estatalista, ya que prohibió establecer cualquier contrato con los indígenas, aunque estos tuvieran registrados sus títulos de propiedad. Esta misma ley creó el cargo de Protector de Indígenas y dio operación a la Comisión Radicadora, que fue conformada por un abogado (quien la presidía) y dos ingenieros.<sup>58</sup>

La intención básica de esta legislación fue radicar a los indígenas en espacios delimitados denominados reservaciones, de forma de tener el resto del territorio libre y listo para la colonización. El Estado era el agente encargado de llevar a cabo este proceso.<sup>59</sup>

---

57 BENGÓA, *op. cit.*, p. 343.

58 *Ibidem.*

59 *Ibidem.*

Dentro del proceso de mensura de las tierras llevado a cabo por los ingenieros, se organizaron, entre otras, propiedades mayores que salieron a remate en subasta pública. Existía entonces una prohibición de que una misma persona adquiriese más de dos mil hectáreas y se solía rematar hijuelas de cien, doscientas y cuatrocientas hectáreas. El promedio de estas propiedades fue de unas quinientas hectáreas. Pero se produjeron numerosas situaciones especulativas, ya que los financistas y especuladores actuaron a través de terceras personas, e incluso aparecieron directamente en los planos.<sup>60</sup>

Los funcionarios del Estado encargados de la colonización prefirieron el establecimiento de la pequeña propiedad, como una política de población y de desarrollo agrícola. Pero se toparon con la fuerza del sistema latifundista que vino de la zona central. Todos los partes oficiales dieron cuenta de la depredación que se estaba cometiendo con los recursos naturales de la Frontera, pero eran impotentes ante el ingreso desmedido del capital comercial y especulativo.<sup>61</sup>

Las primeras subastas se realizaron antes del año 1881 y se incrementaron a partir de 1885. Todos los años se realizaron remates de terrenos a los que postuló todo tipo de personas. La especulación de terrenos fue cada vez más común, llevando este procedimiento a una situación crítica.<sup>62</sup>

El primer remate de tierras en la Frontera ocurrido con posterioridad a la organización civil de este territorio, consistió en colocar treinta mil hectáreas en subasta pública, las que se ubicaban al sur del río Vergara, entre los ríos Traiguén y Cautín. Dicho remate se efectuó en Santiago el 10 de mayo de 1887. Después de esta operación se realizaron, por lo menos, unas veinte más entre los años 1884 y 1900, implicando una superficie total rematada de 1.125.000 hectáreas que significaron una cantidad de \$ 18.790.621 de ingresos para el fisco.<sup>63</sup> El resto de las tierras, unos tres millones de hectáreas, pasaron a ser propiedad del Estado chileno.

La Oficina de la Inspección General de Colonización que dirigió el teniente coronel Martín Drouilly, informó que habían quedado 4.206 colonos en la región. Sin embargo, el censo que él realizó en las colonias mostró que sólo permanecían 3.501 personas, habiéndose producido un ausentismo de 705 colonos que habían llegado a la zona de La Araucanía.

Los colonos europeos que llegaron en tres oleadas migratorias, entre los años 1884 y 1886, fueron radicados en los siguientes lugares:

---

60 *Ibidem*, p. 349.

61 *Ibidem*, p. 351.

62 *Ibidem*.

63 FERRANDO KEUN, Ricardo. **Y así nació la Frontera**. Santiago de Chile, Editorial Antártica S.A., 1986, p. 510.

## CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Alemanes	Contulmo, Gorbea, Temuco
Franceses	Temuco y Traiguén
Italianos	Capitán Pastene y Río Toltén
Españoles	Angol, Berdi, Galvarino, Purén y Ercilla
Boers	Gorbea

Estos 3.501 colonos ocuparon terrenos que comprendieron un total de cuarenta y dos mil hectáreas de extensión.

La presencia del Ejército fue la nota distintiva en todo este proceso, ya que ella dio un especial empuje al comercio, no sólo debido al consumo personal de los oficiales y la tropa, sino que también por la necesidad de abastecer las colonias que se fueron organizando alrededor de los fuertes militares, ya que estos fueron los lugares en donde los colonos podían adquirir todo tipo de implementos y bastimentos. De esta forma, el fuerte de Temuco se fue convirtiendo en una villa y ya en el año 1883 (fecha que se ha tomado como una de las referencias para esta relación histórica) era un pueblo, el cual, a su vez, se constituyó en una avanzada que permitió ya no tanto organizar la defensa hacia el norte, cuanto más bien proteger a quienes se internaban hacia el sur.

La Frontera tuvo la característica de iniciar su existencia en un territorio culturalmente rústico, ya que lo que existía en esta zona eran la cultura y las formas de vida mapuche; esta región pasó a ser ocupada y pacificada por otra cultura que no tenía ninguna raíz en ella. Debido a esto, se puede decir que en esta región no hubo un proceso social y cultural gradual, sino que de una forma de vida indígena se pasó a una cultura que era característica de la sociedad occidental de finales del siglo XIX. Con ella llegaron el telégrafo, el ferrocarril, el comercio, los bancos, los templos cristianos, las escuelas, etcétera; en fin, llegó una nueva forma de vida con rasgos y creaciones propias. Resumiendo, todo este proceso consistió en establecer el mundo occidental propio de esa época en la región de La Araucanía.

Se evidencia que el avance en la Frontera fue vertiginoso. Mientras la vida en el resto del país no experimentó grandes cambios, en esta zona tuvo lugar el proceso de implantación de una cultura que tenía las mismas características de aquella que existía en el territorio ubicado al norte del río Biobío. Fue así que esta región fue atravesada por el ferrocarril, quedando en el año 1907 unida al centro de Chile y a Santiago, por el norte y a la zona de Valdivia, por el sur.

En este proceso la proveeduría del Ejército y del comercio se trasladó desde Angol a Traiguén, debido a que la extensión del ferrocarril hasta esta última población le había dado una nueva importancia al convertirse por cierto tiempo en punta de rieles. Collipulli, a su vez, fue el centro de los trabajos de construcción del ferrocarril en el tramo Renaico-Victoria. Luego Angol se

convirtió en el centro administrativo de la Frontera y en la sede del Comando del Ejército en esta región; y, finalmente, Temuco, como fuerte militar, constituyó el soporte armado para la ocupación total de La Araucanía.

De esta manera, el mundo propiamente chileno fue tomando cada vez más fuerza en esta zona y el Ejército protegió sus primeros pasos. Pronto florecieron el comercio y todo tipo de transacciones, lo que hubo de ser controlado por el coronel Gregorio Urrutia con el fin de evitar la venta de los terrenos que pertenecían a los indígenas, a quienes se les engañó legalmente, cometiéndose muchos abusos. Las instrucciones que entonces se dieron a los jefes militares y las diversas leyes que se dictaron para este objeto, ayudaron a reglamentar este sistema.

Uno de los primeros abusos que la autoridad militar tuvo que enfrentar fue el de las operaciones de venta que se celebraron directamente entre los mapuche y los chilenos. En estas transacciones se observó como determinados indígenas, que eran dueños de grandes extensiones de tierra, vendieron sus propiedades a personas chilenas por insignificantes sumas de dinero, operaciones que dieron origen a escrituras que se constituyeron en propiedad legal, una vez que fueron inscritas en los registros correspondientes.

## 2. *La radicación de los araucanos.*

La superficie de las tierras que pasó al dominio del fisco chileno, fue de más de 3.650.000 hectáreas. Esto fue posible debido a los procesos de radicación y reducción del pueblo mapuche.

*“La radicación de los indígenas es una operación esencial para disponer de las tierras fiscales’, señaló el Inspector de Colonización en 1910, cuando ya habían transcurrido 30 años de proceso de expropiación del territorio mapuche, y aún faltaban muchas familias por ser radicadas. Efectivamente, en el marco del sistema empleado, la radicación era el primer paso para establecer el tamaño de la propiedad fiscal y, por tanto, sacar a remate público los terrenos. Con anterioridad al paso de la Comisión Radicadora, los terrenos pertenecían a los mapuches”.*<sup>64</sup>

La derrota mapuche implicó la pérdida del reconocimiento de los derechos de los indígenas sobre la tierra. Para constituir la propiedad indígena, el Estado chileno otorgó 3.078 títulos de

---

64 BENGOA, *op. cit.*, p. 354. En esta misma página aparece un relato de un mapuche llamado Andrés Mulato, quien contó su experiencia acerca del proceso de radicación de este pueblo: *“En la radicación, algunos sabían reclamar y otros no sabían nada. Muchos mapuches no sabían hablar nada de castellano. Hablaban no más en su lengua indígena. Así que algunos no más conseguían la atención de las autoridades; los recibían a esos que sabían hablar. Nosotros tocamos poca tierra. La Comisión nos radicaron en 168 hectáreas, para 40 familias, estos somos los Mulatos. Así les pasó a los mapuches”.*

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

merced con una extensión aproximada de 475 mil hectáreas, los que favorecieron a unas setenta y ocho mil personas entre los años 1884 y 1919. En 1929 la ley de radicación de indígenas fue derogada y se dio por terminado este proceso.<sup>65</sup>

El siguiente cuadro muestra en forma cuantitativa cuáles fueron los resultados de este proceso en La Araucanía misma:

TÍTULOS DE MERCED RECIBIDOS POR LOS ARAUCANOS				
PROVINCIA	TÍTULOS DE MERCED	HECTÁREAS	PERSONAS	H/P/P
ARAUCO	66	7.116	1.912	3,7
MALLECO	350	83.741	11.512	7,3
CAUTÍN	2.102	317.112	56.938	5,6
TOTAL	2.518	407.969	70.362	

66

El proceso de radicación fue muy lento. El censo de 1907 arrojó una población de 107 mil indígenas, pero la cifra real se estimaba en unas diez mil personas más; esto significaba que cerca de cuarenta mil mapuche no habían sido radicados, lo que equivalía a un tercio de la población indígena total.<sup>67</sup>

Primero se radicó a los indígenas de las provincias de Malleco y Arauco, dejando para el final a los indígenas de Cautín.

El procedimiento ocupado por las autoridades chilenas consistió en reconocer al lonco de cada localidad, a quien se le radicó con toda la gente que le “perteneía”, vale decir, sus allegados, los vecinos y otras familias que le fueron asignados. Así surgió la comunidad reduccional.

*“Las reservaciones o reducciones eran los espacios cedidos al indígena para que pudiera sobrevivir manteniéndose como tal, pero aislado de la sociedad chilena y colonizadora en expansión. Estos espacios eran fuertemente recortados”.*<sup>68</sup>

65 *Ibidem*, p. 355.

66 Fuente: “CIDA. Según estudio de Labbé. 1956. Santiago, 1970”; en BENGÓA, *op. cit.*, p. 355.

67 *Ibidem*, p. 356.

68 *Ibidem*, p. 357.

Un gran problema dentro de este proceso de radicación fue la arbitrariedad en el agrupamiento de las personas a quienes se incluyó en un solo título de merced. Hasta este momento la tendencia dominante dentro de la sociedad mapuche era hacia la unificación de los cacicazgos. Pero la Comisión Radicadora otorgó títulos a jefes de hogar que eran considerados como caciques locales y radicó bajo ese título a todas las personas que pertenecían a este jefe, aunque eran de otras familias. La arbitrariedad consistió en radicar bajo un título de merced a personas de distintas familias, las que no reconocían en el cacique a un jefe. Esto provocó guerras internas dentro de las reducciones recién constituidas, ya que en el mismo momento en que se otorgaron los títulos comenzaron los litigios por los deslindes internos de las hijuelas. El cacique no podía dirimir en este tipo de asuntos y la sociedad mapuche no tenía mecanismos para hacerlo. Para ello se acudió a los juzgados de indios, al Protector Indígena o a las autoridades chilenas.<sup>69</sup>

Los protectores de indígenas se dieron cuenta que la comunidad nunca había existido entre los mapuche. Este concepto era extraño a esta sociedad y sólo apareció en forma conflictiva en la etapa postreduccional. Lo que existía antes era una sociedad en creciente estratificación y en un proceso de centralización cada vez mayor, en el cual los caciquillos, capitanejos y jefes locales no tenían ascendente sobre las familias. Los grupos tenían como referente a un Ñidol Lonco, el único con algún poder para solucionar conflictos y administrar justicia. La agrupación por familias, por varias familias muchas veces en una sola reducción, fue una fuente de conflictos, ya que en ese nivel no existían mecanismos de reparto de tierra, de trabajo colectivo, ni de distribución de los productos.<sup>70</sup>

La radicación no se definió por ninguna de las estructuras fundamentales de la sociedad mapuche, que eran los linajes y las familias. Los linajes o grupos de parentelas eran los amplios sectores que reconocían un mismo tronco y que con el correr del tiempo fueron reconociendo un Ñidol Lonco.<sup>71</sup>

*“El nombre mapuche se transformó en apellido con la radicación; más aún, muchas familias cambiaron su apellido, de modo de entroncarse con el poseedor del título de merced. Antes de la reducción no existía el patronímico, tal como se ha ido viendo. El sufijo totémico que caracterizaba a determinados finales, permitía un sistema amplio y flexible de nominación. Los Vilu de Maquehua, formaban un gran linaje con lejanos troncos comunes y numerosas familias independientes que se relacionaban abiertamente, tanto entre ellas, como con los linajes aliados. A partir de la reducción, cada una de estas familias radicadas utilizará el*

---

69 *Ibidem*, p. 359.

70 *Ibidem*, p. 360

71 *Ibidem*, p. 361.

*apellido que aparece en el título de merced, siguiendo luego un sistema de herencia patrilineal del apellido, y por supuesto, ligado a él, de la propiedad. Apellidos y propiedad territorial van de la mano”.*<sup>72</sup>

La reducción forzosa de varias familias a un estrecho territorio común, rompió con los principales mecanismos de solidaridad interna de la sociedad mapuche. Se rompieron las estructuras sociales básicas que unían a unos con otros, más allá del hecho de poseer rasgos físicos identificables, costumbres, cultura y lengua. Se rompió el sistema de jerarquías y desapareció el poder de los caciques. Con ellos se desarmó el sistema de agrupaciones (abajinos, arribanos, etcétera), pasando cada cual a pertenecer a la reducción que le había tocado.<sup>73</sup>

Comenzó una nueva etapa en la historia de la sociedad mapuche, que se caracterizó por el refugio dentro de la comunidad. Esta se transformó en el espacio propio, independiente y segregado, en el cual se podía reeditar una cultura de resistencia, cuyo objeto era impedir su desaparición.<sup>74</sup>

Cuando las reducciones indígenas terminaron de anular toda resistencia de parte del pueblo mapuche y el peligro de un nuevo levantamiento desapareció, el Ejército de la Frontera, que por un espacio de setenta años fue el centinela en esas apartadas tierras, dejó de existir.

### 3. *El Ejército al servicio del bien común.*

Junto con el Ejército se establecieron también algunas congregaciones religiosas, las que, junto con su misión evangelizadora, iniciaron la difícil tarea de alfabetizar a los indígenas. Es de especial mención el trabajo realizado por los capuchinos y las monjas de la providencia. Estos religiosos y religiosas, además de impartir la doctrina cristiana a los niños y jóvenes mapuche de ambos sexos, también les enseñaron a leer, a escribir y ciertos rudimentos de oficios, tales como zapatería, talabartería y carpintería.

Con la promulgación de la Ley de Reclutas y Reemplazos en el año 1900, el Ejército dio especial prioridad al acuartelamiento del contingente de origen mapuche, con el fin de proceder a su alfabetización a través del Servicio Militar. Esto se hizo primero en la unidad militar con guarnición en Temuco, que correspondía al Regimiento N° 11 “Tucapel”.

---

72 *Ibidem.*

73 *Ibidem*, pp. 361 y 362.

74 *Ibidem*, p. 362.

Con la permanencia de las unidades militares en La Araucanía, los soldados fueron arraigándose en esta zona y muchos de ellos se convirtieron en colonos, aportando con su trabajo al progreso de esta región.

El camino abierto hacia el sur, destinado a unir a Temuco con Valdivia y Osorno, y a estas poblaciones con lo que hoy es Puerto Montt, se realizó gracias a la diligencia y al trabajo de los ingenieros militares. La ejecución de estos trabajos fue lento debido a la falta de herramientas y a la escasez general de medios. Los oficiales ingenieros del Ejército que condujeron y proyectaron estos trabajos fueron el coronel José Francisco Gana; los tenientes coroneles Tomás Walton y Benjamín Viel; los sargentos mayores Raimundo Ansieta y Aristides Martínez; el capitán Francisco Javier Fierro; y los tenientes Rodolfo Uribe, Ramón Serrano Montaner, Juan de Dios León, Francisco Pérez, Manuel Romero y Alfredo Enrique Munizaga. Todos ellos tuvieron a su cargo la dirección de una tropa que poco a poco fue especializándose en los trabajos de construcción de puentes, en la edificación de viviendas, en las faenas de desmontes, etcétera, en tanto que las labores de mensura para la entrega de parcelas a los colonos y el establecimiento de los deslindes recibieron la asesoría de la Comisión Topográfica, la que estuvo conformada por los ingenieros civiles Tirso Rodríguez, Manuel Gentick, Ernesto Plhuman y Teodoro Schmidt.

El tema de los colonos nacionales fue objeto de debate, ya que existieron fuertes presiones para extender la colonización del sur a los chilenos pobres, quienes se encontraron frente a un sistema que no contemplaba este tipo de ocupación. Pero el Ejército vio la necesidad de premiar, primero, a los oficiales y, luego, a los soldados que participaron en las diversas campañas militares. Después de la Guerra Civil de 1891 se dictaron leyes que favorecieron la colonización de parte de los oficiales y sargentos que habían sido dados de baja. La Ley N° 180 del 19 de enero de 1894 indicó en sus párrafos más importantes:<sup>75</sup>

*“Se autoriza al Presidente de la República para conceder hijuelas de terrenos fiscales a los Jefes que tuvieren que retirarse, siempre que se hubieren encontrado en alguna acción de guerra...”*<sup>76</sup>

*“Las hijuelas destinadas a los sargentos serán de 150 hectáreas cada una y las correspondientes a cada teniente coronel, de 220 hectáreas”*.<sup>77</sup>

*“Como capital para iniciar los trabajos de cultivo y explotación de las hijuelas, se dará a cada jefe una gratificación equivalente a seis meses de sueldo...”*<sup>78</sup>

---

75 *Ibidem*, p. 344.

76 *Ibidem*.

77 *Ibidem*.

78 *Ibidem*.

En 1898 se amplió la colonización a todos los chilenos mediante la Ley N° 994 del 13 de enero de 1898, la cual reglamentó la colonización nacional. A través de esta reglamentación tuvieron prioridad los soldados licenciados del Ejército de La Araucanía. Ella autorizaba al Poder Ejecutivo a conceder en las provincias de Malleco, Cautín, Valdivia, Llanquihue y Chiloé, hijuelas hasta de cincuenta hectáreas por cada padre de familia y de veinte hectáreas por cada hijo mayor de doce años.<sup>79</sup>

Para dar una idea acerca de la labor efectuada por el Ejército en La Araucanía ya antes del período del cual se ocupa la presente investigación, en el año 1870 y luego de ocho años de campañas en dicho territorio, el coronel Cornelio Saavedra entregó un informe acerca de los trabajos realizados por las tropas en la zona, especialmente por los zapadores. Este documento incluyó los siguientes resultados:<sup>80</sup>

- 1.100.000 hectáreas de terrenos laborables entre los ríos Biobío y Malleco (de norte a sur) y entre el río Vergara y la costa (de este a oeste).
- 16.082 metros cuadrados de edificios públicos (construidos).
- 1.132 metros lineales de puentes sobre ríos y arroyos (edificados).
- 229 kilómetros de caminos carreteros, especialmente en territorio montañoso (abiertos).<sup>81</sup>

#### 4 *La integración del pueblo araucano a la sociedad chilena.*

El hecho central de la pacificación de La Araucanía fue la incorporación de los mapuche a una nueva forma de vida, a la cual se vieron obligados por las nuevas circunstancias y como la única manera de sobrevivir. Algunas condiciones favorecieron este proceso, como el hecho de haber tenido contacto con los españoles durante el largo período colonial y, posteriormente, con los chilenos; esto permitió incorporar las costumbres y los modos de vida de éstos últimos a la cultura de los indígenas y, también, cierto entendimiento entre ambas partes.

Las verdaderas causas de la incorporación del mapuche al resto del país se debieron a que él se dio cuenta que se encontró sobrepasado por una forma de vida que ya no podía contrarrestar. A ello se unió el trato recibido de parte de la autoridad militar local y la actitud caritativa que

---

79 *Ibidem.*

80 Comando de Ingenieros del Ejército, "*Historia del Cuerpo Militar del Trabajo*". Primera edición, 1996, p. 32.

81 *Ibidem.*

con él tuvieron las misiones religiosas. Primero fueron los franciscanos y los capuchinos españoles, luego los italianos y, finalmente, los alemanes de Baviera (especialmente estos últimos, quienes le dieron su atención y su comprensión sin reservas). Las escuelas y los internados que sostuvieron estas misiones junto a sus parroquias, las escuelas vocacionales y el seminario en el cual se abrieron las puertas a las vocaciones indígenas que entonces fueron surgiendo, constituyeron hechos que, más que someter al mapuche, lo incorporaron a la nueva cultura.

Muchos se preguntaron qué fue lo que había pasado con el indígena, quien, aparentemente, perdió de pronto su pujanza y su valor, y se sometió. Pero lo que ocurrió realmente es el mapuche se incorporó a un nuevo sistema de vida; él se vio rodeado por la ciudad, por las vías y medios de transporte y comunicaciones, y por la escuela. Así, por ejemplo, se incorporó al trabajo remunerado y fueron cientos, o tal vez mil, los que trabajaron como jornaleros en la construcción del ferrocarril. La concurrencia al almacén para comprar o vender, el comenzar a utilizar medios antes desconocidos para él fueron, entre otros factores, aquellos hechos que lo movieron a adaptarse.

Pero dentro en este proceso, no se puede dejar de mencionar lo que muchas personas hicieron intencionadamente con los indígenas: manejarlos mediante los vicios, principalmente por medio del alcohol. Esto explica en parte aquel telegrama a través del cual el general Cornelio Saavedra informó al Presidente de la República, José Joaquín Pérez, acerca de la ocupación de Angol: *“La ocupación de Angol no ha costado ni una sola vida. La ocupación costará al Gobierno: mucha música y mucho mosto”*.

Por otro lado, durante el proceso de ocupación, muchos caciques fueron obligados a entregar a un hijo varón como prueba de su voluntad de paz. Estos niños rehenes fueron conducidos a Concepción y a Chillán, lugares en donde recibieron una educación como cualquier joven chileno. El general Gregorio Urrutia apadrinó a más de veinte hijos de caciques, los que estudiaron en un establecimiento especial de Chillán y algunos de ellos llegaron a servir como mozos en las casas de los oficiales de la guarnición. Estos jóvenes conformaron el primer contingente de indígenas que participaron en la vida política y en las actividades sociales de las ciudades y pueblos de La Araucanía.<sup>82</sup>

Pero junto a este hecho, tuvo también lugar la tendencia de numerosos caciques de enviar a sus hijos a las escuelas. Ellos se dieron cuenta de las nuevas circunstancias en que les había tocado

---

82 *“Los caciques eran la gente de espíritu más progresista. De mayor cultura, de mayor imaginación, podríamos decir. En esos años (comienzos del siglo) aún no perdían su calidad de líderes, de líderes intelectuales, de ulmen como se dice en mapuche. Todos los jóvenes que primero salen a estudiar son hijos de caciques y ellos forman las primeras sociedades. Neculmán, cacique prominente, Catrileo, cacique prominente, Romero, cacique prominente, Manquilef, cacique prominente, y en general todos eran hijos o nietos de caciques afamados”* (testimonio de Pablo Huichalaf, en BENGEOA, *op. cit.*, tercera parte, capítulo X, número 4, p. 384).

vivir y decidieron de modo que la siguiente generación de indígenas se desarrollara bien en esta nueva situación. Se observa, por tanto, que la generación indígena del año 1900, esto es, los hijos de los caciques que experimentaron la ocupación del territorio araucano tuvieron algún grado de educación chilena.<sup>83</sup> Esta situación hizo surgir fuertes aspiraciones integracionistas en este grupo de mapuches relativamente educados, quienes generalmente se establecieron en los pueblos y que correspondieron a los hijos de las familias indígenas que fueron mayormente favorecidas en el reparto de tierras que realizaron las autoridades chilenas.

##### 5. *La inseguridad de la vida en la Frontera.*

Al leer las páginas de los periódicos de aquella época es frecuente encontrarse con noticias acerca de asaltos, asesinatos, robos y venganzas, hechos que hicieron muy insegura la vida en esta región. Entre estos acontecimientos se pueden recordar dos que fueron muy comentados, debido a que la violencia había llegado hasta los mismos cuarteles militares. Tales casos fueron el asesinato del capitán Juan Buenaventura Yáñez, ocurrido en marzo de 1884 y el del teniente Rómulo Sotomayor, sucedido en el cuartel de Freire, en junio de 1884.<sup>84</sup>

---

83 *Ibidem.* "Yo, Manuel Manquilef, nací en la revoltosa comarca de Maquehua, en el lugar denominado Metrenco, el 31 de mayo de 1887. Mi padre, el cacique Fermín Trecamán Manquilef i mi madre la cautiva chilena, Trinidad González... (a los ocho años)... se me llevó a Temuco a la escuela elemental rejeitada por mi compatriota y actual amigo don Manuel Antonio Neculmán. En ese establecimiento aprendí a hablar con cierta corrección el idioma (español)... Permanecí en la escuela del señor Neculmán seis años, pasando después a la superior rejeitada por don José del Carmen Alvarado. En el año 1900 ingresé a las aulas del Liceo, en donde tuve como profesor de Castellano durante dos años al distinguido escritor i rector del Establecimiento don Tomás Guevara... resolví presentarme como aspirante a normalista i el 26 de diciembre de 1901 rendí examen de admisión en la Escuela Normal de Chillán... en diciembre de 1906 recibí mi título como profesor normalista. En 1908 fui profesor de idioma mapuche en el "Internado Araucano" que sostiene la misión inglesa en Quepe... Estando aún en Quepe, recibí el nombramiento de profesor de gimnasia y caligrafía del Liceo de Temuco". Manuel Manquilef, 30 de mayo de 1910 (en "Comentarios del Pueblo Araucano", en *Anales de la Universidad de Chile*, Tomo CXXVII, 1911, pp. 397-398).

84 1884

Motín en el fuerte de Freire

Cuatro soldados que habían sido sometidos a medidas disciplinarias —castigo de cien palos en presencia de la tropa— rumiaron una venganza y, después de una borrachera fenomenal, arrastraron tras ellos al resto de la guarnición y escarmentaron al teniente Rómulo Sotomayor con una paliza que lo dejó moribundo, lo remataron de un culatazo y varios disparos, dándole a boca de jarro y destrozándole el cráneo. Cuando advirtieron la gravedad de su falta y, ya disipados los efectos de la borrachera, cogieron sus armas y municiones y se dieron a la fuga hacia la cordillera, pero fueron detenidos por la guarnición de Cunco; después de una breve refriega, fueron tomados prisioneros, sometidos a Consejo de Guerra y fusilados siete de ellos, condenándose al resto a diez años de prisión.

1881

Preocupación en Concepción por hechos de indisciplina militar en La Frontera

Un editorial del diario se preguntó "¿Qué es lo que pasa?" y manifestó que "el instinto del bandalaje y el crimen han permanecido por algún tiempo en esos presidiarios convertidos en soldados adormecidos por temor al castigo, pero una vez que han visto la espesura de las montañas de los Andes y Nahuelbuta y respirado el aire de las extensas pampas de La Araucanía el tímido soldado ha dejado de ser lo que era y

A principios del mes de marzo de aquél año, el capitán ayudante Juan Buenaventura Yáñez fue comisionado para ir a Angol, desde donde debía traer el dinero necesario para el sueldo de los soldados y para los gastos del cuerpo estacionado en Nueva Imperial. El capitán Yáñez recibió de la superioridad de Angol la suma de diez mil pesos en billetes del Banco Nacional de Chile. A su regreso, le sirvieron de escolta dos soldados del Escuadrón Carabineros de Angol: José María Sandoval y Bruno Rosales. En el camino que iba desde este poblado hasta Imperial, cerca de Los Sauces, Sandoval descargó su arma contra el capitán Yáñez, quitándole la vida. Pero muy pronto fueron cayendo los responsables de este delito y uno de ellos fue Agapito Guerrero, quien estuvo al tanto de este plan y había compartido responsabilidades con los soldados Sandoval y Rosales. El 25 de marzo de 1884 pagaron con su vida el crimen cometido, siendo fusilados en las afueras del cementerio de Angol, ante una gran concurrencia de público.

“*El Independiente*” de Santiago, en su edición del día 21 de junio de 1884, encabezó un artículo de la siguiente forma:

*“Un nuevo y alevoso asesinato se ha cometido en la Frontera Araucana; un joven teniente de 21 años, don Rómulo Sotomayor, hijo de Valparaíso, héroe en las jornadas de Chorrillos y Miraflores y que recibió en esta última batalla un balazo en un brazo, ha sido vilmente asesinado por sus mismos soldados en un Motín del Cuartel en el Fuerte de Freire, del que era Comandante”.*

Los amotinados aprovecharon este crimen para robar los recursos económicos que había recibido este teniente en aquél día. Una vez cometidos el delito y el robo, tomaron camino por una orilla del río Allipén, para luego internarse en la cordillera, con el fin de buscar un paso y un refugio en Argentina. Una vez conocido este hecho por las autoridades militares de Angol y Temuco se ordenó instruir el correspondiente sumario y se dispuso que el coronel Canto, por instrucciones del general Marco Aurelio Arriagada, procesara a los responsables que fueran cayendo presos y los fusilara en el acto.

El Batallón Nuble había sido retirado de la población de Freire y se había ubicado en dicho lugar un cuerpo de tropa del Batallón Caupolicán 9º de Línea, que era comandado por el coronel graduado José María del Canto. Esta unidad estuvo encargada de la guarnición del Alto Biobío y de algunos fuertes, por lo cual el Fuerte Freire estuvo bajo el comando del teniente Rómulo Sotomayor. El cabecilla del motín fue el cabo Eduardo Mella y, según se pudo saber

---

*convertido de nuevo en criminal. Las montañas les ofrecen seguras guardas y las pampas mucho campo para sus excursiones vandálicas /sic/”.*

por la confesión de algunos implicados, el motivo radicó en la dureza con que Sotomayor castigaba la menor falta de los soldados. Como consecuencia final de este suceso, se fusiló a siete soldados, de los veinte que resultaron condenados por el Consejo de Guerra, mientras que los trece restantes fueron sancionados con diversas penas.

Estos hechos, como tantos otros crímenes, asesinatos y salteos en los caminos y las haciendas, pusieron un sello de inseguridad en la vida de la Frontera. Es por ello que en el año 1885 se estableció una policía rural cuyo centro de acción estuvo en Victoria. Comenzó a operar a principios de mayo con quince personas y su labor dio tan buenos resultados que en aquel mismo año su dotación fue elevada a veinticuatro personas, dedicadas especialmente a la acción preventiva en los territorios de las colonias.

Procurar la paz en la Frontera y contrarrestar la acción del bandidaje era entonces misión no solamente de un cuerpo militar a caballo, sino que también de la autoridad militar y, hasta la implementación del régimen civil en el año 1887, las operaciones contra los bandidos y salteadores estuvieron a cargo de los uniformados.

Después de la Guerra Civil de 1891, el gobierno nombró al capitán de caballería, Hernán Trizano Avezzana, perteneciente al Regimiento “Húsares”, en una comisión para terminar con el bandidaje,<sup>85</sup> labor que demoró diez años en realizarse y terminarse.

El conflicto interno de 1891 dividió a los chilenos, pero, curiosamente, La Araucanía no se plegó a esta lucha, lo que constituyó una muy buena oportunidad para —aprovechando dicha convulsión— buscar la recuperación de, al menos, una parte del territorio perdido, o mejoras en la desmedrada situación en que el gobierno chileno había colocado a los habitantes de la zona. También es curioso que el general Gregorio Urrutia Venegas, quien se plegó a la revolución, fuera el encargado de sublevar la zona sur, por el hecho de haber permanecido en ella desde el año 1863, de haber sido el primer gobernador del Departamento de Lebu, alcalde y regidor de esta localidad, y, además, propietario agrícola de la región. De esta manera, ocupó el puerto de Lebu con el cargo de General en Jefe del Ejército Constitucional del Sur y designó como intendente de Arauco al abogado señor Coroliano Vera. Además, procedió a remover a toda la administración pública de la región y a movilizar a la ciudadanía, formando con ella la base del Batallón Constitución N° 1, el que realizó la Campaña del Norte como parte del Ejército Congreso.

---

85 LARA CARMONA, Jorge. *Trizano: el Buffalo Bill chileno*. Santiago de Chile, Talleres Gráficos La Nación, 1936. El capitán Trizano hizo las campañas de la Guerra del Pacífico, capturando en Arica al coronel argentino Roque Sáenz Peña; posteriormente fue nombrado prefecto de Angol, fue ayudante del Estado Mayor del Ejército, fundó el Cuerpo de Policía Rural y luego el Cuerpo de Gendarmes de los Colonos.

III. *EL EJÉRCITO EN EL DESARROLLO DE LA FRONTERA. OBRAS BÁSICAS DE INFRAESTRUCTURA, DE COMUNICACIONES, APOYO CÍVICO Y CULTURAL REALIZADAS DURANTE EL PERÍODO 1884-1910.*

Desde 1884 y hasta 1910, las unidades del Ejército se concentraron en implementar la infraestructura de La Araucanía y en realizar las obras de comunicación vial y alámbrica dentro del área, con el fin de unir los diferentes poblados que se fueron creando alrededor de los fuertes militares. A continuación se detallan las obras ejecutadas por año.

A. *Año 1884.*

Al revisarse la Memoria del General en Jefe del Ejército del Sur, que está contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra de 1884, esta autoridad da cuenta de la visita realizada a las plazas y fuertes en los cuales la fuerza del Ejército se hallaba distribuida. Para ello visitó los fuertes de Sauces, Traiguén, Quino, Quillen, Lautaro, Temuco, Freire, Villarrica, Nueva Imperial, Victoria y Collipulli, que eran los más importantes. En el caso específico de Victoria, visitó la colonia extranjera que se hallaba situada cerca de este punto y pudo constatar cómo los colonos se dedicaban a las labores agrícolas. Esta autoridad creyó asegurada la tranquilidad en toda La Araucanía, de tal forma que las grandes extensiones de terreno fiscal que entonces existían en esta región podían dedicarse a la agricultura.<sup>86</sup>

En aquel año, la fuerza del Ejército en La Araucanía constaba de cinco batallones de Infantería (el Batallón Caupolicán 9º de Línea y los batallones movilizados Angol, Ñuble, Arauco y Bío-Bío) y de dos escuadrones de Caballería (un escuadrón del Regimiento Cazadores a Caballo y el Escuadrón Movilizado Carabineros de Angol).<sup>87</sup>

En aquél momento, estas fuerzas no se concentraban solamente en el servicio militar, sino que también trabajaban en la construcción de diversas obras que iban en beneficio de La Araucanía, tales como cuarteles y edificios públicos, caminos y puentes, y en la fabricación de diversas embarcaciones utilizadas para el paso de los ríos de la región.<sup>88</sup>

Al momento de abordar el tema del telégrafo, esta autoridad indicó que en las plazas en las cuales se contaba con oficinas, las líneas estaban colocadas en las piezas de estos cuarteles. Señaló que se había terminado la línea que iba de Temuco a Villarrica, la que pasaba por el fuerte Freire; a su vez, se había empleado la tropa del Batallón Bío-Bío para labrar ochocientos postes, con el fin de continuar la línea de Nueva Imperial a Misiones. Manifestó que era conveniente extender el telégrafo

---

86 ARRIAGADA, *op. cit.*, p. 175.

87 *Ibidem*, pp. 175-176.

88 *Ibidem*, p. 176.

tanto de Victoria a Curacautín, como de Villarrica a Pucón, para facilitar las comunicaciones entre estos puntos y el Cuartel General, y también para beneficio de los fuertes establecidos en la cordillera de los Andes.<sup>89</sup>

Al referirse a los caminos, el General en Jefe señaló que la tropa del Batallón Arauco había arreglado un camino carretero en una longitud de noventa kilómetros, partiendo del fuerte de Curacautín y llegando hasta el primer cordón de la cordillera de los Andes; esta vía pasaba por el fortín de Malalcahuello, con lo cual se salvaban las dificultades que entonces existían para conducir los suministros a los fuertes situados en el Alto Biobío. También indicó que en los demás caminos del territorio guarnecido por el Ejército se habían realizado las reparaciones necesarias, pero con respecto a los ubicados al sur del río Cautín, su mantenimiento era más difícil, debido a los largos trechos de montañas que ellos atravesaban.<sup>90</sup>

Al tratar el tema de los puentes, esta autoridad militar indicó que se habían construido dos de ellos en los esteros que cruzaban el camino que iba de Collipulli a Victoria; otros once en el camino que iba de Victoria a Malancahuello; tres en la vía ubicada entre Traiguén y Lautaro; y, finalmente, dos puentes en el camino que comunicaba Temuco con Nueva Imperial. En aquel momento se hallaban en construcción un puente sobre el río Traiguén, ubicado en un punto cercano a Victoria y otro en el estero denominado "Salto", ubicado entre los fuertes Quino y Quillén.<sup>91</sup>

Al pasar a la Memoria del Intendente del Ejército del Sur, inserta dentro de la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1884, esta autoridad dio cuenta de que se había dispuesto que un contador realizara una visita a los diversos fuertes, especialmente a los que estaban situados en el Alto Biobío. Esto se realizó en febrero de 1884 y de esta forma se pudo saber cuáles eran las necesidades más urgentes, qué caminos necesitaban reparación, cuáles almacenes debían ser refaccionados y, en fin, qué medidas debían adoptarse para que las guarniciones a las cuales era difícil acceder, tuvieran lo necesario para pasar el invierno.<sup>92</sup>

Se constató que las vías que conducían de un fuerte a otro no se encontraban en buen estado, por lo que se hicieron enormes esfuerzos para arreglar algunas de ellas, las que quedaron en condiciones de ser utilizadas hasta por carruajes. Pero faltaban varias otras por reparar, ya que presentaban obstáculos muy difíciles de superar, especialmente durante el invierno.<sup>93</sup>

---

89 *Ibidem*, p. 179.

90 *Ibidem*.

91 *Ibidem*, pp. 179, 180.

92 RIOSECO, Matías. "Memoria del Intendente del Ejército del Sur", Angol, 15 de mayo de 1884; en "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional de 1884", Santiago, Imprenta de "El Progreso", 1884, pp. 217 y 218.

93 *Ibidem*, p. 218.

De Victoria a Curacautín había una distancia de dieciocho leguas y tal camino era transitable aún para los carruajes. La labor para dejarlo expedito para el tráfico se había realizado con buenos resultados y, para ello, se construyeron siete puentes cuyos nombre y dimensiones eran las siguientes:<sup>94</sup>

*“Puente de 32 metros x 5½ en el río Huamanteu.*

*Puente de 25 metros x 5½ en el río Licancura.*

*Puente de 39 metros x 5½ en el río Dillo.*

*Puente de 30 metros x 5½ en el río Raliruca.*

*Puente de 30 metros x 5½ en el río Colihuanqui.*

*Puente de 33 metros x 5½ en el río Llinfêhue*

*Puente de 37 metros x 5 en el río Quino”.*<sup>95</sup>

También se hace mención a quienes participaron en estas obras:

*“Creo conveniente hacer presente a US. que la tropa que se ha ocupado en estos trabajos es toda del batallón Arauco, la cual, por su constancia i empeño en obras de esta naturaleza, se ha distinguido siempre entre las de los otros cuerpos del ejército. Con notable acierto dirigió la construcción de estos puentes el sarjento del mismo batallon, don Clodomiro Duran”.*<sup>96</sup>

Luego continúa:

*“De Cura Cautín a Malalcahuello, que por su excelente situación al pié de la cordillera de Lonquimai, en la falda de este lado, i por las seguridades que ofrece, se ha elegido para establecer ahí un depósito de víveres; habrá una distancia de doce a quince leguas. El camino, aunque bastante accidentado en partes, es excelente para carretas. Un piquete de tropa del batallon Arauco, se ocupaba en componerlo; i a juzgar por el empeño con que se trabaja, ya debe estar expedito para toda clase de vehículos”.*<sup>97</sup>

Y añade:

*“De Malalcahuello a Lonquimai habrá unas ocho leguas de mal camino, casi todo de cordillera, transitable solo para mulas, pero es fácil hacerlo tambien para carretas. Los piquetes de tropa trabajaban con este objeto”.*<sup>98</sup>

---

94 *Ibidem.*

95 *Ibidem.*

96 *Ibidem.*

97 *Ibidem.* pp. 218 y 219.

98 *Ibidem.* p. 219.

En el tramo Curacautín-Malalcahuello-Lonquimay se arreglaron un total de noventa y tres kilómetros de vía, con el fin de unir el llano con los fuertes del Alto Biobío.

En el caso de los fuertes situados más al sur, las dificultades del transporte eran aun mayores. De Temuco a Freire habían siete u ocho leguas de buen camino en verano, pero que en invierno presentaban problemas; para pasar el río Cautín se contaba con lanchas, pero ese no era el caso para el río Quepe. De Freire a Cunco existían dieciocho o veinte leguas y los obstáculos eran aún mayores, ya que habían tres o cuatro esteros que durante la estación invernal se volvían invadables. Y de Cunco a Santa María, si bien había pocos ríos que atravesar, uno de ellos, el río Negro, arrastraba tanta agua que era imposible de cruzar por algunos meses.<sup>99</sup>

Por lo anterior, esta intendencia había pedido al coronel comandante de la sección que autorizara a los jefes de los destacamentos de Cunco y Santa María para proceder a la construcción de tres puentes sobre ciertos esteros que cruzaban el camino que iba a Freire y otro sobre el río Negro, en el camino de Cunco a Santa María. También se habían enviado desde Freire y, hacia Temuco y Traiguén, las herramientas que se pudieron reunir o se suministró toda la ayuda posible.<sup>100</sup>

Resumiendo acerca de estas obras de infraestructura vial realizadas por parte del Ejército, se puede hablar de 130,8 kilómetros de caminos abiertos, de 316 metros lineales de puentes construidos y de continuas reparaciones en las vías de comunicación.

En cuanto a otro medio de comunicación, el teléfono, se instaló la línea que unía Victoria con Curacautín y también la que conectaba Villarrica con Pucón.

El intendente señaló que en los demás caminos de La Araucanía también se hicieron otros trabajos de importancia; se construyeron puentes que en invierno facilitarían las comunicaciones entre las guarniciones; y se edificaron o repararon edificios destinados a cuarteles, almacenes o caballerizas. Además, se trabajó en grandes extensiones de esta región con el fin de disminuir, en lo posible, las consecuencias de las lluvias. Para todos estos trabajos se habían empleado la mayor parte de las herramientas que estaban en manos de la intendencia del Ejército del Sur.<sup>101</sup>

Un ejemplo de la preocupación del Ejército por las comunicaciones dentro de La Araucanía viene dado por el hecho de que el 19 de enero de 1884 se aprobó un contrato entre el Intendente del Ejército del Sur y el señor Higinio Cea, respecto del servicio de correos entre Temuco, Villarrica y Cunco, y del servicio de la lancha destinada a atravesar el río Allipen. Esta persona debía servir el correo mencionado,

---

99 *Ibidem.*

100 *Ibidem.*

101 *Ibidem.*, pp. 219 y 220.

haciendo un viaje semanal por estos puntos durante todo el año 1884. También debía servir el pasaje del río Allipen, mantener la respectiva lancha y cobrar el pasaje de la siguiente manera: cinco centavos por persona a caballo; dos centavos por persona a pie; veinte centavos por cada carretas cargada; y dejar exentos de pagar pasaje a los empleados militares, a los empleados y convoyes de la Intendencia del Ejército, y a los indígenas que andaban a pie.<sup>102</sup>

El intendente del Ejército del Sur manifestó al ministro de Guerra su preocupación por la situación desesperante de los indígenas de la región, asunto al cual esta intendencia había dedicado gran atención.<sup>103</sup>

Ya desde hacía un año que este organismo había recibido la orden de suministrar raciones de víveres a todas las personas que no podían procurarse por sí mismas los alimentos necesarios para su subsistencia. Debido a ello se dispuso que los guardaalmacenes distribuyeran víveres a todos los indígenas pobres que deambularan alrededor de los fuertes.<sup>104</sup>

El intendente hizo notar la gran cantidad de indígenas pobres que se veían en la región y señaló que en los meses de noviembre y diciembre del año anterior se habían repartido víveres a más de doce mil personas. Para el año 1884, los productos de las cosechas habían sido de mucha ayuda para estos indígenas, pero tales provisiones se habían terminado en su mayor parte y había llegado la época de socorrer nuevamente a los mapuche.<sup>105</sup>

Se menciona que habían aparecido familias indígenas de la zona cordillerana, zona en la cual se habían agotado los frutos silvestres de los cuales estos grupos se alimentaban; por ello pidieron ayuda al fuerte de Curacautín, alrededor del cual se construyeron habitaciones y se formó una especie de reducción o colonia. Se destacó el estado lamentable de los indígenas.<sup>106</sup>

En vista de esta situación, con el fin de sacar a estas personas de la miseria y para impedir que emigraran del país, se tomaron diversas medidas. Se autorizó a algunos guardaalmacenes para que, aparte de repartir víveres entre estas familias, también distribuyeran una cantidad de trigo que no excediera de tres fanegas para cada una. Este trigo debía ser sembrado por cada familia en lugares que pudieran ser vigilados desde los fuertes y debía ser devuelto después de la cosecha, para luego volver a ser repartido. De esta forma, los indígenas suministrarían el trigo para las siembras posteriores y, además, contarían

---

102 "Correos en La Araucanía", Santiago, 19 de enero de 1884, firmado por Domingo Santa María y José Ignacio Vergara; en José Antonio Varas, "Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos I Circulares Concernientes al Ejército, desde enero de 1884 a diciembre de 1887". Tomo VII, Santiago de Chile, Imprenta de "El Correo", 1888, pp. 15 y 16.

103 RIOSECO, *op. cit.*, p. 226.

104 *Ibidem.*

105 *Ibidem.*, pp. 226 y 227.

106 *Ibidem.*, p. 227.

con recursos propios, ya que dispondrían de semillas y tierras; junto con ello, al darse cuenta ellos de los frutos de su trabajo, tendrían un incentivo para repetirlo en los años siguientes.<sup>107</sup>

También se recomendó tener especial cuidado para que ese trigo no fuera ocupado con otra finalidad y para que se viera la forma de que estos beneficiarios, a manera de cambio, prestaran sus bueyes a otros indígenas aun más pobres para que realizaran sus siembras de la misma forma. La intención de todo esto era que el indígena, al procurarse por sí mismo sus propios recursos, llegara a ser un trabajador aventajado, para lo cual se consideraba que tenía aptitudes. Para el año de 1884 había que socorrer a un número parecido de indígenas que el año anterior y para ello se había vuelto a comprar más trigo.<sup>108</sup>

Dentro de la Memoria del Intendente del Ejército del Sur se incluyó el informe del cirujano en jefe del Servicio Sanitario del Ejército del Sur y se trata de un estado de los diversos hospitales del territorio de La Araucanía.

En el caso del hospital de Angol, a cargo del cirujano 1º doctor Mauricio Leguiffé, éste había prestado importantes servicios y no sólo había recibido enfermos de la guarnición, sino que también había asistido a treinta y nueve paisanos, debido a que no se había habilitado un gran hospital de caridad que había sido donado por un particular al respectivo municipio. Por lo mismo, se habían admitido a los enfermos que eran trabajadores de la línea férrea que se construía en este territorio. También habían ingresado a este hospital algunos colonos extranjeros que se enfermaron en su viaje a Chile.<sup>109</sup>

En el caso del hospital de Traiguén, un buen número de colonos también había sido admitido en este lugar durante el mes de noviembre de 1883. Un cirujano 2º había sido comisionado por la Inspección General de Colonización para asistir a los colonos de Quechereguas y para hacer un viaje semanal a dicho fuerte (esto se hacía mientras se organizaba el servicio médico de las colonias extranjeras). La botica de este hospital militar también suministraba medicamentos a los colonos.<sup>110</sup>

En el caso de la enfermería de Victoria, tanto el cirujano como el practicante estaban encargados de atender a los colonos que vivían cerca de esta localidad. Cada día llegaban estas personas a buscar medicinas y a solicitar auxilios médicos. En esta enfermería se asistió a una cantidad regular de colonos enfermos.<sup>111</sup>

---

107 *Ibidem.*

108 *Ibidem.*

109 *Ibidem.*, p. 232.

110 *Ibidem.*, p. 233.

111 *Ibidem.*

B. Año 1885

Al revisarse la Memoria del Ministro de Guerra del año 1885, contenida en la memoria del respectivo ministerio, esta autoridad comienza señalando que la fuerza en La Araucanía constaba de un batallón de Zapadores, de tres batallones de Infantería y de un regimiento y un escuadrón de Caballería.<sup>112</sup>

*“En La Araucanía, las fuerzas de infantería, fraccionadas en treinta y seis destacamentos, son otros tantos puntos de apoyo para las gentes de trabajo diseminadas en el vasto territorio sometido solo recientemente al imperio de las leyes comunes de la República y que al mismo tiempo viven el respeto a los indígenas que comienzan a civilizarse y a los malhechores que, en época anterior, hicieron de La Araucanía el centro de sus depredaciones. La caballería mantiene expedita las comunicaciones, persigue malhechores y auxilia a los pequeños destacamentos, prestando así el doble servicio de campaña y de policía rural. Finalmente, el Batallón Zapadores se ocupa en la apertura de caminos y construcción de puentes y edificios, en las nuevas poblaciones que se levantan”.*<sup>113</sup>

Al referirse el ministro de Guerra a la instrucción primaria en los cuerpos del Ejército, indicó que las escuelas estaban presentes en los cuerpos que no se hallaban muy fraccionados. Mencionó que algunas guarniciones importantes y algunos cuerpos ubicados en el sur del país habían recibido un material venido de Europa, especialmente destinado a estos establecimientos educacionales. Los oficiales llamados a ser maestros en estas escuelas habían aceptado con gusto esta misión.<sup>114</sup>

Con respecto al territorio de La Araucanía, esta autoridad señala que su administración se relacionaba en gran parte con el Ministerio de Guerra y que había seguido una marcha de progreso, gracias a la seguridad que inspiraba la presencia del Ejército en esta región. La agricultura se había desarrollado gracias a las mejoras en las vías de transporte, lo que redundó en una mayor producción.<sup>115</sup>

Al referirse el ministro de Guerra a la labor desarrollada en aquél período por el Ejército en La Araucanía, indicó:

*“El Ministerio de la Guerra, en cuanto ha sido compatible con sus medios de acción, ha procurado impulsar el desarrollo del territorio araucano abriendo caminos nuevos i mejorando los existentes, colocando puentes en diversos pasajes de tránsito frecuente, estableciendo hospitales que no solo*

---

112 ANTÚNEZ, Carlos. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 19 de diciembre de 1885, p. XI; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1885”, Santiago, Imprenta de la República, diciembre de 1885.

113 *Ibidem*.

114 *Ibidem*, p. XIV.

115 *Ibidem*, pp. XXV y XXVI.

*sirven al Ejército sino a los colonos, cooperando al buen servicio de las líneas telegráficas i llevando, por último, con las fuerzas del Ejército, garantías y seguridad para todos los pobladores”.*<sup>116</sup>

En el año que entonces concluía, se habían construido ocho puentes y se terminaba la edificación de otros dos. Luego se agrega:

*“Se ha llevado a cabo en el mismo tiempo la construcción de algunos edificios, como la cárcel i juzgado i la reparación del cuartel i de las oficinas del Estado Mayor, en Angol; en Traiguén, Temuco, Llaima, Cunco i seis otros fuertes de ménos importancia, se han ensanchado o reparado los cuarteles; en Victoria i Traiguén se han construido hospitales destinados a atender, no solo a las guarniciones, sino a los colonos; i en el primero de estos dos puntos, se han hecho arreglos para tener a pesebrera hasta cien caballos, en consideracion a ser un centro de donde puede atenderse una estensa zona”.*<sup>117</sup>

Esta autoridad reconocía que sus resoluciones con respecto a este territorio eran provisionales, carácter que también tenía la administración militar. El procuraba ir entregando a la administración civil los servicios que ya no requerían ser atendidos por su cartera, de forma que la transición administrativa a la autoridad civil no fuera violenta en el momento de crearse las provincias en La Araucanía. Esto no impedía que, al desprenderse el Ministerio de Guerra de un servicio, se le auxiliara en forma eficaz, como había ocurrido con la beneficencia pública, los caminos y la policía rural.<sup>118</sup>

Según la Memoria del Inspector General del Ejército, inserta en la Memoria de del Ministerio de Guerra del año 1885, hasta el 13 de junio de 1885 los cuerpos del Ejército que tenían guarnición en La Araucanía eran: el Batallón “Tacna” 2º de Línea (en Angol); el Batallón Pisagua 3º de Línea (en los fuertes Lautaro, Victoria, Quino, los Sauces, Curacautín, Lincura, Traiguén y Lonquimay); el Batallón Arica 4º de Línea (una compañía en Toltén y Collico); el Batallón de Línea Zapadores (en Temuco, Freire, Cunco, Llaima, Villarrica, Pucón, Panguín y Meuquén); el Batallón 5º de Línea (en Nueva Imperial); el Regimiento de Cazadores a Caballo (en Temuco, Lautaro, Quillén, Cunco, Sauces, Pillán-Lelbun, Collipulli, Victoria, Lumaco, Quino, Quechereguas, Purén, Ercilla, Curacautín, Adencul, Galvarino, Chol-Chol y Carahue); y el Escuadrón Húsares (en Angol y Lonquimay).<sup>119</sup>

Al examinar la Memoria del Comandante en Jefe del Ejército del Sur, incluida dentro de la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1885, se ve que esta autoridad quiso tomar conocimiento de este terri-

---

116 *Ibidem*, p. XXVII.

117 *Ibidem*.

118 *Ibidem*, p. XXIX.

119 AMUNÁTEGUI, J. D. Memoria del Inspector General del Ejército. Año de 1885, Santiago, 13 de junio de 1885; en “Memoria que el Ministro de Guerra Presenta al Congreso Nacional en 1885”, Santiago, Imprenta de la República, diciembre de 1885.

torio, con el fin de ver sus necesidades y para efectuar los trabajos necesarios par proteger las guarniciones durante las estaciones invernales. Para ello recorrió varias plazas y fuertes ubicados al norte del río Cautín, que para él eran centros de poblaciones y también lo hizo para dar comodidad y protección a las colonias que se habían venido estableciendo en esta zona.<sup>120</sup>

*“Con los cortísimos elementos con que he contado i mediante la contracción de nuestro Ejército, se han hecho algunos trabajos que, si no satisfacen lo más urgente, a lo menos minoran en parte sus necesidades, teniendo, como he dicho mui pocos obreros, i haciendo que la tropa trabaje en las faenas de caminos, puentes i edificios”.*<sup>121</sup>

Luego esta autoridad procede a mencionar los problemas de las fuerzas que tenían guarnición en La Araucanía:

*“El número de destacamentos que es necesario guarnecer con las tropas de mi mando alcanzan hasta treinta i cuatro, inclusive las faenas de corta de maderas para cuarteles, puentes”.*<sup>122</sup>

*“Hai que distraer de estas guarniciones fuerzas que continuamente salen en persecucion de los bandidos que vagan en toda la frontera araucana”.*<sup>123</sup>

Se da cuenta de que la propia organización del Ejército hacía que las tropas que había en este territorio fueran poco aptas para perseguir a los bandidos. Por ello era importante estudiar la formación de una policía urbana y rural que sirviera en las plazas militares llamadas a convertirse en grandes poblaciones. La formación de esta fuerza permitiría ahorrar recursos, ya que un policía sería más eficaz que un soldado en las labores de seguridad de los campos y ciudades.<sup>124</sup>

*“Los estados de fuerza que van a continuacion manifiestan que las tropas habidas al recibirme del mando del Territorio eran 3,337 hombres; el 1º de enero del presente año 2,982 y las que hoi están bajo mis órdenes son 2,000 hombres”.*<sup>125</sup>

*“Al exámen comparativo de estos estados US. se apercibirá que ha habido una disminucion de 1,337 hombres, desde el 14 de noviembre del año próximo pasado, hasta la fecha, i sin embar-*

---

120 GOROSTIAGA, Alejandro. “Memoria que el Comandante en Jefe del Ejército del sur presenta al Señor Ministro de la Guerra”, Angol, 1º de septiembre de 1885, pp. 141 y 142; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1885”, Santiago, Imprenta de la República, diciembre de 1885.

121 *Ibidem*, p. 142.

122 *Ibidem*.

123 *Ibidem*.

124 *Ibidem*, pp. 142 y 143.

125 *Ibidem*, p. 143.

go con estas fuerzas se cubren actualmente mayor número de destacamentos que los que ántes había...".<sup>126</sup>

A continuación, el general en jefe del Ejército del Sur procede a dar cuenta del trabajo llevado a cabo en el último año.

En cuanto a la edificación y reparación de cuarteles y edificios públicos, menciona lo siguiente:

*"En Angol se ha construido una cárcel de material sólido que puede contener mas de cien detenidos, incluyéndose en el edificio sala para hospital, talleres i el Juzgado de Letras i sus dependencias".*<sup>127</sup>

En esta misma población se había refaccionado la casa fiscal que servía de oficina al Estado Mayor General y se agregaron otros edificios, de forma de habilitarla como casa-habitación o para oficinas del gobernador o del intendente. En cuanto al cuartel principal de esta ciudad se habían realizado reparaciones y se le dividió en dos partes: una destinada al alojamiento de los colonos y otra destinada a ser ocupada por las tropas de la guarnición.

En el caso del cuartel de Victoria se había refaccionado una de las antiguas cuadras y se le convirtió en un hospital con tres departamentos: uno para militares, otro para colonos y un tercero para mujeres.

En cuanto a la labor realizada con los hospitales de la zona, ésta también fue muy positiva.

En Angol se arregló el hospital civil de la ciudad y se suprimió el hospital militar.

*"En Traiguén se tomó una parte del cuartel, el que refaccionado de un modo conveniente i con la construccion de un departamento para botica, almacenes i otras oficinas, se ha dejado un regular i cómodo hospital con salas para militares, colonos i mujeres".*<sup>128</sup>

*"En Victoria se ha arreglado una sala espaciosa para enfermos de la guarnición, colonos i mujeres, con una botica i despacho para el cirujano".*<sup>129</sup>

*"En Nueva Imperial se construyó un hospital de 24 metros de largo por 6 de ancho, de adobe, con piso de tabla i dividido en diversos departamentos".*<sup>130</sup>

---

126 *Ibidem.* p. 143.

127 *Ibidem.*

128 *Ibidem.* p. 146.

129 *Ibidem.*

130 *Ibidem.*

En aquella época los hospitales estaban a cargo de la Intendencia General del Ejército del Sur, pero era necesario construir en algunas plazas edificios adecuados para este objeto, ya que los departamentos con que se contaba estaban unidos a los cuarteles, lo que causaba problemas cuando a estos recintos debían ingresar personas extrañas al Ejército.

En cuanto a los telégrafos se menciona:

*“El telégrafo ha prestado durante la conquista de La Araucanía importantes servicios, que es necesario reconocer, pero a la fecha es de todo punto de vista imperioso que éste no se reduzca solamente al servicio diario de los fuertes, sino también al servicio nocturno, pues hai casos como en la persecucion de los bandidos, en que las órdenes no se pueden impartir i éstos quedan impunes por lo tardío de los avisos”.*<sup>131</sup>

Respecto a los puentes y caminos, este asunto se consideraba muy importante, ya que en La Araucanía las distancias eran largas y difíciles de cubrir. Se consideraba que las vías de comunicación debían ser adecuadas y seguras, ya que con ello se fomentaría el desarrollo de las poblaciones y de los campos.

*“Al efecto, para dejar espedita la línea entre Traiguén y Lautaro se han tendido puentes que fueron destruidos por las creces de los rios el año pasado, que son los de Tricauco, Chanco i Quino, cuyas dimensiones son: 67ms. x 5ms.50, 130ms. x 5ms. i 47ms. x 5ms. respectivamente; se ha concluido el puente del Salto, que tiene 180ms. x 5ms.50; en el río Traiguén se construyó un puente de 36ms. x 6ms., que proporciona ventajas de consideracion en invierno, que dicho rio se pone invadeable”.*<sup>132</sup>

*“En el camino de Victoria a Lautaro se está construyendo un puente de 110 metros de largo por 6 metros de ancho, que cae al camino público, i pronto se dará principio a una construccion igual sobre el río Quino, por la misma vía”.*<sup>133</sup>

En el camino de Victoria a Lautaro se había construido un puente que caía al camino público y se estimaba que pronto se iniciaría la edificación de otro sobre el río Quino, por la misma vía.

Como las poblaciones de Traiguén, Temuco e Imperial crecían y la primera era el límite del ferrocarril de Angol, a lo que se sumaba la necesidad de dar a los colonos de ultra-Quino facilidades para comerciar, se ordenó el trazado de un camino que fuera desde Traiguén a los puntos nombrados. Por ello se había comenzado a labrar madera para comenzar la construcción del puente de Choquén sobre el río Quino y también se labraba un camino que, partiendo de este puente, fuera en dirección a Traiguén. Se esperaba que ambas obras quedaran listas en el mismo año de 1885.

---

131 *Ibidem.*

132 *Ibidem.*, p. 147.

133 *Ibidem.*

*“Se trata de construir tambien un puente sobre el rio Quillen en esa misma vía. Se ha atendido especialmente a la reparacion de los puentes entre Quillen y Lautaro y se ha compuesto convenientemente todo el camino que une estos dos puntos”.*<sup>134</sup>

*“Al gran puente del rio Picoiquen, en Angol, se le cambió toda la superestructura i con varios otros mas pequeños se ha hecho igual cosa i a otros se les ha colocado barandas para mayor seguridad de los transeuntes”.*<sup>135</sup>

Se observaba, en general, que los caminos eran regulares, excepto en ciertos trechos pantanosos, lugares estos que debían ser lastrados; también se debían construir muchos puentes, ya que en invierno cualquier estero se convertía en río.

Por último, en cuanto a otros ramos de obras públicas, esta memoria deja constancia de que en las reparaciones de las líneas telegráficas y demás trabajos, el Ejército había contribuido en la medida de su capacidad.

### C. Año 1886.

En la Memoria del Ministro de Guerra, contenida en la memoria del ministerio respectivo, esta autoridad mostró su satisfacción porque en aquella administración se había puesto término a la guerra en Arauco y sin violencia. Dice con respecto a ello:

*“Apenas terminada la guerra extranjera, el problema araucano volvia a imponerse a la consideracion del Gobierno i del país; era menester resolverlo cuanto ántes i ninguna oportunidad podia ser mas favorable para ello. En efecto, el pais contaba con recursos abundantes i con fuerzas numerosas i aguerridas, lo que permitia operar con tanta rapidez i enerjía, que la resistencia fuera inútil. Se esperaba que, como en efecto sucedió, el indijena, viéndose acosado por todos lados con fuerzas imponentes pero que, al mismo tiempo, se presentaban en son de amistad i de paz, no intentara siquiera oponerse a su progreso”.*<sup>136</sup>

Una rápida campaña había permitido llegar no sólo hasta Villarrica, sino que permitió ocupar todo el territorio indígena, desde el río Malleco hasta el, Toltén. Se establecieron fuertes, se fundaron pueblos y colonias y esta región logró encaminarse hacia el desarrollo.

---

134 *Ibidem*, p. 147.

135 *Ibidem*, p. 148.

136 ANTÚNEZ, Carlos. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 10 de septiembre de 1886, pp. XXX y XXXI; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1886.

*“La obra incesante del ejército se halla representada allí por caminos, puentes, algunos de doscientos metros de largo, líneas telegráficas i, lo que es mas importante que todo, por la seguridad que la vida i la propiedad gozan hoi dia en aquellas rejiones, desconocidas hace apénas cinco años”.*<sup>137</sup>

*“El Departamento de mi cargo que en un principio tomó sobre sí toda la administracion del territorio, desde los hospitales hasta los correos, ha ido lentamente entregando lentamente a los otros Ministerios los diversos servicios, para quedar hoi dia con el servicio militar i en gran parte con el de policía que tiene el ejército a su cargo. Ha querido preparar de esa manera la transicion del réjimen militar, al réjimen civil que debe venir en breve”.*<sup>138</sup>

Era ya necesaria la constitución de las dos provincias entre las cuales debía dividirse el territorio araucano. Ya se habían enajenado muchas tierras fiscales y ello obligaba al Estado chileno a organizar estos territorios, otorgándoles las ventajas respectivas en cuanto a la administración civil y de justicia.

En la Memoria del Inspector General del Ejército, general de brigada José Domingo Amunátegui, que está contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1886, se informó que la fuerza efectiva estacionada en la zona de La Araucanía estaba compuesta por 1.978 soldados, distribuidos de la siguiente forma:

- El Batallón Arica 4º de Línea en Nueva Imperial y Cholchol, más un destacamento de veinticinco hombres en Toltén y Collico.
- El Regimiento Zapadores distribuido en Temuco, Pucón, Freire, Villarrica, Panguín, Llaima, Cunco y Lautaro.
- El Batallón Santiago 5º de Línea diseminado en Traiguén, Saucos, Purén, Malalcahuello, Curacautín, Victoria, Lautaro y Chuquén.
- El Batallón Esmeralda 7º de Línea acantonado en Angol.
- El Regimiento de Cazadores a Caballo con destacamentos en Temuco, Traiguén, Lautaro, Quillén, Cunco, Saucos, Lumaco, Pillán-Lelbún, Quino, Quechereguas, Purén, Galvarino, Cholchol, Carahue, Freire, Nueva Imperial y Chuquén”.

---

137 *Ibidem*, p. XXXI.

138 *Ibidem*.

- El Escuadrón de Húsares cubría las guarniciones de las plazas y fuertes de Victoria, Lonquimay, Ercilla, Lincura, Nitrito y Curacautín.<sup>139</sup>

Pasando a la Memoria del Comandante en Jefe del Ejército del Sur, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1886, se pueden apreciar las labores de bien común que desarrolló el Ejército en La Araucanía, hasta el mes de agosto de 1886.

Se afirma que la tropa era disciplinada y laboriosa, por lo que gozaba del respeto de los habitantes de la región. Esta estaba tranquila y a su seguridad contribuía mucho el grupo de policía rural comandado por el alférez Pedro Trizano.<sup>140</sup>

Se señaló que con los aportes tanto de particulares como del municipio respectivo se había construido un gran edificio en la población de Angol, que iba a ser destinado a conferencias públicas.<sup>141</sup>

En cuanto a los caminos, se estaba construyendo uno en el punto de Chuquén, el que debía comunicar Traiguén con Nueva Imperial y los fuertes intermedios; pero su construcción había demorado por los desmontes que hubo que efectuar en una cuesta rocosa. En su trayecto se habían edificado dos puentes. Hasta la fecha en que se escribía esta memoria, este camino no estaba terminado, pero ya era de mucha utilidad a la población.<sup>142</sup>

Se habían construido dos puentes en el camino que iba de Victoria a Lautaro, sobre el río Quino y el estero Salto. Al sur de Lautaro y sobre el río Cautín se estaba terminando un puente colgante, el que debía ser de utilidad para las personas que habitaban al sur de dicho curso de agua.<sup>143</sup>

En cuanto a los telégrafos, con la ayuda de las tropas del Ejército se realizaba una reparación general de las líneas que atravesaban el territorio de La Araucanía.<sup>144</sup>

Finalmente, se dejó constancia de que la fuerza del Ejército no sólo atendía los deberes que le correspondía cumplir, sino que también se había ocupado de la construcción y reparación de edificios, obras públicas y demás labores que entonces tenían lugar en la frontera.

---

139 AMUNÁTEGUI, José Domingo. Memoria del Inspector General del Ejército, Santiago, 1º de mayo de 1886, p. 10; en "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1886.

140 GOROSTIAGA, Alejandro. Memoria del Comandante en Jefe del Ejército del Sur, Angol, 23 de agosto de 1886, p. 197; en "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1886.

141 *Ibidem*, p. 198.

142 *Ibidem*.

143 *Ibidem*, p. 199.

144 *Ibidem*.

Como un ejemplo de la preocupación del Ejército por los transportes y las comunicaciones dentro de La Araucanía durante este último período, está el hecho de que el 23 de noviembre de 1886 y considerándose conveniente fundar una plaza militar en un lugar cercano a Carahue, la que debía servir de puerto fluvial para los vapores que subían por el río Imperial, se autorizaba al Comandante del Ejército del Sur para proceder a tal fundación y para establecer en ella una fuerza. Esta plaza continuaría bajo su dependencia en la parte militar.<sup>145</sup>

Pasando a la Memoria del Jefe de la Línea del Alto Biobío, teniente coronel Martín Drouilly, contenida en la memoria ministerial ya citada, se observa que la misión de este comandante era evitar las excursiones que los indígenas de la zona podían realizar más allá de la cordillera y las incursiones que hacia el territorio chileno podían hacer las tropas argentinas. En sus atribuciones de Inspector de Colonización, debía impedir la ocupación de los terrenos baldíos y de propiedad del Estado de parte de los particulares, y de atender a la radicación definitiva de los indígenas del Alto Biobío, con la finalidad de formar con ellos una colonia.

*“La poblacion de indígenas refugiados en el Alto Biobío se habia reducido a 528 individuos, que se mantenian miserablemente de piñones i otros productos naturales, pero en el invierno acudian a los fuertes i era preciso darles de comer para evitar que se muriesen de hambre”.*<sup>146</sup>

*“Para estimular un cambio en la manera de vivir de esa jente, la oficina de colonizacion les habia proporcionado bueyes, arados i semillas a los principales jefes de familia, pero resultó que se comieron los bueyes i nada se consiguió”.*<sup>147</sup>

Se impidió que estos indígenas traspasaran la cordillera y sólo habían ocurrido dos incidentes cometidos por algunos de ellos de la zona de Llaima, los cuales no dependían de esta comandancia. Con motivo de estos sucesos, los jefes de los fuertes argentinos dirigieron una carta al jefe accidental de esta línea, manifestando su reconocimiento por lo bien que ella estaba vigilada.

Se dejó constancia de la cordialidad habida entre los jefes de los fortines de ambos países, pero se estimó conveniente que las comunicaciones entre ellos fueran restringidas, ya que eran irregulares. De hecho, ya había ocurrido un incidente, cuando un alférez chileno acudió a un fuerte argentino reclamando unos bueyes y resultó detenido porque no llevaba pasaporte.

---

145 “Plaza Militar de Carahue”, Santiago, 23 de noviembre de 1886, firmado por José Manuel Balmaceda y por E. Sánchez; en VARAS, José Antonio. “Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i Circulares Concernientes al Ejército, desde enero de 1884 a diciembre de 1887”. Tomo VII, Santiago de Chile, Imprenta de “El Correo”, 1888, p. 735.

146 DROUILLY, Martín. Memoria del Jefe de la Línea del Alto Biobío, p. 207; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1886.

147 *Ibidem*.

*“Para concluir con todo pretexto de comunicaciones entre las respectivas autoridades, haciendo cesar toda posibilidad de escursiones de parte de los indios refujiados en el Alto Biobío, i tambien para radicar a éstos definitivamente en nuestro territorio, se dispuso ofrecerles, a todos, terrenos en el llano central del departamento de Angol y de darles allí mantencion para ayudar a su subsistencia en el primer año i mientras obtengan productos de esos terrenos para lo cual se les prestó bueyes i toda clase de elementos”*.<sup>148</sup>

*“La reunión y remision de las familias fué encargada al jefe de la fuerza, mayor don Abel Ilabaca, i se efectuó esa operacion con toda facilidad, reuniéndose esa jente en Victoria, donde quedó un mes mientras los mas caracterizados recorrian los terrenos vacantes para elejir sus futuras posesiones, que al fin fijaron en la orilla norte del río Quillem; se ha formado allí una colonia indígena bajo la direccion de un empleado de la oficina de colonizacion i se espera que bajo esa direccion se conseguirá obtener que esas familias, ántes casi nómades, adquirirán hábitos de trabajos de campo”*.<sup>149</sup>

Al realizarse la ocupación de los valles andinos de La Araucanía, esta comandancia había indicado como uno de los principales motivos, la reapertura del comercio internacional en esta región. En la última temporada se habían internado al sur, por los boquetes de Antuco, miles de animales vacunos, mientras que desde Chile se enviaron productos agrícolas. Se preveía que el tráfico comercial continuaría aumentando.

Este movimiento había ocasionado cierta alarma por una supuesta migración chilena a Argentina, porque, aparte de los comerciantes, el lado argentino de la cordillera solía ser ocupado por familias chilenas que pastoreaban allí sus ganados junto con los indígenas. La guerra contra estos últimos había interrumpido esta práctica, pero como en aquel momento el territorio indígena estaba ocupado por las autoridades regulares, el número de chilenos abocados a esta actividad ganadera era aún mayor; ellos no estaban radicados en Argentina, sino que tenían sus familias en el lado chileno y venían a Chile a cada momento. Los valles argentinos eran aptos para la ganadería y no para la agricultura, por lo cual era difícil que la población chilena se radicara en ellos.

*“Por los boquetes o pasos de cordillera que están al cuidado de esta Comandancia no ha pasado familia alguna inmigrando al otro lado de la cordillera; han pasado, i en mui corto número, comerciantes, que vuelven en la primavera”*.<sup>150</sup>

*“La Comandancia de Angol ha dado instrucciones para que se anoten las familias que pasen por los boquetes mas al sur, i resultará que tampoco allí se podrá evidenciar la tan hablada inmigración.*

---

148 *Ibidem*, p. 208.

149 *Ibidem*, pp. 208 y 209.

150 *Ibidem*, p. 209.

*Si ahora la Comandancia Jeneral de Los Angeles hiciera tomar un cómputo exacto de la inmigracion habida por Antuco, que es por donde se hace el mayor tráfico, se veria que la inmigracion allí no ha pasado de ser los que van a comprar animales y los que tienen sus puestos al otro lado de la cordillera”.*<sup>151</sup>

De todas formas, este movimiento de población no era desfavorable a Chile, ya que a este lado de la cordillera se habían radicado unos ocho mil indígenas, desde Chillán hasta Valdivia. El Alto Biobío quedaba desocupado y era necesario entregar sus valles a la producción, ya fuera arrendándolos o vendiéndolos.

*“Como éstos son mui estensos i de valor relativamente bajo, no convendria hacer una mensura exacta de cada uno de ellos; bastaria levantar un plano topográfico jeneral de todos, en que se fijaran los puntos culminantes de cada filo o cordon divisorio. Con ocho o diez estaciones de observacion se podria fijar por interseccion un número de puntos suficientes para la formacion del plano”.*<sup>152</sup>

*“Esta Comandancia ha elevado un plano suficiente para operaciones militares, pero insuficiente en cuanto a las dimensiones respectivas de cada valle, por cuanto los cordones secundarios son indicados por aproximacion”.*<sup>153</sup>

Se consideraba que era necesario agregar un oficial del Cuerpo de Ingenieros a la guarnición de Lonquimay, por lo menos durante el verano, tiempo estimado suficiente para realizar el levantamiento del terreno. Mientras se llevara a cabo esta mensura y se obtuviera la autorización legislativa correspondiente se debía trabajar en la compostura de caminos, para lo cual era necesario aumentar la guarnición con una compañía de Infantería desde el 1º de octubre al 31 de marzo. En aquel momento la guarnición del Alto Biobío consistía solamente de una compañía del Escuadrón Húsares, la que se abocaba a la vigilancia de la frontera.

*“Para la mejor vijilancia de los pasos andinos desde Biobío hasta Calle-Calle, se podria reunir en una sola autoridad los fortines del Alto Biobío, Nitrito, Lonquimai y Lincura con Llaima i Matchi en el oríjen del Tolten. La accion seria uniforme y mas expedita”.*<sup>154</sup>

*“Como está comprobado que los fortines deben ponerse inmediatamente al pié del cordon divisorio arjentino, se deberia proceder a hacerlo de manera que la tropa estuviese cómodamente acuartelada, ya que alejada de los centros de poblaciones tiene que hacer un servicio tan monótono”.*<sup>155</sup>

---

151 *Ibidem*, pp. 209 y 210.

152 *Ibidem*, p. 210.

153 *Ibidem*.

154 *Ibidem*, p. 212.

155 *Ibidem*.

Se estimaba que la fuerza que debía cubrir definitivamente la línea andina del sur tendría funciones de simple policía y un piquete de veinticinco a treinta hombres en cada fortín sería suficiente, mas otro de cuarenta o cincuenta soldados en el cuartel central. Se consideraba que la zona argentina era muy apta para la crianza de ganados, por lo cual era probable que en pocos años se poblarían todos sus valles hasta la zona de Magallanes. En cambio, el lado chileno era muy angosto, por lo que se podía ocupar para contrapesar en algo la ocupación en el otro lado de la cordillera y también para sacar algún provecho del comercio de aquella región oriental.

Como un ejemplo de la actividad desarrollada en la cordillera por una de las unidades que guarnicionaba en esa zona, aparece un oficio remitido al Inspector General del Ejército, en el que se ponía en conocimiento de esta autoridad que en el día 13 de mayo de 1886 había llegado la Primera Compañía del Escuadrón Húsares a Victoria, la cual cubría los fuertes del Alto Biobío, en la ultra-cordillera. También se comunicaba que por orden del Cuartel General de ese Ejército (del Sur) y con acuerdo del Comandante General de Armas de Biobío, esta compañía había sido relevada por la Segunda Compañía del mismo cuerpo. Ambas fuerzas habían perdido dos caballos en la cordillera y tres más habían quedado rezagados en el camino, pero se veía posible recuperarlos.<sup>156</sup>

En otro oficio dirigido a esta misma autoridad se le comunicaba que en el escuadrón Húsares se había recibido una nota proveniente de ella, en la cual se comunicaba que se había dado la orden de entrega de piezas de armamento, vestuario y equipo para la dotación de este cuerpo. Se agrega que también se había dado la orden para entregar prendas a la compañía de este cuerpo que se encontraba en Lonquimay. Efectivamente, este escuadrón había recibido las piezas de vestuario, las que fueron repartidas a la fuerza que, en abril de 1886, había partido a relevar a Lonquimay a la que allí estaba estacionada; esta última trajo su ropa en mal estado, debido a los trabajos a los cuales se dedicó en dicha zona. Por esta causa y porque esta ropa había terminado su duración en febrero de 1886, se solicitó en otra nota completar el vestuario que le faltaba a este escuadrón. En este oficio se reiteraba esta petición, agregando que tampoco se había suministrado la ropa que correspondía al año 1886.<sup>157</sup>

Al revisarse la Memoria del Intendente General del Ejército del Sur, coronel J. Alberto Soto Aguilar, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra de 1886, se habla del servicio de correos de la región y se indica:

*“En la actualidad, esta Intendencia sostiene tres: uno que sirve entre Temuco, Freire, Cunco i Villarrica; otro entre Victoria i Cura-Cautin; i el otro lo establecí en mi último viaje al interior para*

---

156 *Escuadrón de Húsares*, número 46, Victoria, 14 de mayo de 1886, firmado por Alberto Novoa y dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C 565.

157 *Escuadrón de Húsares*, número 67, Victoria, 2 de julio de 1886; firmado por Alberto Novoa; remitido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C565.

*que tomando la correspondencia de Lincura, Lonquimai i Malalcahuello, la traiga a Cura-Cautin, donde se conezionará con el correo de Victoria. La persona que lo sirve es un empleado a jornal de la Intendencia que reside en Lonquimai”.*<sup>158</sup>

*“Respecto al correo de Temuco, US. conozco las bases del contrato. Estoy haciendo las gestiones necesarias para que, en ocasiones que la crece de los rios lo permita, pase hasta Llaima”.*<sup>159</sup>

En cuanto a los caminos, esta intendencia había arreglado ligeramente algunas vías que conducían a los fuertes de Victoria, Curacautín, Malalcahuello y Lonquimai, con el fin de conducir los víveres a ultra-cordillera. Por otro lado, para facilitar las comunicaciones de Traiguén con Temuco y Nueva Imperial, se construía un camino por la quebrada de Choquén, que iba a empalmar con el puente de ese nombre.<sup>160</sup>

Respecto a los puentes se habían terminado y entregado los de Quino y Salto en el camino de Lautaro, por la vía de Quillén; por la vía de Victoria se hizo lo mismo. Sobre el río Cautín y frente a Lautaro se edificaba un puente de cimbra, el que facilitaría la penetración de la agricultura y de la industria en un gran territorio. Por último, la intendencia había entregado adelantada la construcción del puente de Quino en Choquén, para que fuera continuada por parte del Ministerio del Interior.<sup>161</sup>

En cuanto a la atención sanitaria, que estaba a cargo del teniente coronel Pedro N. Barros Ovalle, el Ejército había atendido a más de tres mil doscientas personas en el último período. A principios de 1885, existían los hospitales centrales de Angol y Traiguén; las enfermerías de Victoria, Lautaro, Temuco, Nueva Imperial y Pucón; y los botiquines de los fuertes de Curacautín, Cunco y Toltén. El hospital de Traiguén estaba conformado por dos salas: una para los colonos de ambos sexos y otra para los militares; y la enfermería de Victoria también contaba con departamentos para colonos.<sup>162</sup>

Un ejemplo de la labor desarrollada por esta intendencia en La Araucanía, es el hecho de que el 10 de febrero de 1886 se aprobaba un contrato celebrado entre el Intendente del Ejército del Sur y el señor Higinio Cea. Esta persona debía servir el correo entre Temuco, Villarrica y Cunco, haciendo un viaje a la semana a contar del 1º de enero de 1886. También debía servir el pasaje por el río Allipen y conservar en buen estado la respectiva lancha. Además debía cobrar el pasaje de dicho río de la siguiente manera: cinco centavos por persona a caballo; dos centavos por persona a pie; veinte centavos por carreta cargada; dos centavos por carreta vacía; dos centavos por cada animal vacuno, mular o caballar; un centavo por cada

---

158 SOTO AGUILAR, L. Alberto. Intendencia Jeneral del Ejército del Sur, Angol, 9 de junio de 1886, p. 251; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1886”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1886

159 *Ibidem*.

160 *Ibidem*, p. 252.

161 *Ibidem*, p. 253.

162 *Ibidem*, pp. 277, 281 y 282.

cabeza de ganado menor; y debía dejar exentos de pagar pasaje a los empleados militares, a los empleados de la Intendencia y a los indígenas que andaban a pié.<sup>163</sup>

Si duda que una de las unidades militares que tuvieron las labores más fecundas en La Araucanía, correspondió a los Zapadores. El trabajo que desarrollaron no siempre estuvo libre de problemas. Un ejemplo de ello se dio el 14 de abril de 1886, cuando se enviaba un oficio al Inspector General del Ejército en el que se le decía que, a principios de 1885, cuando el Regimiento de Línea Zapadores se iniciaba en una nueva organización, quien entonces lo comandaba había creído pertinente dar a conocer los problemas creados por el hecho de que esta unidad militar se había dedicado a labores extrañas a un cuerpo de Infantería. Pero, al poco tiempo, tales problemas se acentuaron y ellos fueron nuevamente hechos presentes a esta autoridad, mediante una memoria anual. Hasta abril de 1886 la situación continuó agravándose, trayendo más inconvenientes al servicio de este cuerpo.<sup>164</sup>

Se consideraba que si el Regimiento de Zapadores continuaba solamente ocupado en labores de guarnecer destacamentos, desempeñaría un rol mediocre. Se pensaba que esta unidad estaba llamada a desempeñar un importante papel en la frontera, en la cual recién se iniciaban las obras que labrarían su futuro engrandecimiento. Ellas consistían en levantar edificios para cárceles, cuarteles, oficinas públicas y escuelas; en habilitar caminos; y en construir líneas telegráficas. Realizando estas obras, la región de La Araucanía entraría en la vía del progreso, en beneficio del engrandecimiento del país.<sup>165</sup>

Pero ocurría que los Zapadores estaban muy inactivos debido a la falta de método, de elementos y de vitalidad, por lo cual los caminos de la región estaban intransitables durante la mayor parte del año, las líneas telegráficas estaban interrumpidas y faltaban puentes en numerosos ríos. Se consideraba que emprender estas obras y procurar su conservación mediante el único concurso del Regimiento Zapadores, era una tarea que se podía terminar bien, especialmente cuando esta unidad tenía el propósito de cumplir con su deber.<sup>166</sup>

Por ello se imponía la necesidad de reorganizar esta unidad de una forma distinta a la anterior, de manera de dejarla independiente y ajena al servicio de plazas y guarniciones. Si ella permanecía diseminada, sus esfuerzos serían inútiles y continuaría sometida al capricho de las autoridades. Se consideraba que Chile se encontraba muy lejos de estar a la altura de los cuerpos de zapadores de las naciones más

---

163 “Correo de Temuco, Villarrica y Cunco”, Santiago, 10 de febrero de 1886, firmado por Domingo Santa María y Carlos Antúnez; en VARAS, José Antonio “Recopilación de Leyes, Órdenes, Decretos Supremos i Circulares Concernientes al Ejército, desde enero de 1884 a diciembre de 1887”. Tomo VII, Santiago de Chile, Imprenta de “El Correo”, 1888.

164 Regimiento de Línea Zapadores, Temuco, 14 de abril de 1886, firmado por Demetrio Carvallo y dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C593, foja 1, anverso.

165 *Ibidem*, foja 1, anverso y foja 2, anverso.

166 *Ibidem*, foja 2, anverso.

adelantadas, pero era un deber patriótico levantar el cuerpo de Zapadores del Ejército de Chile, con la finalidad de que constituyera algo más que los demás cuerpos de Infantería, los cuales, si bien prestaban importantísimos servicios, no estaban llamados a llenar las necesidades que debían cubrir los Zapadores, las que eran muy distintas.<sup>167</sup>

De esta forma se proponían algunas ideas que conducirían a un servicio más metódico, tomando como base la situación del país y las necesidades a satisfacer. Si el gobierno manifestaba su voluntad de hacer de esta unidad un verdadero cuerpo de Zapadores y una escuela práctica que echara los cimientos de una institución provechosa para el futuro, se juntarían más datos y se formularía un verdadero proyecto de reorganización de este cuerpo, tomando como modelo los existentes en algunos países de Europa. Luego se presentaba un proyecto de organización, el que incluía el personal de la Plana Mayor, el personal de cada compañía, el uniforme, las gratificaciones, el armamento, el vestuario, el equipo, el material y las herramientas.<sup>168</sup>

#### D. Año 1887.

En la Memoria del Ministro de Guerra Nicolás Peña Vicuña, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1887, esta autoridad deja constancia de que en aquel tiempo la tropa del Ejército estuvo en parte ocupada en trabajos de caminos, puentes, telégrafos y edificios militares; en La Araucanía se ocupó en trabajos de canalización y en la corta de maderas, mientras se esperaba el momento de emplear algunos cuerpos en la construcción del ferrocarril al sur. De esta forma se compensaba el gasto que el país hacía en mantener los cuadros del Ejército y, al mismo tiempo, se adiestraba a la tropa en labores que completaban su educación militar.<sup>169</sup>

En aquel momento había aparecido la enfermedad del cólera en Argentina, debido a lo que debieron movilizarse los cuerpos de Caballería, de Artillería y de Infantería. Esta campaña fue soportada con abnegación por el Ejército, el cual tuvo que apostarse en las cumbres de los Andes, desde Antofagasta hasta Llanquihue; debió también cerrar cientoún boquetes que podían permitir la entrada a Chile de pasajeros y ganados venidos de Argentina. Se apostaron más de mil soldados del Ejército, sin contar la Guardia Nacional y las policías rurales.<sup>170</sup>

En aquél año, la Intendencia del Ejército del Sur había sido reducida en cuanto a su personal y durante el siguiente sólo se consultó el personal indispensable para atender el muy restringido servicio que desempeñaría en adelante.<sup>171</sup>

---

167 *Ibidem*, foja2, anverso y foja 4, anverso.

168 *Ibidem*, foja 5, anverso.

169 PEÑA VICUÑA, Nicolás. Memoria del Ministro de Guerra, Lebu, 4 de marzo de 1887, pp. VI y VII; en "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1887.

170 *Ibidem*, p. XI.

171 *Ibidem*, p. XXXIII.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

Como el Ejército del Sur había sido disuelto debido a la creación de las provincias de Malleco y Cautín, con lo cual los servicios de construcción de obras públicas, correos y policía pasaron de la autoridad militar a las nuevas autoridades administrativas, el papel de esta intendencia se redujo a la alimentación del Ejército y a su servicio sanitario.<sup>172</sup>

El general Alejandro Gorostiaga, como Comandante en Jefe del Ejército del Sur, expresó en su memoria del 15 de marzo de 1887, que el Ejército había continuado ocupando las mismas guarniciones de las cuales había dado cuenta en su memoria del año anterior. Su moralidad y disciplina habían sido puestas a prueba por destacamentos lejanos y muy fraccionados, pero se mantuvo a la altura de toda institución militar. A los treinta y cuatro fuertes y plazas que durante el año anterior cubría el Ejército del Sur, se habían agregado veintitrés boquetes que hubo que custodiar como parte del servicio de los cordones sanitarios. Durante el servicio en la cordillera, tanto la tropa como los oficiales pudieron soportar bien las fatigas del servicio. La Caballería había sido el Arma elegida para cubrir tales boquetes y su distribución fue la siguiente:

Trancura	3 boquetes	2 Oficiales	16 Cazadores
Llaima	2 boquetes	1 Oficial	23 Cazadores
Lonquimay	14 boquetes	1 Jefe, 9 Ofles.	127 Húsares
Yumbel	1 boquete	1 Oficial	10 7º de Línea
Chillán	1 boquete	1 Oficial	20 Cazadores
San Carlos	1 boquete	1 Oficial	15 Húsares
Linares	1 boquete	1 Oficial	20 Cazadores
	-----	-----	-----
	23 boquetes	1 Jefe, 16 Ofles.	233 tropa <sup>173</sup>

Los cuerpos que resguardaban la frontera desde el 1º de agosto de 1886 y hasta el 15 de marzo de 1887, eran: el Batallón "Arica" 4º de Línea, el Regimiento Zapadores, el Batallón "Santiago" 5º de Línea, el Batallón "Esmeralda" 7º de Línea, el Regimiento Cazadores a Caballo y el Escuadrón Húsares.

Los trabajos cívicos efectuados por esta fuerza durante este período fueron muy diversos.

En Pucón, el Ejército del Sur había reparado un bote que se encontraba en mal estado y que estaba destinado al tráfico del lago Villarrica. También armó cinco escritorios con sus respectivas bancas para el uso de la escuela de la tropa, a la cual asistieron también niños de este pueblo, el que carecía de un establecimiento de instrucción.<sup>174</sup>

172 *Ibidem*, pp. XXXIII y XXXIV.

173 GOROSTIAGA, Alejandro. Memoria del Comandante en Jefe del Ejército del Sur, Angol, 15 de marzo de 1887, p. 170; en "Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1887.

174 *Ibidem*, pp. 173-174.

En Villarrica se arregló el camino público que iba desde esta población hasta Pucón.<sup>175</sup>

En Panguín se construyó una canoa para facilitar el paso del río Pucón, la que fue muy utilizada por la población. También se reparó un puente sobre el estero Panguín.<sup>176</sup>

Estos lugares se fueron haciendo conocidos por el auge del comercio de productos de la ganadería y de otros artículos que se internaban desde Argentina; dicho comercio permitía intercambios importantes con los comerciantes chilenos de esta región.<sup>177</sup>

En Nueva Imperial se habían realizado variados trabajos de reparación, refacción y construcción, por parte de los individuos de tropa, quienes trabajaron sin recibir remuneración.<sup>178</sup>

En la zona de Galvarino y Cholchol y desde marzo del año 1886, se ocuparon cincuenta soldados a cargo de dos oficiales del 4º de Línea en labrar un camino carretero en Choquén, partiendo de una de las orillas del río Quino en dirección a Nueva Imperial, cuyo camino se había terminado.<sup>179</sup>

En Lautaro estaba tendido un puente colgante que no se había concluido por falta de cables suspensores.

*“Un poco mas al sur, sobre un brazo del mismo rio Cautin, se construyó un puente de madera, de 40 metros de largo por 5 metros de ancho i 2 de altura sobre la superficie. Estos puentes son de suma necesidad i conviene cuanto ántes llevar a cabo su conclusion para facilitar el tráfico de los numerosos habitantes que ocupan la gran estension del terreno que existe al sur de dicho rio, terreno que aun cuando no ha sido recorrido en detalle, se sabe que es mui feraz i a propósito para fundar poblaciones. Habilitada esa vía para comunicarse con Llaima i Villarrica, como lo hago presente en mi Memoria del año anterior, tendríamos una economía de 45 quilómetros próximamente”.*<sup>180</sup>

*“Se ha compuesto el camino i puentes que conducen de la plaza de Lautaro a Quillem, cuyo fuerte, aunque tiene una pequeña guarnicion de caballería, se halla entregado a la Inspeccion de Colonizacion. Actualmente se repara el camino de Lautaro a Temuco, en cuyo trayecto se ha hecho un desvio abriendo la montaña i labrando la punta del cerro Cuyenquen, por donde pasa el estero del mismo nombre sobre el cual se ha construido un puente de 28 x 5.50 metros, retirando de este modo el camino de la orilla del rio Cautin, en el que desemboca el mencionado estero, que en el invierno se pone*

---

175 *Ibidem*, p. 174.

176 *Ibidem*.

177 *Ibidem*, p. 175.

178 *Ibidem*, pp. 175-176.

179 *Ibidem*, p. 176.

180 *Ibidem*, p. 177.

*invadeable. La reparación de este camino se estiende hasta 16 quilómetros, de esta plaza. Se ocupan diariamente en estos trabajos 30 individuos de tropa al mando de un oficial”*.<sup>181</sup>

En Traiguén, cuarenta soldados del Batallón Santiago 5º de Línea, a cargo de dos oficiales, habían construido un camino de 740 metros de largo al norte del río Quino, en el punto llamado Choquén. Como el terreno era rocoso, hubo que emplear pólvora, pero esta vía era muy importante para el comercio y el tráfico en general; ella no se podía utilizar mientras no se terminara el puente que se estaba construyendo sobre el río Quino, mediante el cual esta vía se conectaría con el nuevo camino construido al sur de dicho curso de agua. Mientras tanto se contaba con una balsa para pasar este río, pero que era poco apta en el invierno (de hecho, se habían ahogado tres soldados en el año anterior). Este trabajo fue remunerado para la tropa. En esta misma localidad y en cuanto al telégrafo, dos piquetes de diez hombres del mismo 5º de Línea y a cargo de un oficial cada uno, se habían ocupado en cambiar los postes de la línea que iba a Quillem y de la línea que iba a Victoria.

En Temuco se había arreglado el camino que conducía desde esta plaza a Lautaro, en un trecho de diez kilómetros, para lo cual hubo que hacer desmontes y edificar puentes.

En Victoria, el edificio del cuartel tenía piezas que servían de hospital o enfermería, destinada una a los militares, otra a los colonos y una tercera para las mujeres; otras dos piezas servían para botica y para la persona que atendía a los pacientes.

Dentro de esta Memoria del Comandante en Jefe del Ejército del Sur, se halla inserta la Memoria del Capitán de Ingenieros y Jefe de la sección respectiva, Amadeo Vergara, en la que también aparecen datos interesantes.

Se parte diciendo que en años anteriores la Sección de Ingenieros se había ocupado en construir hospitales para la tropa y también para los colonos extranjeros.

En cuanto a lo realizado en Traiguén se menciona:

*“Anexo al edificio del cuartel se acondicionó el hospital militar, distribuido en tres secciones, una gran sala para la tropa i otras dos para colonos; tres piezas para los empleados, un almacén, depósito para fallecidos, botica, un almacén de farmacia, cocina, etc”*.<sup>182</sup>

*“En los edificios de la Intendencia se construyó un almacén para víveres i otro para herramientas, adaptándose además la casa para oficina i habitacion de los empleados”*.<sup>183</sup>

---

181 *Ibidem*.

182 *Ibidem*, p. 182.

183 *Ibidem*.

En Victoria se realizaron diversas obras, algunas de ellas en ciertas secciones del cuartel destinadas a hospital militar, con los mismos detalles que se mencionaron para el caso de Traiguén.

En los demás fuertes que eran cubiertos por las fuerzas de este Ejército, la tropa se ocupó en continuar la construcción de los edificios públicos inconclusos. También el Ejército edificó escuelas, como la de Temuco.

En cuanto a las embarcaciones, se mencionó:

*“Dentro de las fechas mencionadas, el ejército ha botado embarcaciones a los ríos caudalosos, que por esta causa se hace difícil la construcción de grandes y espaciosas lanchas para el paso del Cautín, Cholchol, Quepe i Aillipen; tres en la laguna de Villarrica i un hermoso bote de dos proas para el tráfico entre Pucón i el fuerte Villarrica”.*<sup>184</sup>

Respecto a los puentes y caminos, en el año anterior se había terminado el camino de Chuquén, el que unió las poblaciones de Traiguén y Nueva Imperial; fue una obra muy importante y difícil de llevar a cabo.

*“El sendero que la división fundadora de Temuco abrió para echar los cimientos de este fuerte, que en la actualidad es una gran ciudad, ha habido que abandonarlo para abrir una buena carretera: 50 zapadores se ocupan en esta obra, tendiendo puentes provisionales en los esteros i abriendo el camino por entre montañas espesísimas, de 40 metros de ancho. El cerro Cuyanquen, que se apoya sobre el Cautin, ha presentado dificultades, aunque no insuperables, en la apertura de este camino que hai que labrar por sobre la cresta de esta eminencia formada de roca granítica. Este trabajo se hace a pólvora”.*<sup>185</sup>

El camino de Lautaro a Quillén había sido reparado, al igual que los puentes que ya existían. Los trabajos del puente Cautín estaban suspendidos por la falta de cables de alambre para poder darle remate. Los trabajos del puente Choquén estaban también paralizados y pronto se darían a contrata; ya estaba preparada una gran parte del material que iba a emplearse en su construcción. En todas estas obras, muchas de las cuales eran de largo aliento, se empleó la tropa de los batallones 4º y 5º de Línea.

*“Pero no solo se ha visto el ejército empeñado en estos trabajos durante el tiempo que ha permanecido en este territorio, sino que ya en años anteriores había terminado en la línea de Traiguén a Lautaro, los puentes de Trincauco, Chanco, Quino, Salto, Quillem i Saco, cuyas dimensiones son 67x5,5 metros, 130x5; 47x5; 180x5,5, 130x4,5, 30x5 respectivamente. En la línea de Victoria a Lautaro,*

---

184 *Ibidem*, p. 183.

185 *Ibidem*, p. 184.

Traiguen, Quino i Salto sus dimensiones métricas son: 36x6, 44x6, 140x6 respectivamente. En la de Victoria a Curacautin se han construido los siguientes puentes, en diferentes épocas”:<sup>186</sup>

“Huamanten	D. 32 x 5.5
Licancura	“ 25 x 5.5
Dillo	“ 39 x 5.5
Rati Ruca	“ 30 x 5.5
Coli Huanqui	“ 30 x 5.5
<i>Entre Collipulli i Victoria, los de Dumo i Colo”</i> . <sup>187</sup>	

Lo que invirtió el fisco en estas obras fue muy reducido, ya que el soldado mismo cortó el roble de la montaña, elaboró las maderas y construyó esta infraestructura. El Ejército también tendió muchos otros puentes de menor importancia en esteros y ríos, facilitando la comunicación entre los pueblos, desarrollando las colonias extranjeras, impulsando la agricultura y transmitiendo el progreso a esta región.

*“Formando un resumen de todos los puentes construidos por el ejército, puedo asegurar al señor jefe de Estado Mayor, sin temor de incurrir en equivocacion, que se han hecho mas de 1,400 metros lineales de obras de esta naturaleza, que corresponden a mas de 40 puentes”*.<sup>188</sup>

*“No ha sido ménos múltiple la accion del Ejército en la apertura de nuevas vías de comunicacion; por entre montañas densas i tupidas háse abierto el camino de Temuco a Villa-Rica; en cuya estension de 20 leguas atraviesa las de Mahuidache, Freire i Villa-Rica en 23 kilómetros; allí la naturaleza se ostenta impotente i majestuosa; aquellos bosques seculares y sombríos en donde los rayos solares no penetran, ofrecen un testimonio elocuente del sacrificio i de las sérias dificultades que ha tenido que vencer para llevar a feliz término esta grande obra”*.<sup>189</sup>

Pese a todo lo expuesto, quedaban muchos puentes por tender, varios caminos que abrir y numerosos cuarteles que construir. Era urgente lograr la comunicación directa entre los fuertes más apartados, como los de Villarrica, Pucón y Llaima, con aquellos de la línea del río Cautín (Villarrica debía unirse con Lautaro, Lautaro con Llaima y Llaima con Villarrica, formándose así un triángulo). Los caminos tendrían que atravesar la región de ultra Cautín, al sur de Lautaro, zona en la cual había que construir fortificaciones para la tranquilidad de aquella comarca. Esta era una región muy feraz, debido al riego que se podía obtener de sus numerosos ríos. También requería atención el camino de Pucón a Argentina, pasando por Trancura, ya que este boquete permitía un fácil paso a este país, permitiendo un comercio que impulsaría

---

186 *Ibidem*, p. 184.

187 *Ibidem*, p. 185.

188 *Ibidem*.

189 *Ibidem*.

las poblaciones de Pucón y Villarrica. La región del oeste también tenía puentes que atender, había que fundar poblaciones al sur de Nueva Imperial y establecer una red de caminos que uniera los fuertes de la zona.

*“Como se deja de manifiesto, no han sido, pues, infructuosos los esfuerzos del Ejército, i su accion civilizadora, ya abriendo vías de comunicacion, ya construyendo puentes i formando poblaciones, ha traído como resultado inmediato i lójico la implantacion de industrias i el consiguiente desarrollo de ellas, que el pais sabrá apreciar debidamente”.*<sup>190</sup>

Un testimonio del empeño del Ejército por darse una orgánica adecuada para desarrollar bien su labor en La Araucanía, está en un oficio dirigido al Inspector General del Ejército desde el Regimiento Zapadores, en el cual se manifestaba a esta autoridad el agrado existente dentro de este cuerpo, ya que se le había dado la colocación adecuada para la cual había sido creado, vale decir, para ocuparlo solamente en trabajos de propiedad fiscal (en el año 1886 se había solicitado este cambio). Debido a la nueva distribución de los cuerpos había surgido la necesidad de que la tropa contara con mantas de goma, mochilas y carpas, con el fin de surtir a los diversos piquetes que se encontraban trabajando y para protegerlos de las inclemencias del clima de la región.<sup>191</sup>

En otro oficio dirigido a esta misma autoridad desde el Batallón Zapadores, se daba cuenta de que ella había enviado una nota al Comandante General de Armas de Cautín, quien, a su vez, ordenó que se enviaran doscientas cincuenta mantas de goma para el servicio de cuerpo de esta unidad militar. Pero se habla de lo perjudicial que era para este cuerpo el hecho de trabajar al descubierto, debido a que la autoridad de Cautín había ordenado retirar parte de esas mantas de goma que el gobierno había destinado a este cuerpo. Por ello, se aconsejaba que todo vestuario o equipo que se destinara a este batallón, fuera remitido directamente a él desde la Intendencia General del Ejército.<sup>192</sup>

También la agricultura tomó proporciones considerables y continuaba progresando. Las poblaciones de Traiguén, Victoria, Temuco y Nueva Imperial se incrementaron notablemente. Habían once molinos de primera clase, seis cervecerías, cuatro fábricas de aguardiente, dos curtidorías y otras industrias de menor importancia. La ganadería se desarrolló mucho en la zona de Lonquimay, muy apta para la crianza.

---

190 *Ibidem.*

191 *Batallón de Línea Zapadores*, número 186, Lautaro, 29 de abril de 1887, firmado por Demetrio Carvallo y dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C 593.

192 *Batallón de Línea Zapadores*, número 277, Lautaro, 5 de julio de 1887, firmado por Demetrio Carvallo y dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C 593.

CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

*“El valor de las propiedades ha alcanzado un alto precio. En estos últimos remates se ha comprado terrenos hasta por 100 pesos la hectárea, produciéndole gruesas sumas al Estado”.*<sup>193</sup>

*“La población del territorio se computa en 80,000 habitantes; sin embargo, sin temor de incurrir en un error, la estimo en 95,000, incluyendo la indígena, que se halla dividida al sur i norte del rio Cautín, en 15 i 5 mil habitantes, respectivamente”.*<sup>194</sup>

Al revisarse la Memoria del Inspector General de la Guardia Nacional, Enrique Coke, aparecen detalles acerca de los cuerpos cívicos que en aquella época estaban presentes en esta región.

*“Los cuerpos cívicos de infantería y caballería que existen en este territorio, son los siguientes: batallón Angol, brigada de Collipulli i brigada de Traiguén, de nueva organización; escuadrones Curaco, Lumaco, Puren, Temuco i compañía suelta de Nueva Imperial”.*<sup>195</sup>

*“Los cuarteles que ocupan estos cuerpos son departamentos de los de propiedad fiscal en que se encuentran las fuerzas de línea, i llenan las condiciones necesarias al objeto”.*<sup>196</sup>

En el siguiente cuadro se indica el número de jefes y oficiales empleados en estos cuerpos y la fuerza de cada uno de ellos:

CUERPOS	DE EJÉRCITO		DE GUARDIA NACIONAL		
	JEFES	OFICIALES	JEFES	OFICIALES	TROPAS
Batallón Angol	1	2	-	11	315
Brigada Collipulli	1	2	-	10	248
Brigada Traiguén	1	2	-	11	-
Escuadrón Cunaco	1	2	-	11	315
Escuadrón Lumaco	-	2	-	11	170
Escuadrón Purén	1	2	-	8	156
Escuadrón Temuco	1	2	-	9	161
Compañía Suelta	-	1	-	-	-
Nueva Imperial	-	-	-	-	-
TOTAL	6	15	1	71	1363

197

193 GOROSTIAGA, *op. cit.*, p. 187.

194 *Ibidem*.

195 COKE, Enrique. Memoria del Inspector General de la Guardia Nacional, Santiago, 15 de marzo de 1887, p. 189; en “Memoria que el Ministro de Guerra Presenta al Congreso Nacional en 1887”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1887.

196 *Ibidem*.

197 *Ibidem*.

Luego esta autoridad añade:

*“Con la creación de las nuevas provincias, el territorio de colonización de Angol ha desaparecido, i obedeciendo al propósito que todos los gobiernos han perseguido con mas o ménos eficacia, de civilizar paulatinamente el suelo araucano, debe el Ejército continuar la obra mas allá del Cautín, sirviendo de este modo de vanguardia a la civilización, i cubierta la última etapa que ocupa la barbarie entre el Cautín i el Tolten, quedaria el suelo chileno sin solucion de continuidad para el pleno ejercicio de las funciones de todas las autoridades del pais”*.<sup>198</sup>

Esta autoridad recomendaba reconcentrar el Ejército del Sur en la margen izquierda del río Cautín y fundar allí la población de Carahue, la que permitiría aprovechar esta vía fluvial mientras llegaba el ferrocarril a Nueva Imperial. De esta forma se haría en el territorio comprendido entre los ríos Cautín y Toltén, lo mismo que se realizó en el territorio situado al norte del primer río.

Al examinarse la Memoria del Intendente del Ejército del Sur, coronel J. A. Soto Aguilar, inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1887, también aparecen las labores que el Ejército realizó en beneficio de esta región.

Se partió diciendo que el régimen político de La Araucanía pasaba por una etapa de transición, ya que aún teniendo un gobierno militar y un Ejército en campaña, el esfuerzo del Supremo Gobierno se encaminaba a que este territorio pasara al régimen civil.

*“En Abril del año que encierra esta Memoria, fueron entregados al Gobernador del Territorio, de órden de US., (el Ministro de Guerra) en estado de notable adelanto, los diferentes trabajos que atendian por esta Intendencia; sin embargo, ha seguido prestando su cooperación a la Gobernacion civil en el sentido de que le ha suministrado todos los elementos que ha pedido para la continuacion de esos trabajos, como carretas, bueyes, herramientas i demas utensilios, siempre que estos elementos se han pedido en forma correcta, i en lo único que esta Intendencia no ha prestado su cooperación ha sido en el pago de jornales i gratificaciones, por haberlo dispuesto así ese Ministerio”*.<sup>199</sup>

En Traiguén se había suprimido el servicio de almacén de esta intendencia, por lo cual quedó disponible un espacioso local que se podía dedicar para habitaciones de oficiales o para el uso de la administración civil.

---

198 *Ibidem.* p. 190.

199 J. A. Soto Aguilar, “Memoria del Intendente del Ejército del Sur”, p. 292; en “Memoria que el Ministro de Guerra presenta al Congreso Nacional en 1887”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1887.

En Chuquén, el camino que se construía a un lado de una quebrada había sido entregado casi terminado, quedando en poder de la gobernación las herramientas utilizadas para ejecutar estos trabajos.

En Lautaro, el puente sobre el río Cautín se había entregado casi terminado; además, se entregaron reparados algunos puentes de menor importancia; y el camino de Lautaro a Temuco se entregó también en reparación.

En Villarrica, en el lago del mismo nombre, se mantuvieron dos chalupas, un bote grande y dos lanchas en buen estado, embarcaciones éstas que daban importantes servicios.

*“Se ha seguido atendiendo por esta Intendencia el servicio de este ramo en la parte que los manifiesta mi Memoria del año 1885, i, cumpliendo los deseos de US., se prepara este servicio para que pase a cargo de la Dirección Jeneral de Correos, a la que se le ha dado oportuno aviso por esta Intendencia; en consecuencia, serán atendidos solamente hasta el 31 de marzo del año entrante los correos que parten de Victoria a Cura-Cautin, de éste a Lonquimai i de Temuco a Villa-Rica”.*<sup>200</sup>

Por instrucciones del Ministerio de Guerra, esta intendencia había suministrado rancho a los indígenas de Lonquimay, los que fueron traídos para establecer una colonia entre Victoria y Curacautín. El rancho se suministró desde enero a marzo (inclusives), a razón de cuatrocientas cuarenta y cinco raciones diarias, por un valor total de 7.391 pesos 45 centavos. Posteriormente, la manutención de los indígenas pasó a ser responsabilidad del Departamento de Colonización.

En cuanto al servicio sanitario y con motivo de la propagación de la enfermedad del cólera desde Argentina a los fuertes de este territorio, se propuso dividir el servicio médico dentro de este último en tres grandes distritos, cuyos centros serían los fuertes de Lonquimay, Traiguén, Temuco y Pucón, en cada uno de los cuales habría un cirujano que tendría a su cargo el distrito respectivo. De esta manera, el cirujano que residiría en Lonquimay atendería los fuertes de Lonquimay mismo, Lindura, Nitrito y Llaima; el cirujano de Traiguén atendería las plazas de Traiguén mismo, Quino, Quillem, Choquén, Galvarino, Quechereguas, Adencul, Ercilla y Victoria; el que residía en Temuco cuidaría, aparte de esta plaza, las de Lautaro, Freire, Cunco, Boltrollhue, Nueva Imperial, Cholchol, Carahue, Toltén y Misiones; y el cirujano de Pucón atendería las guarniciones de Villarrica, Palguín y Maitelé.<sup>201</sup>

Aún cuando no se especifica en este texto, existieron cirujanos primeros dentro del Ejército (los que fueron mencionados en algunos acápite) como también cirujanos civiles contratados. En todo caso, estas medidas, junto con la guarnición de boticas y enfermerías, demostraron el grado de planificación, apoyo y compromiso del Ejército para con la atención sanitaria tanto a militares, como a civiles e indígenas. Sin

---

200 *Ibidem*, p. 301.

201 *Ibidem*, p. 294.

duda que las distancias, el mal estado de los caminos y puentes, las dificultades propias del terreno y el clima fueron obstáculos considerables que debieron ser enfrentados y superados.

Un ejemplo del trabajo desarrollado por el Ejército en la vigilancia de los boquetes cordilleranos, con el fin de que la epidemia de cólera que en 1887 se desató en Argentina no pasara a Chile, está un oficio elevado al Inspector General del Ejército desde el Escuadrón Húsares, en el cual el Comandante de esta unidad daba cuenta de su estado, al momento de hacerse cargo de ella. Se informaba que los oficiales del escuadrón se encontraban muy dispersos, con motivo de los cordones sanitarios implementados por la epidemia del año 1887; se habla también de una fuerza destacada en Lonquimay, la cual quedaría aislada en poco tiempo, debido a la proximidad del invierno y de las nevadas. La fuerza de este escuadrón se hallaba muy fraccionada, lo cual era perjudicial para este cuerpo, ya que se hacía muy difícil mantenerlo en un buen pie de moralidad, instrucción y disciplina.<sup>202</sup>

Sin embargo y a pesar de todas estas dificultades, los miembros del Ejército realizaron numerosas obras de infraestructura reflejadas en caminos, puentes, cuarteles, hospitales, escuelas y en la construcción de embarcaciones lacustres, entre otras labores. A esto se agregaron los trabajos de reparación y mantención de diferentes obras de arte y de caminos relativamente continuos, con los limitados medios disponibles en aquella época.

Para este período de tiempo que se ha descrito se pueden sumar 272 metros de puentes edificados, 1.940 metros de vías abiertas y 96 kilómetros de caminos reparados.

Finalmente, llama la atención el hecho de que los soldados recibieron una remuneración adicional de diez centavos por día, como un estímulo por los trabajos que realizaron en beneficio de los civiles.

#### *E. Año 1888.*

Con la creación de las provincias de Malleco y Cautín, se produjo el traspaso de las responsabilidades y de los trabajos de desarrollo de la infraestructura y vías de comunicación de La Araucanía a las autoridades civiles que fueron designadas por el gobierno. Esto afectó a las unidades del Ejército estacionadas en dicha región, varias de las que fueron disueltas, otras trasladadas y unas terceras incorporadas dentro de otras, ya sea en la zona de Arauco o en el resto del país. A partir de aquella fecha, la participación del Ejército en las labores de desarrollo comenzó progresivamente a presentarse más disminuida, e incluso ausente, en las memorias del Ministerio de Guerra, pero sí aparecieron en las memorias del Ministerio de Relaciones Exteriores y Colonización.

---

202 *Escuadrón de Húsares*, número 46, Victoria, 16 de mayo de 1887, dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen C 565.

Analizada la situación de las orgánicas del Ejército del Sur, antes y después del año 1888, durante las que cambiaron la autoridad de acuerdo a la configuración política y administrativa de la región de La Araucanía.<sup>203</sup>

En lo referido al Ejército, la Memoria del Ministro de Guerra, inserta dentro de la Memoria del Ministerio respectivo del año 1888 indica lo siguiente:

*“La urgente necesidad de concluir en el menor tiempo posible las líneas férreas de Angol a Traiguén i de Renaico a Fuerte Victoria, indujo a S.E. el Presidente de la República i a mi honorable antecesor a decretar la reorganización del batallón de infantería Zapadores con elementos adecuados para el objeto a que se le iba a destinar. Esta medida ha correspondido plenamente a los fines que se tuvieron en vista al dictarla”.*<sup>204</sup>

Al examinarse la memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, se señala que en aquel año (1888), la oficina de Colonización ocupaba una buena parte del edificio del cuartel de Angol; se dice que convenía recuperar esta edificación, ya que los colonos acudían allí en número reducido y que la mayoría de ellos eran alojados en hoteles. Se pensaba dejarlo cómodo, separando la Infantería de la Caballería y el Cuerpo Cívico, con sus respectivas oficinas y piezas para oficiales.<sup>205</sup>

En este año, dicha zona estaba guarnecida por el Batallón “Esmeralda” 7º de Línea y por el Regimiento de Cazadores a Caballo. No se hacía mención del Batallón Zapadores, el cual, según disposición del Ministerio de Guerra, fue puesto a las órdenes del Ministerio de Industria, el cual lo ocupaba en los trabajos del ferrocarril de Angol a Traiguén.<sup>206</sup>

La fuerza de la plaza de Angol se ocupaba en las guardias de cárcel, en labores de prevención, en la custodia de los presos, en los servicios de cuartel y en la instrucción militar.<sup>207</sup>

Se indicaba al ministro de Guerra que si él aceptaba la idea del infrascrito de suprimir la Intendencia del Ejército, los muebles y los demás útiles de tal oficina podían pasar a esta Comandancia General, la que podía distribuirlos entre el Liceo y las demás oficinas públicas.<sup>208</sup>

---

203 Fuente: “Memoria del Ministro de la Guerra presentada al Congreso Nacional en 1888”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, mayo de 1888.

204 SÁNCHEZ, E. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 31 de mayo de 1888, p. VI; en “Memoria del Ministro de la Guerra presentada al Congreso Nacional en 1888”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, mayo de 1888.

205 VERGARA, J. L. Memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, Angol, 14 de marzo de 1888, p. 200; en “Memoria del Ministro de la Guerra presentada al Congreso Nacional en 1888”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, mayo de 1888.

206 *Ibidem.*

207 *Ibidem.*

208 *Ibidem.*, p. 201.

Otro ejemplo de la colaboración de parte de Ejército para con las autoridades civiles de La Araucanía, está en el hecho de que el 20 de noviembre de 1888, el Comandante General de Armas de Malleco ponía a disposición del Ministerio de Colonización ciertas secciones del cuartel de Traiguén y el patio comprendido entre ellas, a las que servía de cárcel. Las reparaciones que se debían ejecutar en todo el edificio corrían a cargo del mismo Ministerio, mientras estas dependencias fueran parte de él.<sup>209</sup>

Al revisarse la Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, la que estaba a cargo del teniente coronel F. Pérez, inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1888, se señala que en esa zona ya se hacían notar los beneficios de la nueva forma de gobierno. Las tropas del Ejército se mantenían disciplinadas y moralizadas, y ayudaban a las autoridades administrativas y judiciales en el desempeño de sus funciones.

*“A pesar de sus múltiples ocupaciones, la tropa del ejército, sobre todo, ántes de quedar reducida a la porcion que he indicado, ha prestado un importante concurso realizando trabajos de entidad en los demas ramos del servicio público. Se ha ocupado en la construccion de puentes i caminos, tales como el de Nueva Imperial a Galvarino, reparaciones en el de Lautaro a Temuco. Ha hecho un canal de desecacion en esta última ciudad. Ha ayudado en la formacion i arreglo de las calles i plazas de varios pueblos, etc., etc.”*<sup>210</sup>

*“Como remuneracion por estos servicios se le da al soldado una pequeña gratificacion de diez centavos al dia, o su equivalente aproximado cuando se dan contratos o tareas, lo que es una gran ventaja para el Erario si se toma en cuenta lo subido de los salarios que se pagan aquí a los jornaleros”*.<sup>211</sup>

Hasta octubre de 1887, esta provincia era guarnecida por el Regimiento de Cazadores a Caballo, el Batallón Zapadores, el “Arica” 4º de Línea y por el Batallón “Esmeralda”. En esa misma fecha se ordenó que se trasladaran a la provincia de Malleco el Regimiento Cazadores a Caballo (dejando en Cautín su primer escuadrón) y el Batallón Zapadores, ya que se estimó que en dicha provincia serían más importantes sus servicios. También en la misma fecha se relevó al 4º y al 7º de Línea por los batallones Tacna y Santiago, fuerzas con las cuales se cubrían los destacamentos y se atendía el servicio militar en general.<sup>212</sup>

Se consideraba que el total de fuerzas era escaso para atender bien el servicio y para custodiar la frontera; además, aunque los indígenas se mantenían obedientes a las autoridades, se consideraba nece-

---

209 “Cuartel de Traiguén a Disposición del Ministerio de Colonización”, Sección 1ª, número 1.932, firmado por José Manuel Balmaceda y R. Donoso; en MONTT, Roberto y FABRES, Horacio. “Recopilación de Leyes, Decretos, Reglamentos y Disposiciones de Carácter General del Ministerio de Guerra, 1888-1895”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1895.

210 PÉREZ, F. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautin, Temuco, 13 de marzo de 1888, p. 202; en “Memoria del Ministro de la Guerra presentada al Congreso Nacional en 1888”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, mayo de 1888.

211 *Ibidem*, p. 203.

212 *Ibidem*, pp. 202 y 203.

saría la presencia de los militares para mantenerlos en el terreno del orden. Al tener que subdividirse los cuerpos en tantos destacamentos, la instrucción militar y el mecanismo interior se resentían.<sup>213</sup>

Al examinarse la Memoria de la Comandancia General de Ingenieros, que estaba a cargo del Coronel Aristides Martínez y que está inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1888, se aprecian algunas obras hechas por el Ejército en la zona de La Araucanía.

En el caso de Angol se menciona:

*“Un jefe se ha ocupado continuamente en el ramo de puentes i caminos de la provincia, i bajo su direccion se construyó la cárcel de esa ciudad i se transformó el gran galpon de caballerizas en un espléndido salon de certámenes”.*<sup>214</sup>

Respecto a Cautín se señala:

*“Se ha hecho plano i presupuesto para un cuartel en Lonquimai, se ha atendido a la apertura de caminos en diversas direcciones, construccion de puentes, reparaciones de cuarteles i trazos de poblaciones”.*<sup>215</sup>

El caso más elocuente de la participación del Ejército en obras de beneficio público fue el empleo de unos quinientos Zapadores bajo el mando del coronel Gregorio Urrutia Venegas, quienes desde 1888 y hasta 1891 trabajaron en la edificación del viaducto del Malleco, que fue inaugurado en aquel último año por el Presidente de la República José Manuel Balmaceda.<sup>216</sup>

Este puente fue proyectado por el ingeniero Aurelio Lastarria y su estructura fue armada por la firma Schneider-Creusot, en Francia.

En las Memorias del Ministerio de Obras Públicas, se halla un oficio sin fecha del ingeniero Lastarria dirigido al ministro de Obras Públicas, en el que se refiere a los trabajos efectuados en la construcción de este viaducto por la citada unidad militar y que fueron realizados entre el 1 de mayo y el 31 de diciembre del año 1891. Como parte de ellos estuvieron la construcción de 4.837 metros cúbicos de mampostería y la terminación del estribo norte, y de los pilares 1, 2 y 3; este profesional agregó un informe que indica lo siguiente:

---

213 *Ibidem*, p. 203.

214 MARTÍNEZ, A. Memoria de la Comandancia General de Ingenieros, Santiago, 15 de abril de 1888, p. 240; en *“Memoria del Ministro de la Guerra presentada al Congreso Nacional en 1888”*, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, mayo de 1888.

215 *Ibidem*.

216 Comando de Ingenieros del Ejército, *“Historia del Cuerpo Militar del Trabajo”*. Primera edición, 1996, pp. 32 y 33.

*“El empleo de zapadores se debió principalmente al atraso experimentado en las faenas básicas, vale decir, cortes, terraplenes y obras de arte y además por las intensas lluvias, mala calidad del terreno y al desbande de los obreros civiles para acudir a las cosechas o sembradíos de sus predios y a los fundos existentes en la zona, donde obtenían mejores salarios”.*<sup>217</sup>

El mismo informe agregó en uno de sus párrafos: *“a los peones regulares se incorpora contingente del Batallón de Zapadores, con asiento en Collipulli, en faenas de ferrocarril y de la construcción del viaducto, ya sea en obras de albañilería como en la metálica. Esto trae como consecuencia una situación laboral novedosa, al parecer, conveniente a los contratistas”.*<sup>218</sup>

Es muy patente el cuadro de los salarios diarios percibidos por los soldados y los peones civiles, el que se detalla a continuación:

TRABAJOS	COSTO DE RANCHO \$	ABONO JORNAL DIARIO \$	ABONO TOTAL DIARIO \$
Peón soldado	0,14	0,20	0,34
Artesano Soldado	0,14	0,30	0,44
Peón Jornal	-	0,70	0,70
Artesano Jornal	-	0,80	0,80

219

F. Año 1889.

Al revisarse la Memoria del Ministro de Guerra, J. M. Valdés Carrera, contenida en la memoria ministerial respectiva del año 1889, aparece que el Batallón Zapadores estuvo en aquel año acantonado en Collipulli y Ercilla, y que se ocupó en la construcción de las líneas férreas de Angol a Traiguén y de Renaico a Fuerte Victoria.<sup>220</sup>

También se señala que en aquella época el Ejército desempeñaba tantos servicios, que había cuerpos como los regimientos de Cazadores a Caballo, de Carabineros y el Batallón “Tacna”, que cubrían diecinueve, dieciséis y doce puntos, respectivamente.<sup>221</sup>

217 Comando de Ingenieros del Ejército, *“Historia del Cuerpo Militar del Trabajo”*. Primera edición, 1996, p. 33.

218 *Ibidem*.

219 *Ibidem*.

220 VALDÉS CARRERA, J. M. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 31 de mayo de 1889, p. VI; en “Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1889.

221 *Ibidem*, pp. VI, VII.

En la Memoria del Inspector General del Ejército, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1889, se aprecia que los cuerpos del Ejército que tenían guarnición en La Araucanía durante aquel año eran: el Batallón “Tacna” 2º de Línea (en Curacautín, Victoria, Quechereguas, Nueva Imperial, Cholchol, Galvarino, Carahue, Misiones, Pucón, Villarrica, Panguin y Traiguén); el Batallón “Santiago” 5º de Línea (en Llaima, Cunco, Freire, Lautaro y Temuco); el Batallón “Esmeralda” 7º de Línea (en Angol y Arauco); el Batallón Zapadores (en Collipulli y Ercilla); y el Regimiento Cazadores a Caballo (en Temuco, Lonquimay, Nitrito, Lincura, Toltén, Freire, Cunco, Llaima, Nueva Imperial, Cholchol, Galvarino, Lautaro, Lota, Sauces, Lumaco, Purén, Quillen, Mininco y Angol).<sup>222</sup>

Al revisar la memoria de la Comandancia General de Ingenieros contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1889, se señala que la nueva Dirección de Obras Públicas había absorbido en gran parte los trabajos que eran confiados a la Comandancia General de Ingenieros. Por ley de 21 de junio de 1887, se dispuso que correspondía al Ministerio de Industria y Obras Públicas la construcción de los edificios nacionales, mientras que el Ministerio de Guerra sólo debía conservar los cuarteles y demás edificios que dependían de él.<sup>223</sup>

Los trabajos de este cuerpo se subordinaron a formar planos, presupuestos, informes, reparaciones de cuarteles y fortalezas, y todo lo que esa ley indicaba; la Dirección de Obras Públicas debía ejecutar las obras conforme a los planos y presupuestos elaborados por este cuerpo.<sup>224</sup>

Pero como había escasez de ingenieros civiles en las provincias de Cautín y Malleco, un jefe y un oficial de esta comandancia atendieron los trabajos de puentes, caminos y colonización, aparte de sus labores como ingenieros militares.<sup>225</sup>

Al revisar la memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1889, se aprecia que, de las tropas que guarnicionaban esta provincia, el 2º de Línea, el 7º de Línea y los Cazadores a Caballo se ocupaban en las guardias de la cárcel, en labores de prevención, en el hospital, en la custodia de los presos, en las ordenanzas y los destacamentos; el Batallón de Línea Zapadores estaba a las órdenes del Ministerio de Industria y Obras Públicas, y se ocupaba en los trabajos del ferrocarril a Victoria. Toda esta tropa observaba moralidad, disciplina y laboriosidad, por lo cual gozaba de la consideración de los vecinos de los pueblos que ellas guarnecían y toda la provincia estaba tranquila.<sup>226</sup>

---

222 Memoria del Inspector General del Ejército, Santiago, 15 de marzo de 1889; en “Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1889.

223 A. Martínez, Memoria de la Comandancia General de Ingenieros, Santiago, 25 de abril de 1889, p. 337; en “*Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889*”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1889.

224 *Ibidem*.

225 *Ibidem*.

226 DEL CAMPO, M. Memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, Angol, 15 de marzo de 1889, p. 458; en “*Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889*”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1889.

Al examinar la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1889, se habla en ella de un nuevo destacamento en Allipén, el cual era un punto que debía estar guarnecido, con el fin de facilitar el servicio de los otros fuertes de la cordillera, los que estaban muy separados entre sí y para la seguridad de esos campos y sus pobladores que no tenían auxilio contra los malhechores; y, también, para que sirviera de base a la población que luego debía formarse, y para centro o estación de los trabajos del ferrocarril a Valdivia. Los indígenas de la provincia eran obedientes a las autoridades, pero se estimaba que era necesaria la fuerza armada para mantenerlos en el orden, hasta que fuera definitivamente radicada.<sup>227</sup>

Un ejemplo de la actividad llevada a cabo durante este año por el Ejército en esta región, está en un oficio proveniente del Batallón Zapadores y dirigido al Inspector General del Ejército, en el que se comunicaba a esta autoridad que debido a la estrechez del campamento situado en Ercilla, por el aumento de tropa y por los trabajos que entonces se ejecutaban en los puentes de Colo y Victoria, hubo que trasladar la enfermería y la plana mayor de esta unidad militar a Victoria, población que se ubicaba a un kilómetro del puente de Colo y a doscientos metros del puente Victoria, sobre el río Traiguén. Como en Victoria la empresa no tenía edificios, la Intendencia del Ejército había arrendado una casa para la enfermería y se arrendó otra para la mayoría y el almacén. En aquel momento, la mayoría de este cuerpo estaba establecida en la mitad de la casa que ocupaba el 2º jefe; ella había sido trasladada desde el campamento en el mes de mayo de 1889, ya que las lluvias habían inhabilitado el local que allí se ocupaba.<sup>228</sup>

#### G. Año 1890.

Al revisarse la memoria del Inspector General del Ejército contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1890, se aprecia que los cuerpos del Ejército que en aquel año tenían guarnición en La Araucanía eran: el Batallón "Tacna" 2º de Línea (en Traiguén, Pucón, Villarrica, Panguín, Nueva Imperial, Cholchol, Galvarino, Carahue, Curacautín, y Quechereguas); el Batallón Santiago 5º de Línea (en Angol); el Batallón "Esmeralda" 7º de Línea (en Temuco, Lautaro, Freire, Pitrufuquén, Cunco, Llaima y Colico); el Batallón Zapadores (en Victoria, Collipulli, Ercilla y Colo); el Regimiento de Carabineros de Yungay (en Angol, Lonquimay, Liucura, Nitrito, Lautaro, Llaima, Pitrufuquén, Cunco, Freire, Cholchol, Galvarino, Nueva Imperial, Temuco, Sauces, Lumaco, Purén, Quillén y Mininco).<sup>229</sup>

227 PÉREZ, F. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, pp. 462 y 463; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1889", Santiago de Chile, Imprenta nacional, 1889.

228 *Regimiento de Línea "Zapadores"*, N° 280, Campamento de Ercilla, 16 de agosto de 1889, firmado por Fidel Urrutia y dirigido al Inspector General del Ejército; en Ejército de Chile, Estado Mayor General, Departamento de Historia Militar, Sección Archivo Histórico, volumen I 176.

229 Memoria del Inspector General del Ejército, Santiago, 31 de diciembre de 1889; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1890.

Al revisarse la memoria de la Comandancia General de Ingenieros, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1890, se aprecia que esta oficina atendía la tramitación de todas las solicitudes sobre peticiones de propiedades urbanas y rurales que se hacían, ya sea al intendente de la provincia o al gobierno, las cuales, una vez concedidas, era necesario ponerlas en posesión de sus respectivos dueños.<sup>230</sup>

*“Los caminos de esta provincia se han reparado en la parte comprendida al norte del Cautin; no así los del sur, pues en esta rejion no existen caminos propiamente tales, sino senderos estrechos i tortuosos que abrió la división que conquistó este territorio. Con todo, se han formado los presupuestos que consultan los fondos necesarios para la apertura de una red de caminos que pongan en comunicación todos los fuertes militares de esa rejión”.*<sup>231</sup>

Bajo la vigilancia de esta oficina se construía en esta ciudad un espacioso edificio para mercado, pero tales trabajos estaban paralizados por falta de presupuesto. También se estaba construyendo un hospital bajo la inspección de esta autoridad, trabajo que había sido entregado a un contratista. La construcción de una Iglesia y de su respectiva casa parroquial fue también dada a contrata, pero las obras estaban paralizadas ya que los trabajos eran de mala calidad y estaban hechos con pésimos materiales.<sup>232</sup>

La navegación por el río Imperial se ejecutaba de manera irregular mediante vapores subvencionados por el gobierno, debido a una barra en la desembocadura de este curso de agua. Para salvar este problema, se propuso vaciar por medio de un canal el río Toltén en el río Quepe, el cual es uno de los afluentes del río Imperial y realizar la canalización de este último curso de agua en el tramo Nueva Imperial-Carahue.<sup>233</sup>

Al examinarse la memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1890, aparece que el cuartel de Victoria se hallaba en estado ruinoso y que no presentaba ninguna comodidad para la tropa que lo habitaba en la estación lluviosa; por ello el Cuerpo de Zapadores, que entonces trabajaba en la vía férrea, debía trasladarse a Collipulli o a esta ciudad, perdiendo horas de trabajo.

*“El batallón de línea de Zapadores, por disposicion suprema, está a las órdenes del señor Ministro de Industria i Obras Públicas, ocupado en los trabajos del ferrocarril a Victoria, de lo que tuve el honor de dar cuenta a US., en la Memoria de 15 de marzo del año próximo pasado”.*<sup>234</sup>

---

230 VERGARA, Amadeo y LEÓN, Juan de Dios. Memoria de la Comandancia General de Ingenieros, Santiago, 15 de abril de 1890, p. 307; en “Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1890.

231 *Ibidem*.

232 *Ibidem*, pp. 307 y 308.

233 *Ibidem*, p. 308.

234 WERYSEN, C. Memoria de la Comandancia General de Armas de Malleco, Angol, 21 de abril de 1890, p. 434; en “Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890”, Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1890.

Al revisarse la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1890, se señala que con las fuerzas que guarnecían esta provincia era difícil cumplir con el servicio de custodia de ella, ya que con la fuerza que guarnecía Temuco no sólo había que cubrir la guardia de prevención del cuartel, sino también la de la cárcel, la custodia de los presos y atender los diversos servicios de la localidad.<sup>255</sup>

La tropa del Ejército continuaba disciplinada, moralizada y laboriosa, manteniendo la tranquilidad de los pueblos que guarnecía. Como ella debía dispersarse en tantos destacamentos, la instrucción militar y el mecanismo interior se resentían.<sup>256</sup>

A cargo de esta comandancia estaba la emisión de pasaportes a los indígenas que comerciaban con Argentina, habiendo días en que se expedían más de cien pasaportes. Los indígenas de la zona habían dado cuenta de que los oficiales argentinos que guarnecían los boquetes de la cordillera les impedían traficar libremente con arreos de animales sin que llevaran estos documentos; por ello se les entregaban pasaportes para que pudieran seguir comerciando.<sup>257</sup>

#### *H. Período 1891-1904.*

Al revisarse la memoria del Jefe de Estado Mayor General, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1892, se ve que para este año los cuerpos de tropas con guarnición en La Araucanía eran: el Batallón de Infantería N° 4 (en Angol); el Batallón de Infantería N° 5 (en Temuco); el Escuadrón de Caballería N° 2 (en Angol); y el Escuadrón de Caballería N° 3 (en Temuco). Estas fuerzas concurrían al orden y a la seguridad de las poblaciones, al igual que en el resto del país.<sup>258</sup>

También se da cuenta de que la supresión de las policías rurales había dado malos resultados respecto a la instrucción de las tropas, especialmente en el Arma de Caballería. El hecho de realizar este servicio de policía obligaba a subdividir los cuerpos, lo que redundaba en la desmoralización de ellos. Para salvar esta situación, se veía necesario organizar policías rurales en Malleco, Cautín y en otra provincia del país. Si esta medida no se tomaba, el bandidaje aumentaría; pero, una vez organizadas estas policías, el Ejército las apoyaría y el peligro desaparecería.<sup>259</sup>

En cuanto a los cuarteles, en el caso de Traiguén, que era una plaza que debía ser un centro de fuerzas de Caballería al ser un punto estratégico para dominar el vandalaje, no se contaba con cuartel, ya que

---

255 MOLINA, Luis A. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, Temuco, 1º de abril de 1890, p. 436; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1890", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1890.

256 *Ibidem*.

257 *Ibidem*, p. 437.

258 KÖRNER, Emilio. Memoria del Estado Mayor General, Santiago, 19 de abril de 1892, pp. 14 y 15; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional de 1892", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1892.

259 *Ibidem*, p. 16.

el que había sido construido en 1880 era ocupado casi totalmente por la Dirección de Colonización, cuyo campo de acción se hallaba bastante más al sur. Por esto, este edificio podía convertirse en un buen cuartel de Caballería.<sup>240</sup>

Al examinarse la memoria del Ministro de Guerra contenida en la memoria del respectivo Ministerio del año 1893, aparece que los cuerpos del Ejército que tuvieron guarnición en La Araucanía en aquel año eran: el Escuadrón de Caballería N° 2 (en Angol); el Escuadrón de Caballería N° 3 (en Temuco); y el Batallón de Infantería N° 4 (en Temuco).<sup>241</sup>

Esta autoridad dejó constancia de que la precaria organización de las policías en provincias como Malleco y Cautín y la necesidad de extirpar el vandalaje posterior a los sucesos de la Guerra Civil de 1891, obligaron a su cartera a mantener a varios destacamentos distribuidos en lugares no siempre favorables a la disciplina e instrucción de oficiales y soldados.<sup>242</sup>

Al revisarse la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, contenida también en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1893, se menciona el estado del cuartel ubicado en Nueva Imperial, ya que una gran parte de él correspondía a la cárcel pública, mientras que la otra parte del recinto era ocupada por la guarnición del lugar. Se habla también de una guardia especial para esta cárcel, la que se hallaba reunida con la tropa de Línea, debido a la forma en que se disponían los espacios en dicho edificio.<sup>243</sup>

En la memoria de la Comandancia de Armas de Cautín contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1895, se ve que desde noviembre de 1891, el servicio de guarnición en esta provincia lo efectuaba el Regimiento N° 3 de Caballería, el que mantenía un escuadrón en Nueva Imperial, el cual, a su vez, había destacado una cuarta en Carahue. El 30 de diciembre se envió a Pitrufquén otra cuarta de este regimiento, la que quedó a las órdenes del Comandante General de Valdivia, con el fin de resguardar el orden; esta misma cuarta se había trasladado el 8 de enero a Villarrica con el mismo objeto y allí permaneció hasta el 8 de febrero.<sup>244</sup>

Este regimiento de Caballería había actuado en diversas comisiones persiguiendo bandidos y acompañando a la policía rural, lo que era entonces insuficiente. Otro tanto había ocurrido en los departamentos

---

240 *Ibidem*, p. 20.

241 ERRÁZURIZ, Isidoro. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 31 de mayo de 1893, p. XIII; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1893", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1893.

242 *Ibidem*, p. XVI.

243 DEL CAMPO, Valentín. Memoria de la Comandancia de Armas de Cautín, Temuco, 29 de febrero de 1893, p. 293; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1893", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1893.

244 Tondreau, N. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, Temuco, 19 de abril de 1895, pp. 303 y 304; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1895", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1895.

de Nueva Imperial y Carahue, ya que los bandoleros estaban muy esparcidos en estos puntos. También se había ocupado la tropa por un corto tiempo en cubrir la guardia de la cárcel, debido al temor de una revuelta de parte de los detenidos. El Comandante General de Armas hacía ver como esto afectaba a la disciplina de los cuerpos del Ejército, por el hecho de tener que estar divididos y utilizados en servicios ajenos a su instituto. Pero igual no faltaban las ocasiones en que era necesario cumplir con estas tareas, debido a la deficiencia de la guardia municipal y con el fin de proteger la vida y los intereses de los habitantes de esta provincia. En el caso del cuartel de Nueva Imperial, en él se hallaba instalada la cárcel pública y, como ello era una irregularidad, acarrea graves inconvenientes. Y en el caso del cuartel de Carahue, éste también servía de lugar de detención de reos con problemas con la policía, lo que también era inconveniente.<sup>245</sup>

Al revisarse la memoria del Ministerio de Guerra del período 1895-1896, se observa que el territorio nacional había quedado dividido en cuatro zonas militares y que La Araucanía quedó encuadrada dentro de la Tercera Zona Militar. Al examinarse la memoria de esta Zona Militar, inserta en la citada Memoria del Ministerio de Guerra, se da cuenta de que en La Araucanía tenían guarnición los siguientes cuerpos: el N° 1 de Caballería (en Angol); el N° 3 de Caballería (en Temuco, más un escuadrón en Nueva Imperial y un teniente con seis individuos de tropa de este escuadrón en la plaza de Carahue); y el de los ingenieros militares (dos compañías en Curacautín).<sup>246</sup>

En aquella fecha se encontraban tanto la Plana Mayor como las 1º, 2º y 4º compañías del Batallón de Ingenieros Militares construyendo el camino que debía unir Victoria con Curacautín. En mayo del año anterior el gobierno había dispuesto que la Plana Mayor y la 3º y 4º compañías de este batallón se reunieran en Talcahuano, para que estas tropas trabajaran en obras en dicha zona, y que la 1º y 2º compañías marcharan a Curacautín con el fin de reparar el cuartel de aquella población, y para construir la línea telegráfica de Victoria a Curacautín; éstas últimas órdenes terminaron con los trabajos que ejecutaba entonces la tropa de los ingenieros en el camino de Victoria a Curacautín. No se sabía en qué estado se encontraban dichos trabajos, pues esta tropa dejó expedito tal camino hasta el punto de Quino y luego lo entregó a contrata. Por otro lado, el 20 de febrero de 1896 se habían terminado los trabajos del tendido de la línea telegráfica entre Curacautín y Victoria por parte de la 1º y 2º compañías del Batallón de Ingenieros Militares, pero ocurrió que el material entregado por la Dirección General de Telégrafos era de mala calidad y ya existían numerosos aisladores inutilizados.<sup>247</sup>

Al revisarse la memoria de la Sección Técnica, inserta en la misma Memoria del Ministerio de Guerra de 1895-1896, se da cuenta de que se había entregado a la dirección respectiva la línea telegráfica de Victoria a Curacautín, pero que la falta de celadores al momento de ser construida ésta hizo que no se

---

245 *Ibidem*, pp. 304, 306 y 307.

246 LOPETEGUI, F. Memoria de la Tercera Zona Militar, Concepción, 19 de marzo de 1896, p. 60; en "Memoria del Ministro de Guerra Correspondiente a 1895-1896", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1897.

247 *Ibidem*, p. 63.

podiera vigilar constantemente su trayecto, por lo cual ocurrieron caídas de postes y de la línea misma, especialmente en los bosques por los cuales pasaba; las reparaciones ya habían sido ordenadas.<sup>248</sup>

En la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, inserta en la misma Memoria del Ministerio de Guerra de 1895-1896, se observa que el servicio de guarnición en esta provincia fue efectuado por el Regimiento N° 3 de Caballería, el que mantenía dos escuadrones en el departamento de Temuco y uno en Nueva Imperial, el que fue relevado periódicamente (este último había destacado fuerzas en Carahue, Cholchol y Bajo Imperial). El 18 de marzo de 1896 se había enviado un piquete de este regimiento a recorrer la subdelegación de Lautaro, con el fin de resguardar tanto a personas como intereses.<sup>249</sup>

Al revisarse la memoria de la Comandancia de Armas de Imperial, inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1899, se da cuenta de que la guarnición de esta plaza estuvo entonces servida por un destacamento del Regimiento de Carabineros de Caballería. Una parte del edificio del cuartel de Nueva Imperial era ocupado por la cárcel pública y se consideraba importante que la tropa del destacamento estuviera en relación con el cuerpo de guardia de la cárcel.<sup>250</sup>

En la memoria del Ministro de Guerra inserta en la memoria del respectivo ministerio del año 1900, esta autoridad menciona una medida destinada a impulsar el adelanto del país, consistente en encomendar al general Emilio Körner la confección de un proyecto destinado a colonizar los terrenos fiscales aledaños al lago Villarrica.<sup>251</sup>

En la memoria del Estado Mayor General contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1901, aparece que los cuerpos que tenían guarnición en La Araucanía durante aquel año fueron los siguientes: la Compañía de Ingenieros "Arauco" (en Angol); el Regimiento de Caballería "Granaderos" (en Angol); el Regimiento de Caballería "Guías" (en Angol); el Regimiento de Caballería "Carabineros" (en Temuco); y el Regimiento de Artillería "Miraflores" (en Traiguén).<sup>252</sup>

En el caso específico de la Compañía "Arauco", ésta había construido un puente sobre el río Huequén, en Angol, en el camino público que iba hacia la frontera. Se trataba de un viaducto permanente,

---

248 URRUTIA, Fidel. Memoria de la Sección Técnica, Santiago, 15 de abril de 1896, p. 155; en "Memoria del Ministro de Guerra Correspondiente a 1895-1896", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1897.

249 SOLAR, Marcial Luis. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, Temuco, 18 de abril de 1896, p. 291; en "Memoria del Ministro de Guerra Correspondiente a 1895-1896", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1897.

250 GANDARILLAS, E. Memoria de la Comandancia de Armas de Imperial, Nueva Imperial, 27 de abril de 1899, pp. 297 y 299; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1899", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1899.

251 MATTE PÉREZ, Ricardo. Memoria del Ministro de Guerra, Santiago, 1º de junio de 1900, p. IX; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1900", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1900.

252 KÖRNER, Emilio. Memoria del Estado Mayor General, Santiago, 1º de mayo de 1901, p. 185; en "Memoria del Ministerio de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1901", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1901.

carretero y construido sobre machones de rieles, y la compañía lo construyó con cuarenta hombres, en un mes y medio.<sup>253</sup>

#### IV. ANTECEDENTES DE LA LABOR DE APOYO A LA EDUCACIÓN DEL CONTINGENTE MILITAR EN LA ARAUCANÍA ENTRE LOS AÑOS 1891 Y 1910.

Una de las labores más notables que realizó el Ejército en La Araucanía fue la instrucción primaria a través de las escuelas establecidas en los cuerpos que allí guarnicionaban, al igual como sucedía en el resto del país. Pero también fueron muchos los obstáculos que se presentaron para lograr dar una educación primaria regular a la tropa acantonada en esta región y para que se lograra la meta de que cada unidad contara con una escuela.

Al revisarse la memoria de la Inspección General de Caballería inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1892, se habla del Escuadrón de Caballería N° 3, el que guarnecía la provincia de Cautín y se encontraba en aquel año distribuido entre las plazas de Lonquimay, Lautaro e Imperial. En cuanto a la escuela de esta unidad, se señala que no se había podido establecer la instrucción primaria para la tropa, debido a la falta de un local y de útiles. El primer problema se podía resolver cuando se arreglara el comedor, ya que sus muebles se podían aprovechar para usarlos como escritorios. Respecto a los útiles, se estimaba fácil enviarlos desde Santiago, siempre que se emitiera la orden de entrega correspondiente.<sup>254</sup>

En la misma memoria anterior se menciona el Escuadrón de Caballería N° 2, el que guarnecía los puestos militares de la provincia de Malleco y tenía un destacamento en el departamento de Cañete; en cuanto a su escuela, no se había podido dictar la instrucción primaria, por no existir en este cuartel un local apropiado para este objeto y porque no se habían entregado los útiles y libros para la enseñanza. Si estos implementos se enviaban, en el momento de arreglarse el comedor del cuartel podía funcionar allí la escuela, mientras se habilitaba o construía un departamento destinado a la instrucción primaria.<sup>255</sup>

En la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1893, el comandante menciona que era necesario prestar atención a las escuelas para la tropa de los cuerpos del Ejército, tanto con respecto a los recintos como a los útiles para la instrucción.<sup>256</sup>

---

253 *Ibidem*, p. 186.

254 NOVOA G., Alberto. Memoria de la Inspección General de Caballería, Santiago, 24 de marzo de 1892, pp. 79 y 83; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1892", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1892.

255 *Ibidem*, pp. 83 y 87.

256 DEL CAMPO, Valetín. Memoria de la Comandancia de Armas de Cautín, Temuco, 29 de febrero de 1893, p. 292; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1893", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1893.

En la memoria de la Inspección General de Caballería, inserta en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1893, se habla del Escuadrón de Caballería N<sup>o</sup> 1, el que tenía su guarnición en Angol y, además, varios otros destacamentos, y cuya escuela no funcionaba por no poder contar con los útiles necesarios.<sup>257</sup>

En la memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1894, se habla del Batallón N<sup>o</sup> 6 de Infantería y del Regimiento N<sup>o</sup> 3 de Caballería, los que guarnecían esta provincia y ocupaban un mismo cuartel en Temuco. Se dice que no se contaba con un local para la escuela de la tropa, por lo cual este ramo no había funcionado hasta la fecha, pese a que se disponía de los útiles necesarios; pero en ese momento se terminaba un edificio en el departamento de la Caballería, el que sería destinado a este objeto.<sup>258</sup>

Al revisarse la memoria de la Inspección General de las Escuelas del Ejército, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del año 1895, el respectivo inspector dice que catorce escuelas primarias habían funcionado regularmente aquél año, excepto en el Batallón de Ingenieros Militares, debido a la falta de un local y a las tareas a que se destinó a esta unidad militar.<sup>259</sup>

Se indica que hubieron dificultades que no permitieron regularizar y uniformar la marcha de estos establecimientos: algunos cuarteles no tenían locales adecuados, faltaban útiles de enseñanza y había carencia total de personal docente bien preparado. Con ello no se veían los frutos que se perseguían con la creación de una escuela en cada cuartel. Pero también mucho se había hecho para instruir al soldado, debido al esfuerzo de los comandantes y jefes de los cuerpos para dar las primeras nociones a quienes nada sabían y para conseguir, al menos, que todos ellos supieran leer y escribir.<sup>260</sup>

Se había dotado con cincuenta escritorios, dos mesas y dos pizarras a las escuelas del Regimiento N<sup>o</sup> 1 de Caballería (con guarnición en Angol) y al Regimiento N<sup>o</sup> 3 de Caballería (con guarnición en Temuco).<sup>261</sup>

Al revisarse la memoria de la Inspección General de las Escuelas del Ejército, contenida en la Memoria del Ministerio de Guerra del período 1895-1896, se da cuenta de que todas las escuelas de los cuerpos

---

257 NOVOA G., Alberto. Memoria del Jefe de la Inspección General de Caballería, Santiago, 28 de febrero de 1893; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1893", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1893.

258 DEL CAMPO, Valentín. Memoria de la Comandancia General de Armas de Cautín, Temuco, 19 de abril de 1894, pp. 218 y 219; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1894", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1894.

259 QUEVEDO N., Francisco J. Memoria de la Inspección General de las Escuelas del Ejército, Santiago, 29 de marzo de 1895, p. 137; en "Memoria del Ministro de Guerra presentada al Congreso Nacional en 1895", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1895.

260 *Ibidem*, pp. 137 y 138.

261 *Ibidem*, p. 138.

contaban con los textos y útiles de enseñanza necesarios y la mayor parte de ellas estaban dotadas con el correspondiente mobiliario. Pero faltaban locales adecuados para el funcionamiento de estos establecimientos y profesores preparados para enseñar. En general, en cada unidad estaban habilitadas piezas estrechas o las mismas cuadras de la tropa como locales para estas escuelas.<sup>262</sup>

Hasta marzo de 1896 no se había logrado que se cumpliera la disposición del reglamento de las escuelas que encargaba su dirección a los contadores segundos de los cuerpos. La elección de los profesores había quedado a la voluntad del jefe de cada cuerpo; mientras en algunos de ellos la respectiva escuela era dirigida por un oficial, en otros eran los oficiales de una compañía, escuadrón o batería, quienes enseñaban en cada una de las unidades; también en otros cuerpos sólo se había dispuesto de un sargento para llevar a cabo la enseñanza y para encargarse de la dirección de la respectiva escuela.<sup>263</sup>

En enero de 1895 se habían repartido a todas las escuelas los libros y útiles pedidos por los respectivos comandantes, en proporción a las existencias y necesidades de cada una de ellas. También el gobierno había dictado un reglamento para estas escuelas, con el fin de uniformar la enseñanza y de precisar las atribuciones y los deberes de su personal. Este reglamento dispuso que la dirección y la enseñanza estuvieran a cargo del segundo o del tercer contador de cada cuerpo y, si el servicio lo permitía, que fuera un normalista quien desempeñara este cargo. Se advertía que nada se obtenía si no se cumplía la recomendación de que el oficial, clase o contador a cargo de la escuela, debían tener la preparación adecuada en cuanto a la enseñanza.<sup>264</sup>

El inspector proponía una idea para la buena administración de estas escuelas y consistía en que se nombrara un normalista o preceptor práctico para la enseñanza y asimilado a subteniente o alférez, con la obligación de dirigir la escuela, de llevar la correspondencia del cuerpo y preocuparse de la biblioteca. Se estimaba que estas tres labores podían ser bien desempeñadas por el mismo empleado. Esta idea ya había tenido la aprobación del ministro de Guerra y de muchos Jefes.<sup>265</sup>

Finalmente, se menciona que de los veintidós cuerpos que entonces componían el Ejército, en dieciocho de ellos habían funcionado las escuelas con las irregularidades ya mencionadas (entre tales unidades estuvieron aquellas que tenían guarnición en La Araucanía). El objetivo a alcanzar era que todo soldado contara con los primeros conocimientos del saber, al momento de haber cumplido un año dentro del Ejército.<sup>266</sup>

---

262 QUEVEDO V., Francisco J. Memoria de la Inspección General de las Escuelas del Ejército, Santiago, 26 de marzo de 1896, pp. 145 y 146; en "Memoria del Ministro de Guerra correspondiente a 1895-1896", Santiago de Chile, Imprenta Nacional, 1897.

263 *Ibidem*, p. 146.

264 *Ibidem*, pp. 138, 139 y 140.

265 *Ibidem*, pp. 146 y 147.

266 *Ibidem*, pp. 147 y 148.

Con la promulgación de la Ley de Reclutas y Reemplazos del año 1900, el Ejército, por expresa disposición del general de división Emilio Körner Henze, dio una especial prioridad al reclutamiento de los indígenas de esta zona, con el fin de que ingresaran al Servicio Militar y para poder enseñarles, además de las materias militares propias de este tipo de instrucción, a leer y escribir, como una forma de incorporar a la nación chilena. Esto fue posible al adosarse una escuela básica a cada regimiento del Ejército con guarnición en las zonas de Arauco, Malleco y Cautín, que contaba con la dotación necesaria de profesores y elementos docentes, y que tenía la finalidad de desarrollar esta tarea de bien público, la que fue supervisada por el Ministerio de Educación, a través de la Dirección de Educación Primaria.<sup>267</sup>

Las Unidades que cumplieron con esta labor hasta el año 1903, fueron las siguientes:

- Regimiento de Caballería N° 4 Carabineros de Yungay (en Angol)
- Batallón de Infantería N° 5 Carampangue (en Victoria)
- Regimiento de Artillería N° 5 Miraflores (en Angol)
- Regimiento de Caballería N° 1 Granaderos del General Bulnes (en Temuco)

A partir del 8 de octubre de 1903, se agregaron las siguientes unidades:

- Batallón de Infantería N° 5 Carampangue (en Victoria)
- Batallón de Infantería N° 10 Lautaro (en Los Ángeles)
- Batallón de Infantería N° 11 Tucapel (en Temuco)
- Regimiento de Caballería N° 1 Granaderos (en Angol)
- Regimiento de Artillería N° 4 Miraflores (en Traiguén)

Sobre el particular, es importante destacar lo expresado en la Memoria de Guerra del año 1903,<sup>268</sup> en el sentido de que este sistema permitió alfabetizar como término medio y año a año, a unos ochocientos individuos del pueblo mapuche. La fuerza del Ejército de Línea, era de alrededor 6.500 soldados cada año y, de éstos, un quince por ciento eran analfabetos, quienes, en su mayoría, correspondieron a indígenas.

---

267 Estado Mayor General del Ejército. *Historia del Ejército de Chile*. Tomo VII. Santiago de Chile, Talleres Vicuña, noviembre de 1982, pp. 199 y 200.

268 "Pero en aquellos cuerpos que es dado prestar mas atención a la instrucción del soldado, los resultados que se obtienen son verdaderamente complacientes. Así, por ejemplo, el coronel del rejimiento de Cazadores a caballo, a este respecto, dice: 'La escuela de esta enseñanza (instrucción primaria) tiene lugar dos horas todos los días, asistiendo a ella toda la tropa que no está de servicio. Se cursan los ramos de gramática castellana, aritmética, jeografía, caligrafía, lectura i moral militar, bajo la dirección del intelijente profesor señor Toribio Santander, i los resultados que se alcanzan son altamente provechosos, al estremo de conseguirse que individuos que no conocian las primeras letras en dos meses de estudio escriban con alguna regularidad.' " (en Memoria de Guerra presentada al Congreso Nacional por el Ministro de Guerra y Marina, Sr. Arturo Baeza, en 1903).

## V. REFLEXIONES FINALES

Existieron dos polos de desarrollo en La Araucanía: uno fue Angol (que era la capital militar de esta región, por ser la sede de la Comandancia en Jefe del Ejército del Sur) y el otro correspondió al área de Temuco y Nueva Imperial. Ambas zonas dieron origen y sirvieron a todo el proceso de desarrollo que se fue implementando en este territorio. Ello se llevó a cabo en una tierra habitada por un pueblo aguerrido y fue realizado por Chile, que entonces ya era una nación consolidada. Este proceso fue llamada por la historiografía como “Pacificación de La Araucanía” o “Incorporación de La Araucanía”, aunque para otros autores fue más bien la “Invasión de La Araucanía”. Lo cierto es que dejando de lado estas denominaciones, La Araucanía fue articulada en el ideario nacional. Mucha gente entregó su vida en esta empresa y durante su ejecución sobresalieron las figuras de algunos caciques como Melín de Ñielol, Licanqueo de Tromen y la familia Collio Cotar, proveniente de la zona del Llaima. Algunos caciques y jefes mapuche se unieron a los colonizadores chilenos y, en conjunto, constituyeron el primer grupo de habitantes de las nuevas poblaciones; ello, a su vez, trajo consigo un creciente mestizaje.

En 1885 llegó la primera ola de colonizadores europeos, más específicamente de alemanes, franceses e italianos y poblaciones como Capitán Pastene, Teodoro Schmidt y Lastarria fueron producto del trabajo realizado por ellos. En 1887, durante el gobierno del Presidente José Manuel Balmaceda, el Congreso Nacional aprobó la creación de la provincia de Malleco, con capital en Angol y de la provincia de Cautín, teniendo a Temuco como capital. En 1889 ya habían surgido los primeros liceos y escuelas; en el mismo año apareció el primer banco y, en 1893, el ferrocarril, quedando dicha ciudad unida al resto del país.

La Iglesia Católica estuvo presente desde los inicios de este proceso. Se construyó un primer templo que fue dedicado a San José y que fue atendido desde la parroquia matriz de Angol. Ante el rápido crecimiento de la población, fue necesario erigirlo como parroquia, en el año 1892.<sup>269</sup>

Es de entera justicia valorizar el enorme aporte que realizó el Ejército para con esta región, el que obedeció a un buen plan de acción que pudo materializar durante su gestión administrativa, la que duró hasta el año 1910, construyendo caminos, puentes y los trazados del ferrocarril e integrando y educando a los indígenas, labores mediante las que se les incorporó a la nación chilena.

En resumen, se puede afirmar que, como resultado de todo este proceso, La Araucanía pasó a ser propiedad del Estado chileno y a los mapuche se les obligó a transformarse en pequeños agricultores, a quienes se entregó reducidas mercedes de tierra, siendo esto realizado bajo la tutela del Ejército y se denominó “la reducción”.

---

269 El 18 de octubre de 1925, al separarse la Iglesia Católica del Estado de Chile, se creó la Diócesis de San José de Temuco, siendo Monseñor Prudencio Contardo su primer Obispo.

El tema de la repartición de la tierra de los mapuche fue debatido dentro de la sociedad chilena. Unos postularon radicar a los indígenas en grandes conglomerados de tierras y personas bajo la jurisdicción de un cacicazgo particular; otros pretendieron radicar a cada familia por separado y, por último, algunos propusieron radicar a los caciques locales junto a sus mocetones y familias, que fue lo que finalmente se aplicó. El Ejército había propuesto la primera de estas tres alternativas, pero ella no tuvo aceptación. Se estima que si se la hubiese aplicado, la historia del pueblo mapuche habría sido muy diferente, pues este grupo humano habría continuado manteniendo sus propias características a lo largo del tiempo. Pero los hechos determinaron que surgiera la comunidad reduccional.<sup>270</sup>

La radicación transformó socialmente a los mapuche. Se recortó su espacio de producción y de poblamiento, debieron cambiar sus costumbres, sus hábitos productivos y sus sistemas alimentarios. En fin, todo su mundo cultural se transformó en una sociedad agrícola de pequeños campesinos pobres, en la cual los cultivos de subsistencia y la ganadería en pequeña escala han sido hasta el día de hoy la base de su mantención. En el fondo, se trató de una forma de inducción forzosa, con la finalidad de convertirlos en campesinos.<sup>271</sup>

Las tierras ocupadas militarmente fueron rematadas y entregadas a colonos nacionales y extranjeros para su aprovechamiento productivo. La preocupación central del gobierno y de la sociedad chilena estuvo centrada en esta colonización, en la que se cifraron grandes esperanzas de progreso. De esta manera comenzó el poblamiento de la Frontera y fueron miles las personas que emigraron desde el centro del país hacia esta zona en busca de mejores horizontes. Con esta población chilena fueron llegando también los colonos extranjeros que debían traer prosperidad y una nueva cultura.<sup>272</sup>

Una vez rematadas las tierras e instalados los colonos, se formaron los fundos y las haciendas, se desarrollaron las ciudades y se organizó una sociedad chilena en la región. Los mapuches pasaron a ser en la práctica una minoría, aunque pudieran ser numéricamente superiores. Se construyó un mundo cultural en continuidad con el resto de Chile, que cercó y presionó a los indígenas, encerrados ahora en sus reservas. La sociedad mapuche se adaptó a los nuevos tiempos como un mundo minoritario, marginado y concentrado en sus reducciones. De este aislamiento surgió su forma de resistencia, la fuerza interna que le permitió sobrevivir y que ha dado origen al indigenismo actual.<sup>273</sup>

Llama la atención el contraste existente entre el orgullo que la nación chilena experimenta por ser descendiente del pueblo mapuche, por sus héroes y sus hazañas, y el abandono secular que el país ha hecho de este grupo humano, el que ha reclamado sus derechos hereditarios y ha luchado por tener su pro-

---

270 BENGUA, *op. cit.*, p. 330.

271 *Ibidem.*

272 *Ibidem.*

273 *Ibidem.*

pio espacio territorial. Sin responsabilizar a ningún estamento de la autoridad ni a otros organismos, se aprecia que a lo largo de la historia no ha existido una política de Estado definida y permanente para con este pueblo originario, el que ha resistido, a su manera, la imposición de una cultura y de unas costumbres ajenas a su forma de vivir, con los resultados que actualmente todo el país conoce.

*FUENTES*

A. *Archivo Histórico del Ejército*

Volumen C533

Volumen C565

Volumen C571

Volumen C574

Volumen C588

Volumen C593

Volumen C600

Volumen C612

Volumen C622

Volumen C649

Volumen I176

B. *Recopilaciones de Leyes y Decretos del Ejército*

Desde el año 1884 hasta el año 1900.

C. *Memorias (Respectivos Ministerios-Biblioteca Nacional)*

Del Ministro del Interior: 1884 a 1900

Del Ministro de RR.EE.: 1884 a 1900

Del Ministro de Guerra: 1884 a 1904

Del Ministro de OO. PP.: 1903

D. *Periodicos (Biblioteca Nacional)*

“El Araucano” (1878-1940), semanal.

“El Austral”, Temuco (1902), diario.

“El Biobío”, Los Ángeles (1891), diario.

“El Civilista”, Los Ángeles (1906), diario.

“El Colono”, Angol (1885), diario.

“La Discusión de Chillán”, Chillán (1887), diario.

- “El Ferrocarril de Santiago”, Santiago (1884-1891), diario.  
“El Malleco”, Angol (1888), semanal.  
“El Republicano”, Concepción (1884), semanal.  
“El Sur de Chile”, Los Ángeles (1887), bisemanal.  
“La Tarántula”, Concepción (1887), bisemanal (cambió nombre a “La Revista del Sur”).

#### BIBLIOGRAFÍA

- ALBERGA, Fray Jerónimo de, “Estado intelectual, social y económico del araucano”, en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, Tomo X, mayo de 1913.
- ARANCIBIA CLAVEL, Roberto. ***La Influencia del Ejército chileno en América Latina. 1900-1950***. Primera edición, Santiago de Chile, Centro de Estudios e Investigaciones Militares (CESIM), septiembre de 2002.
- ARELLANO, Oscar. ***Reseña Histórica de Cautín en el cincuentenario de Temuco***. Temuco, Imprenta Gutiérrez, 1931.
- AUSTIN, Tomás. “Conceptos fundamentales para el estudio de la interculturalidad”, en Universidad de Temuco, Dirección de Investigación, Serie *Cuadernos de Discusión y Estudios*, N° 2, abril de 1999
- BARROS ARANA, Diego. ***Historia General de Chile***. Santiago, Editorial Rafael Jover, 1884.
- BELMAR MOYANO, Luis. “*Incorporación de La Araucanía, al Estado y economía nacionales*” (Memoria de Título). Santiago, Instituto Pedagógico Universidad Técnica del Estado, 1859.
- BENGOA, José. ***Historia del pueblo mapuche. Siglos XIX-XX***. Sexta Edición, Santiago de Chile, LOM Ediciones, noviembre de 2000.
- BONILLA BRADANOVIC, Tomás. ***La Gran Guerra Mapuche, análisis crítico-histórico. 1541-1883***. Tomos I y II. Santiago de Chile, Talleres Gráficos Instituto Geográfico Militar, 1988.
- BUNSTER, J. *El Colono* (Folleto conmemorativo). Angol, Imprenta El Colono, 10 de abril de 1902. – Nota en ***Diccionario Histórico Biográfico y Bibliográfico de Chiloé***, 1928, pp. 284 y siguientes.
- CANTONI, W.. Legislación indígena e integración del mapuche. Programa de Sociología del Cambio Económico, Universidad de Wisconsin (con la colaboración del Centro de Estudios sobre Tendencia de la Tierra, Santiago, 1969).

Comando de Ingenieros del Ejército. **Historia del Cuerpo Militar del Trabajo**. Instituto Geográfico Militar, 1996.

Congreso Nacional. Comisión parlamentaria de colonización. Santiago, Imprenta Universo, 1912 (actas del Congreso Nacional recopiladas en un solo volumen en el año 1912; contiene cartas y memorias de los Protectores de Indígenas de las provincias del sur, de la población indígena según el censo de 1907, etc.).

COÑA, Pascual. *Memoria de un cacique mapuche*, ICIRA, 1973 (copia facsimilar de la primera edición, aparecida como: Ernesto de Moesbach, **Vida y costumbres de los indígenas araucanos en la segunda mitad del siglo XIX**. Santiago, Imprenta Cervantes, 1959).

DE ERCILLA Y ZÚÑIGA, Alonso. **La Araucana**. Editorial Andrés Bello, 1983

DURAND, Luis. **Frontera**, Editorial Quimantú, 1973, p. 375.

EDWARDS, Alberto. **La Fronda Aristocrática**. Sexta edición, Santiago de Chile, Editorial del Pacífico, S. A., 1966.

ERRÁZURIZ, Isidoro. Tres Razas (artículos escritos para “*La Patria*” de Valparaíso, 1887), Imprenta de la Patria, 1892, p. 183.

Estado Mayor General del Ejército. **Historia del Ejército de Chile**. Tomo VII. Santiago de Chile, Talleres Vicuña, noviembre de 1982.

FERRANDO KEUN, Ricardo. *Seminario de Investigación sobre el desarrollo de la Provincia de Cautín* (varios participantes) - Edición del Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de Chile, 1956, p. 298.

\_\_\_\_\_. **Y así nació la Frontera**. Santiago de Chile, Editorial Antártica S. A., 1986.

GUARDA G., O.S.B., Gabriel. “Los caciques Gobernadores de Toltén”, en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago, número 78, año XXXV, 1968.

GUEVARA, Tomas. Historia de la Civilización de Araucanía. Tomo I. Temuco, Museo Regional de La Araucanía, 1889 - Obra premiada por la Facultad de Humanidades de la Universidad de Chile, 29 de mayo de 1898 y publicada en “**Anales de la Universidad de Chile**”, Tomos CI (1898), CII (1899), CIV (1900), CVIII (1901), CIX (1901), 1902 (primer y segundo semestre), CXII (1903), CXIII (1903); esta obra fue posteriormente publicada en tres volúmenes en Santiago, por la Imprenta y Litografía Barcelona, en el año 1902.

Instituto Nacional de Estadística (INE), *Censo de 1992*.

LABBÉ ZUBICUETA, V. "División de la comunidad indígena", en *Investigación sobre el desarrollo de la provincia de Cautín*, Universidad de Chile, 1956.

LABBÉ, M. *Memoria del Protector de Indígenas de Arauco*. Santiago, Imprenta Universo, 1911.

LARA, Horacio. *Crónica de la civilización de La Araucanía*. Tomos I y II. Santiago, Imprenta El Progreso, 1888-1889.

LARA CARMONA, Jorge. *Trizano: el Buffalo Bill chileno*. Santiago de Chile, Talleres Gráficos La Nación, 1936.

MANQUILEF, H. "Comentarios del pueblo araucano", *Anales de la Universidad de Chile*, Tomos I y II, 1914.

MATUS ZAPATA, L. "Vida y costumbres de los indios araucanos" (misión encomendada por el Gobierno de Chile en 1912, para inspeccionar La Araucanía), en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Tomo IV, 1912.

MC. BRIDE, J. *Chile, su tierra y su gente*. Santiago, ICIRA, 1970 (primera edición de 1936: *Chile Land and Society*. New York, American Geographical Society; véase especialmente el Capítulo XII, "Subdivisión de las comunidades indígenas").

MANSOULET, J. Julio. *Guía-Crónica de la Frontera Araucana de Chile años 1892-93*. Santiago, Imprenta y Encuadernación Barcelona, 1893, (fotocopiado), 136 pp.

NAVARRO, Leandro, Teniente Coronel (R). *Crónica Militar de la Conquista y Pacificación de La Araucanía desde 1859 hasta su completa incorporación al territorio nacional*. Tomos I y II. Santiago, Imprenta y Encuadernación Lourdes, 1909 (623 pp.).

PINO ZAPATA, Eduardo. *Pacificación y colonización en la Frontera* (Itinerario Histórico).

RAVEST MORA, Manuel. *Ocupación Militar de La Araucanía (1861-1883)*. Santiago, Editorial Licanray, 1997.

RUH, Max. *Apuntes Históricos sobre la Colonia Suiza en Chile*. Santiago, Talleres Gráficos Claus von Plate, 1975 (143 pp.).

SAAVEDRA F., Marcelo. "Etnoindigenismo, Ideología y Política etnicista en la X Región" (trabajo de investigación histórica presentado a la Academia de Historia Militar en el año 2004 y al taller "Identidad y Defensa Nacional").

SILVA GALDAMES, Osvaldo. *Atlas de Historia de Chile*. Santiago, Editorial Universitaria, 1990.

TORREALBA, A. *Tierras del Estado y radicación de indígenas*. Santiago, Imprenta Barcelona, 1907 (especialmente capítulos 6º al 9º, "Los naturales han perdido sus terrenos" y "Número de indios en Valdivia y Llanquihue"; segunda edición con el título "Tierras fiscales y de indígenas", Santiago, Imprenta Universitaria, 1917).

VADERRAMA, J. A. *Diccionario Histórico Geográfico de La Araucanía*. Segunda Edición, Santiago, Imprenta Laqueras, 1928.

VIAL, Gonzalo. *Historia de Chile (1891-1973)*. Santiago, Editorial Santillana, 1981 (Volumen I, Tomos I y II, especialmente pp. 759 y siguientes, hipótesis sobre ocupación de Arauco).

VILLALOBOS, Sergio. "Tipos fronterizos en el ejército de Arauco", en *Revista de la Academia Nacional de Historia*, Caracas, 1979, pp. 519-537. - et al.: *Relaciones fronterizas en La Araucanía*. Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1982.

VIÑAS, D. *Indios, ejército y fronteras*. Segunda Edición, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 1983.

MASONERÍA Y RESCATE DE NAPOLEÓN: LA PRESENCIA MILITAR  
FRANCESA EN AMÉRICA DEL SUR ENTRE 1810 Y 1830 COMO ELEMENTO  
EXTERNO CARACTERIZANDO LA INDEPENDENCIA DE  
CHILE Y ARGENTINA (1815-1830)<sup>1</sup>

Patrick Puigmal<sup>2</sup>

Los historiadores del siglo XIX han, tanto como los del siglo XX, salvo algunas excepciones, dado una visión nacionalista, unidireccional y concentrada en el proyecto de los vencedores, de los acontecimientos que llevaron al nacimiento de dos países nuevos, Argentina y Chile en el tiempo de la independencia a principios del siglo XIX.

A doscientos años de tales hechos, es tiempo, a juicio nuestro, de separar el mito y el símbolo de la realidad, utilizando para tal propósito los frutos de nuestras investigaciones tanto en la Universidad de los Lagos como a través del Fondecyt: planteamos en este artículo que las independencias de Chile y Argentina no fueron fenómenos exclusivamente nacionales ni tampoco originales y que se insertaron en un contexto intelectual, político y geoestratégico internacional que explica su desarrollo y su perduración en el tiempo.

Dentro de este contexto, queremos insistir en dos fenómenos bien particulares y controversiales, los dos constituyendo hipótesis de trabajo debiendo transformarse en temas de debate más que certezas históricas, por lo menos el día de hoy. Es el sentido de este trabajo: promover un intercambio intelectual y científico sobre la creación del Estado moderno y ver como Chile tanto como Argentina fueron influenciados por estos vientos.

El primer fenómeno tiene su base en el rol y la influencia de la masonería en América latina, tanto su versión inglesa, española, francesa, norteamericana como sudamericana a través de la personalidad de los oficiales napoleónicos partícipes de estas luchas. El segundo aspecto se relaciona con la masiva presencia de estos mismos militares en los movimientos de liberación en todo el continente (desde México hasta Chile, sin omitir los centenares radicados durante el mismo período en Estados Unidos) y, a pesar de su incontestable relevancia en cada uno de los ámbitos nacionales (esto ha sido tema de numerosas publicaciones nuestras), estudiaremos solamente su relación con los intentos de liberación de Napoleón de su exilio de Santa Helena en pos de su instalación en este continente.

---

1 Este artículo es parte de la investigación "Influencia militar francesa durante la independencia de Argentina, Chile y Perú (1810-1830)" financiado por Conicyt-Fondecyt de Chile a través del proyecto N° 1050631, 2005-2006. Se presentó parte de este texto en el VII Congreso Argentino-Chileno de estudios Históricos e Integración Cultural, en la Universidad de Salta (Argentina), 25-27 de abril de 2007.

2 Doctor en Historia. Director del Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, Universidad de Los Lagos, Osorno, Chile.

Lejos de nosotros es, en esta primera parte, la idea de rehacer la historia de la masonería en Chile y Argentina, ni de indagar en la pertenencia o no de los líderes de este proceso en tal o cual logia masónica. Existen cientos de textos sobre estos temas y, a pesar de eso, es difícil tener certezas, por ejemplo, sobre la relación exacta de San Martín con este movimiento.<sup>3</sup> Lo que nos interesa es ver como la pertenencia de un número no menor de oficiales franceses en las logias europeas influyó en su actuar en América del Sur y en el modelo de Estado que se impuso en esta parte del continente. Hasta fines del siglo XVIII, el mundo occidental está organizado bajo la forma de monarquías absolutas tratando de fortalecer su poder a través de su dominio colonial; desde el principio del mismo siglo, los masones proponen una visión crítica sobre este modelo y a partir de la guerra de independencia de América del Norte y de la Revolución Francesa, actúan en función de dicha visión. No obstante, cabe señalar que no es intención nuestra demostrar el proyecto político de la masonería; en realidad este movimiento no tenía, a nuestro parecer y según la documentación encontrada hasta ahora, tal proyecto, pero la aplicación de sus principios por sus miembros generó el nacimiento de un modelo político de organización de las nuevas sociedades.

Debemos empezar diciendo que la relación de San Martín con los militares franceses no fue fácil y que, por lo tanto, vale la pena tratar de entender el porqué de tal situación:

- En 1818, él expulsó del Ejército de los Andes, bajo diversos pretextos (riesgos políticos, cobardía, incapacidad, ambición personal,...) a casi todos los oficiales franceses<sup>4</sup> miembros de su Estado Mayor o de altos grados como Brandsen, Brayer y Cramer. Todos no eran masones, pero si los tres ya citados, como también Drouet, Dupuy, Gravert, Klinger y Renard.<sup>5</sup> Estos oficiales jugaban en ese instante un rol no menor, constituyendo el 12% del Estado Mayor de dicho ejército.
- El mismo año sostuvo un intercambio verbal y epistolario extremadamente violento con el general Brayer, jefe de Estado Mayor del Ejército de los Andes y del sur de Chile, provocando su exilio definitivo, primero en Montevideo, después en Francia.<sup>6</sup> Brayer había sido en Francia Maestro de la logia de los Amigos Incorruptibles dependiendo del Gran Oriente de París.

---

3 Ver, por ejemplo, sobre este tema el artículo de MENEGHINI, Mario y FRÍAS, Pedro "San Martín no fue masón", publicado digitalmente el 27 de abril de 2005 en [http://rodolfowalsh.free.fr/article.php3?id\\_article=0595](http://rodolfowalsh.free.fr/article.php3?id_article=0595) por el equipo de investigadores Rodolfo Walsh o varios artículos de Emilio Ocampo de los que daremos los datos más adelante. Estos textos permiten debatir a partir de fuentes documentadas y evitar así las afirmaciones a menudo gratuitas y en general orientadas a la voluntad de realzar o perjudicar tal o cual personaje.

4 Lista de oficiales dados de baja, arrestados o expulsados por San Martín en 1817-8: Adams P., Blaye S., Brandsen F., Brayer L., Brayer M., Cramer A., Deslandes, Dupuy L., Drouet, Gravert, Klinger, Magnan, Mahey, Raverot, Renard.

5 Este último entrando además en la logia "Filantropía Chilena" creada en Santiago por Blanco Encalada en 1827.

6 Para informaciones sobre este episodio poco estudiado y, en general, dando toda la razón a San Martín, ver: OCAMPO E., Brayer, un general napoleónico que desafió a San Martín, *Revista Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 455, junio 2005, pp. 60-78, y PUIGMAL P., *Diálogo de sordos entre José de San Martín y Michel Brayer, cartas, artículos y manifiestos argentinos, chilenos y franceses durante la Independencia de Chile (1817-1819)*, Editorial Universidad de Los Lagos, Programa de Estudios y Documentación en Ciencias Humanas, Osorno, 2003.

- A fines de 1818 y principios de 1819, se descubrió en Buenos Aires un supuesto complot, llamado “complot de los franceses” para asesinar a O’Higgins, San Martín y Puyrerredon de manera de instalar a Carrera y Alvear en el poder. Fueron entonces arrestados 7 oficiales napoleónicos, de los cuales dos fueron fusilados (Robert y Lagresse), tres exiliados (Parchappe, Mercher y Dragumette), uno muerto durante su arresto (Young) y el último, un chileno, Vigil, fue declarado inocente. Jamás totalmente esclarecido, a pesar de los elementos presentados por el Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Rondeau,<sup>7</sup> este evento sirvió concretamente para eliminar o alejar numerosos oficiales cercanos a Carrera y Alvear: además de los ya citados fueron dados de baja el polaco Bulewsky, el alemán Hollelberg, el italiano Rondizzoni y los franceses Perichon de Vandeuil y Klinger. Cabe agregar que numerosos franceses, civiles o militares, fueron además interrogados tanto en Argentina como en Río de Janeiro. Todo lo francés era entonces sospechoso.

Estos elementos nos obligan, para contextualizar los hechos y, por consecuencia, entenderlos, a abordar el tema de la pertenencia de San Martín y de Carrera a movimientos masónicos distintos, el primero ligado a los ingleses, el segundo a los norteamericanos, franceses y españoles. San Martín mantuvo entre su vuelta a América en 1812 (en un barco, financiado por Napoleón y la masonería francesa e inglesa, transportando además varios “hermanos” importantes como Alvear, Zapiola y Hollelberg)<sup>8</sup> y su exilio a Francia en 1824, una relación privilegiada con Inglaterra y los masones ingleses, lo que indudablemente influyó en la concepción de su proyecto político de crear una monarquía constitucional en América del Sur. Esta influencia fue tal que en varios momentos cruciales, San Martín privilegió el diálogo con sus contactos ingleses por sobre la realidad estratégica como, primero, cuando después de Chacabuco en 1817, decidió viajar a Buenos Aires para conversar con Bowles<sup>9</sup> en vez de perseguir las tropas realistas y, segundo, cuando hizo lo mismo antes de emprender la Expedición Libertadora del Perú en 1820. Este modelo político, de influencia inglesa, se enfrentó sistemáticamente al modelo republicano propuesto por Alvear, Larrea, Iriarte, a través de la logia de los Caballeros Orientales en relación con Carrera exiliado en Montevideo y apoyado por los numerosos oficiales franceses. Como, ya lo hemos visto, el acercamiento entre los franceses y Carrera, como también con Alvear, causó por lo menos su rechazo por parte de

---

7 RONDEAU J. “Resumen documentado de la causa criminal seguida y sentenciada en el tribunal de la comisión militar de esta capital contra lo reos Carlos Robert, Juan Lagresse, Agustín Dragumette, Narciso Parchappe y Marcos Mercher por el delito de conspiración contra las supremas autoridades de las Provincias Unidas y de Chile en Sud América”, Imprenta de la Independencia, Buenos Aires, 1819.

8 Sobre este viaje, ver: OCAMPO E., En defensa de un hombre público: Alvear ¿Traidor?, *Revista Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 443, pp. 62-76. Uno de los protagonistas de esta ayuda fue el coronel Vigo-Roussillon, masón y ex edecán del mariscal Víctor. Preso en España en el castillo Santa Catalina, logró fugarse gracias a Alvear y los Caballeros Racionales quien le entregó una carta dirigida a Napoleón pidiéndole su ayuda para la independencia.

9 Este encuentro con el Comodoro William Bowles, jefe de la estación naval británica en Río de Janeiro, tenía como objetivo pedirle dos cosas “*que el gobierno inglés le informará, de una manera privada, el curso de acción a seguir que mereciera su aprobación y... dar el giro necesario a los asuntos de Chile para conseguir el objetivo propuesto*”, Bowles agregando al final que “*según San Martín, la forma monárquica de gobierno era la más adecuada para estos países*”. Ver OCAMPO E., La masonería en tiempos de la independencia, *Revista Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 463, febrero 2006, pp. 6-23.

San Martín y, a menudo, su pérdida. Es también evidente que, para los ingleses, cualquier iniciativa en dirección de un régimen republicano con participación de franceses debía ser combatida. Nos atrevemos a decir que San Martín aplicó este mismo axioma.<sup>10</sup>

Lejos de nosotros la idea de afirmar que la masonería europea o americana elaboró y aplicó un plan (más bien deberíamos escribir varios planes en función de sus ideologías distintas) para la independencia de América del Sur y el establecimiento de los nuevos Estados así creados. Pero, no deja de ser extraña la presencia masiva de masones al lado de los líderes de este movimiento: desde México a Chile pasando por Centroamérica, Colombia, Perú y Argentina, la influencia ideológica de los masones fue tan relevante que impuso en todos estos países nuevos el mismo modelo político: una república “*librecambista, centralizada y, en esencia, antidemocrática*”, según las palabras de Gabriel Salazar, recién Premio Nacional de Historia en Chile,<sup>11</sup> resultado de la revolución democrática liberal de los masones según el escritor e historiador argentino Emilio Corbiere.<sup>12</sup>

Agregamos que Carrera logró montar su expedición desde Estados Unidos (1816-17) para volver a Buenos Aires gracias, casi exclusivamente, primero a masones norteamericanos (Burr, Poinsett gran maestro de la logia de Carolina del Sur, Porter, Skinner maestro de la Orden de los Hombres Rojos, Niles alto dignatario de la logia de Baltimore y Shaw, quien fue su padrino en su incorporación en la logia neoyorquina N° 1 de San Juan el 24 de febrero de 1816)<sup>13</sup> para el financiamiento y, segundo, franceses (José Bonaparte gran maestro del Gran Oriente de Francia, Grouchy de la logia el Heroísmo de Beauvais, Clauzel y Brayer) para el reclutamiento de los suboficiales y oficiales, todos, directamente o no, relacionados al que fue emperador de los franceses.

En el Perú, donde también actuaron oficiales napoleónicos tanto con San Martín como con Bolívar o Sucre, muchos de ellos eran masones como los tres hermanos Paillardelle, Allier, Raulet, Giroust y Lafond de Lurcy<sup>14</sup> y jugaron un rol tan político como militar comparable a la situación en Chile y Argentina.

Es entonces factible ver la mano de la masonería, directa o no (no es acá el lugar para determinarlo y, falta todavía mucho para poder afirmar una u otra de las hipótesis), en el proceso de la independencia

---

10 Bowles escribe que San Martín había debido emplear a Brayer y los franceses por la falta de experiencia de sus oficiales, “*pero varias oportunidades se han presentado para alertarlo de su intrigas, y habiendo detectado recientemente un complot contra su vida en el que muchos de ellos se hallaban involucrados, los está sacando y separando del ejército tan rápido como es posible y no poseen actualmente influencia ninguna*”, en OCAMPO E., Brayer, un general..., *op. cit.*, p. 70.

11 SALAZAR G. *Construcción de estado en Chile (1800-1837)*, Santiago, Biblioteca *Todo es Historia*, Editorial Sudamericana, 2005, resumen en cubierta fina.

12 CORBIERE E. *The freemasonry, tradition and revolution*. Paperback, Random House Mondadori, 2001, p. 259.

13 CARRERA J. *Diario de viaje a Estados Unidos de América*, Editorial Universitaria, Edición José Miguel Barros, Santiago, 1996, p. 35.

14 Este último había llegado al Perú como oficial de Armada chilena dirigida por al almirante inglés Tomás Cochrane, el que, lo veremos más adelante, jugó un papel importante relacionado a los contextos de este artículo.

de Chile y Argentina, especialmente en la construcción del modelo político para los nuevos Estados. Veamos por lo tanto la independencia de estos dos países como un acontecimiento poco original (lo que no le quita ninguna relevancia), por ocurrir lo mismo en un sinnúmero de países en la primera mitad del siglo XIX, sin, por supuesto, ignorar los matices propiamente locales. El mundo occidental sigue en ese entonces un camino idéntico, empezando desde Estados Unidos y Francia, y llegando a la creación de Alemania e Italia, integrando la casi totalidad de los países americanos sin olvidar intentos similares aunque fracasados en España, Bélgica, Polonia, Grecia, Piamonte, Portugal, Egipto y Persia. Es decir, estamos frente a una evolución *civilizacional*, mucho más que local o nacional, y una de sus principales características es, justamente, la construcción de estructuras nacionales como método de organización del mundo nuevo. En este sentido, lo ocurrido en Chile y en Argentina se inserta perfectamente en esta evolución y permite situar, indudablemente, los dos países dentro del mundo occidental. Además, como en el resto de los países evocados, constatamos una participación extremadamente activa de la masonería, movimiento que no debemos ver como uniforme y unido ideológicamente, pero portador de proyectos políticos distintos una vez, y en eso reside el punto común entre todos, terminado el régimen de la monarquía absoluta y su desarrollo colonial clásico.

La segunda parte del presente artículo se relaciona con la participación efectiva de los militares napoleónicos en las luchas en Chile y Argentina y la presencia del ex emperador Napoleón Bonaparte en la isla de Santa Helena donde fue exiliado después de los Cien Días en 1815. Desde México hacia Chile, hasta por lo menos 1821 (un porcentaje no menor de ellos se va después de esta fecha, la que corresponde al fallecimiento de Napoleón en exilio, lo que constituye en sí un elemento a favor de esta teoría), su actuar muy cercano a los líderes de la emancipación, no puede no relacionarse, a nuestros ojos, con la posibilidad (utilizamos esta palabra en vez de probabilidad porque, hasta ahora, falta mucho como para confirmar esta hipótesis) de un plan de envergadura continental para hacer escapar a Napoleón de la isla de Santa Helena e instalarlo en esta zona. Personajes como Cochrane y Brayer en Chile, Persat y Peru de La Croix en Colombia, Mina y Sarda en México, Hogendorp, Latapie y Raulet en Brasil, Cramer y Brandsen en Argentina, entre otros, además de muchos diplomáticos asustados (por ejemplo el francés Hyde de Neuville, el español de Onís, el ruso Balmain y, por supuesto, numerosos ingleses como Bowles o Castelreagh en particular)<sup>15</sup>, hacen en muchas ocasiones referencia a esta posibilidad, en algunos casos para apoyarla, en otros, para, por todos los medios posibles, evitarla. Entonces, aunque participen muy activa y eficazmente en los procesos militares de la emancipación, es factible imaginar o situar este actuar en un contexto muy diferente, el cual, si bien tiene relevancia en el ámbito nacional, estaría motivado por razones ajenas a esta realidad tanto geográfica como políticamente. Varios elementos nos permiten hacer de esta teoría una posibilidad:

---

15 Ver a este propósito el último y excelente libro del historiador argentino Emilio Ocampo "*La última campaña del emperador Napoleón y la independencia de América*". Claridad, Buenos Aires, 2007, el cual a partir de una intensa búsqueda en los archivos británicos, norteamericanos, franceses y españoles además de los americanos, revela numerosos documentos de la época apuntando a este evento y deja ver o confirma la factibilidad de tal operación.

En 1817, un barco, el “Paragon”, sale de Estados Unidos para ir a Pernambuco donde, desde hace poco, una república dirige los destinos de esta región. A bordo, algunos oficiales napoleónicos (Raulet, Pontécoulant, Latapie, Hartung) viajan para ayudar a la joven república. Por desgracia, cuando llegan, la república ha sido derrotada y el reino de Portugal ha retomado el control. Cabe señalar que los actores principales de esta evolución democrática eran masones brasileños. Encarcelados, dichos oficiales deben admitir la realidad de sus intenciones: partir de Pernambuco para ir a Santa Helena y liberar a Napoleón para, en seguida, instalarlo en América. Esta región de Brasil es la más cercana a la isla, y estos oficiales, en particular Latapie, indican que esperaban la llegada de la flota chilena dirigida por Cochrane y las tropas del Ejército de los Andes lideradas por su jefe de Estado Mayor, el general Brayer.<sup>16</sup> En los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Francia, en la correspondencia del embajador español en EE.UU., De Onis, y en los archivos de los Consulados de Nueva York y de Baltimore, así como en el juicio del coronel Latapie, abundan los documentos corroborando esta iniciativa: la duda sobre su realidad ya no existe pero si persiste hoy el misterio en relación a la llegada de Cochrane y de Brayer sobre la cual nada existe como prueba definitiva. En cuanto a Cochrane, lo que podemos afirmar es que una de sus intenciones a su llegada a Chile tenía que ver con la liberación de Napoleón porque la propuso directamente a Zenteno y O’Higgins, los que la rechazaron por los problemas diplomáticos que se hubieran producidos con Inglaterra.<sup>17</sup> A fines de 1820, Cochrane hizo saber directamente a Napoleón su intención de liberarlo, pero este último, ya enfermo, rechazo la propuesta.<sup>18</sup> Sobre Brayer, masón, cercano de Napoleón y uno de los pocos a recibir en 1821 una herencia de este último, es factible verlo actuar en este sentido aunque nunca fue en posición concreta de dominio del ejército argentino-chileno, al contrario como lo demostró su pugna con San Martín y el apoyo, en este contexto, de la casi totalidad de la oficialidad hacia el líder trasandino.

Los representantes de los aliados presentes en la isla de Santa Helena vivían con el constante temor de un desembarco para liberar a Napoleón como lo indica el ruso Balmain. Desde Estados Unidos, tanto el embajador francés Hyde de Neuville como el español, De Onis, llenaron los estantes de sus ministerios respectivos con informes, fundamentados o no, sobre supuestos complots e intentos de estos oficiales en América Latina y su relación con la liberación de Napoleón. Por ejemplo, Hyde de Neuville indica en junio de 1817 que “a la llegada de los emisarios de Santa Helena, se juntaron con José Bonaparte de manera a preparar la evasión de Buonaparte”, más tarde, “José Bonaparte prometió 8 millones para quien liberaría su hermano”; Chamberlain, el ministro inglés, mandó a Bowles las instrucciones siguientes, “el general

---

16 Varios textos nos sirvieron para esta parte: BERGUÑO F., Un proyecto de rescate de Napoleón, *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 167, 2003, pp. 55-86; BUNSTER Enrique, *Lord Cochrane*, Editorial Sudamericana, Santiago, 2000, p. 127; OCAMPO E., Corsarios argentinos al rescate de Napoleón, *Revista Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 451, pp. 6-17; Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Nantes (Francia), Mémoires et Documents, Amérique N° 34 et 74 Consulado New York série B y C, Baltimore série A; Bibliothèque Dosne-Thiers, Fondation Thiers, Fonds Masson, carton 194, 333-340 y 341-344; OCAMPO E., *La última campaña del emperador...*, op. cit.

17 BUNSTER E., op. cit., pp. 127-129; SOMARRIVA M., El lord de los mares, *El Mercurio*, 15 de diciembre de 2002; BARROS J.M., Cochrane y Bonaparte, un Inglés al rescate del Emperador, *El Mercurio*, 5 de agosto de 2001.

18 OCAMPO E. Corsarios argentinos al rescate de Napoleón, *Revista Todo es Historia*, Buenos Aires, N° 451, p. 16.

*Brayer, actualmente al servicio del gobierno de Buenos Aires es el líder a quien los agentes subordinados obedecen y de quien reciben las órdenes cuando estén listos todos los preparativos*".<sup>19</sup> Difícil es la tarea de separar la exageración de la realidad en estos informes diplomáticos: lo seguro es que los oficiales napoleónicos hicieron de todos los intentos, reales o no, y utilizaron sus posiciones en el seno de los ejércitos independentistas para llevar a cabo su meta secreta.

El último punto de esta segunda parte que queremos abordar tiene relación con el rol de los corsarios: desde 1815, sean norteamericanos (Sonntag, Taylor, Forest, Sheffield o Jewett), franceses (Bouchard), o americanos, ellos van también a intentar salvar a Napoleón: Bouchard debe abandonar su proyecto en 1817 por oposición de su tripulación, Taylor estará arrestado antes de poder actuar, Sheffield y Forest se acercaron a Santa Helena pero frente a la proposición, la tripulación, acá también, se opuso. En breve, muchos fueron los intentos de los que varios fueron totalmente inventados por los diplomáticos europeos, principalmente De Onis e Hyde de Neuville. Tenemos que entender su temor: conocían perfectamente los lazos entre los oficiales napoleónicos, los mercantes masones norteamericanos, los rebeldes sudamericanos y los corsarios "yankis" como ellos mismos los describían. Pero, partían de esta realidad para inventar "*una conspiración para ruinar el imperio español en América*", para describir "*la caterva de franceses, irlandeses, españoles y americanos dispuestos a unirse a la causa de los insurgentes de la América española como también para la liberación del usurpador*" y, por fin, para hacer real lo que, a menudo, fue solamente rumor, temor y delirio frente a la personalidad de Napoleón y al riesgo que representaría su presencia en el continente. En una carta escrita en Newport Rhode el 10 de junio de 1816, el ciudadano y diplomático norteamericano Gilpin escribe a uno de sus amigos, Baker "*Todos los corsarios deben reunirse en un punto determinado del sur de América, quizás el Río de la Plata. Se guarda un gran secreto sobre la meta real de esta expedición pero se rumorea que van a ayudar los patriotas. Se dice también que tratarán probablemente de liberar el general Bonaparte y de integrarlo a los patriotas*".<sup>20</sup> Según el español De Onis, José Bonaparte financiaba desde Estados Unidos todos estos intentos y, si podemos tener por cierta su intención de ayudar a su hermano, no hemos encontrado documentos respaldando esta información. Lo cierto es que Napoleón, en varias ocasiones, se aprovechó de la salida de parte de su personal de la isla de Santa Helena para mandarles a Estados Unidos con misión de informar a José o, más bien, darle órdenes, lo que corresponde mucho más a la personalidad de su hermano.<sup>21</sup>

Al final de este trabajo quedan preguntas a las cuales deberemos contestar una vez finalizada nuestra investigación, pero nos atrevemos hoy a hacer algunas afirmaciones, las que podrían perfectamente ser objeto de debate:

---

19 OCAMPO E. Brayer, un general.... *op. cit.*, p. 69.

20 Archives du Ministère des Affaires Etrangères, Mémoires et documents, Amérique, N° 34, p. 128, extracto de una carta del Sr. Gilpin al Sr. Baker en la isla de Newport Rhode (10/7/1816).

21 OCAMPO E. La última campaña.... *op. cit.*, p. 133. Piontkowski, Santini, Rousseau y Archambault fueron estos emisarios.

- Más que un rol directo establecido a nivel planetario o por lo menos continental, afirmamos que la masonería, en particular la norteamericana y la francesa, mucho más que la británica, tuvieron una gran influencia en el tipo de Estado que se creó al final del Imperio español. Lo curioso es que el desarrollo de este Estado, generalizado como lo hemos visto, no correspondió al modelo económico existente en este período a escala mundial. De hecho, el Imperio inglés se estaba creando a pesar de pertenecer a un modelo político diferente. Podríamos escribir, para hacer la relación con la actualidad, que el modelo económico, en ese entonces como hoy, no tenía relación directa con el modelo político de cada uno de los países nuevos, aunque apuntaba a la llegada al poder de una “elite” criolla poseedora de las riquezas económicas de tales países.
- Un porcentaje no menor de los suboficiales y oficiales napoleónicos presentes en América Latina a partir de 1815 tenía como meta secreta liberar a Napoleón desde Santa Helena. Por eso se integraron en los ejércitos de liberación y obtuvieron cargos importantes (6 generales y más de 20 coroneles entre 1815 y 1830). Pero, el fracaso de los primeros intentos, particularmente el de Pernambuco, y el deceso de Napoleón el 5 de mayo de 1821 pusieron fin a sus deseos, lo que explica porque casi la mitad de ellos vuelve a Europa después de esta fecha. No existe otra explicación a este movimiento.

Para concluir, quien mejor que Napoleón puede indicarnos pistas de confirmación o negación de tales hipótesis. Desde Santa Helena, escribió, en referencia a la eventualidad de su residencia en el continente americano o a la presencia de su hermano José Bonaparte en Estados Unidos: “Estaríamos tan bien en Buenos Aires”,<sup>22</sup> “Quizá su Majestad construirá algún día un vasto imperio en América”.<sup>23</sup> “Si estuviese en su lugar, me haría un gran imperio con todas las colonias españolas”.<sup>24</sup>

---

22 OCAMPO E. La última campaña..., *op. cit.*, a Montholon y Gourgaud, p. 138.

23 *Ibidem*, Albine de Montholon a Napoleón, p. 141.

24 Napoleón a Las Cases, Murat I., *Napoleón et le rêve américain*, FAYARD, 1976, p. 38; también se encuentra esta cita en MONTHOLON, *Recit de la captivité de Napoleón*, Paris, 1846, enero 18, 1816, vol.I, p. 20 y en OCAMPO E., *La última campaña...*, *op. cit.*, p. 202.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO<sup>1</sup>

Guillermo Chaparro W.<sup>2</sup>

El 18 de julio de 1879, a las 11 p. m. un numeroso gentío llenaba la llamada entonces “Estación Central de los Ferrocarriles”, hoy “Estación Alameda”. Los espaciosos andenes y las salas de espera estaban materialmente ocupados por caballeros de todas edades, por lujosas damas y bellas señoritas de los más escogido de la sociedad santiaguina. Más allá del recinto de la estación, abarcando gran trecho de la Alameda de las Delicias, una enorme muchedumbre se hallaba estacionada o bullía desordenadamente, pugnando por penetrar al interior. El eco de los acordes marciales, alternados con vivas a la Patria y la palabra fogosa de los oradores, cruzaban el espacio produciendo en el pueblo un entusiasmo loco, delirante. A tomar nota de lo que cada uno de aquellos hombres vociferaba, parecía evidente que todos, a porfía, estaban bien dispuestos a luchar sin tregua por la Patria, y en su ardor no contenido se manifestaban más que deseosos, impacientes, por ir sin mayor demora a derramar la última gota de sangre sobre la candente arena del desierto.

Un sentimiento menos exclusivo, pero más tierno, embargaba el ánimo de las personas que se co-deaban sobre los andenes. En casi todos los semblantes era visible esa emoción dolorosa, característica, que contrae las facciones de los que asisten a la despedida de seres queridos, que probablemente no se volverán a ver. Y para muchos, ese era el caso, pues el escuadrón “Carabineros de Yungay” estaba ya embarcado para seguir sin dilación al teatro de la guerra. Los oficiales tenían entre sus manos las de sus madres, esposas, novias o hermanas y sólo esperaban la señal del conductor para ocupar sus puestos. Era el momento de observar la atención, mezclada de angustia y desaliento, que con algunos deudos escucha-

- 
- 1 Reedición del texto de CHAPARRO W., Guillermo. Recuerdos de la Guerra del Pacífico. Santiago, Estado Mayor General, 1910. Forma parte de las investigaciones y transcripción de Relatos de la Guerra del Pacífico de escasa difusión e inéditos. Trabajo encargado por el Departamento de Historia Militar del Ejército al Profesor Sergio Villalobos y al licenciado Patricio Ibarra en el año 2006-2007.
  - 2 Nació en Talca el 22 de noviembre de 1859. Estudió en la Escuela Militar y desde esta institución fue agregado al Regimiento 2º de Línea. En viaje a Antofagasta, fue uno de los oficiales chilenos tomados prisioneros en la captura del transporte Rimac por parte de la escuadra peruana y debió estar confinado en Tarma hasta el primer canje de prisioneros verificado a fines de 1879.  
Se reincorporó al servicio activo en el Regimiento 2º de Línea y se encontró en el combate de Los Ángeles y en las batallas de Tacna, Chorrillos y Miraflores.  
También participó en la Campaña de la Sierra, bajo las órdenes de los coroneles Estanislao del Canto y Marco Aurelio Arriagada, estuvo en la Campaña de Arequipa, efectuada de manera incruenta por la disgregación de las fuerzas peruanas.  
En la Guerra Civil de 1891 tomó partido por las fuerzas leales a Balmaceda, lo que significó luego un retiro temporal.  
Reincorporado al Ejército, tuvo una carrera muy destacada. Fue profesor de balística y de historia militar en la Academia de Guerra. Tradujo del francés El libro del soldado. Estuvo al mando del Batallón Maipú, de la Escuela de Suboficiales y de la Escuela Militar en 1912.  
Muy honrosa fue su designación como adicto militar en Alemania y luego en Austria Hungría.  
El año 1916 se retiró del Ejército y en 1934 se le concedió el título de general de división.  
Era una persona de indudable cultura; escribía con soltura y hasta elegancia, manejando el idioma en forma muy correcta.

ban las recomendaciones de los que se iban; querían, no hay duda, retener con la fidelidad de un fonógrafo las más tenues modulaciones de la voz de ese hijo, hermano o esposo, que posiblemente sucumbiría bajo el plomo enemigo; por cierto que querían acoger con el alma cuanto decían, asimilarse hasta lo más hondo del sentido de sus últimas palabras. ¡Con que ansioso afán se cambiaban las sonrisas y como se impregnaban unos a otros con el magnético efluvio de las miradas!

Los que partían, por su parte, ahogaban furiosamente sus sollozos, se tragaban las lágrimas: iban a batirse como verdaderos soldados de la Patria y era preciso aparecer serenos y fuertes al desprenderse de los amorosos brazos que los enlazaban.

Verdaderamente, fue ese un espectáculo interesante, grandioso: aquellos jóvenes imberbes todavía, comprendían su sagrado deber, y, en ruda lucha para cumplirlo, se desgarraban sin vacilar el pecho, arrojando de él los sentimientos más gratos al corazón: relegaban a segundo término el amor de sus familias para defender los intereses de la Patria; se desentendían de sus propias conveniencias, con el noble intento de ofrendar su porvenir y sus vidas a la colectividad de sus conciudadanos, para allegar el contingente de sus esfuerzos a la grandiosa idea de combatir por la gloria y preponderancia de nuestro país.

El convoy partió al fin, seguido de las ruidosas y sentidas manifestaciones de los concurrentes. Conducía un puñado de denodados defensores, a quienes el destino reservaba amargos y estériles sufrimientos, que sólo más tarde serían compensados con la oportunidad, brillantemente aprovechada, de prestar al país valiosísimos servicios.

Bañado por los suaves rayos del sol naciente y bajo los halagos de la fresca brisa del mar, apareció el convoy, el 19, por Caleta Abarca y orilló la playa hasta Valparaíso.

¿Llegaba “Carabineros” bajo favorables auspicios? Tal vez: el azul purísimo del firmamento armonizaba con la inquietud del aire y el parlero rumor de las olas, apenas coronadas de ligera espuma; pero, no obstante este aparente acuerdo de los elementos el misterioso océano guardaba impasible su secreto...

Esa misma mañana quedó el escuadrón a bordo del transporte Rímac, con sus jefes: el distinguido teniente coronel, comandante don Manuel Bulnes, el mayor don Wenceslao Bulnes y el mayor don Guillermo Throup; sus capitanes Campos, Bell y Canales, los tenientes Guzmán y Yávar, y los alféreces Jiménez, Godoy, Larraín, Stephan, Torres y Álamos.

En el tren a que me he referido efectué mi viaje al vecino puerto, para tomar el vapor Colombia que debía zarpar al Norte el subsiguiente día. Recién dejaba el colegio y vestía por primera vez el uniforme de subteniente del Regimiento 2º de Línea. Mi impaciencia era grande por llegar a Antofagasta. Sentíame muy molesto por tener que esperar durante 48 horas la salida del Colombia, cuando el Rímac levaría anclas ese mismo día o el 20 a más tardar.

Al presentarme en la Comandancia General de Armas, expresé el deseo de continuar viaje en el trasporte Rímac. La petición fue favorablemente acogida, y a las 2 p. m. del 19 tomaba posesión del camarote que debía ocupar conjuntamente con el alférez don Idelfonso Álamos, a quien fui presentado por el comandante don Ambrosio Letelier; jefe amigo que quiso dejarme instalado a bordo del Rímac.

El comandante Letelier volvió en la tarde; al despedirse, teniendo ya un pie en la escalera para descender al bote, me dijo reservadamente que el gobierno sabía por noticias fidedignas que el Huáscar y la Unión andaban voltejando frente a Antofagasta; es casi seguro, agregó, que caerás prisionero. Hube de manifestar mi asombro de que no obstante esa certidumbre se dejara partir sin defensa a un vapor cargado de tropas y de toda clase de bastimientos. El comandante se encogió de hombros y se despidió diciéndome que momentos antes había leído los telegramas. La noticia era de gran importancia para los pasajeros del Rímac y no podíamos dudar de su autenticidad, porque el comandante Letelier estaba en situación de conocer mejor que otro cualquiera las informaciones concernientes al Ejército; pues era Secretario del Comandante General de Armas de Valparaíso, funcionario que a la vez desempeñaba por aquellos días el cargo de Intendente General del Ejército.

Se comprende cuan maravilloso prodigio habría sido mantener en absoluta reserva noticia semejante, transmitida en forma corriente por vía telegráfica. Esos telegramas y los móviles secretos que se atribuían al gobierno al hacer partir al Rímac, eran el tema de todas las conversaciones.

Para conocer la situación de los buques enemigos y ver claramente los objetivos que perseguían, bastaba, a mi juicio, no ignorar del todo los acontecimientos recientes de la guerra marítima.

Se recordará que en la noche del 9 al 10 de julio penetró audazmente el Huáscar en la bahía de Iquique, bloqueado por el Cochrane y la Magallanes. El Huáscar busca a la corbeta entre las embarcaciones allí fondeadas y al dar con ella la acomete con el espolón, temeroso acaso de inferir graves perjuicios a los neutrales si empleaba sus poderosos cañones, o tal vez para no llamar la atención del Cochrane. Tres veces la corbeta Magallanes, hábilmente dirigida por el bravo capitán Latorre, maniobró sobre sus dos hélices y esquivó el terrible encuentro de su formidable enemigo. Pero cada una de las veces que el monitor resbalaba, puede decirse, al costado de la corbeta, ésta barría materialmente la cubierta contraria con nutridos fuegos de fusilería y de ametralladoras, a la vez que los proyectiles de sus baterías rebotaban impotentes sobre la coraza del monitor. En el último intento del acorazado, los artilleros de la corbeta emplearon proyectiles de acero y uno de ellos perforó de parte a parte el blindaje, ocasionando estragos en el interior. El Huáscar llevaba la peor parte y hubo de retirarse antes de que el Cochrane tomara participación en el combate.

La atrevida empresa del almirante Grau, resultó, pues, infructuosa gracias a la pericia y valor indomable del capitán Latorre, admirablemente secundado por la tripulación de la corbeta.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Los pormenores de este combate fueron conocidos en Antofagasta sólo el 14 de julio, a causa de extravío o robo de correspondencia, incidente considerado como nimio durante la primera faz de la guerra en fuerza de la frecuencia con que el hecho se repetía, por tener Grau toda la costa del Pacífico desde Coquimbo al Norte plagada de espías y agentes secretos.

A consecuencia del hecho de armas recordado, el almirante Williams partió el 14 de julio de Antofagasta e Iquique con el Blanco Encalada y el Limarí. La corbeta Chacabuco quedó en el primero de los puertos nombrados, adonde se trasladó el Cochrane el 17 y donde, a la sazón, debían ambos encontrarse esperando la llegada del Rímac.

La escuadra peruana, siempre al acecho de embarcaciones que apresar, cruzaba constantemente los derroteros posibles de nuestros trasportes, bien segura de burlar las persecuciones del Cochrane y del Blanco, mediante el superior andar de sus unidades. Ya una vez se había librado el Matías Cousiño de caer en las garras del Huáscar y de la Unión, en circunstancias que iba cargado de tropas y valiosos pertrechos de guerra.

El Rímac navegó con las precauciones que requería su situación especial: en su rumbo directo a Antofagasta tomó alta mar sin divisar costa y durante la noche no se encendieron luces. La navegación fue feliz; al caer la noche del 22 el vapor llegó frente a Antofagasta, unas 30 ó 40 millas mar afuera. El capitán don Pedro Lathroup, danés, debía entregar el mando al capitán de fragata de nuestra Armada don Ignacio L. Gana, tan pronto como se divisara al enemigo. Esa noche celebraron ambos consejo y resolvieron que el Rímac se aguardase sobre sus máquinas hasta el amanecer. Temían ir a dar contra los buques enemigos si pretendían penetrar al puerto a través de la densa oscuridad que reinaba. Personas expertas en operaciones de esta naturaleza, estimaron que fue aquel un temor pueril de los marinos nombrados, que dejaron, precisamente, escapar la ocasión más favorable que podía presentarse para dar un feliz remate al viaje.

Los marinos peruanos se encargaron luego de probarnos prácticamente que la noche es siempre propicia para llevar a cabo empresas atrevidas, cuando debe suplirse con astucia y audacia el poder de que se carece. La Unión, convoyando trasportes, burló varias veces la vigilancia de nuestra escuadra y desembarcó gente y pertrechos en Mollendo y Arica. El 16 de marzo de 1880, forzó el bloqueo de Arica durante la noche, que emplea en la descarga de los elementos de guerra que conduce. Al siguiente día, conjuntamente con los fuertes de tierra y el Manco Capac, mantiene en combate contra el Cochrane, el Huáscar y el Amazonas, y a las 5 p. m. se escapa a toda máquina con rumbo al sur.

Los pasajeros habíamos sido desfavorablemente impresionados por los dos jefes marinos que iban a bordo. El capitán mercante era un anciano de más de 70 años de edad, al parecer débil de cuerpo y alma, el señor Gana apenas fue divisado un momento, antes de zarpar, pues hizo el viaje horrorosamente mareado. Teníamos, como se ve, perfecto derecho para dudar de las energías del marino danés y de las aptitudes profesionales de nuestro flamante capitán de fragata. La resolución de los jefes aludidos era desconocida

de la tripulación. Nos recogimos el 22 con la certidumbre de que al despertar estaría en buque, ya desde horas antes, fondeado en la bahía de Antofagasta: pero para decepciones, el despertar. El 23 debía tener este adagio una confirmación terrible.

## II

Aún no había del todo amanecido el 23 de julio, cuando los pasajeros fuimos bruscamente despertados por carreras y violentos gritos sobre cubierta. Mi compañero, el alférez Álamos, creyó que el buque se iba yendo a pique y salió corriendo a medio vestir, después de cerciorarse si el salvavidas estaba en su lugar. Volvió a los dos minutos con la versión completa y exacta de lo que pasaba. El Rímac se hallaba a 25 millas, próximamente, frente a Antofagasta. En derechura al Oriente se dibujaba sobre el horizonte la conocida silueta de Punta Tetas y en dirección al N. E. era ya visible Punta Angamos. El vigía de servicio avistó con la primera luz del alba un humo que se marcaba cada vez más, viniendo de Punta Tetas. El marinero, que decía ver la arboladura y forma del casco, anunció a la corbeta peruana Unión. El capitán Gana observó largamente con la ayuda de sus anteojos y reconoció al Cochrane, que según él salía a convoyarnos. No se modificó, por consiguiente, el rumbo que llevábamos; pero el vigía y acto continuo algunos marineros, dijeron a grandes voces que el buque era la Unión y no el Cochrane. Como no se les diera crédito, juraron violentamente, lanzando groseras injurias al capitán Gana.

El desorden toma a cada momento mayores proporciones. El escuadrón fue llamado a formar, los marineros ya completamente insubordinados, aprovechan esos momentos de absoluta libertad y asaltan la cámara. En un abrir y cerrar de ojos destrozan los muebles y perforan a balazos cuadros y espejos; forzan los armarios, invaden la cantina y bodegas de víveres y licores. El saqueo fue total y rapidísimo. Cuando acudió tropa del escuadrón, los departamentos robados estaban desiertos; antes de castigar a los culpables era preciso extinguir un principio de incendio, que habría fatalmente tomado cuerpo a continuación de los excesos de vergonzosa rapiña a que se entregó la marinería.

A todo esto, la embarcación anunciada se veía perfectamente con todos los detalles de su aparejo. No era posible ya dudar: la Unión, a poco más de 2.000 metros, avanzaba a gran velocidad. El Rímac seguía, sin embargo, rumbo al Oriente. La distancia disminuía con rapidez, pues iba cada buque al encuentro del otro. Pasa un momento y ambos se cruzan a distancia de 300 metros más o menos. La Unión nos lanza una andanada con sus cañones de estribor. Un proyectil estalla sobre un gran rollo de cables, otro se lleva parte del bauprés: los demás perforan el casco y sus efectos se reducen a grandes destrozos de madera en los camarotes de 2ª clase. Los astillazos ocasionan, sin embargo, algunas heridas.

La autoridad de a bordo despertó con esto de un pesado letargo: diéronse instrucciones para la dirección del barco; pero por desgracia, en ese momento decisivo, se cometió el error capital que originó la pérdida del Rímac. El espacio entre los buques aumentado considerablemente después del cruzamiento, porque la Unión vióse obligada a virar en redondo para iniciar la persecución, y después de realizado

ese movimiento, nos presentó varias veces uno de sus costados, a fin de dispararnos cómodamente con sus cañones de grueso calibre. La situación era, por tanto, propicia para seguir navegando al oriente y penetrar, forzando máquinas, en la bahía de Antofagasta. Se indicaba eso, a todas luces, como el camino de la salvación y del honor, y el más práctico, por considerables que fuesen los daños y averías que podía causarnos la artillería enemiga. Además, continuando en esa dirección, no tardaría en ser oído desde el puerto el estampido de los cañones; los vigías del Cochrane y de la Chacabuco apercibirían los humos y esos buques acudirían prontamente en nuestro auxilio.

Los profanos en la ciencia náutica creíamos cándidamente que en caso concreto que debíamos resolver, era preciso optar por la escapada más directa, aun cuando resultase la más arriesgada; o sea, que el sentido común aconsejaba buscar el tiro corto de la carrera desaforada que íbamos a comenzar, por la sencilla razón de que el barco peruano andaba 14 millas por hora y el Rímac 11 a 12.

Pues bien; el consumado marino que dirigió la maniobra, ensayó un procedimiento diametralmente opuesto a la fórmula simple que acabo de exponer: el capitán Gana, en busca de más ancho campo de operaciones, fue gradualmente describiendo un arco muy tendido, hasta enderezar para el dilatado Oeste. Bien es cierto que no persistió largo tiempo en el nuevo rumbo, pues se volvió como implorando auxilio hacia el puerto y después al Sur, lamentando, sin duda, que no hubiese otros puntos cardinales que explorar.

La Unión se retrasaba al principio, en vez de ganar terreno, por la frecuentes paradillas que hacía para cañonearnos con sus baterías de costado; pero luego cambió de táctica, ansiosa quizás de abreviar la caza y sólo el cañón de proa mantuvo sus fuegos. A partir de este momento, fue estrechándose visiblemente la distancia que nos separaba y ni el más iluso pudo ya equivocarse un ápice, al pensar en la suerte que nos deparaba el destino.

En el consejo celebrado se planteó por el comandante Bulnes la solución de ir al abordaje: la gente estaba lista y convenientemente distribuida para facilitar el comienzo de la operación. Los marinos hicieron ver las dificultades insuperables que a ello se oponían: el Rímac podía ser hundido diez veces antes de presentarse la ocasión de saltar sobre la cubierta enemiga. ¿Qué hacer entonces? ¿Arrojar al mar los caballos uno a uno y en seguida el armamento, el vestuario, etc.? La tarea era pesada y requería un tiempo de que no disponíamos. Bien analizados los diversos proyectos que se formularon, juzgóse que era preferible y más conforme con el honor militar, hacer abrir, llegado el momento, las válvulas del buque. Esta resolución se tomó, como digo, en consejo, y la orden respectiva se dio por el capitán Gana al primer ingeniero, en presencia de casi todos los oficiales. El ingeniero contestó algo en inglés y se retiró a sus máquinas. Acto continuo, descendimos a los camarotes a tomar nuestros salvavidas. El Rímac se detuvo súbitamente. Algunos intentaban ya tirarse al mar para salir con tiempo del radio de atracción del vapor al sumergirse, cuando los marineros, que habían suspendido el fuego de fusilería para tomar sus coyotes, hablaron de matar al capitán Gana. El hecho es que la bandera blanca apareció misteriosamente en el palo de trinquete y que el buque mantenía su calado ordinario sin una pulgada de diferencia. Eran las 10 a.m.

Debo decir que momentos antes había aparecido el Huáscar casi en la dirección de marcha del Rímac. Nos hizo un disparo, que bien pudo ser de intimidación, porque el proyectil rebotó sobre las olas a más de veinte metros del casco.

Algunos minutos después de detenido el transporte, teníamos muy cerca de nuestros costados a la Unión y al Huáscar. Este último despachó un bote con varios individuos de la guarnición, dos o tres oficiales subalternos y el mayor de órdenes, capitán de fragata don Manuel M. Carvajal.

Sobre el Rímac, la desesperación se advertía bajo diversas manifestaciones, según los individuos. Los marineros habrían colgado gustosos al capitán Gana; pero fueron enérgicamente reprimidos por la autoridad del comandante Bulnes. Este jefe, pálido y con la cabeza inclinada sobre el pecho, luchaba contra la desesperación y el desaliento. El mayor don Wenceslao Bulnes, recordaba a la Patria, se creía deshonrado y gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas. El capitán Campos, mudo, sombrío, era sacudido a intervalos por explosiones de sollozos sin lágrimas; el capitán Bell habló a la tropa recomendándoles que tuvieran resignación para soportar sus sufrimientos sin exhalar quejas.

Se nos ocurre que muy pocos soldados se dieron cuenta clara de la situación. Habían arrojado sus armas al mar y permanecían silenciosos y cabizbajos. Era pequeño el número de los que enjugaban lágrimas furtivas, en homenaje a la Patria, o recordando a sus parientes y amigos, a quienes muchos no volverían a ver.

A la vista del bote enemigo que avanzaba a fuerza de remos, el comandante Bulnes, sobreponiéndose a su dolor, dijo a los oficiales que lo rodeábamos que debíamos evitar cuidadosamente toda manifestación de sentimientos; que lo primero en esas circunstancias era sobrellevar con absoluta dignidad nuestra desgracia. Atracó luego el bote a la escala del vapor y subió el capitán Carvajal con su pequeño destacamento. El mayor de órdenes, Carvajal, era un sujeto de figura distinguida. Saludó atentamente al comandante Bulnes y demás jefes, y sin falsa arrogancia ni fanfarronería, expresó su condolencia personal por el fracaso que en esos instantes nos agobiaba, cuyas consecuencias funestas caían sobre nuestra Patria y más directamente sobre nosotros mismo. En seguida dio sus órdenes. El comandante Bulnes y el mayor Bulnes fueron trasladados al Huáscar, el capitán Gana y los empleados civiles a la Unión. A los oficiales se nos designó la cámara para estar durante el día y dormir. La tropa pasó a las bodegas. Sobre el portalón que a ella comunicaba, se colocó el cañón que servía para los saludos y avisos. Habrían quedado los pobres en la más profunda oscuridad en aquel pudridero humano, sin un agujero diplomático que dejaba pasar tal cual rayo de luz y un poco de aire. Por ese orificio fue descolgado el nauseabundo rancho de los cautivos. Con los 250 hombres metidos en aquella cueva, el tal agujero hacía el oficio, medianamente, de un respiradero de cloaca.

El servicio a bordo fue riguroso: innumerables centinelas rodeaban la cámara; no podíamos salir de ellas sin un vigilante al costado y previo permiso del Oficial de Guardia.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Con motivo de la activísima vigilancia que se ejercitaba alrededor de los prisioneros, tuve ocasión de conocer oficiales distinguidos de la Armada peruana y varios que estaban muy lejos de serlo.

En general, con el tiempo se disipan poco a poco ciertos pormenores de los hechos que llegan a nuestro conocimiento o que presenciamos; pero la impresión que causan las personas, con las peculiaridades que le son características, no se esfuma fácilmente. Tengo aún muy vivo el recuerdo de algunos oficiales peruanos de verdadero mérito, entre otros el de un señor Aguirre, de la dotación del Huáscar, teniente 1º o capitán de corbeta, no estoy seguro, que se hacía notar sin pretenderlo, como un cumplido caballero, siendo además, según lo comprobó después, un militar valiente. Fue uno de los que sucedieron en el comando a Grau, en el memorable combate de Angamos. Por su discreción y caballerosidad, el señor Aguirre se granjeó la estimación y simpatía de los prisioneros, sin excepción.

Como he dicho, no todos los marinos peruanos eran verdaderos gentlemen; la mayoría de los oficiales subalternos que conocí, se me hicieron realmente intolerables por su petulancia y modales altaneros. El más acabado ejemplar de esa especie, se reconoció sin esfuerzos en la persona del teniente 2º Canseco. El modo de ser moral y el aspecto físico de ese caballero, estaban en perfecto acuerdo con su apellido, ya que se nos manifestó, siempre cual un cancerbero de carácter por demás seco y desagradable. Desde el primer momento prevenía en su contra por la enorme cabeza que pavoneaba vanidosamente sobre unos hombros demasiado estrechos, a los cuales se unía por un cuello largo y enjuto; sorprendía después el contraste de un cuerpo raquíptico y desgarbado, y por último su voz de falsete, chillona y desapacible, que hacía crispas los nervios más sólidos. Tenía el tal Canseco sus ribetes de orador y de literato. En el combate de Angamos dio la nota cómica: después de rendido el pendón del Huáscar y al rato de hallarse la guarnición chilena en posesión del monitor, el teniente Canseco repetía aún con aquella su voz especialísima, capaz de poner en precipitada fuga a todo el género humano: "un peruano muere, pero no se rinde". Fue preciso hacerle callar a coscachos.

Apenas el Rímac cambió de bandera, la autoridad peruana ordenó el registro e inventario minucioso de todo el barco, incluso la correspondencia, que fue violada. Es así como llegaron a saber, por una carta dirigida a Antofagasta, que el gobierno de Chile debía recibir un buque con armas y pertrechos de guerra por la vía Magallanes. No se indicaba fecha, nombre, ni bandera del vapor.

El Director Supremo de la guerra, general Prado, a quien se telegrafió la noticia, dispuso la inmediata partida del la Unión a Magallanes, para capturar al buque. La corbeta tenía a medio llenar sus carboneras, pocos víveres y le quedaba escasa cantidad de agua. En el Callao había dejado los masteleros y las vergas mayores y de mezana. Tan deficientemente abastecida y aparejada como se encontraba, debía, no obstante, hacer una travesía de 6.000 millas hacia la zona glacial, en pleno invierno, sin preparativos de ningún género para precaverse del frío y de las tormentas, tan frecuentes en aquellos mares siempre agitados. La Unión partió el 31 de julio y embocó en el estrecho de Magallanes; el 13 de agosto fondó en la bahía de San Borja y el 15 en la de San Nicolás, escondida y al acecho de los barcos que pasaban. Es de

advertir que durante el trayecto no recaló en puerto alguno, ni fue percibida por otra embarcación. El 16 se aproximó a Punta Arenas para tomar noticias, y supo que el 28 de julio había llegado el Loa a convoyar el vapor inglés Glenelog, que arribó el 30, cargado de armamentos. Inmediatamente habían zarpado ambos buques con rumbo al Norte, librándose esta vez la Patria de una desgracia mayor que la pérdida del Rímac.

### III

Apenas verificada la captura del Rímac, los buques peruanos, convoyando al transporte, emprendieron precipitada marcha con rumbo al N. O. Comprendíase que estaban temerosos de un mal encuentro y que deseaban alejarse cuanto antes de la costa, la que muy luego perdimos de vista. A la caída de la tarde del 23 y durante las primeras horas de la noche, las trepidaciones del barco revelaban claramente que navegaba con el maximun de su andar.

En ese momento no pudimos comprobar la causa de esa carrera, aun cuando la presumíamos. Los peruanos se mantenían impenetrables y al parecer tranquilos. Más tarde supimos que el Blanco había iniciado la persecución de los buques enemigos, y que la noche, ese constante aliado de los peruanos, impidió continuarla.

El 25 de julio, a medio día, penetró el convoy en la bahía de Arica.

Al evocar los recuerdos de aquella amarga jornada, penosa aflicción me oprime y experimento todavía la impresión dolorosa que acompañaba a los grandes sufrimientos morales.

El Manco Capac y los fuertes atronaron el espacio con una salva mayor, que contestaron el Huáscar y la Unión. Sobre el Huáscar flameaba la insignia del Almirante. La Unión había izado una bandera peruana enorme y flamante en lo más alto del palo de trinquete. Más abajo, en el mismo palo, ondulaba otra de modestas dimensiones.

Al divisarla quedé petrificado: una espesa nube entoldó los objetos a mi vista; la sangre se agolpó en mi corazón y tuve que asegurarme fuertemente a las jarcias para no caer. ¡Era a nuestra querida bandera a la que se infería tan inicua y cobarde afrenta! Renuncio describir lo que pasó por mí en aquellos momentos angustiosos, pues fue tan inesperado y rudo el golpe y me veía tan incapaz de soportarlo, que al más agudo dolor sucedió el anonadamiento más profundo. Ni siquiera me impuse de lo que pasaba a mi alrededor; apenas recuerdo que por ahí, muy cerca sollozaba calladamente el anciano capitán Canales, monologado con ademanes de loco o de hombre desesperado.

Como a través de un penosísimo sueño, oí los hurras que lanzaban los marineros sobre las vergas de los buques de guerra; vi el muelle y la playa repletos de una apiñada muchedumbre de la cual se des-

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

prendía estruendoso vocerío; pero el alma apenada era insensible a todas esas demostraciones: no había ojos, sentimientos ni ideas sino para aquella insignia de mi país, que representaba a un pueblo fuerte, a una raza varonil. Sublevaba mi orgullo el insulto a la bandera y en mi impotencia para vengarlo, lágrimas de despecho saltaban de mis ojos.

Algunas horas después, desembarcábamos los oficiales entre dos filas de soldados, llevando cada uno su equipaje de mano. Las maletas y otros bultos fueron trasportados al siguiente día. Un populacho soez tomó con empeño la tarea de insultarnos groseramente desde que sentamos pie en el muelle hasta quedar instalados en el cuartel que se nos designó.

Yo me sentía enfermo, a duras penas subía calle arriba con dos pesados bolsones; pero se me acercó un hombre compasivo y con muy buenas palabras me significó que estimaba un deber de cortesía ayudarme a conducir las maletas. Le alargué una, lleno de agradecimiento, pues ya no podía más. Dos minutos después pude cerciorarme de que el hombre compasivo se había eclipsado con la maleta.

Nos alojaron en el segundo piso de una casa situada en la parte alta de la ciudad. Una guardia numerosa estaba ya en posesión de los departamentos del primer piso.

Cuatro piezas formaban el piso superior, un balcón interior con vista al patio hacía las veces de pasadizo; todas las piezas estaban comunicadas y las centrales tenían un pequeño balcón saliente, estilo español antiguo, hacia la calle.

Jamás he visto tomar mayor lujo de precauciones para impedir evasiones: un cordón de centinelas a cuatro pasos de distancia uno de otro comenzaba al pie de la escala, seguía por el balcón y se introducía a las piezas, formando una línea perfecta a lo largo de los departamentos, a través de las puertas de comunicación, constantemente abiertas. Dos cabos de servicio recorrían el cordón a lo menos cada cinco minutos.

Los oficiales subalternos quedamos en la pieza de mayores dimensiones y en las otras fueron repartidos los jefes y capitanes.

Mi primera diligencia, en llegando, fue hacerme ver por el cirujano 2º de la Armada chilena, don Carlos Vargas Clark, prisionero a bordo del Rímac en circunstancias que iba a incorporarse a la escuadra en Antofagasta. Me dio una receta y pedí al jefe de la guardia enviara por su despacho, entregándome conjuntamente un billete de diez pesos para sufragar el gasto. El oficial, no inferior en su cortesía al hombre de la maleta, lo superó, sin embargo, en cinismo para apoderarse de lo ajeno: los diez pesos y la receta corrieron la misma suerte del bolsón, lo que me mortificó sobre manera, carecí en mis sufrimientos hasta de la atención más simple. Debo advertir que montaba la guardia de los prisioneros la "Guardia de Honor" del presidente Prado, formada por jóvenes decentes de Lima y Callao.

¡Cen!... ¡ti!... ¡nee!... ¡laaa!...

¡Alerta!!... ¡Uno! Gritaba con su voz estentórea y a todo pulmón el vigilante a las armas del piso bajo, y la misma cantinela iba repitiéndose escalera arriba y dentro de las piezas, hasta terminar en el número 14, si mal no recuerdo. Cada cinco minutos se nos propinó aquella sinfonía, pero felizmente la cosa tuvo su término al amanecer y pudimos lograr un par de horas de descanso, que calmaron algo nuestros sobreexcitados nervios.

En la mañana fuimos visitados por Montero, Suárez y otros jefes superiores. El general Daza estaba en Tacna, y Prado en Lima. Nos llamó vivamente la atención el coronel Leiva, hombre vetusto, si los hay; pero al parecer animoso todavía. Conversaba refiriéndose a sus años juveniles, al tiempo en que realizó un viaje a Santiago. Oyéndolo, se me hacía difícil acoger como razonable la idea de que aquel hombre había sido alguna vez joven. Al contemplar su faz de momia, rugosa y apergaminada, acudía por sí sola a la mente la reflexión de lo que puede la acción de los siglos.

Entiendo que sobre la época aproximada de su nacimiento –pues convengo en que debió haber nacido– se dieron a conocer teorías más o menos ingeniosas, pero no noticias que merecieran entera fe. ¡En 1842 era ya teniente coronel y coronel desde 1855!

El coronel Leiva estuvo, sin embargo, en situación de hacer después un gran papel, al mando del llamado 3er Ejército del Sur. El efectivo de ese ejército, formado y concentrado en Ica, no sobrepasó mucho de 4.500 hombres. De Ica se trasladó a Arequipa en 30 jornadas por la vía de Ayacucho, recorriendo 350 leguas por malos caminos y a través de ásperas serranías, salvando todo género de obstáculos.

En Arequipa recibió esta fuerza nuevo armamento y equipo. Urgido el coronel Leiva por el Director Supremo de la guerra para dirigirse al teatro de operaciones en febrero y marzo de 1880, principió desde el 15 de abril a anunciar diariamente su partida a Tacna. En aquellos momentos solemnes para los peruanos, los días pasaron sin que se notara, no obstante, la presencia del 3er Ejército sobre la retaguardia del Ejército chileno, que se concentraba tranquilamente en Yaras. El general Baquedano había destacado 2.000 hombres para contener a Leiva; esa precaución resultó inútil, porque el ilustre coronel, que antes había salvado en 30 días una distancia de 350 leguas, empleó esta vez 25 días en recorrer sólo 20 leguas, distancia que separa a Arequipa de Torata, y allí se quedó, retemplando el espíritu de sus tropas, hasta que supo el resultado de la batalla de Tacna. Entonces sí que el bueno del coronel recobró su prodigiosa agilidad, pues volvió bridas y dos días después estaba ya muy campante en Arequipa. A todo esto, llovían copiosamente sus comunicaciones en el Cuartel General peruano. ¡Pocos jefes más fecundos y preciso que el coronel Leiva! Analizaba con prolijidad las órdenes que día a día se le enviaban; las desmenuzaba con arte, y terminaba, en virtud de mil considerandos, por no cumplir ninguna. En vano lo llamaba Bolognesi, invitándolo a que atacara la retaguardia de los chilenos y en último caso a que marchara hacia Arica para reunirse. El viejo coronel Leiva fue sordo a las órdenes y súplicas, y aquel famoso 3er Ejército del Sur, en

el cual los peruanos cifraban tantas esperanzas, se desvaneció como el humo y sin combatir, después de la batalla de Tacna, en la que fue enterrado el ejército peru-boliviano.

A medio día vimos pasar algunos batallones en marcha al campo de tiro. Las tropas peruanas eran en su mayor parte oriundas de la sierra: las fisonomías pálidas y tristes de los soldados nos lo decían claramente; además sabíamos que aquellas espaldas anchas, la cabeza algo inclinada y piernas arqueadas, caracterizan físicamente al indio de la sierra. Llevaban sus blancos, las banderolas y las municiones de señales. Los blancos eran marcos de madera de un metro de ancho por uno setenta de alto, aproximadamente. No tenían fama ni anillos circulares con la graduación correspondiente. En cambio ostentaba cada blanco una grotesca figura, groseramente pintada, que representaba un personaje chileno cuyo nombre podía leerse al pie, escrito en gruesos caracteres. Ese día iban a ser fusilados: don Benjamín Vicuña Mackenna, convertido en un hombre de frondosa y rizada melena, de bigote retorcido y larga pera, con una enorme cachimba entre los dientes; don Aníbal Pinto, de gran abdomen, vestido con uniforme de general, y don Diego Barros Arana, convertido ni más ni menos en un viejo mulato de impenetrable y mullidas pasas y anchas facciones.

Vi uno o dos batallones armados con fusil Peabody (americano) demasiado largo y pesado, sin bayoneta. El continente de los soldados no tenía nada de militar: mala posición, paso flojo y pesado como el más rudo campesino. Vestían uniforme de color plomo o casi blanco, con vivos lacres. Todos cargaban el inseparable morrión.

Pasó bajo nuestros balcones un cuerpo de infantería boliviana. Presumo que la unidad aquella no fue “Los Colorados”, “Los Verdes” ni “Los Amarillos”, pues llevaban uniforme blanco. Los individuos vestían aún la jerga de su país, con corte militar y kepí alto. Eran hombres recios, de musculatura desarrollada y anchas espaldas; llevaban la cabeza levantada y se distinguían especialmente de los peruanos por su andar resuelto. El comandante mandó alto, hizo frente a los halcones y ordenó la ejecución de algunos manejos. Después se pusieron nuevamente en marcha. Siempre que no eran vistos por sus oficiales, los soldados se volvían para hacernos toda clase de morisquetas y algunos de ellos nos apuntaban con sus rifles. Dos oficiales peruanos que estaban con nosotros, celebraron con muchas demostraciones las ocurrencias de los soldados bolivianos y uno de ellos, en un raptó de entusiasmo, exclamó con voz atiplada: “¡Esa gente es de echárselas al diablo!”

En la noche de ese día se nos llevó a bordo de la Pilcomayo. La nave era violentamente sacudida a impulso de una fuerte brisa del oeste. Sin embargo, se nos hizo trepar a tientas en medio de la oscuridad, por una resbaladiza escala de cuerdas. Por cierto que llegamos arriba con las manos magulladas y las rodillas llenas de cardenales.

Los tres jefes superiores quedaron instalados en un camarote; los demás fuimos conducidos a la toldilla de popa. Nos dejaron la libertad de arreglarnos como pudiéramos sobre esa especie de tabladillo,

bastante elevado con relación a la cubierta y guarecido contra la intemperie por techo de lona. Se descendía a la cubierta por una escala custodiada de día por dos centinelas, que de noche eran reforzados por un puesto cercano de cuatro soldados y un cabo. Además las rondas recorrían a intervalos la cubierta durante la noche.

El reducido espacio que ocupábamos formaba una semicircunferencia, demarcada por la popa del barco. No había allí borda, ni otra obra muerta que circundase la toldilla; un simple cable recubierto de encerado y sostenido a trechos por ligeros barrotes de hierro, era el único apoyo que podía impedir nuestra caída al mar en los momentos de fuerte balanceo.

Contribuía a molestarnos grandemente y a dificultar en grado sumo nuestra instalación, la circunstancia de que el entablado estaba totalmente cubierto con los sesenta y tantos bultos que constituían nuestro equipaje; de modo que fue preciso combinar muy bien nuestras disposiciones para que resultáramos hacinados lo menos mal posible. Cada uno tenía que ingeniarse la manera de no rodar al mar durante el sueño: he ahí el problema más grave que debíamos resolver. Algunos se amarraron con las cuerdas del equipaje a los barrotes de hierro que sostenían el pasa-manos; otros se acuñaban entre los bultos más pesados, trabándolos unos con otros. Yo opté por el último dispositivo y debo confesar, que más de una vez estuve a pique de ser pasto de los peces, pues recorrí buen trecho dando vueltas de carnero, a la par que los bultos con que me había acuñado, unas veces encima, otras aplastado por ellos. Un enrejado de cordeles que, previniendo el caso había fabricado entre dos barrotes, me libró de terminar mis días como un género de muerte que me causaba invencible repugnancia.

La cañonera siguió rumbo al norte muy apegada a la costa, con un andar inferior a nueve millas por hora. Al día siguiente tuvimos ocasión de conocer a los jefes y oficiales: al comandante, capitán de navío, señor Ferreiros; al 2º capitán de corbeta señor Freire y a los cuatro tenientes Ieros. Esos señores, particularmente el Comandante, eran tipos distinguidos. El teniente 1º don Teodoro Otoya, el más antiguo de los cuatro oficiales de ese grado a bordo de la Pilcomayo, poseía una finura de mayor representación aunque los jefes: alto, delgado, de hermosas patillas inglesas, un tanto grises ya; era hombre serio, reservado, correcto y atento con todos, incluso los prisioneros. Debo reconocer la cultura y buena educación de toda esa agrupación de oficiales, a quienes nunca oí alusión directa o indirecta que pudiera ofender nuestros sentimientos, y para ello evitaban tomar parte en conversaciones sobre temas que se relacionaran con los sucesos o causas de la guerra.

La travesía fue monótona y triste, a pesar de que, como he dicho, navegábamos muy cerca de la costa, pudiendo examinar a nuestro sabor la dilatada playa y los cerros que la bordeaban.

Las proyecciones del relieve que contemplábamos no tenían, en realidad, nada de grandioso: una playa generalmente baja, marcada por la línea regular de blanquecinos penachos, que determinaban las olas al romperse contra las rocas de la orilla, y más allá los interminables arenales, que se elevan

en el horizonte, formando pequeñas prominencias de suaves curvas. No era en verdad, aquella, una perspectiva agradable: el aspecto desolado de la región, a trechos abrupta o medanosa, cuyo suelo lanzaba fuertes reflejos bajo los rayos del sol, entristecía por su esterilidad y oprimía el espíritu por la pesada uniformidad del paisaje. A grandes intervalos se divisaban, sin embargo, fajas de un verde más o menos intenso, que surgían del fondo de las depresiones para seguir curso caprichoso hasta el océano: es que los delgados hilos de agua de las quebradas lejanas se reúnen en riachuelos, dando así origen a valles estrechos pero productivos, que son los verdaderos oasis del desierto que constituye el litoral peruano.

Sin novedad, navegó la Pilcomayo, marcando con su estela las inflexiones de aquella costa bravía. En Mollendo se detuvo cortos momentos para renovar sus provisiones y recibir noticias. En Pisco y Cerro Azul subieron las autoridades marítimas. Por fin, una tarde, cuya fecha precisa he olvidado, la Pilcomayo, bordeando por el norte la isla de San Lorenzo, penetró en la bahía del Callao, y fondeó a bastante distancia de los muelles. Como por encanto, se vio la Pilcomayo rodeada de numerosas pequeñas embarcaciones, cargadas de paseantes y curiosos. Era un público culto, a juzgar por la apostura de los hombres, la toilette de las damas, y más que todo, porque no se permitió ninguna manifestación hostil. La Pilcomayo recibió al capitán de puerto e izó inmediatamente la escala. Las horas pasaron tristes para nosotros, observando el movimiento de la bahía y las ceremonias con que a las oraciones cerraron el puerto. A las doce de la noche se nos invitó a trasladarnos con nuestro equipaje a dos lanchas a vapor, que nos llevaron al muelle dársena, donde esperaba un tren con varios jefes y oficiales y numeroso destacamento de tropas. El tren partió por la línea del Oroya, que orilla el Rímac por su margen izquierda, pasó por Lima sin detenerse en ninguna de las tres estaciones que la vía tiene dentro de la capital, y continuó al oriente, remontando por el valle del Rímac. Al amanecer, se nos dice que el desayuno espera: estábamos en Chosica, delicioso lugar de veraneo, lleno de parques y jardines. En los corredores del hotel había una mesa preparada con frutas y bebidas calientes.

No podía imaginar entonces que más tarde conocería palmo a palmo el interior del Perú, de Ayacucho a Huaraz y las principales líneas de comunicación con el litoral.

Chosica es un punto estratégico importante; allí termina un camino que comunica el valle del Rímac con el de Lurín. Junto a la base de los cerros que cierran a este último por el sur, corre un camino que va de Pachacama a la Sierra y a Huanochirí. Cerca de Balconcillo se desprende con dirección al norte, una buena senda de herradura, susceptible de ser convertida en regular camino mediante algunos arreglos. Esa senda es la que termina en Chosica. Por ella penetró el coronel Canto en el cajón del Rímac el 1º de mayo de 1882, al mando del batallón 2º de Línea y del Coquimbo, con la misión de destruir las montoneras entre Matucana y Chicla y establecer las comunicaciones con los coroneles, Urriola y León García, que operaban contra Cáceres, quien tenía sus fuerzas fraccionadas en Obraljillo, Canta y Laran. El coronel Canto, después de derrotar a los montoneros en Balconcillo y Sisicalla, siguió hacia Matucana y Chicla, en persecución de los montoneros.

De Chosica se pasa también fácilmente al valle de Santa Eulalia, lleno de recursos, en cuyas alturas el batallón Chacabuco, al mando del mayor Quintavalla, sostuvo combate desigual contra fuerzas muy superiores.

Además Chosica es estación de primer orden en la línea del Oroya, con depósitos de carbón y una pequeña maestranza.

Frente al hotel puede pasarse todavía, un espléndido puente de mimbre sobre todo el Rímac, el único que había en aquel entonces hasta Santa Clara.

Desde Chosica al interior, comienza la línea a trepar con fuerte gradiente; sube hasta 11 mil y tantos pies sobre el nivel de mar. Son bastante conocidos algunos pormenores sobre las atrevidas obras de arte que llevó a cabo en el ferrocarril del Oroya el célebre ingeniero don Enrique Meiggs, con la ayuda de brazos chilenos, para que me detenga a mencionarlas, pero tengo motivos especiales para recordar aquí el puente de Verrugas, que años después defendí con una compañía del batallón Tacna 2º del Línea. Los montoneros lo habían incendiado para detener a la división Canto, que se retiraba sobre Lima y dominaban el puente con fuegos casi perpendiculares desde la altura próxima. Tuve que hacer desalojar esa posición. El teniente García (llamado el Viejo), cooperó con su energía y valor acostumbrado en esa operación.

El puente Verruga se halla a 120 metros sobre el fondo del río. Es de fierro, pero sobre la superestructura metálica, hay sobrepuesta otra, formada de grandes maderos con caras de 3 ó más pulgadas. Esas piezas no podían quemarse totalmente ni en cuatro días. El fuego no profundizaba, a pesar del viento, y los soldados pudieron extinguirlo después de prolongados esfuerzos, haciendo uso de sus yataganes.

Pasado Chosica, el estrecho cajón por donde el Rímac desciende de los Andes, opone a cada paso mayores dificultades al ascenso: la línea se desarrolla en ciertos puntos describiendo zigzag y abriéndose paso al aire libre en la roca viva; en otros puede decirse que se labra una ruta subterránea: de un túnel pasa a otro y otro, el convoy dentro de ese sector puede ser comparado a un enorme cetáceo que aparece de tiempo en tiempo sobre la superficie, acusando su presencia con ruidosas demostraciones, para sumergirse otra vez en las profundidades del mar.

Algunos pueblos y numerosas aldeas y caseríos poblados de indígenas, llevan vida holgada y vegetativa, pero no próspera, en aquellas alturas. Siempre el inca edifica en las mesetas más elevadas de la cordillera. Más que habitaciones humanas, debiera haber en ellos nidos de águilas; pero ya el indio peruano no puede imitar la altivez e independencia de dichas aves, al menos querrá de ese modo poner una barrera entre la tribu y los dominadores.

Pero obra una razón para que se encumbren los pueblos a las regiones más altas de las cordilleras peruanas, y es que todo pedazo de suelo, pequeño o grande, donde se sujete la cimiente, es susceptible

de dar una o dos cosechas por año, pues el sol es fecundante en extremo y las lluvias son frecuentes y periódicas. Es por eso que las altas mesetas atraen al indígena, aunque en realidad sean casi inaccesibles al común del género humano; y si en vez de mesetas, la naturaleza no le ofrece sino crestas peladas, siempre el indígena sabrá encontrar una gran peña conectada con el cuerpo del cerro, que destaque una parte más allá de la barranca, con la cara superior plana o casi plana, y allí acudirá con sacos de tierra, aunque deba arañar la roca en cientos de metros. Realizando este esfuerzo, viene después fácilmente la siembra y en seguida la cosecha. El viajero que por primera vez va a la sierra, se asombra ante el curioso y bello espectáculo de esos vergeles suspendidos entre cielo y tierra, que dan margen a formarse buen concepto de los antiguos poseedores del territorio.

A la una de la tarde enfrentamos el pueblo de San Mateo, que se me figura creación de la fantasía por su atrevida ubicación. Después tuve la oportunidad de visitar en el interior antiguas poblaciones y pintorescas ruinas, que superan con mucho a San Mateo bajo el punto de vista contemplado, y como ideal concepción de una belleza extraña a los tiempos actuales. Pero debo prevenir que el aspecto agradable, artístico o melancólico, que ofrece a la distancia el conjunto de casitas blancas, agrupadas al acaso allá muy cerca de las nubes, y que puede tomarse por una bandada de palomas, resulta ser apariencia engañosa y fascinadora, pura alucinación de los sentidos, si hay voluntad y medios para elevarse hasta el pueblo.

A las puertas de aquello que a cinco kilómetros llamábamos sin trepidar alcázar encantado, mansión misteriosa, etc. Reconocemos nuestro error: el objeto de nuestro embelezo lo calificamos entonces de feo y vulgar: esto prueba que en la cordillera peruana, a semejanza de o que se ve en los centros civilizados, la belleza es relativa, condicional: para que nuestra admiración por lo bello no se convierta en sentimiento opuesto, es preciso mirar allí también desde lejos, cual si estuviéramos en el teatro cuando se exhiben decoraciones de maravilloso efecto escénico.

El pueblo de mayor importancia situado en el trayecto de la línea del Oroya, era Matucana, nombre de glorioso recuerdo para Chile desde 1830. En setiembre de ese año, el teniente coronel del Ejército, don José María Sessé, comandaba en Matucana 250 hombres. Lo había enviado a la Sierra el general en jefe, don Manuel Bulnes, a fin de concluir con los montoneros que amenazaban caer sobre Lima.

La capital se hallaba en poder de nuestras armas desde el 21 de agosto, fecha en que el Ejército peruano, a las órdenes del general Obregoso, fue derrotado en la Portada de Guía.

El comandante Sessé tenía también instrucciones para observar hacia Junín el Ejército boliviano del general Santa Cruz, que comenzaba a concentrarse en Tacna.

El 18 de setiembre de ese año, el comandante Sessé y sus tropas oían en Matucana la misa de gracias con que aún es costumbre conmemorar el aniversario de la Independencia, cuando fue inopinadamente atacado por 500 bolivianos al mando del general Otero, que parece constituían la vanguardia del ejército

de Santa Cruz, que Sessé tenía la misión de vigilar. De un lado la impericia y timidez de Otero y del otro la bravura invencible de las tropas dio, no obstante la sorpresa, una espléndida victoria al comandante Sessé.

El pueblo de Matucana me trae también a la memoria otro suceso militar acaecido en 1883 y en el cual me cupo modesta participación.

En los primeros días de mayo de 1883, cuando el coronel Canto llegaba con sus tropas a Matucana de paso para Chiclas, se le dieron informaciones fidedignas acerca de una montonera que un oficial superior peruano, cuyo nombre no recuerdo, había organizado en Huamuna con numeroso personal y bastantes elementos. Huamuna es un villorrio situado a gran altura, entre las breñas, a 4 leguas más o menos de Matucana al interior, como en dirección de Huarochiri.

El coronel Canto habría perdido su reputación de jefe experto y hábil, si hubiese dejado un núcleo de montoneros enemigos tan próximo a la principal línea de comunicaciones de las tres columnas chilenas que expedicionaban en el interior. Con toda lógica resolvió exterminar aquel foco antes de seguir al oriente.

Una tarde recibí la orden de atacar Huamuna. El Comando en Jefe puso a mi disposición 50 infantes, que tomé de mi propia compañía con el teniente don Carlos Acevedo, y 30 hombres de caballería, mandados por el teniente don Miguel Ángel Reyes. Se me facilitó además, un guía.

Mientras la tropa tomaba el rancho o alistaba sus armas y equipo interrogué al guía. Era un peruano que se decía partidario de la paz y del general Iglesias. Me dijo que Huamuna estaba a 3.000 pies sobre Matucana y que para trasmontarse a esa altura, era preciso hacer una marcha de cuatro a cinco leguas, por senderos que flanqueaban hondos precipicios, que no permitían otra formación que la columna desfilada o columna de a uno. Los malos pasos eran frecuentes, según el guía, y en ellos los jinetes debían desmontar y caminar largo trecho con los caballos de la brida.

No obstante mi escasa experiencia del corazón humano, creí sorprender cierta expresión de falsía, de deslealtad, en la mirada del peruano, y se comprende que no fuese un hombre honrado, porque el rol que jugaba era, aparentemente al menos, de un traidor. Disimulé la impresión que me causó, resuelto a tomar mis precauciones si el caso lo requería.

Recuerdo perfectamente cuales fueron mis reflexiones en aquellas circunstancias y los cálculos que hice sobre las proyecciones diversas que podía tomar la empresa que se me había encomendado.

Desertando el enemigo que debía sorprender y a quien consideraba inferior por mil conceptos, barajaba yo los siguientes factores que debían influir en el resultado.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Primer factor, el tiempo y la distancia: para recorrer las 4 leguas peruanas –alrededor de 30 kilómetros– disponía de 8 horas, desde las 8 p. m. hasta las 3 a. m.; pues estimaba necesario llegar antes de que aclarase enteramente, a fin de combinar con la primera luz del día las disposiciones para el asalto. A la tropa que mandaba, habituada ya a las marchas forzadas, por toda clase de terrenos, podía exigírsele mucho más que cuatro kilómetros por hora, aun en medio de las tinieblas. Esa corta reflexión me hizo eliminar las consecuencias funestas que pudieran originarse del tiempo disponible para verificar la marcha en buenas condiciones.

Otro factor, la región en que debía operar: la comarca era desconocida para mí y para todo el personal. El destacamento iba a ser llevado de la mano por un guía, en plena noche, a través del complicado laberinto. El guía suplía, por consiguiente, en dicha ocasión, el conocimiento personal del terreno, necesario al jefe, o en su defecto de información la que suministra la carta militar o la que proporciona la caballería exploradora, sin cuyos datos no es posible intentar operación alguna.

Resumiendo: ignorancia absoluta de la topografía del terreno y de la situación del objetivo; camino practicable sólo para infantería y caballería desmontada; marcha de noche en ese medio, con un solo guía.

He ahí los factores que me aconsejaban no fraccionar el destacamento y llevarlo, al contrario concentrado, todo en la mano, cubriéndome por una simple descubierta.

A las 8 p. m. la oscuridad era profunda. El destacamento había partido momentos antes del campamento y a esa hora precisa embocaba en un desfiladero que se introduce en la serranía por el sur de Matucana. El teniente Acevedo con la descubierta y el guía rompían la marcha. Aun cuando se me entregó el guía con el carácter de un sujeto que se ofrece espontáneamente para prestar un servicio, yo juzgué indispensable amarrarle bien los brazos a la espalda. Un soldado de la descubierta lo conducía, llevando un extremo de la cuerda con que estaba atado.

A cien pasos de la descubierta marchaba la infantería, en columna de a uno, y veinte o treinta pasos más a retaguardia el piquete del teniente Reyes.

El camino era tal como el peruano lo había descrito: un resbaladizo sendero de cabros que describía curvas y zigzag por faldas rocosas, siempre con el precipicio a la derecha. A juzgar por el gruñido sordo del torrente en las profundidades.

Hasta la una de la mañana la marcha fue relativamente acelerada, y sin que ocurriera novedad; pero a partir de esa hora, la senda fue haciéndose cada momento más y más difícil. Yo marché desde entonces algunos pasos delante de la descubierta, temeroso de un contratiempo. A eso de las dos, divisé un luz lejano al otro lado de la quebrada, durante pocos segundos; acto continuo se oyó un grito, una palabra en

idioma quichua, que el eco repitió como si numerosas personas la hubieren pronunciado interrumpiéndose unos a otros. En seguida volvió a reinar el silencio de antes.

A las 2.30 más o menos di un pequeño descanso para asegurarme personalmente de que todo el destacamento iba en perfecto orden. Al reanudar la marcha tomé, otra vez con el caballo de la brida mi colocación a la cabeza de la descubierta. Marchaba con precaución, bien asegurado de las riendas con la mano derecha y palpando el cerro con la izquierda. Hubo un momento en que sentí cierta resistencia en el caballo para seguir avanzando, a la vez que daba a conocer su alarma con fuertes resoplidos. Por mi parte se decir que experimenté la impresión del vacío al frente: quise sentar el pie en tierra y no encontré apoyo. Si hubiera marchado desprevenido y sin llevar el caballo tomado de las riendas, habría rodado al abismo. Ordené alto. Con la ayuda de una linterna sorda pude cerciorarme de que el camino había sido cortado recientemente: las demostraciones del trabajo estaban a la vista. Reuní entonces a los oficiales y deliberamos. El guía aseguró que estábamos cerca de Huamuna; que el sendero para trepar a ella se separaba de la quebrada un poco más allá del punto donde nos encontrábamos. El hombre temblaba de pavor. Resolvimos esperar el día sin movernos, pero procurando que la gente abandonase el camino y subiera de cualquier modo al cerro, no más de veinte metros. Pensábamos de acuerdo en que, o la senda estaba minada o tan luego como amaneciera recibiríamos fuego de montoneros emboscados en las cumbres vecinas. La orden se cumplió; sólo los caballos quedaron sobre el sendero. Esa situación se prolongó hasta el aclarar. La luz fue disipando poco a poco las tinieblas, principiamos por columbrar las siluetas de las altas ramificaciones que formaban el barranco por cuyo borde habíamos hecho nuestra marcha; en seguida pudimos cerciorarnos de que teníamos sobre la derecha, hacia el lado opuesto del precipicio, rocas peladas inaccesibles, y por último, examinando el cerro en que estábamos, pudimos convencernos de que lo constituía un muro de rocas, casi perpendicular, pero con variados accidentes de marcado relieve. Al parecer, estábamos encerrados en el riñón de aquella serranía: abismos por la derecha y por frente, y a lo largo de nuestra izquierda un muro infranqueable; sólo teníamos abierto el camino recorrido. Apenas pudieron apercibirse los objetos a la distancia de cincuenta pasos, nutrido fuego de fusilería resonó por encima de nuestras cabezas. Imposible era conjeturar acerca del número de fusiles enemigos, porque el eco centuplicaba los estampidos. Por felicidad, la tropa conocía ya el fenómeno y no se amilanó por tanta bulla. Cuatro o cinco caballos y dos soldados heridos fue el efecto de ese fuego en el primer momento. Mi orden de asaltar el cerro y tomar la posición, fue dada sin vacilar, y la tropa comenzó el escalamiento con manos, pies, rodillas y ayudándose unos a otros con sus rifles. El piquete de caballería llevaba la peor parte; pero el bravo teniente Reyes, sin preocuparse del peligro, buscó luego un paso para sus caballos.

Antes de continuar conviene dar a conocer el objeto que los montoneros se propusieron al destruir el camino. La meseta en que se halla Huamuna tiene fácil acceso por una hondonada que comienza precisamente a pocos metros del punto donde hicieron saltar el camino. Se comprende cual era el propósito que los peruanos se propusieron con la destrucción: contaban con que el cerro desde el cual nos hacían fuego era inabordable, y volaron el camino para cerrar herméticamente el paso. Por desgracia para ellos, luego pudieron convencerse de que partían de una base falsa.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

El teniente Reyes, como digo, descubrió sobre el camino un punto en que las rocas dejaban hueco para un caballo mediante algunos saltos.

Hecho el ensayo, resultó viable el paso, y uno por uno fueron todos los caballos llevados a la hondonada y por ella remontó el piquete, y fue a rodear la meseta por el sur mientras la infantería escalaba de poniente a oriente. A las nueve de la mañana, los montoneros habían sido rechazados de tres altos cerros que iban sucediéndose uno después de otro, en forma que siempre creíamos subir el más elevado, pero al llegar a la cumbre divisábamos más allá otra altura desde la cual nos disparaban los montoneros. Al fin, desalojados de cerro en cerro hasta del más alto picacho, no les quedó otro recurso que correrse sobre las crestas peladas de ese cordón de cordilleras. Desde la posición tomada por la infantería teníamos, a las 12 m. la meseta y el pueblo de Huamuna a nuestros pies. El teniente Reyes se acercaba al villorrio, habiendo destacado patrullas hacia el oriente. Le mandé orden de tomar las armas y el ganado que encontrase y de hacer prisionero a todos los hombres de más de 14 años. El teniente Reyes no encontró ser humano en el caserío que antes de penetrar a él comenzaba a incendiarse por muchos puntos a la vez.

Reunió el teniente unos 500 bueyes y enormes piños de cabros y ovejas y principió el descenso hacia la vertiente opuesta. La infantería permaneció aún algún tiempo sobre las cumbres que rodean la meseta, y en esos momentos se me llamó la atención hacia el incendio de Huamuna, que ardía por sus cuatro costados. Dejé a retaguardia una pequeña fracción de tropa a cargo de un sargento para impedir que los montoneros que se hubiesen escondido entre las peñas hicieran fuego sobre el destacamento en el momento de bajar, y ordené al grueso seguir el movimiento del piquete de caballería para caer directamente a la quebrada de Chicla, unas dos leguas al oriente de Matucana. Desde aquella altura en que estábamos se domina un ancho horizonte de más de treinta kilómetros, la orientación era por lo tanto fácil. Llevaba el destacamento dos horas de camino de bajada cuando divisamos a tres mil metros de distancia, en la dirección de marcha, sobre un portezuelo, una línea de tiradores que obstruía completamente el paso del desfiladero.

Por el uniforme y formación de la tropa no parecían montoneros. De repente rasgó los aires el vibrante sonido de una corneta, lenguaje que los oficiales de aquel tiempo comprendíamos mejor que el castellano. Atención e interrogaciones dijo aquella pregunta a tres kilómetros. Atención dos puntos agudos y vanguardia fue la respuesta. En el acto aquella tropa se replegó y continuó tranquilamente la marcha en formación unida. Era el resto de la 4ª compañía del 2º de Línea que el coronel Canto había enviado por el oriente de la posición enemiga para impedir la escapada de los montoneros por ese lado.

A la caída de la tarde se detuvo el convoy en la estación de Chicla, punta de rieles en aquel entonces de la línea del Oroya. Chicla no es propiamente un valle sino una quebrada. Se halla a 11.000 pies de elevación absoluta; separa las dos ramificaciones que se desprenden de la cadena occidental de Los Andes en Casapalca y entre las cuales baja la más caudalosa de las corrientes que forman el Rímac. El terraplén de la línea estaba terminado hasta Casapalca, alcanzando en aquella región una altura de 13.000 pies sobre el nivel del mar.

La quebrada de Chicla, entre la estación de ese nombre y el caserío de Casapalca —a tres leguas al oriente de Chicla— es enteramente improductiva, salvo una que otra diminuta planicie donde el indio cultiva habas y alfalfa. Los pueblos nombrados, fueron al principio simples estaciones o almacenes para la concentración de los elementos que requería la construcción de la vía. Poco a poco las necesidades del tráfico llevaron a ellos numerosos pobladores y un comercio relativamente activo. No en pequeña parte contribuían también a darles vida, los establecimientos mineros que comenzaban a organizarse.

El mejor hotel de Chicla estaba a menos de 80 pasos al oriente de la estación, sobre una pequeña meseta. Nos dirigíamos a él cuando fuimos acometidos casi todos de la puna o soroche. Mientras permanecimos en la inmovilidad del tren, no fue sensible para nosotros el enrarecimiento del aire o al menos no nos causó mayor molestia; pero con el esfuerzo requerido por la marcha ascendente, aceleróse la circulación de la sangre y sentimos que faltaba a nuestros pulmones el elemento vital; zumbido de oídos, fuerte dolor de cabeza y pesadez al cerebro, incapacidad para realizar cualquier movimiento, malestar al estómago; he ahí las manifestaciones del soroche que experimentamos.

El hotel, aunque bastante grande, no tenía el número suficiente de habitaciones libres para todos los prisioneros; algunos fueron designados para tomar su alojamiento en otros hoteles ubicados en la calle única del pueblo.

Esa noche tomaron asiento en la mesa del hotel siete u ocho típicos que se encontraban en el último periodo de la enfermedad. Todos eran jóvenes y al parecer ricos. Chocaba en ellos la expresión de las fisonomías, en las cuales se retrataba la ansiedad de vivir aún, de prolongar todavía una existencia que el placer y los excesos habían probablemente abreviado, convirtiéndola en una mísera carga. Ese era el parecer de los hombres sanos que observábamos los ojos ávidos y vidriosos de esos jóvenes envejecidos, sus mejillas marchitas y descarnadas, sus miembros temblorosos. Cargados de abrigo y acunados con almohadones, algunos se hacían dar de comer por sus sirvientes, otros tosían o se ahogaban como si fuesen a expirar. Los infelices iban de paso para Jauja y querían continuar viaje antes que las grandes nevazones les impidieran en absoluto el paso de Los Andes. A uno de ellos se le encontró esa noche muerto al pie de la cama; a otro lo vimos al día siguiente agonizando en plena cordillera. Es posible que dos o tres hayan alcanzado a llegar a Tarma; pero pongo en duda que uno solo llegara a Jauja; el camino que salva la cordillera divisoria entre el valle de Jauja y el de Junín, sube a una ancha meseta situada a 5.000 metros de elevación y allí la temperatura es muy baja y sopla constantemente un cierzo horrible; trece leguas de semejante trayecto no es jornada para los moribundos.

Al día siguiente, caballeros en mulas o caballos tan pequeños como malos, y escoltados por una compañía de caballería, no mejor montada que nosotros, seguimos nuestro vía-crucis al interior por el camino de la quebrada que asciende suavemente hasta Casapalca, donde almorzamos. En Casapalca comienza la escarpada cuesta que trasmonta la cadena principal de Los Andes occidentales, cuya línea pasamos sin

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

novedad. La nieve no formaba un manto continuado; sin embargo, el reflejo del sol era bastante molesto para los que habíamos desdeñado las precauciones que todo el mundo conoce.

La ascensión fue larga, penosa, por la dificultad que experimentábamos para respirar. Se me figura que la Sierra pasa al viajero lo que en la lucha por la vida debe sentir el hombre de grandes ambiciones; el viajero trepa la empinada ladera para ir hacia la cumbre, el camino es áspero o resbaladizo; avanza apenas, y el tiempo corre para él con lentitud desesperante; una sensación de desaliento indefinible, que turba su cabeza y le oprime el pecho, tiende a debilitar su resolución de llegar hasta el fin, hasta dominar el nuevo horizonte, que cree lo dejará en suspenso de admiración con el maravilloso espectáculo de bellezas desconocidas. Algo semejante, mezcla de curiosidad y de esperanza me estimulaba a llegar arriba de los primeros, a pesar de ir molesto en grado mayor que los compañeros a causa del mal estado de mi salud.

La impresión que produce la primera mirada al oriente de Los Andes en aquel punto, no comunica plácida recreación al espíritu; lejos de eso, el cuadro es sombrío. En primer término una falda tan abrupta como la occidental, pero reducida a la quinta parte; en seguida una ancha meseta de un verde oscuro; al sur del camino las suaves ondulaciones del terreno perteneciente al establecimiento minero "La American"; al norte del camino, el Lago de Morococha, en cuya margen poniente existían las importantes instalaciones del famoso mineral de Morococha. Al oriente, el horizonte es limitado, el terreno desciende a la ancha depresión, donde está Pachachaca y cuyo fondo no alcanza a divisarse desde la cumbre.

### IV

Embebido quedé un momento en la contemplación del paisaje, talvez porque el matiz de tristeza que le daba cierta poesía, hermanaba bien con la situación y el consiguiente estado de mi espíritu.

En medio de aquella quietud y silencio no interrumpidos por el más leve rumor, atraía nuestras miradas la extensa masa de los edificios de la Morococha, que formaban un rectángulo cerrado, con altas chimeneas, fielmente retratados en la tranquila superficie del lago.

Mi atención fue luego absorbida con extraña insistencia por la pintoresca manifestación del trabajo y de la industria en aquellos desolados lugares, como si en el fondo de mi ser existiera ya el presentimiento de que allí me reservaba el destino uno de los momentos más amargos de mi vida.

Se recordará que después del combate de Puracá, la división Canto logró la posesión del interior del Perú, desde Huancayo a Cerro de Pasco. Mantuvo guarnición en Concepción, Jauja, Tarma, Cerro de Pasco y Oroya. La línea de comunicaciones de Chicla a Lima estuvo resguardada por las tropas del coronel Urriola, cuyos destacamentos cubrían Chicla, San Mateo, Matucana, Cocrachaca y Chosica. La línea de comunicaciones era, como se ve, demasiado extensa. El coronel Canto no podía prolongarla más sin debilitar considerablemente el núcleo de la División.

Después de Puracá, las fuerzas chilenas debieron pasar el Mantaro y perseguir a Cáceres a Ayacucho, Cuzco, Puno, hasta Arequipa misma, a fin de aniquilarlo por completo; pero concurrían varios factores que impidieron la ejecución de ese plan lógico, que supongo sería extensamente considerado.

En primer lugar, la región que baña el río Jauja, con sus pueblos principales: Jauja, Concepción, Huancayo, Chongo, Chupaca, Apata, Marcabaye, etc., es muy populosa, y las indiadas, que constituyen las nueve décimas partes de los habitantes, nos eran hostiles en grado sumo bajo la dirección de los curas y de los padres procedentes del famoso convento de Ocopa, casi todos en aquel entonces refugiados en las montañas. Las circunstancias anunciadas habrían obligado a dejar una fuerte guarnición en Huancayo con destacamentos menores en Chongo, Chupaca, Apata y San Lorenzo y otras guarniciones en los pasos del Mantaro, en Ayacucho, Cuzco y Puno.

Cáceres no fue, pues, perseguido y pudo rehacerse tranquilamente al sur del Mantaro. Nuestras fuerzas no salvaron en aquella ocasión el puente de la Mejorada y permanecieron algunos meses en relativa inacción.

En julio de 1880 aconteció lo que era de esperarse: Cáceres que se hallaba en comunicación constante con los montoneros y hombres influyentes del valle de Junín, ordenó un levantamiento general a la vez que él atacaba las compañías de guarnición en Marcabaye.

En Oroya, Tarma, Jauja, Concepción, los convoyes en viaje fueron atacados el mismo día. Los asaltantes se vieron rechazados con grandes pérdidas en los tres primeros puntos, pero la guarnición de Concepción, sorprendida en malas condiciones el 9 de julio de 1882, quedó exterminada después de una resistencia heroica, prolongada durante 30 horas. El capitán Carrera Pinto, sus 72 hombres y los tenientes Montt, Pérez Canto y Cruz pasaron a la historia a formar una nueva legión de héroes, dignos de figurar al lado de Prat y de Ramírez.

A todo esto la división Canto atravesaba una situación difícil y peligrosa.

El Cuartel General de Lima atendía directamente el suministro de galletas, azúcar, café y algunos efectos de vestuario y equipo. El pan, la carne, la sal y demás elementos de subsistencia, eran comprados en las ciudades donde se consumían. La dificultad para adquirir esos artículos fue aumentando cada día, el ganado, de escaso llegó a ser raro; los cereales no se vendían en junio a ningún precio, porque dos años de continuada guerra habían impedido o perturbado las faenas agrícolas a tal grado que la última cosecha representaba cifras equivalentes a un 40% de las recolectadas en épocas normales. Las requisiciones a que se apeló no dieron resultado. Recuerdo que para obtener la sal necesaria para la confección del rancho, hubo de recurrir a las visitas domiciliarias: las comisiones iban de almacén en almacén, de casa en casa, requisionando la sal que se encontraba, pues el artículo no se vendía en parte alguna.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

El estado sanitario de las tropas era pésimo. El tifus hacía estragos en todas las guarniciones, especialmente en Huancayo. Sobre 1.500 a 1.600 individuos de tropa acantonados en esa ciudad, se registraron más de doscientas defunciones causadas por el flagelo, comprendidos entre cuatro médicos cirujanos de las ambulancias, que rindieron su vida en cumplimiento de su abnegada misión. Los hospitales y las ambulancias estaban atestados de soldados enfermos, hallándose en consecuencia sensiblemente reducido el número de los combatientes.

Una causa más grave aun que las anteriores, puso en situación desesperante a la división Canto y fue la carencia de municiones. Sumando las existentes en el parque a las órdenes directas del Comando en Jefe, con las que había en poder de la tropa, habría escasamente cien tiros de fusil y carabina. Los grandes temporales, la caída de algunos convoyes en poder de los montoneros y las otras causas derivadas del mal servicio de comunicaciones, ocasionaron esa situación realmente excepcional en una guerra moderna.

El coronel Canto, acosado por tales circunstancias desfavorables, resolvió emprender la retirada, recogiendo al paso las guarniciones de Concepción, Jauja, Tarma, Oroya. La de Cerro Pasco debía dirigirse a Chicla para unirse allí al grueso.

No era por cierto una operación ardua poner en movimiento las tropas chilenas expedicionarias en la Sierra, pues las unidades no llevaban grandes bagajes ni otra impedimenta. La única dificultad consistía en el transporte de los enfermos.

En la Sierra no hay vehículos y el Ejército tampoco los llevaba. Fue preciso, con tal objeto, echar mano de los indígenas, y al efecto se contrataron cuatrocientos o quinientos, quienes transportaron en sus camillas los cien enfermos de tifus que existían en los hospitales.

La primera jornada se realizó hasta Concepción el 11 de julio. El batallón Tacna 2º de Línea cerraba la marcha, y me correspondió mandar la última fracción de la retaguardia formada por tropas de mi compañía, la 4ª del expresado batallón. No hubo incidente alguno durante la marcha, sólo que a lo lejos veíanse en el trayecto montoneros en observación, asomados por las cumbres de las lomas que luego se ocultaban para reaparecer en otro punto distante.

La división penetró en la ciudad a la caída de la tarde y por mi parte recibí orden de permanecer con mi gente en las afueras como guardia exterior.

La ciudad de Concepción estaba abandonada; aún humeaban los escombros del cuartel; sobre la plaza de armas, y cerca de la iglesia contigua al cuartel, se encontraban 76 cadáveres calientes todavía, exactamente los 4 oficiales y los 72 individuos de tropa de la 4ª compañía del batallón Chacabuco. Los muertos y heridos peruanos habían sido retirados. La consternación fue grande en las unidades; el asombro las paralizó frente al horrendo cuadro que ofrecían aquellos manes ensangrentados y ante las huellas

bien visibles de la homérica lucha de treinta horas que allí había tenido lugar. Los cadáveres estaban dispersos o en pequeños grupos: parecían conservar las actitudes en que cayeron.

El frío modelaba ya aquellos cuerpos con una rigidez sombría; alguno, tenía alta la crispada mano, cual si trataran todavía de defenderse a puñetazos. La expresión de las fisonomías era fiera, altiva, transparentándose la resolución inquebrantable que animaba a aquellos héroes; una aureola de gloria iluminaba sus enérgicas facciones.

No habría sido difícil darse cuenta de los sucesos desarrollados sobre aquel escenario y seguir las peripecias y alternativas de la lucha.

El cuartel se hallaba al fondo de una plaza, accesible sólo por dos puntos opuestos, correspondientes a la misma calle, que corría paralela al frente del cuartel. Quedaba éste, pues, al fondo de un saco. Haciendo bis a bis al cuartel, con la plaza de por medio, existían varias casas de dos pisos. Sobre los balcones y tejados de esas casas y encima de las que cerraban la plaza en dirección perpendicular al cuartel, aparecieron inopinadamente al oscurecer del 9 de julio, miles de montoneros, a la vez que la calle larga que pasa por la plaza y otra que había a espaldas del cuartel, se llenaba de una muchedumbre de personas armadas, que pusieron fuego al cuartel y a la iglesia. Parece que el capitán Carrera Pinto quiso abrirse paso a través de la masa enemiga y tomar posiciones en las alturas que dominaban la ciudad por el sur y el oriente, y no cabe duda que inició demasiado tarde esa operación que pudo haber sido salvadora. Por declaraciones de prisioneros peruanos, se supo que el capitán, al mando de toda su tropa, arremetió con furor para abrirse camino hacia Huancayo; pero vióse agobiado por el fuego a quemarropa hecho del frente, de los flancos y es posible que también por retaguardia, dirigidos estos últimos, desde los tejados humeantes del cuartel y de la iglesia. El capitán fue rechazado con grandes pérdidas hasta las puertas del cuartel, frente al cual quedaron vestigios de haberse parapetado, talvez para rehacerse después de cada carga. Muerto el capitán, los oficiales se concretaron a hacer una defensa desesperada, regando con su sangre las trincheras y todos los ámbitos de la plaza, donde un reducido número de nuestras bayonetas tuvo a raya a más de 2.000 peruanos por espacio de muchas horas. A cada intimación de rendirse respondían los chacabucos con una carga a la bayoneta que llevaba el pavor a las filas enemigas. Por última vez cargó el subteniente Cruz, de 16 años de edad, con un puñado de sobrevivientes ya heridos, y todos, incluso el heroico niño, quedaron expirantes sobre un montón de cadáveres.

Esto es lo que se sabe de aquella gigantesca contienda, que Homero no habría desdeñado como tema para hacer su divina trompa épica.

El Comando en Jefe, movido por sentimientos humanitarios, hizo esfuerzos para salvar a Concepción de su destrucción total y con tal fin, distribuyóse una proclama, destinada a acallar la sobreexcitación de las tropas. La indignación y furor de los soldados fue sin embargo incontenible, y los resplandores del más colosal incendio iluminaron esa noche los pueblos, montes y llanuras a más de diez leguas a la redonda.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

La retirada continuó a Jauja y Tarma sin mayores novedades. Al penetrar la división en Tarma, el batallón 2º de Línea sostuvo porfiado combate en San Juan de la Cruz contra la vanguardia del general Cáceres, que fue al fin obligado a retirarse con fuertes pérdidas. A pesar de ese éxito importante, la división hubo de evacuar la plaza la noche correspondiente al día del combate. Inició su marcha a las 12.30 a. m., más o menos, y Cáceres penetró a la ciudad una hora después de haber sido desalojada.

Al evocar estos recuerdos no es mi ánimo entrar en un análisis crítico de las operaciones. Al contrario, tengo el deliberado propósito de relatar sencillamente sin manifestar opiniones que pudieran dar origen a polémicas, desagradables talvez, que no contribuirían con mayor acopio de luz a fijar las mejores resoluciones militares en aquellos días, verdaderamente difíciles para el comando; pero para poner bien de relieve la fortuna increíble con que se verificó el movimiento retrógrado de la división Canto, debo mencionar algunas circunstancias que, debidamente aprovechadas por el general Cáceres, pudieron causar un gran desastre a las armas chilenas.

En primer lugar, el general Cáceres no debió seguir pasivamente la marcha a continuación de la división chilena y por el mismo camino. Era muy superior en número y en elementos de todo género; le correspondían por tanto asumir un rol más activo; por ejemplo, cortar la retirada a los chilenos en Oroya. De Jauja se desprende a Oroya un camino directo flanqueando la alta cordillera que separa a Tarma de Jauja y sigue la margen del río Jauja llamado Oroya en su origen. Ese camino es considerablemente más corto que el de Junín que pasa por Tarma; talvez reduzca la distancia en un cincuenta por ciento. Actualmente está en vías de realizarse la construcción de una línea férrea de Oroya a Jauja, siguiendo el valle del río Oroya por el camino a que hago referencia o inmediato a él.

Nadie impidió a Cáceres tomar esa ruta en prosecución de un proyecto audaz pero definitivo en sus resultados. Cortada la línea de comunicaciones en Oroya por todo el ejército enemigo, la situación para los chilenos quedaba diez veces más difícil de ser solucionada con honor que en Paucarpata, donde tuvo fatal desenlace la desgraciada expedición a Arequipa del año 1838.

Favorecía igualmente a Cáceres la deficiencia de nuestros servicios de exploración y de comunicación: la prueba evidente, irrefutable, de esta verdad, la ofrece el suceso mismo de Concepción, acaecido a seis leguas escasas del grueso de nuestras fuerzas, sin que el Cuartel General tuviera de ello conocimiento, a pesar de que pasaron treinta horas en estruendoso combate, sustentado sobre la vía principal y única de comunicaciones a Jauja, Tarma y Lima. Esas deficiencias de nuestro lado, el conocimiento cabal que de la región tenía el general enemigo y la ayuda que es natural, le prestaran los habitantes, aseguraba a nuestro contendor la reserva de cuanto emprendiese y por consiguiente la facilidad para hacer valer la sorpresa en su favor.

El general Cáceres fue sin duda un hombre valiente, patriota ardoroso y muy tenaz para mantener la guerra sin desalentarse por los fracasos; pero en julio del 82 no supo aprovechar las ventajas que le brindaba la situación y obró como general mediocre.

La división Canto se movía lentamente, sin víveres casi, trasportando numerosos enfermos, con escasísima dotación de municiones, y todavía esa tropa no llevaba debidamente organizado un fuerte servicio de retaguardia. En esa forma evacuó a Tarma, a media noche sin ser hostilizada. Todos los oficiales del 2º de Línea creíamos firmemente que al amanecer seríamos atacados desde posiciones paralelas al único camino de nuestra retirada. Ese ataque de flanco era posible utilizando algunos de los atajos y senderos que cruzan el camino principal en diversos puntos, lo que Cáceres pudo hacer preparando la operación con toda oportunidad. La oscuridad era muy densa aquella noche, en el hondo valle. Los oficiales del 2º de Línea habíamos adquirido alguna experiencia acerca de lo difícil que es impedir el dislocamiento y extravío de las tropas en las marchas nocturnas, y en Tarma se tomaron previamente varias medidas para asegurar, en todo caso, la unidad y la cohesión dentro de las compañías. Sin embargo, al amanecer nos sorprendió el espectáculo menos halagüeño para nuestras armas. El valle se elevaba gradualmente en el sentido de la marcha, lo que permitía observar en una gran extensión el espacio recorrido. El camino se destacaba claramente a lo largo del valle. La columna de marcha a nuestra espalda se había espaciado en una profundidad de seis o más kilómetros. Para 1.500 hombres sin bagajes, era aquello un verdadero desbande. El personal de las unidades y de las distintas armas estaban esparcidos en pequeños grupos, mezclados los individuos de caballería con infantes y artilleros: no habría podido decirse cual era el 2º, ni el Chacabuco, ni el Lautaro. Los jefes ordenaron alto y pasaron largas horas antes de reconstituir los esparcidos batallones.

No se lea en las líneas anteriores un cargo formulado al bravo y distinguido coronel Canto. En absoluto, no es esa mi intención; todo lo contrario: nadie puede, en efecto, imaginar que el coronel Canto ignorase los graves inconvenientes de una marcha semejante; pero la certidumbre de no ser atacado durante la noche, debiendo serlo al día siguiente en pésimas condiciones dentro de la ciudad, lo decidió a afrontar las consecuencias de una retirada nocturna a trueque de salvar a la división: entre dos males optó por el menor, y los acontecimientos posteriores le dieron la razón.

En Oroya, nombróse a la 4ª compañía del 2º de Línea para relevar a la 2ª del mismo cuerpo en la comisión que se le había dado de atender y defender a los cien enfermos de tifus que eran conducidos en camillas por cuatrocientos o más indígenas. El capitán de esa compañía, don Lucindo Bysibinger, fue atacado de viruela y pasó a ser el número 101 de los enfermos que quedaron bajo mi protección, por pasar a ser yo el comandante accidental de la expresada unidad. Tres soldados que sucesivamente se designaron para cuidar al capitán Bysibinger, perecieron contagiados por la terrible enfermedad; pero el capitán salvó, a pesar de no habersele atendido con medicamentos de ningún género ni con otras atenciones que la de ir sobre una camilla a toda intemperie, soportando la lluvia y la nieve como los demás enfermos.

Debo exponer en cuatro palabras el estado físico y moral de la gente cuyo mando se me confió en Oroya.

El personal de la compañía iba debilitado por la deficiente alimentación y las fatigas.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Los enfermos eran atendidos con esmero por los cirujanos, quienes les suministraban religiosamente las medicinas del caso: pero yo no tenía un grano de arroz cocido ni crudo que darles; disponía sí de café y de algunas galletas; carecía enteramente de azúcar y de todo otro artículo alimenticio.

Se comprenderá que cuando no había ración con que alimentar a los enfermos ni a los soldados, mal podría el jefe del destacamento preocuparse de que comieran los cargadores de camillas. Esos infelices iban en camino de llegar a ser dignos émulos de los faquires de la India, por aquello de vivir días y días, sin ingerir alimento alguno. Realmente que era ya bastante marcada la demacración en el personal del destacamento, cuando me adelanté con él, camino hacia Pachachaca, en medio de una lluvia helada que entumecía los miembros.

Pasado el caserío de Pachachaca se desencadenó una tormenta, majestuosa, aterradora: multitud de rayos, nacidos de todos los puntos del horizonte se cruzaban en el espacio y lo iluminaban con sus fúlgidos destellos: caían aquí y allí, sobre las crestas de la cordillera, con chasquido seco y fatídico, que el eco reproducía millares de veces, perdiéndose poco a poco el estruendo en las lejanas concavidades que dejan entre sí las altas cimas. Luego comenzó la nieve a caer silenciosa en compactos copos. Esto hizo más penosa la situación de los enfermos que descargaban con sus enflaquecidas manos la nieve acumulada en las camillas, y la de los indígenas, quienes, extenuados y hambrientos, resbalaban a cada paso. Algunos cayeron exánimes, materialmente imposibilitados para moverse más; allí, entre Pachachaca y Morococho, quedó el cuarenta por ciento de ellos como caballos reventados en medio de la vía. A medida que iban cayendo los hacía relevar por soldados. Algunos enfermos –tres o cuatro– murieron antes de las doce de esa tremenda noche. Los demás iban casi expirantes.

La tempestad, el cansancio de los indígenas y la tristísima condición de los enfermos, originaron continuos atrasos y entorpecimientos en la marcha; de tal manera que eran las dos de la mañana y los oficiales, tenientes Martín Orrego, Pedro Pablo Barraza, Carlos Acevedo y yo, hacíamos esfuerzos para no dejar camillas rezagadas, buscándolas y contándolas a la difusa claridad reflejada en el blanco manto sobre el cual caminábamos. El frío era aún soportable para mí; pero el espesor de una herida me hacía sufrir horriblemente. En esa situación descendimos a la planicie de Morococho y orillamos el lago con la esperanza de llegar al pie de la cadena principal que debíamos subir a fin de caer a Casapalca. ¡Tres leguas aún y casi todas de violenta subida por sobre la resbaladiza nieve! Considerando imposible realizar semejante hazaña, ordené alto, con la resolución ya tomada de refugiarme en Morococho. Todavía pasó una hora más en continuo ir y venir de la cabeza a la cola de una columna y viceversa, procurando reunir el personal mediante un supremo esfuerzo de los indios, ayudado por todos los soldados y clases sin excepción.

Por fin a eso de las 3 a. m. logré instalar el destacamento en los corredores de Morococho. En el acto hice preparar café caliente, que reanimó a los enfermos, salvando a muchos de una muerte segura. Se hizo en seguida cuanto fue posible por sacarles sus ropas mojadas. Pero no obstante esas y otras atenciones, a la mañana siguiente eran ya nueve o diez los fallecidos.

Los oficiales de aquella época, por razón de haber adquirido el hábito de afrontar peligros y de sobreponerse a toda clase de penurias y sufrimientos, no íbamos en achaques de sensibilidad más allá de ciertos límites, fijados por sentimientos humanitarios, que no perjudicaran la disciplina ni fueran obstáculo al desarrollo de la acción militar, amoldadas a las conveniencias del momento y de las órdenes superiores. Tal vez por esas circunstancias, de que entonces no me daba cuanta cabal, las horripilantes escenas a que me refiero no dejaban en mi ánimo impresión duradera. Sin embargo, a la vista de aquellos cadáveres de una flacura extraordinaria, acudieron a mi memoria los rasgos característicos de varios de los soldados muertos que había conocido: los había visto, sanos y fuertes, batirse como leones en más de una ocasión; sobrellevar las fátigas de largas marchas sin que les hiciera mella el calor ni el frío, la lluvia ni la nieve; los había visto durante meses dominar por la áspera Sierra, mal alimentados, por no decir hambrientos, sin calzado casi, dejando su sangre gota a gota en los guijarros del camino: pero siempre animosos y alegres, siempre orgullosos de servir a la querida Patria. Helos ahí ahora convertidos en míseros esqueletos; pero, no hay duda, pensaba yo, que estos han dejado de sufrir y que alguna recompensa tendrán por su abnegación ejemplar y sublime.

En el abandonado establecimiento no se encontraron herramientas con qué cavar una sepultura bajo la capa de nieve, de un metro de espesor, que cubría el suelo. Me fue sumamente penoso tener que hacer depositar los cadáveres de aquellos bravos en el fondo del lago, cada uno con pesada piedra al cuello. ¡Contradicción incomprensible del destino! Un ignorado lecho de fango como descanso final, para quienes habían merecido un monumento, donde sus nombres, esculpidos en el bronce, pudieran ser leídos con orgullo por las generaciones venideras.

Felizmente hubo como enviar un propio a Casapalca.

La situación empeoraba a cada rato por la carencia de elementos y a causa de la nieve que seguía cayendo en abundancia.

A medio día se divisó en la cuesta una recua de mulas del Ejército viniendo de Casapalca con los arrieros correspondientes y algunos individuos de caballería que las custodiaban. Mandé un sargento con tres soldados al camino, distante un kilómetro de Morococha, a comunicar la orden de dejar algunos víveres para el destacamento. La patrulla cumplió su encargo; pero el capataz y jefe militar del convoy, se negaron a darles una sola galleta excusándose en la orden terminante que tenían de verificar la entrega del Delegado de la Intendencia en conformidad a la guía de que eran portadores. Inútiles fueron cuantas observaciones el sargento hizo para que cambiaran de resolución. Entonces dos soldados rebanaron disimuladamente varios sacos con sus corvos en el momento en que el convoy se ponía nuevamente en movimiento; de modo que un ancho reguero de galletas, en buen espacio quedó sobre la nieve, matizada a trechos por enormes pedazos de excelente charqui, que los soldados se apresuraron, naturalmente, a recoger. El sargento dio cuenta de su comisión presentando una pochada de galletas y otra de charqui y tuvo buen cuidado de guardar reserva acerca de cómo había obtenido aquellos víveres.

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

Gracias a ese no despreciable recurso, se pasó el día; pero a la tarde la situación era otra vez apremiante.

Pasaron 24 horas sin tener noticias de la división ni recibir auxilio de ningún género. Era fuera de duda que la división se hallaba detenida en Pachachaca por el temporal. Ese estado de cosas podía mantenerse inalterable dos días y más pues los temporales en la cordillera duran de cuatro a cinco días, y en 48 horas todos los enfermos y algunos soldados habrían perecido por inanición. Resolví, en consecuencia, continuar viaje a Casapalca a pesar de la tormenta que no cejaba un punto.

A las 8 de la mañana dejamos nuestro refugio y comenzó la ascensión. Lo previsto se verificó exactamente: la cabeza de la columna encontraba la nieve blanda en la superficie; pero el paso de los que a continuación marchaban la comprimían en el estrecho sendero poniéndola sumamente resbaladiza, con la consistencia del hielo. Si a esto se agrega que la pendiente es allí bastante rápida, se comprenderá cuanta dificultad tendrían que vencer los soldados portadores de camillas —indios quedaban muy pocos. A los cinco minutos de subida, los camilleros caían de bruces y los enfermos rodaban cuesta abajo envueltos en sus ropas y a la par con sus rifles. Parece que esa caída general levantó el espíritu de esa pobre gente, física y moralmente anonadada; pues tomaron en silencio sus rifles y apoyándose en ellos continuaron penosamente la marcha a pie. Todas las camillas quedaron allí tiradas. Pero la excitación esa no podía ser sino momentánea. La extenuación tenía que venir luego con postración absoluta; talvez la muerte inmediata habría sido resultado de ese esfuerzo brutal hecho por aquellos moribundos. Por felicidad, a media falda encontramos un piquete de Carabineros y una numerosa y abastecida sección de ambulancia. Sólo entonces pude respirar con algún alivio y preocuparme de mí mismo que iba igualmente en un estado mísero.

### V

Pasada la cumbre, el viaje de los prisioneros se verificó sin mayores novedades hasta Tarma, término de la tercera jornada y punto de nuestro destino. Sólo en Oroya, donde pernoctamos el segundo día, fuimos algo molestados por un grupo de vecinos de aquel villorrio. A media noche nos despertó un vigoroso punteo de guitarra y mandolinas, como preludios de un coro de voces trasnochadas que, en música de yaraví y malos versos, ponderó las hazañas del comandante Villavicencio, jefe de la escolta, alojado en un ranchón próximo al nuestro. Aquellas endechas tuvieron su fin a eso de las dos de la mañana con íntima satisfacción de los prisioneros; pero nuestro pláceme duró poco, pues luego recomenzó la sinfonía, esta vez a nuestras puertas y con buen refuerzo de enronquecidos trovadores. Se nos propinó con una ridícula diatriba en música de zamacueca, que los peruanos llaman la chilena. La primera estrofa alababa al gentil peruano, diestro, fino, valeroso y remataba con el estribillo: ¡peruanito! en el cual los cantores apuraban su arte para poner cuanta afectación dulzona eran capaces de producir sus averiadas laringes. En la estrofa siguiente se injuriaba al roto chileno, al pirata de los mares, al bandido de la encrucijada, y terminaba con ¡Chilenazo! a todo pulmón, que nos hizo reír bastante. Este segundo acto, caracterizado por un rencor pueril y algo femenino, fue más divertido que el primero, y lo celebramos, sintiendo que la situación nos

impidiera corresponder a la usanza española, con la paliza que es regla en semejantes casos. La aurora, junto con ahuyentar las tinieblas, dispersó la patrioter comparsa, que hubo de alejarse gritando todavía al unísono ¡Viva el Perú generoso!

Serían las dos de la tarde cuando la caravana de prisioneros, tropa y arrieros, penetró en Tarma. Las estrechas calles estaban casi desiertas, debido a disposiciones de la autoridad, que, comprendió su deber, quiso evitar a su país la vergüenza de que fuéramos otra vez, como en Arica, el blanco de los insultos y desmanes de la chusma. Las manifestaciones partieron de las ventanas y pasadizos, y aunque a soto voce, no escasearon los epítetos groseros; los muchachos de una escuela, apiñados en puertas y ventanas, nos lanzaron, además, algunas piedras; una de ellas hirió en la cara al mayor Troup. El chubasco no escapó hasta que nos vimos en el tercer patio de un viejo cuartel, patio exclusivamente destinado a los prisioneros. En los otros departamentos del edificio estaba instalado un batallón de infantería. El tercer patio tenía al costado poniente un ancho corredor que había servido de caballeriza; al oriente había una gran sala con varias puertas y ventanas, en la cual hubieran podido alojarse cincuenta hombres; otra sala igual y sobre ésta, formando el segundo piso, completaba el cuerpo de edificios de ese costado; al sur y al norte se veían simples murallas. Una sola puerta al norte comunicaba con el segundo patio. Mientras terminaba el aseo de la sala baja permanecimos en los corredores.

Durante la jornada no había prestado gran atención a lo que me rodeaba: la disposición de ánimo de una persona que se siente agobiada por la desgracia no es favorable al análisis en las pequeñas cosas: todo me era indiferente; apenas si había reparado en la esbelta silueta de algunas niñas, en el óvalo perfecto de sus graciosos rostros, de un moreno suave, con los ojos negros muy expresivos que nos miraban con fiero enojo. Era preciso ser torpe y ciego para no ver en las frescas bocas de esas hermosas criaturas, la callada modulación de un insulto hiriente que pugnaba por salir del corazón a los labios. Que un muchacho de 19 años no parase mientes en aquellos ángeles, indicaba por cierto decaimiento grande y un lamentable estado del espíritu.

Después de un corto descanso fue despertándose en nosotros el interés de examinar el medio ambiente que nos rodeaba. El pájaro enjaulado debe mirar anhelante, con todas las sensaciones de su instinto, el dilatado espacio que antes surcaba libremente. Nosotros contenidos por las cuatro paredes del patio, contemplábamos por sobre los techos los terrenos elevados que circundan en la ciudad. Las mesetas y faldas cubiertas de verdes alfáfares, parecían estar al alcance de la mano; casi se veía el tallo de hierba movido a impulso de ligera brisa; tal era la pureza y transparencia del aire. El cielo tenía un tinte azul purísimo, como jamás lo había observado en mi país.

Por los individuos que aseaban el patio y la sala baja, supimos que en el segundo piso se encontraban con centinela de vista don Domingo Godoy y don Juan de Dios Vial. Se recordará que en el mes de mayo de 1879 el gobierno de Chile, deseoso de ilustrar a los gobiernos de Colombia y Venezuela acerca de las causas originarias de la guerra, envió en calidad de Encargado de Negocios a aquellas repúblicas

a don Domingo Godoy. El señor Godoy se embarcó con su secretario, el señor Vial, en el vapor Paita de la Compañía Inglesa. En Callao fueron ambos sacados por la fuerza de a bordo y confinados al interior. Al llevar a cabo semejante violencia sobre la cubierta de un buque neutral, cometió el Perú un acto atentatorio a las conquistas de la civilización, a las nociones del derecho internacional. En efecto, no hacía mucho tiempo que con motivo de la cuestión del Trent, quedó en Europa sancionado por acuerdo unánime de todas las naciones de aquel continente, que no era lícito extraer de embarcaciones neutrales a los agentes diplomáticos que uno de los beligerantes acreditarse ante otros gobiernos.

La protesta que había motivado esa conducta inaudita del Perú; no tuvo otras consecuencias que hacer más amarga la vida de los dos diplomáticos cautivos, contra quienes se ensayó todo género de vejaciones. Un oscuro y sucio desván, en el cual sólo se veía un catre de tijera y un cajón vacío, que servía de velador, tal era la habitación que se destinó al señor Godoy y a cuya puerta se paseaban dos centinelas armados hasta los dientes como si custodiaran a un peligroso criminal.

Ese día nos visitó el Prefecto del Departamento de Junín, coronel Santa María. Era un atildado personaje de 65 a 70 años de edad, alto, delgado, de porte más o menos distinguido. Llevaba levita de marino, pantalón con franja de oro y bastón con puño del mismo metal; el bigote y la perilla, cuidadosamente teñidos, armonizaban en color con su rizada peluca de melena, como no lo había deseado mejor un poeta decadente de nuestros días.

Sirviéndose de palabras escogidas y en periodos bien redondeados y pulidos, nos hizo el señor Santa María, una salutación estilo caballeresco, y ofreció en seguida dar facilidades para mejorar nuestro alojamiento.

Algunos días después se nos reunieron los oficiales sobrevivientes del combate de Iquique. Tuvimos el honor de conocer a esa pléyade de jóvenes heroicos: los tenientes Uribe y Sánchez; los guardiamarina Wilson, Fernández Vial, Zegers; el doctor Guzmán, el teniente Hurtado, el contador Goñi, el cirujano 3º Germán Segura, todos tan bravos y entendidos militares como excelentes compañeros. Formábamos ya un grupo de 32 incluyendo al ministro Godoy y el secretario Vial.

La vida de los prisioneros fue por demás monótona mientras permanecimos en el cuartel. Al principio nos llamó la atención una gran banda de pitos y tambores, los pitos no existan en nuestro Ejército, que tocaban con entusiasmo inagotable la diana, el redoble, asamblea, llamada, etc., pero luego nos cansaron los mismos aires. El rosario que todas las tardes rezaba la tropa con tono reverente, como dice la antigua ordenanza española, fue otra novedad. Por lo demás, el aspecto ordinario del cuartel era bastante sórdido: las rabonas alineaban sus fuegos en el segundo patio: los desertores vestidos de un largo sagal de tocuyo, con la cabeza raspada a navaja, hacían la policía. El grosero despotismo con que toda aquella gente era tratada, nos produjo triste impresión; más que un cuerpo de tropa era el conjunto de un rebaño inconsciente mantenido allí por el temor al castigo: la idea de Patria existía en aquellos infelices sólo en estado muy rudimentario.

En agosto nos trasladamos a una casa de propiedad de la familia Santa María, que el gobierno peruano permitió que arrendáramos. La casa era de dos pisos: en el primero fue instalado el comedor, la cocina, la sala de billar, el cuerpo de guardia, el cuarto de bandera, la pieza del mayor Vidal que era el superior de la guardia y las habitaciones del personal de servidumbre; en el piso superior tuvimos los prisioneros nuestros dormitorios.

Verificado el cambio de residencia, la vida de los prisioneros se hizo más regular, sin incidentes ni alternativas que merezcan relación minuciosa. No podíamos salir; pero la observación desde los balcones proporcionaba a veces buenos temas de entretenimiento y la acción de estudiar el carácter y las costumbres de los serranos.

En los pueblos del interior y más aún en los campos, predomina el elemento indígena; el idioma quechua es por tanto el más generalmente hablado. Los individuos algo cultos poseen además el castellano; pero entre los indios del campo muy pocos pueden darse a entender en otra lengua que la nativa.

Los indígenas tienen aspecto humilde y triste. Se expresan con gran vivacidad gesticulando nerviosamente con todas las facciones que adquieren por el ejercicio una movilidad asombrosa.

La cobardía y el servilismo del indio igualan a su timidez. Esto lo vi después muy comprobado: un fruncimiento de cejas de un oficial chileno, bastaba para que el indio temblara de pie a cabeza y pidiera misericordia. Repetidas veces presencié el siguiente diálogo entre un soldado en marcha y algún indio arriero: ¿Cuántas leguas faltan para llegar a tal punto? Dos no más pues, tatitoi. ¿Cuántas? vuelve a preguntar el soldado, con mal humor ante la desagradable noticia de dos leguas más que caminar. Una legüita solita tatitoi ¿Cuántas dices? —si es una cuadrita no más tatitoi, responde el indio todo afligido, allí está pues, detrás de la puntilla. Si el soldado insistía en manifestar enojo, el indio no trepidaba en ponerse de rodillas y pedirle perdón.

Esos individuos tan ruines, se transforman en fieras humanas cuando tienen abrumadora superioridad numérica sobre su enemigo.

En resumen, el serrano carece de fuerza, gracia y valor, siendo, por consiguiente, un tipo nada interesante y bastante antipático.

En cambio la mujer serrana es digna de conmiseración. Ella lleva parte activa en la lucha por la vida: prepara el terreno, siembra, cosecha y negocia los productos, fabrica la tela que visten el marido y los hijos, confecciona los trajes; si faltan llamas ella es también la bestia de carga; si no hay caballos o buey para la tracción de la pequeña carreta, ella se pone las correas sobre los hombros y hace rodar el vehículo por las calles de la ciudad. Bajo nuestros balcones pasaban fornidas muchachas, abiertas de piernas sobre caballos y burros, o a pie cargadas con grandes bultos. Jamás se ven en Tarma mujeres ociosas: por la calle

van a marcha acelerada, siempre con el chiquillo a la espalda y haciendo girar el huso para hilar la lana. La vida de las indígenas es de una moralidad intachable; pero en las fiestas públicas no es raro ver viejas ebrias cometiendo inconveniencias.

En varias ocasiones quiso aquel pueblo darnos una prueba práctica de sus feroces instintos a costa nuestra. Recién instalados en la casa de la familia Santa María, se levantó una protesta pública formulada en meeting, cuyas conclusiones se elevaron al gobierno en forma de petición. Querían nada menos que verificar primeramente un registro para quitarnos las armas, que decían guardábamos clandestinamente y en seguida internarnos a las pampas del Sacramento, región mortífera por excelencia, habitada sólo por fieras e indios antropófagos. El gobierno, temeroso de las represalias, se negó a sancionar aquel caritativo acuerdo de los ciudadanos.

El día en que se tuvo conocimiento de la toma del Huáscar, el odio que inspirábamos se desencadenó en proporciones verdaderamente salvajes. El pueblo en masa se lanzó sobre la casa para lincharnos. El prefecto Santa María, advertido a tiempo, tomó dos compañías bajo su mando inmediato, cargó contra los bochincheros, apresó unos cincuenta al azar y sin mayores preámbulos les hizo dar cien azotes a cada uno, largándolos después, sin siquiera exigirles recibo por el obsequio, generosidad que no ha sido siempre de uso corriente en Chile.

El sedativo tuvo el efecto acostumbrado: los nervios de aquellos valientes se calmaron como por encanto y la ciudad pasó, sin otro esfuerzo, de la efervescencia más exagerada a la calma más absoluta.

El fracaso de los movimientos populares en contra de los chilenos, trajo la adopción del sistema de serenatas nocturnas para molestarnos, a que ya se había apelado algunas veces. Soportamos con paciencia ejemplar las cencerradas, hasta que uno de los compañeros, exasperado por tanta majadería, vació un gran recipiente de aguas varias sobre las cabezas e instrumentos de los artistas. También resultó este procedimiento, pues acalló instantáneamente el furor filarmónico de los figaros: un silencio profundo y luego una lluvia de piedras con gran sonajera de vidrios rotos, nos informó claramente de que le habían tomado el peso al argumento.

## VI

La estadía en Tarma fue haciéndonos gradualmente pesada, hasta rayar en lo intolerable. Jóvenes como éramos, no podíamos aceptar buenamente la inacción en que vivíamos, sin intentar salir de ella por cualquier medio. Ese descontento sordo que bullía en el fuero interno de cada uno, constituyó el periodo de gestación de un descabellado proyecto de fuga al Brasil, que estuvimos a punto de realizar. No todos se comprometieron a afrontar la empresa, pues varios estaban bajo su palabra y otros se sentían mal de salud.

Se trataba de salvar el cordón oriental de Los Andes; seguir la corriente del río Chanchamayo hasta el río Perene; construir allí embarcaciones, bajar el Ucayalí y en seguida el Amazonas, para salir campan-tes y sin novedad al Atlántico; en suma, una caminata de varios miles de leguas, parte por tierra, parte por la vía fluvial, con grandes percances y aventuras, a través de la región más salvaje e inhospitalaria del globo.

La situación desgraciada en que nos hayábamos, agobiado nuestro amor propio como militares, nos compelia fatalmente a llevar adelante el propósito de realizar la loca expedición proyectada, a cuyo lado la retirada de Jenofonte y los diez mil nos habría parecido juego de niños.

El plan quedó concertado en sus líneas capitales: cualquier día podíamos comenzar a ponerlo en práctica, porque no teníamos recursos que acopiar ni elementos de ningún género que llevar con nosotros: habría bastado la voz de orden ¡adelante! Para emprender la marcha a la buena de Dios, hasta el seno de la inmensa selva, donde por cierto habríamos perecido miserablemente.

Por felicidad, íbamos ya a dar el primer paso, cuando llegó a Tarma la fausta nueva de que entre Chile y el Perú se había pactado el canje de prisioneros.

En presencia de esta noticia, que cambiaba el rumbo de nuestra existencia, fui testigo de las más variadas manifestaciones de alegría.

Por fin llegó la hora de nuestra partida. El día anterior habían sido despachados los equipajes, para facilitar un viaje rápido hasta el Callao; pero las cabalgaduras de el mayor Vidal puso a disposición de los prisioneros, no correspondían a ese propósito: eran, en sus dos tercios, escualdidos jamelgos incapaces de trotar dos minutos seguidos, o mulas igualmente flacas, de aspecto triste y andar parsimonioso, que no tenían otro aire de marcha que el tranco. El animal que se me entregó no era digno de exhibirle como una información viviente, acerca del mayor grado de infortunio que pueda agobiar a una mula; a juzgar por su lúgubre aspecto, la pobre adolecía de asma y de hambre crónica; además, otra clase de males, verdaderos gajes del oficio, eran visibles sobre sus lomos, desde la cruz hasta la cola. Había sin duda relación entre la voluntad buena o mala del animal para llevarme sobre sí y su aptitud física: los dos elementos combinados darían la suma de su fuerza aprovechable o negativa. Reducidos todos esos esfuerzos de tracción, en cifras, calculé que la mula era capaz de trasportarme al Oroya en el término de 24 horas, salvo que un desfallecimiento repentino pusiera término a sus sufrimientos, dejándome plantado a media jornada. No me halagó la expectativa, y resolví declinar perentoriamente el honor de montar la mula que se me designó: —Quédese, pues, si le place, se me contestó.

Personalmente hice diligencias para alquilar un caballo y tuve la suerte de encontrarlo espléndido, con montura plateada, de finísimos pellones, estriberas y freno de plata. Todas las argollas y hebillas del correaje eran del mismo metal. Acepté sin regatear el precio del alquiler, que debía yo entregar en Chicla

al dueño del hotel principal, juntamente con el caballo y arreos. Contentísimo salí de Tarma al galope, sin preocuparme de las tres horas de ventaja que me llevaban los compañeros, seguro de que les alcanzaría antes del término de la jornada. Efectivamente, llegué a Oroya con todos ellos. Nos instalaron en los mismos galpones que nos habían ya cobijado. Aleccionado por la experiencia tuve especial cuidado con la montura, que coloqué cerca de mi cama y con el caballo que recomendé especialmente al capitán Vidal –hermano del mayor– que iba a cargo de un piquete de ordenanzas montadas.

Al declinar la tarde sintióse el acorde lejano de instrumentos de metal y gran vocerío de gente que se aproximaba. Minutos después pasó, frente a nuestro rancho, una multitud de soldados reclutas, mal armados y peor uniformados, seguidos de un número algo menor de mujeres harapientas y de mugrientos chiquillos. Aquella muchedumbre que asemejaba más a una banda de gitanos que a un cuerpo de tropa, constituía nada menos que el regimiento Concepción y sus rabonas correspondientes.

La noche pasó rápida y tranquila; sólo un sordo rumor turbaba la quietud general, y era una mezcla confusa e indefinible de los diversos ruidos que partían del campamento peruano, instalado en un potrero algo distante.

Se nos previno esa noche que saldríamos al día siguiente muy de madrugada, antes que se pusieran las tropas en movimiento.

A las seis de la mañana, todos estaban listos para marchar, menos yo: mi caballo había desaparecido sin dejar huellas. El mayor y el capitán opinaron que el caballo, al desconocer su pesebrera, había vuelto a Tarma, y aceptando la hipótesis como un hecho indiscutible, hicieron sólo débiles esfuerzos para encontrarlo. A las seis emprendieron los compañeros la marcha excepto dos que se quedaron conmigo para ayudarme en los reconocimientos que hice por los alrededores. A las siete no tenía la menor esperanza de recuperar el caballo y resolví buscar otro para terminar el viaje. Me presenté a los alcaldes –6 u 8 indios con largas varas, que andan siempre juntos en el desempeño de sus funciones– y les dije con el tono más firme y reposado que me fue posible adoptar, que les haría pagar el caballo si no lo hacían aparecer en el plazo de dos horas y que mientras tanto me proporcionarán la mejor cabalgadura de la comarca.

Los indios muy asustados, hicieron mil protestas serviles, hablando todos a un tiempo con grandes aspavientos y gesticulaciones y salieron en tropel al callejón, en circunstancias que pasaba un indígena en un caballo muy pequeño. Írseles encima los alcaldes, tomarle uno el caballo de las bridas mientras los demás tiraban al jinete de una pierna, hasta dejarlo de espalda sobre el barro, fue obra de un segundo.

Parece que el procedimiento no fue muy del agrado del indígena, que es probable haya protestado en términos inconvenientes, porque los alcaldes lo hicieron correr más que de prisa, poniendo en conocimiento sus varas con las costillas del pobre diablo.

En triunfo me llevaron los alcaldes el famoso caballito, sin duda el mejor que podía encontrarse en aquellos contornos, a juzgar por el aire de satisfacción con que me lo presentaron. Dos alcaldes lo tiraban de las riendas y el resto lo estimulaba a andar mediante la aplicación reiterada de sus bastones sobre las ancas del cuadrúpedo. El animalito no comprometió la situación, dando señales de indignación y protesta, como su ex-amor; antes al contrario, los asnos de mi tierra habrían envidiado su resignación y pasividad ejemplares.

Ensilé concienzudamente sin que el caballo diera señales de advertirlo, muy bien equilibrado sobre sus cuatro patas, tenía la cabeza inclinada a tierra en actitud de meditar profundamente. Monté y la misma inmovilidad, salvo un pronunciado hundimiento del lomo. Comprendí entonces cual era el lado flaco del caballito, y con la ayuda de una gruesa vara logré que caminase pausadamente hasta un poco más allá de las goteras del pueblo. Allí abrió las piernas, clavó más la cabeza y quedó otra vez meditabundo. Luché desesperadamente para sacarlo de la abstracción y logré que caminase todavía. A las nueve se detuvo definitivamente. Había marchado hora y media y recorrido dos kilómetros, aproximadamente.

En ese momento la llovizna que caía desde el día anterior, se tornó en lluvia torrencial. Una ráfaga de viento me llevó el áspero sonido de la charanga del Concepción que tal vez se ponía en marcha.

La situación era desagradable y un tanto peligrosa: me convenía a todas luces no ser alcanzado por los peruanos. Para ello debía abandonar el caballo que me era inútil; pero no podía hacer lo mismo con la montura que representaba un gran valor. Si los compañeros no se hubieran adelantado al verme ensillar en Oroya, les habría pedido que se distribuyeran las piezas de la montura y entonces habría podido realizar mi viaje a pie en buenas condiciones. Pero, para que pensar en todo eso: mi resolución debía ser forzosamente cargar con la montura sin esperar auxilio de otra persona, y así lo hice; desensillé el caballo, acondicioné lo mejor que pude la montura, me la eché a la espalda cruzando las estriberas por delante del pecho y me alejé a tranco cuesta arriba. Desde la cumbre inmediata me volví a inspeccionar el camino del Oroya: el regimiento peruano había salido del pueblo. Marchaba adelante un grupo de mujeres, chiquillos e indios llevando bultos. El caballo seguía en actitud meditativa, enteramente insensible a la lluvia que azotaba sus flancos, sin siquiera alargar el cuello para coger la yerba que debía hacerle comezón en las narices.

Marché con ardor a pesar de ir calado hasta los huesos; a las 12.30 p. m. estuve en Pachachaca. La primera autoridad de ese villorrio se daba el título de gobernador; era dueño del hotelito único donde el viajero pasaba a reparar sus fuerzas. Contéle cuanto me ocurría y le pedí un caballo a cualquier precio.

Me parece difícil encontrar lo que usted desea, dijo el gobernador, sin embargo, mientras usted almuerza voy a enviar recado a un compadre.

Esperaba pacientemente el almuerzo y la respuesta al recado, girando frente a la estufa para secarme algo, cuando se dejó oír la canción peruana por la banda del Concepción que llegaba. Observé por una

pequeña ventana el paso de las tropas que se dirigían una especie de plazuela situada frente a la casa antiquísima con altos corredores anexos a los edificios, que formaban tres lados de un cuadro. El espacio de terreno comprendido entre los tres cuerpos de edificios, constituía la plaza a que me he referido.

La tropa ocupó la plazuela y los corredores de los lados, el del fondo quedó libre para los oficiales.

El gobernador se presentó muy azorado al verme en la ventana exigiéndome que fuera más prudente; pero tocó la coincidencia que en ese mismo instante, cuando el gobernador quería correr los postigos de la ventana, pasó un oficial, muy feliz sobre un magnífico caballo tordillo, que en el acto reconocí se el que me habían robado en Oroya. El oficial se dirigió a un ángulo del corredor en el fondo de la plaza, donde departía alegremente un grupo de sus compañeros.

Sin vacilar, tomé el sombrero y me fui al camino. El gobernador quiso impedirlo, haciéndome ver el peligro a que me exponía, pero inútilmente: penetré en la plaza por entre los peruanos, que me miraban con extrañeza y marcada hostilidad, aun cuando yo creía tener el aspecto de un verdadero serrano hasta por el corte del traje, confeccionado en Tarma. Saludé a los oficiales y pregunté por el comandante. En el acto me vi rodeado de veinte personas en las cuales observé disposiciones poco tranquilizadoras para mí y miradas nada amistosas. El comandante correspondió cortésmente mi saludo y escuchó con tranquilidad la exposición que hice del extravío de mi caballo. ¿Y podría Ud. indicar quien ha tomado el caballo? me preguntó el comandante. El señor lo tiene, contesté, señalando al oficial, el cual se turbó y confesó la partida. El comandante ordenó la entrega inmediata del caballo. Manifestele mis agradecimientos, saludé a todos y crucé otra vez la plaza, seguido ahora por un ordenanza con el caballo de tiro y muy poco halagado por el infernal concierto de insultos y maldiciones con que me regaló la gente menuda. La algarabía no cesó un momento mientras permanecí en Pachachaca. El gobernador me esperaba tembloroso; instóme para que partiera sin pérdida de un momento, y se prestó solícito para ayudar a ensillar el caballo. Aproveché bien ese momento a fin de informarme de quien era el comandante del Concepción. Se llamaba Carlos Mirón Duarte; era abogado y tenía el grado de coronel. A su caballerosidad a toda prueba debe V. D., me dijo el gobernador, que su aventura no haya tenido aquí un final trágico. Di un apretón de manos a aquel hombre bondadoso y me alejé tranco a tranco, mirando tranquilamente hacia la plaza, para no dar margen a que los peruanos pensarán que les tenía miedo. Pero lo cierto del caso es que eran las dos de la tarde y no había almorzado y por el atolondramiento mío tomé el camino del mineral de Yauli en vez de remontar hacia el norte para salir a la altiplanicie, donde se hallan las minas llamadas de Morococha.

Debo hacer al coronel Duarte un recuerdo honroso que bien merecido tiene, hasta de sus enemigos, aquel valiente soldado y hombre de corazón.

Era bien formado, de fisonomía simpática, rubio tirando a colorín. Sirvió con brillo en el Ejército hasta después de Chorrillos y Miraflores. Convencido a raíz de esas derrotas que la falta de elementos

haría infructuosos los esfuerzos para continuar la lucha, estimó que debía buscar en la paz el término de las desgracias de su Patria y fue el más decidido partidario del general Iglesias. Se le nombró Jefe Político y Militar del centro del Perú, región que organizó militar y administrativamente en medio de la guerra sin cuartel que se hacía al general Cáceres.

El coronel Duarte sirvió de blanco a todo género de hostilidades de parte de gran número de sus compatriotas: sus bienes fueron presa del incendio y del saqueo; él mismo anduvo errante, calumniado y perseguido con encarnizamiento, hasta que cayó víctima del puñal de un asesino. La justicia póstuma ha llegado, sin embargo, y hoy día se venera su memoria cual la de un ilustre servidor de su Patria como militar y como hombre de gobierno.

El camino que tomé en Pachachaca era bueno, como que subía por la suave hondonada que recorre el riachuelo de Yauli. En aquellas alturas el aguacero se había convertido en nevazón. Hasta Yauli no tuve dificultad para orientarme, debido a que las huellas del camino eran bastante visibles sobre la nieve; pero pasado aquel establecimiento minero, si había camino no di con él. El hecho es que a eso de las cuatro de la tarde me guiaba por toda indicación, la señal reciente en la nieve, de haber pasado por allí dos caballos. Esas huellas desaparecían frente a unas grandes piedras que llaman Piedras Paradas, según supe después. A mi alrededor no había sino nieve, una superficie de color uniforme en todas direcciones. Seguí, no obstante, hacia el poniente, empeñado en alcanzar una alta loma para divisar la distancia. El instinto del caballo me salvó de caer en hondas barrancas cubiertas de nieve fresca; pero más de una vez tuvo el caballo que salvarse dando grandes saltos y fuertes resoplidos, saliendo con nieve en las orejas. A todo esto el día se oscurecía más y más y los relámpagos comenzaron a iluminar frecuentemente con su fatídica luz. El mayor alboroto se produjo luego entre los elementos; el trueno no cesó de rodar por las profundidades del cielo, y en los raros intervalos de quietud, se oía retumbar sordamente más allá de los límites del horizonte.

Nada vi desde la cumbre de la loma que me indicara el camino verdadero: ni techo de habitación, ni humo, ni siquiera el hueco de una roca donde guarecerme; pero reparé que el caballo daba resoplidos y relinchó mirando fijamente en una dirección dada, la del N. O. Resolví dejarlo ir donde quisiera. Mi cabeza flaqueaba un tanto: sentía cierta confusión de ideas como si fuese a delirar; tal vez ese malestar era originado por la falta absoluta de alimentación durante el día y consecuencia de la fatiga ocasionada por la marcha a pie, unido todo eso al frío intenso que reinaba, para mí fue muy sensible por ir totalmente empapado de la cabeza a los pies.

Trabajo me costaba contener al caballo, que se había lanzado alegremente a galopar por aquel terreno peligroso. Por fin divisé una gran casa, que por tener el techo cubierto de nieve, había yo confundido con el fondo uniforme que le servía de marco. Apenas hecha esta observación el caballo se detenía bajo el corredor. Un inglés alto y robusto se acercó, y al notar que no podía descender del caballo por mí mismo, me sacó de la silla y sin ceremonia llevóme de un brazo al comedor, poniéndome en la mano una copa de

## RECUERDOS DE LA GUERRA DEL PACÍFICO

algo —probablemente whisky— que bebí como si fuera agua. El inglés se retiró llamando a alguien; acudió luego un chino muy risueño que nos sirvió una suculenta comida.

Me encontraba en la mina yanqui, “La América” y mi anfitrión era ingeniero director del establecimiento.

Cuando el ingeniero supo mi nacionalidad y condición, hablamos largamente sobre los sucesos de la guerra, manifestándose entusiasta admirador de los chilenos. Tradujo de varias revistas europeas y americanas párrafos encomiásticos de Chile a propósito de las operaciones marítimas y de los recientes desembarcos en las costas de Pisagua. Se indignaba el ingeniero de la crueldad con que los peruanos expulsaron del territorio a los residentes chilenos. Refirióme episodios verdaderamente conmovedores, y a propósito de ellos me comunicó que él conservaba todavía en el interior de la mina una familia chilena compuesta de los padres y de cinco pequeñuelos. Le rogué que me permitiera verlos al día siguiente y se comprometió a ello.

Al otro día estuve en pie desde muy temprano y en el momento de salir fui saludado por la familia chilena. Los padres eran fuertes y simpáticos, y en los muchachos volví a ver esa potencia y firmeza de la mirada propia de los habitantes del sur de Chile, que revela la lealtad y la fuerza. Todos me dieron la mano hasta la guagua, y los pobres lloraron recordando su país. Les ofrecí hablar de ellos al ministro señor Godoy para que gestionara su repatriación; pero el hombre me manifestó su propósito de no salir de la mina hasta que el Ejército chileno penetrara en la Sierra: entonces ingresaría a las filas. Tenía el minero la certidumbre de ser asesinado con todos los suyos si llegaba a conocerse su refugio.

Sin embargo tomé nota en mi libreta, que juntamente con la tarjeta y retrato del ingeniero, voló poco después con el primero de los tres equipajes que perdí durante la campaña.

El temporal había cesado; un espléndido sol reproducía sus rayos sobre la compacta nieve.

El ingeniero me colmó de atenciones y a la despedida quiso que me acompañara un empleado hasta dejarme a la vista del lago de Morococha, que no estaba muy distante.

Hice un viaje rápido y feliz hasta Chicla, donde almorcé con los compañeros. Por ellos supe que don Nicolás de Piérola encabezaba la revolución en Lima para derrocar el gobierno del general La Puerta. El ministro de guerra general La Cotera, mandaba personalmente las tropas gobiernistas. Ese acontecimiento y el cambio de gobierno y de política que luego originó, fue causa de nuestra detención de dos o tres días en Chicla y de seis o más en Chosica.

Por fin, una noche nos vimos a bordo del vapor Bolivia que nos llevó directamente a Caldera. Allí esperé el primer vapor para trasladarme a Pisagua, y el mismo día que arribé a aquellas playas sembradas

## CUADERNO DE HISTORIA MILITAR

de escombros humeantes, tomé el tren y me incorporé en Santa Catalina a mi regimiento, 2º de Línea, en cuyas filas hice toda la campaña hasta 1884.

Tal fue la escuela de sufrimientos que me sirvió de preparación para soportar las penurias de la guerra y que yo llamo: los preludios de la guerra.



## EL PATRIMONIO MILITAR UNA MANERA DE ACERCARNOS Y ENTENDER NOS

Roberto Arancibia Clavel<sup>1</sup>

El patrimonio militar creemos es una herramienta eficaz para acercar a la ciudadanía al mundo militar, y a su vez ayudarla a entender, a través de su conocimiento en sus variadas formas, la íntima relación que esta tiene con este estamento de nuestra sociedad.

### RELACIONES ENTRE CIVILES Y MILITARES

Mucho se ha hablado de las relaciones entre civiles y militares y la contingencia hace que los conceptos a veces se confundan. Creo que es importante en primer lugar destacar lo que es el militar y que mejor para hacerlo que ir al origen de la palabra. Ella se refiere según un opúsculo de Santo Tomás de Aquino refiriéndose a Platón y a Aristóteles, a los mil elegidos para defender la ciudad. De allí entonces que desde la organización más primitiva de las ciudades nace la idea de su defensa y la necesidad de contar con un grupo de sus habitantes que se dedique a preservar lo que esa sociedad va alcanzando.

Así este grupo social se relaciona permanentemente con el resto de los grupos de la ciudad, como asimismo con quienes tienen la tarea de dirigir los destinos de ella. En los tiempos actuales cuando hablamos de la relación cívico militar nos referimos particularmente a la última y más genéricamente hablamos de relaciones civiles militares cuando nos referimos a la relación de los militares con los numerosos y heterogéneos grupos sociales.

Los estudiosos de esta temática que ha alcanzado gran relevancia en las sociedades contemporáneas reconocen que las instituciones militares de cualquier sociedad están configuradas por dos fuerzas: un imperativo funcional que surge de las amenazas a la seguridad de la sociedad y un imperativo social que surge de las fuerzas, ideologías e instituciones predominantes dentro de la sociedad. Por otro lado, se plantea que puede ser muy difícil tener dentro de la sociedad a instituciones militares configuradas exclusivamente por imperativos funcionales. La interacción de estas dos fuerzas presentes siempre es la esencia del problema de las relaciones cívico militares. El grado hasta el cual entran en conflicto depende de las necesidades de seguridad, la naturaleza y fuerza del modelo axiológico de la sociedad. El ajuste y el equilibrio entre las dos fuerzas son inevitables; algunas sociedades han sido incapaces por naturaleza de proveer eficazmente su propia seguridad militar y por lo tanto carecen de valor de supervivencia.<sup>2</sup>

El gran abanico de grupos sociales que existe y las diferentes maneras de pensar la sociedad que estos grupos manifiestan hacen muy difícil generalizar en este tema. Podemos decir que existe lo militar

---

1 Doctor en Historia y Presidente de la Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Militar.

2 HUNTINGTON, Samuel. *El Soldado y el Estado*. Colección Estudios Políticos y Sociales, Univ. de Harvard. 1995. pp. 14-99

y lo civil. Lo civil en general entonces se refiere a lo distinto a lo militar. Esto no significa que exista una dicotomía entre la mentalidad civil y la mentalidad militar, ya que no hay una sola mentalidad civil. Hay muchas mentalidades civiles, y la diferencia entre ellas puede ser más grande que la diferencia de cualquiera de ellas y la mentalidad militar. En resumen, podemos decir que los militares son partes de la sociedad y estos conviven con distintos grupos sociales que tienen diferentes puntos de vista con respecto a la función militar. Lo militar de toda sociedad va dejando huellas a través del tiempo las que pasan a constituir parte del patrimonio cultural de ella.

### EL PATRIMONIO MILITAR

A través de su historia los países van atesorando un conjunto de bienes valiosos, materiales o inmateriales, heredados de los antepasados que van constituyendo su patrimonio. Este patrimonio va reflejando el espíritu de cada etapa del devenir de una comunidad, de una nación y de la humanidad en general. Este se va decantando de generación en generación y conforma un sello distintivo. El patrimonio de una nación lo conforma el territorio que ocupa, su flora, fauna y todas las creaciones y expresiones de las personas que lo han habitado: sus instituciones sociales, legales y religiosas; su lenguaje y su cultura material desde las épocas históricas más antiguas. El patrimonio comprende los bienes tangibles e intangibles heredados de los antepasados; el ambiente donde se vive; los campos, ciudades y pueblos; las tradiciones y creencias que se comparten; los valores y religiosidad; la forma de ver el mundo y adaptarse a él. El patrimonio natural y cultural constituyen la fuente insustituible de inspiración y de identidad de una nación, pues es la herencia de lo que ella fue, el sustrato de lo que es y el fundamento del mañana que aspira a legar a sus hijos.<sup>3</sup> Es interesante que parte importante del patrimonio cultural chileno tiene que ver con lo militar.

El patrimonio relacionado con lo militar tiene múltiples expresiones y obviamente acepta la clasificación que se hace del patrimonio cultural. Es así que reconocemos un patrimonio mueble e inmueble. Desde la perspectiva de la arquitectura están todas las construcciones relacionadas con la defensa destacando entre ellas los fuertes y distintos cuarteles que han albergado las tropas y que han servido en diferentes épocas para la defensa de nuestro territorio. También, están las huellas de las acciones militares o las que han dejado, como trincheras, nidos de ametralladoras, fortificaciones, bunkers, fábricas de armas, maestranzas, puestos de mando, depósitos de armas y munición, galerías subterráneas, entre otras. En este contexto y en lo relacionado con algunas obras de uso civil en períodos de conflicto se agregan monolitos, hospitales, placas conmemorativas, monumentos y cementerios.

Agreguemos a lo anterior los sitios históricos, entre ellos pequeños poblados destruidos, paisajes de enfrentamientos, lugares relevantes, campos de batalla.

---

3 PNUD/UNESCO: **Salvemos lo Nuestro**. Imprenta Siglo XXI. Santiago de Chile. 1986. UNESCO: *El Correo de la UNESCO*. El Patrimonio Mundial. París, Francia. Septiembre 1997. UNESCO: *Nuestra Diversidad Creativa*. Informe de la Comisión Mundial de Cultura y Desarrollo. UNESCO Press, México, 1997.

Entre los bienes muebles se destacan los armamentos, vestimentas, banderas, condecoraciones, utensilios varios. Adquieren también especial valor los fondos documentales entre ellos los escritos, carteles, fotográficos, cinematográficos, fonotecas, entrevistas orales, graffitis, virtuales. Agreguemos a ellos las publicaciones con investigaciones universitarias, artículos periodísticos, libros y ahora Cds y DVDs.

En cuanto al patrimonio inmaterial, podemos considerar los ritos, canciones, personajes locales, anecdóticos, picaresca, marchas, lenguaje de cuartel. En el ámbito de los usos sociales, los rituales y eventos festivos, lo militar inmaterial abarca una gran diversidad de formas: ceremonias tradicionales como paradas militares, juramento a la bandera, deportes militares, ceremonias de ascenso, de graduación, entrega de armas, gran retreta, ceremonias fúnebres. Lo militar acoge también un amplio repertorio de expresiones y elementos materiales: gestos y palabras especiales, recitaciones, cantos o danzas, indumentaria especial, comidas especiales.

#### *HISTORIA, RELACIONES CIVILES MILITARES Y PATRIMONIO MILITAR*

Cuando vamos a cumplir doscientos años de vida como país se hace necesario mirar atrás y ver cómo hemos sido capaces de formar lo que somos. Al nacer a la vida independiente se hizo necesario para la joven nación tener un ejército que fuera capaz de sustentar el ideario de la independencia. La necesidad era evidente, primero para defendernos, especialmente de los enemigos de España y al poco andar, para enfrentar a los realistas que se negaban a una independencia verdadera. Parte de nuestro patrimonio militar ya se ha acumulado en esta época como un importante legado de nuestros pueblos originarios, de los invasores incas y, particularmente, de la larga dominación española. Las huellas de los lejanos tiempos aún subsisten en lo material e inmaterial. Pucarás, fuertes, armas de distintos tipos, importantes personajes, leyendas, mitos y tradición oral. “El pago de Chile” como ejemplo. Ercilla perpetuó la idea del país que aún pervive. *“Chile fértil provincia y señalada, en la región antártica famosa, de remotas naciones respetada, por fuerte, principal y poderosa, la gente que produce es tan granada, tan soberbia, gallarda y belicosa que no ha sido por rey jamás regida, ni a extranjero dominio sometida”*.

Nuestros primeros oficiales tuvieron actuaciones relevantes en la vida nacional, destacando especialmente las figuras de O’Higgins, Carrera, Freire y Prieto en los albores de la nueva república. Estos oficiales se destacaron en el campo de combate y también en su labor organizativa del Estado naciente. La falta de organización y las precarias fuerzas defensivas echaron por tierra todas las esperanzas cifradas en los planes originales. Ayudó a lo anterior la falta de unidad y las fuertes rivalidades donde los personalismos no estuvieron ausentes. A Freire se debe el haber terminado con la última resistencia española en nuestro territorio. Lo que unía a civiles y militares era la esperanza de un Chile independiente, lo que los separaba era el rol de cada uno en la organización futura. Nuestros símbolos patrios son la principal herencia de la época; es tras la bandera de la patria que los soldados luchan, es a ella a la que juran.

Los militares sufrieron intensamente los rigores de la improvisación del nuevo Ejército. Mal pagados, mal equipados y mal entrenados tuvieron que salir adelante ante los grandes desafíos que se les fueron presentando. La resistencia española después de Chacabuco, las vicisitudes antes de Maipú y luego la larga y sangrienta guerra a muerte. El Templo Votivo de Maipú es parte importante del patrimonio generado en esa época que evoca una síntesis de nuestro fervor religioso, de nuestro naciente patriotismo y de gratitud por la victoria alcanzada por las fuerzas militares en el campo de batalla.

Lircay marcó un hito importante en las luchas políticas internas y nuevamente asume como Presidente de la República un militar, vencedor en el campo de batalla y responsable de un período de organización muy importante que diferenció a partir de esa década a Chile del resto de las jóvenes repúblicas del continente. La resistencia al nuevo régimen no cesó fácilmente y culminó con el trágico asesinato del ministro Portales. Hubo militares partidarios de Freire, en el exilio por esos años, que no aceptaban que quienes habían participado en primera línea, para lograr la independencia del país, sufrieran el maltrato y el desprecio del que habían sido objeto, particularmente Freire que había ostentado el mando supremo. No estaba claro en la relación entre civiles y militares el rol de cada uno. La Guardia Nacional fue creada entonces como fuerza de equilibrio.

Por primera vez después de las experiencias bélicas anteriores el país sintió el peligro cerca producto del proyecto de Santa Cruz. El pueblo chileno acudió al llamado de las armas y dos expediciones fueron necesarias para restablecer el orden en la región. Las campañas fueron sacrificadas, la primera con resultados inaceptables para la nación chilena y la segunda con una resonante victoria en los campos de Yungay que hasta hoy se recuerda, ya que cada vez que se rinden honores al ministro de Defensa se hace a los acordes del himno que reza "*Cantemos la gloria del triunfo marcial que el pueblo chileno obtuvo en Yungay*" y más adelante "*ligera la planta, serena la frente, pretende impaciente, triunfar o morir*". La figura del roto chileno, movilizado para luchar por su patria quedó plasmada desde esos lejanos tiempos en el imaginario nacional.

El general Manuel Bulnes, comandante de la segunda expedición restauradora, fue elegido Presidente de la República, siendo reelegido luego para un segundo período. Importante fue bajo su gobierno la consolidación de nuestro territorio tanto hacia el norte como hacia el sur. Con el cambio de gobierno vino la revolución, el general de Concepción se levantó en armas y el Presidente saliente al mando de las tropas leales sofocó la rebelión y así pudo ejercer en plenitud la primera magistratura don Manuel Montt. Sin embargo, casi al término de su gobierno, a raíz de un connato revolucionario en el norte, nuevamente son las fuerzas militares las que controlan la situación y el país sigue su marcha normal. Los militares son invitados a participar en el levantamiento pero no se suman al movimiento local, por el contrario, utilizan la fuerza para respaldar el poder constituido. Estas crisis internas aclaran las relaciones de poder y ayudan a despolitizar al Ejército. La zona austral es integrada al territorio con gran visión, esa es la principal significación de Fuerte Bulnes.

Chile haciendo gala de su vocación americanista solidariza con el Perú y declara la guerra a España. El país se moviliza nuevamente, el Ejército custodia las costas previendo un desembarco; Valparaíso sufre las consecuencias de las ya viejas aspiraciones imperiales. La nula defensa del puerto obligó a construir 14 fuertes, de los cuales el Esmeralda, terminado en 1879, permanece hasta hoy como mudo recuerdo del sufrimiento de la ciudad.<sup>4</sup>

El territorio está separado, desde el Biobío al sur no hay soberanía, los mapuche controlan su tierra. Es el Ejército quien frente a importante resistencia ocupa La Araucanía. Contrasta el uso de la fuerza y la diplomacia utilizada por los militares para alcanzar el objetivo. La ruda vida en la frontera es la escuela de guerra para oficiales y soldados. Una rica experiencia que servirá para aplicarla contra los adversarios del norte. Puentes, caminos, colonización es lo que hacen los militares en el sur. Son las autoridades reconocidas por los indios. Gran parte del Ejército está allí para unir alguna vez el largo territorio. Los militares ocupan los fuertes construidos por los españoles, como por ejemplo, San Carlos de Purén y Nacimiento, que existen hasta hoy dando cuenta de lo difícil que fue incorporar al territorio nacional La Araucanía.

Mientras tanto chilenos con capacidad emprendedora quizás con la ilusión de California se lanzan a la aventura a buscar las riquezas que esconden las pampas en el norte, la plata, el cobre, el guano, el salitre. Ante la visión de la riqueza los ánimos se agitan, los intereses se despiertan. Los países del norte se conciertan ante el expansionismo chileno, los vecinos del este aprovechan el panorama geopolítico para acceder a la Patagonia la que cedemos antes de la guerra. Eran poco más de dos mil hombres el Ejército de la época y en su gran mayoría en la frontera de Arauco. La guerra transforma la fisonomía del país, largos y tensos son los preparativos para la campaña. Miles de mineros cesantes cambian la picota por el fusil. El sacrificio de Prat y los suyos hace recorrer un fuerte sentimiento a través de todo el país, voluntarios acuden a los cuarteles, sin embargo la leva y el enganche no está ausente. Cada ciudad importante moviliza a sus soldados, las mujeres les preparan su ropa interior y le cosen sus uniformes. Algunas van detrás de sus hombres y otras se contratan como cantineras y combaten de igual a igual con sus camaradas soldados.

La conducción de la guerra no se hace fácil, hay una fuerte interferencia política en las operaciones, pero finalmente se logra la victoria. La guerra se alarga en la sierra peruana, allí quedan los batallones olvidados, el resto de los militares vuelven a la patria. Muchos monumentos en la capital y en los distintos pueblos donde nacieron nuestros héroes recuerdan su sacrificio. A los héroes de Iquique, A los héroes de la Concepción. Todo el norte es patrimonio militar donde se desarrollaron penosas campañas que, finalmente, permiten incorporar todo ese territorio a la soberanía chilena con una enorme riqueza que ha permitido progresar a Chile en diferentes épocas. Esta guerra, por su magnitud, hace que lo militar se confunda con la sociedad misma, por la gran cantidad de movilizados, todos están en el esfuerzo de guerra, lo militar es lo civil en cierta medida, es un esfuerzo del país por lo tanto es patrimonio de todos. Los himnos

---

4 MOP, Dirección de Arquitectura, Consejo de Monumentos Nacionales. El Fuerte Esmeralda Ficha 109, Imprenta Biblioteca Nacional. 1998, pp. 218-219

militares trascienden a la gente, el Séptimo de Línea, por ejemplo, nos recuerda *“Adiós al regimiento que se va”* *“Bizarro regimiento llegó la hora del adiós, y al partir digamos todos que marcó la heroica senda de nuestra gloria y del honor”* y más adelante *“Volverán sin ser los que partieron, faltarán algunos que murieron, honrarán la patria todos ellos para siempre, para siempre su memoria guardará”*.

Las experiencias de la guerra hacen que el Ejército reflexione. Se contratan instructores alemanes y el Ejército sufre una fuerte transformación de forma y de fondo. Se reduce y se crean nuevas guarniciones en las provincias conquistadas, asimismo se refuerza la presencia en La Araucanía, región que crece y que se incorpora definitivamente a la autoridad central. Los militares asumen cargos políticos en las zonas alejadas y sufren de las presiones propias para generar adherentes a uno y otro bando. Se crea el Servicio Militar Obligatorio, que junto con instruir a los ciudadanos para el combate, alfabetiza y entrega valores ciudadanos. Las paradas militares, las marchas alemanas, los uniformes, el paso regular, pasan a ser parte de nuestro patrimonio. La admiración por lo alemán no es sólo en lo militar sino en el campo científico y educacional. De hecho al crearse el pedagógico durante el gobierno de Balmaceda se trajo profesores alemanes para su dirección y enseñanza.<sup>5</sup>

El siglo se termina en medio de una fuerte pugna entre el Presidente y el Congreso. Las Fuerzas Armadas se dividen y nos enfrentamos en una cruenta guerra civil que causa más muertes que toda la Guerra del Pacífico. El Ejército con pocas excepciones se coloca tras el Presidente, la Armada y un pequeño grupo de militares son convencidos por los parlamentarios de asumir la revolución. El edificio de la Aduana en Iquique, Pozo Almonte, Concón y Placilla, son lugares patrimoniales que recuerdan los duros enfrentamientos que marcaron y dividieron a muchos chilenos.

Chile progresa, pero melancólico y sin objetivos claros según Mac Iver.<sup>6</sup> Nuestro progreso sin embargo y las heridas no sanadas aún de la Guerra del Pacífico generan crisis sucesivas con Bolivia, Perú y Argentina. Desde 1895 hasta 1902 vivimos en peligro de guerra con Argentina. El Ejército y la Armada fueron reequipados ante la inminencia del conflicto. Afortunadamente la disuasión y la diplomacia funcionaron. El Cristo de los Andes tiene así un profundo significado por la solución alcanzada.

El nuevo sistema político generó una rutina exasperante para muchos sectores que veían que sus demandas no eran satisfechas por el gobierno de turno. Las rotativas ministeriales no permitían que se

---

5 Entre ellos varios que marcaron modelo en Chile como Rodolfo Lenz en gramática, Reinaldo von Lilienthal, uno de los más grandes matemáticos a nivel internacional, Federico Hanssen en idiomas y Federico Johow, notable botánico. Varias calles recuerdan sus nombres.

6 Enrique Mac-Iver, político y erudito chileno a inicios del siglo XX, autor de *“El malestar de la República”*. *“Me parece que no somos felices; se nota un malestar que no es de cierta clase de personas ni de ciertas regiones del país, sino de todo el país y de la generalidad de los que lo habitan. La holgura antigua se ha trocado en estrechez, la energía para la lucha en laxitud, la confianza en temor, las expectativas en decepciones. El presente no es satisfactorio y el porvenir aparece entre sombras que producen la intranquilidad”*.

realizara nada en serio y con visión de largo plazo. Asimismo las largas y estériles discusiones en el Parlamento no generaban las leyes necesarias, especialmente en el plano laboral, donde se encendía cada vez más la desilusión y la frustración que llevaría a un período de gran efervescencia, especialmente en la zona salitrera. Para enfrentar este problema el gobierno utilizó a las Fuerzas Armadas para controlar las huelgas y manifestaciones obreras lo que ocasionó un fuerte resentimiento contra éstas, las que fueron vistas como un instrumento de la oligarquía que se aprovechaba de ellas para su enriquecimiento. La Escuela Santa María en Iquique edificada actualmente en el mismo lugar de la antigua, recuerda una tragedia generada en el resguardo del orden y la seguridad de los ciudadanos.

Así nos acercamos a la celebración del centenario de la República, los festejos, las obras públicas y la reflexión literaria marcaron este suceso. El Ejército llamó a los reservistas para que la gran parada fuera de acuerdo con el prestigio militar alcanzado, ampliamente reconocido por los países de la región y por los principales de Europa. Todavía en Colombia, por ejemplo, se habla en círculos castrenses de la disciplina “a la chilena”.

El primer gobierno de Alessandri fue la expresión más nítida de la incursión de la política en los cuarteles. Los encendidos discursos del Presidente contra los parlamentarios y en general al papel de los políticos en el régimen vigente, al interior de los recintos militares, fueron un estímulo importante para la participación que los oficiales tuvieron posteriormente en la escena política. La Revolución de Septiembre de 1924 y el movimiento de Enero de 1925, marcaron en forma indeleble la marcha política del país especialmente por las reformas sociales. Don Carlos Ibáñez encabeza un gobierno lleno de realizaciones, pero que finalmente cae por problemas políticos, militares y financieros. Alessandri vuelve al poder y durante sus primeros años de gobierno se instalan las Milicias Republicanas, que pretenden ser la garantía que se da el Estado de evitar la incursión de los militares en la política. Los militares son mirados con desconfianza y en muchos casos visten de civil para evitar ser despreciados en público.

Los gobiernos radicales incorporan a los militares al gobierno cada vez que la situación de intranquilidad social aumenta, las huelgas se multiplican en diferentes sectores. Los militares garantizan las elecciones libres y democráticas evitando con su sola presencia las malas prácticas, entre otras cosas, el robo de las urnas con los votos, práctica común en las décadas anteriores. La incorporación de la Antártica y la proclamación de nuestra soberanía sobre las 200 millas marítimas son dignas de destacar.

La Segunda Guerra Mundial reordena el mundo y EE.UU. inicia una fuerte influencia militar en la región. La rígida disciplina alemana se flexibiliza. Nuevos sistemas de instrucción y armamentos del stock de la guerra vienen a reemplazar el viejo equipo existente a través del llamado Pacto de Ayuda Mutua. Ese equipo parte de nuestro patrimonio, producto de la influencia norteamericanas, es posible observarlo hoy en un parque, en la Escuela de Caballería Blindada.

## EL PATRIMONIO MILITAR UNA MANERA DE ACERCARNOS Y ENTENDERNOS

El general Ibáñez es reelegido por una amplia mayoría, la gente recuerda todas las grandes realizaciones de su primer gobierno. A Jorge Alessandri le corresponde enfrentar los primeros síntomas de una división importante entre los chilenos. Los idearios revolucionarios provenientes desde Cuba van teniendo influencia en la conciencia de los chilenos. Se inaugura la época de las planificaciones globales que inicia la Democracia Cristiana con Eduardo Frei en el gobierno. Chile vive la Revolución en Libertad y luego la de la “empanada y el vino tinto”. Nacen en Chile movimientos revolucionarios como el MIR y progresistas como el MAPU. La proclamación de la necesidad e inevitabilidad de la violencia junto a la rigidez de los planes de las coaliciones gobernantes aceleraron las crisis.<sup>7</sup> Las Fuerzas Armadas fueron descuidadas en su equipamiento y presupuesto, privilegiando los gobiernos de turno necesidades más urgentes. Se agrega al panorama político una aguda crisis económica que aleja cada vez más la posibilidad de un futuro mejor. La crisis se desata con la violencia en los campos y la ciudad. El país se paraliza. Se llama a las FF.AA. a participar en el gobierno para buscar una solución. Las posiciones se hacen irreconciliables. Finalmente, ante la caótica situación las Fuerzas Armadas asumen el control del país. Se producen enfrentamientos y luego crece la oposición desde la clandestinidad. El gobierno militar dura diecisiete años y el país sufre una profunda transformación en lo económico y lo social. La intervención de las FF.AA. en política hace que la relación entre éstas y distintos grupos de la sociedad se resientan y se produzca un distanciamiento. Las secuelas de los enfrentamientos producidos a partir del 11 de septiembre y la violencia producto de la lucha clandestina abren heridas que ha costado mucho cicatrizar. Durante este período se deben enfrentar difíciles crisis internacionales, con Perú entre 1974 y 1975 y con Argentina en 1978. Las trincheras y preparaciones del terreno tanto en el norte, en la costa, en la cordillera y en el sur son testigos patrimoniales de los esfuerzos hechos por defender el territorio amenazado. En este período con la construcción de la carretera austral articula mejor el territorio y se termina el aislamiento de muchos compatriotas.

### *EL PROYECTO HISTÓRICO MILITAR CLÍO*

Terminado el período de excepción que significó el gobierno militar, el Ejército ha hecho diferentes esfuerzos por restablecer algunas confianzas perdidas, entre las que se cuenta lo que se denominó el Proyecto Histórico Militar “Clío”, que tiene directa relación con el tema del patrimonio, su conservación, restauración y difusión. En este proyecto siempre estuvo en mente la idea de que estas funciones podían acercarnos más a la comunidad y entendernos mucho mejor.

El proyecto reúne en sí un conjunto de acciones debidamente programadas con el propósito de poner en valor todos y cada uno de los objetos patrimoniales del Ejército. El principal estímulo para iniciarlo fue el desgraciado incendio del Museo Histórico y Militar en febrero del año 2000. Lejos de considerarlo un desastre el mando de la época lo consideró una oportunidad, las pérdidas patrimoniales en bienes muebles fueron bastante pocas siendo lo más afectado el edificio que requeriría una completa restauración. La idea

---

7 Varios Autores. *Chile una interpretación de su Historia Política*. Ed Santillana, 2000, pp. 302-302.

del proyecto fue más allá de sólo la restauración del museo y consideró toda la situación de la historia y el patrimonio en la Institución.

La jefatura de este proyecto se crea el 22 de noviembre del año 2000 con la responsabilidad de estudiar y proponer los trabajos necesarios para racionalizar y coordinar todas las actividades que se realizan al interior de la Institución en relación al patrimonio y a la historia. Entre ellas se destaca la reconstrucción del museo, como también dirigir la interrelación con entidades históricas de carácter nacional e internacional y proponer el diseño de un modelo jurídico que permita canalizar los recursos privados afectos al fin histórico cultural institucional. Además, crear una política institucional de carácter global, sustentable en el tiempo, que coordinara los esfuerzos tendientes a recoger las raíces históricas del Ejército para compartirla con la sociedad a la cual sirve.

Al proyecto se le colocó el nombre de la diosa de la historia Clío. A esta musa, le fue entregada la responsabilidad de la historia por su *elocuencia, persuasión, sabiduría y conocimiento del pasado*.

La idea original fue crear un Sistema Histórico del Ejército que pudiera cumplir las misiones señaladas y para ello se idearon seis grandes subsistemas que permitieran la conservación, el resguardo, el control y el conocimiento y difusión del patrimonio histórico cultural del Ejército. Así se establecieron los siguientes subsistemas:

- Subsistema de Registro Histórico, Clasificación y Archivo; compuesto por el Departamento de Historia Militar (Archivo General del Ejército).
- Subsistema de Análisis e Investigaciones Militares; compuesto por el Comando de Institutos Militares, Centro de Estudios e Investigaciones Militares, Departamento de Historia Militar y la Academia de Historia Militar.
- Subsistema de Docencia Histórica; compuesto por la Dirección de Educación y el Comando de Institutos Militares, actual CIDOC.
- Subsistema de Difusión y Recreación Histórica; compuesto por el Departamento Comunicacional del Ejército, Museos institucionales e infraestructura en donde se expone el patrimonio histórico del Ejército.
- Subsistema de Control compuesto por la Inspectoría General del Ejército.
- Subsistema de Participación y Contribución: a través de una Corporación Privada y de los organismos administrativos de la Institución para generar la participación y contribución de la Institución en su conjunto, es decir el personal y su grupo familiar, como también aquel per-

sonal que se encuentra en condición de retiro. Integrantes en servicio y en retiro de otras ramas de las Fuerzas Armadas y de Orden y organizaciones civiles en general.

De esta manera se dio inicio al proyecto refundando el Departamento de Historia Militar, lo que se materializó a partir de enero del año 2002. Este Departamento, como organismo directivo en el ámbito histórico, tiene la responsabilidad de asesorar al mando, como asimismo dirigir y orientar las actividades históricas del Ejército. El Archivo Histórico del Ejército depende de este organismo, donde se ha realizado un completo trabajo de clasificación y restauración de documentos de gran valor histórico. Así se dio un importante impulso al Subsistema de Registro Histórico, Clasificación y Archivo. Este archivo ha abierto sus puertas a cientos de investigadores que recurren a diario o por vía electrónica a estos archivos. Otro vínculo importante que acerca al Ejército a la gente. En cuanto al Subsistema de Análisis e Investigación Histórica radicados en este Departamento y en la Academia de Historia Militar, se han creado instancias de intercambio con las entidades o departamentos históricos de los distintos ejércitos del mundo, como asimismo de universidades y centros de estudio. Asimismo a través de los agregados militares en los distintos países se difunde el quehacer histórico de la Institución.

En cuanto al Subsistema de Difusión y Recreación Histórica se desarrolló el subproyecto de infraestructura, tendiente a restaurar el edificio del Museo Histórico y Militar dañado en el siniestro del año 2000, que fue finalizado en octubre del 2002.

El edificio Alcázar, donde funciona el Museo Histórico y Militar, albergó a la Escuela Militar y posteriormente a la Escuela de Suboficiales del Ejército hasta fines del siglo XX; este constituye uno de los pocos que existen en su estilo –aparte de la Biblioteca Nacional y el Museo de Bella Artes– que se construyeron para conmemorar el primer centenario de Chile en 1910. Su arquitecto fue Victor Henry de Villeneuve y se empezó a utilizar a partir de 1901. Fue declarado monumento nacional en 1990 y su restauración fue un importante desafío para cumplir en la forma más detallada, las normas exigidas por el Consejo de Monumentos Nacionales. Se hizo un profundo estudio histórico, luego un completo levantamiento arquitectónico identificando cada uno de los materiales utilizados en su construcción. Se continuó con un diagnóstico para, finalmente, elaborar el proyecto de restauración y reconstrucción; este trabajo incorporó, además, un proyecto de consolidación estructural que prolongó la vida útil del edificio. La realización de la obra consideró una superficie total reconstruida de 16.453 metros cuadrados.<sup>8</sup> Las sucesivas visitas a estos trabajos constituyeron una experiencia notable pudiendo observarse el trabajo conjunto de ingenieros, artesanos y maestros tanto civiles como militares que trabajaron en forma coordinada y eficiente.

---

8 MIGNONE, Jaime. *"Museo Histórico y Militar de Chile. Un patrimonio nacional, restauración y reconstrucción de un monumento"*, Universidad Central, 2002.

En forma paralela se llevó adelante el subproyecto museográfico, destinado a diseñar las exposiciones permanentes, cuya primera etapa finalizó en diciembre de 2002, la segunda en septiembre del 2003 y la tercera el año 2005. Este trabajo lo realizó un equipo multidisciplinario compuesto por historiadores, museógrafos, publicistas, expertos en educación, expertos en multimedia y efectos especiales, en conservación y restauración. Se realizaron organizadas por la Jefatura del Proyecto Clío, sucesivas Jornadas de Reflexión con experimentadas personalidades de las distintas áreas de la cultura, buscando fortalecer los lazos de cooperación e intercambio mutuo entre el Ejército y las entidades culturales.

Así especialistas del país, sin exclusiones, conocieron el proyecto el que fue mejorado sucesivamente con sus indicaciones. Asimismo se contrató un equipo de expertos paralelo para ir evaluando los adelantos del proyecto. Lo llamamos “los abogados del diablo”, la función de este equipo era mantener siempre una visión externa que asegurara la mayor objetividad en la realización de los trabajos. El sistema funcionó bien con la comprensión de los miembros permanentes del equipo.

El guión museográfico diseñado, no solamente se inspiró en un pensamiento militar, sino que recogió las raíces históricas del pueblo chileno desde el período prehispánico. Vale decir, las muestras museales permanentes representan el espíritu de la nacionalidad chilena, vinculando al Ejército desde su creación como organización estable de la sociedad al esfuerzo por construirla. Se muestra que la historia es de todos los chilenos y no de una organización en particular. Se suma a ello el interés educativo de la propuesta.

Del museo dependía la motivación y el estímulo del público para el conocimiento, acceso y disfrute de exposiciones, publicaciones, eventos y demás servicios que preste a la sociedad es por eso que en base a esos parámetros se fue trabajando. Si bien es cierto que existía un público potencial, muy relacionado con los valores del Ejército o que gusta de su historia, uno de los retos más importantes del proyecto fue atraer el mayor número de personas a través de la organización de exposiciones y de otras actividades. Conocer el público al que está orientada la acción del museo ha sido un factor indispensable para ampliar las funciones y programación de actividades de difusión, relacionadas no sólo con temas militares o de guerra, sino otros temas coherentes con la organización del Ejército o su función como parte de la sociedad chilena. El éxito de público demuestra que el objetivo buscado se ha venido alcanzando. El último Día del Patrimonio Nacional, el museo recibió más de siete mil personas, lo que lo ubica como uno de los museos más visitados de Chile.

Junto al esfuerzo desplegado en el Museo Histórico y Militar se incentivó el desarrollo de museos regionales que generan el mayor acercamiento con la comunidad destacando el rol de sus habitantes y del Ejército en la consolidación del territorio. El desafío de los museos del Ejército, por lo tanto es constituirse en museos cercanos a la comunidad permitiendo un diálogo permanente con ella, participando activamente en la gestión patrimonial y siendo un modelo de referencia de otros museos en temas militares. La idea es que estos museos incrementen, conserven, documenten, investiguen, exhiban y difundan los testimonios culturales del Ejército de Chile para la contemplación, educación y deleite del público que lo

visita. Desarrollen programas de investigación y establezcan relaciones de colaboración e intercambio de experiencias con otros museos, universidades o instituciones culturales, tanto nacionales como extranjeras. Contribuyan al perfeccionamiento del personal especializado, tanto para atender las propias necesidades y servicios como para satisfacer las demandas de otras organizaciones externas relacionadas con las áreas temáticas de cada uno de ellos. En este aspecto se ha reglamentado a través de instrucciones y normas la forma de conservar y mantener el patrimonio.

Cuando se trató de visualizar los objetivos que debían cumplir los museos se pensó que eran un instrumento ideal para comunicar a la sociedad el patrimonio militar y como éste, es parte importante en la construcción de la memoria nacional. Junto a lo anterior difundir la contribución de los militares a la sociedad civil, como uno de los gestores de las transformaciones, modernizaciones y desarrollo del país a lo largo del tiempo, a través de la acción social y los progresos científicos y tecnológicos militares. Promocionar a su vez en la comunidad nacional el cuidado y respeto que se debe tener hacia el patrimonio histórico natural y cultural que el Ejército custodia, ya que forma parte de la identidad nacional. Continuar reuniendo y recuperando el patrimonio militar, para ponerlo en valor y entregarlo a la comunidad evitando su pérdida y dispersión fuera del medio nacional. Proveer a la comunidad de espacios culturales de estudio, comunicación y esparcimiento, a partir del patrimonio histórico militar. Establecer relaciones de cooperación y colaboración con otros museos, universidades, centros de investigación o instituciones culturales nacionales o extranjeras para favorecer el intercambio de experiencias y conocimientos. La idea en síntesis es que la comunidad conozca y se sienta parte de la historia de Chile y del Ejército como un todo, ese es el sentimiento que se pretende arraigar, junto con interesarla por preservar el patrimonio histórico que es de todos.

Las experiencias recogidas en regiones han sido muy positivas. En los lugares donde existen museos, permanentemente se interactúa con organizaciones regionales o provinciales, las puertas de estas instalaciones han estado abiertas al público desde años. Cito como ejemplo los museos ubicados en Arica, Iquique, Antofagasta, Copiapó, Quillota, Chaitén y Punta Arenas. Se pueden identificar los museos como una vía de comunicación abierta, sin dejar de desconocer que esta interacción, ya era conocida.

Con respecto al Subsistema de Participación y Contribución: Se constituyó una corporación sin fines de lucro que, conforme a la Ley de Donaciones Culturales facilita la participación de empresas y personas a fin de obtener la cooperación para conservar en el tiempo las actividades histórico-culturales. Se trata de la "Corporación de Conservación y Difusión del Patrimonio Histórico y Cultural del Ejército", entidad que ya lleva cuatro años funcionando. Al alero de esta corporación que tiene más de 60 socios, se creó el Círculo de Coleccionistas Militares con más de 130 socios a la fecha, lo que ha permitido otro contacto de mucha riqueza para el resguardo y difusión de nuestro patrimonio. Además, se han aplicado herramientas que ofrece el gobierno por medio de los fondos de desarrollo regional y otros destinados a la cultura, por cierto, previa presentación de proyectos viables y reales. Muchos proyectos se han hecho con el aporte de privados. Sin embargo, como los recursos siempre son escasos debemos financiar parte de

este trabajo con asignaciones presupuestarias. Para lograr cooperación la idea es que quien primero debe aportar es la propia institución y así ha sido.

Con respecto al Subsistema de Docencia se ha dado un decidido impulso a la enseñanza de la historia militar a través de cursos que realizan los futuros oficiales y suboficiales como cursos de posgrado que se realizan para la comunidad en general. Así se han desarrollado dos programas de Magíster en Historia Militar y Pensamiento Estratégico en la Academia de Guerra del Ejército y tres diplomados sobre Historia Militar de Chile e Historia Militar Universal en la Escuela Militar, los que han servido para dar a conocer parte importante de nuestro patrimonio histórico militar y acercar a muchos civiles a la Institución.

Muchas veces los ciudadanos carecen de la información histórica necesaria para entender los distintos procesos que ha vivido Chile. El Ejército que nació con la Patria misma ha sido parte importante de todos estos y no es otra cosa que el vivo reflejo de la sociedad que se ha construido en el tiempo. Entre sus misiones ha estado siempre el mantener las tradiciones y efectuar un decisivo aporte a la identidad nacional y a la cohesión social. Muchas veces en momentos en que el país ha estado en peligro una mayoría importante de los ciudadanos ha tenido que vestir uniforme y otros desde los sectores productivos poner todo su esfuerzo para enfrentar las crisis. De todos los procesos señalados han quedado huellas, testimonios, experiencias que ya son parte de nuestro ser nacional.

El Ejército sirve a la sociedad a la cual pertenece, no tiene otra razón de ser. Cada uno de sus integrantes jura a la bandera defender su país incluso rindiendo la vida si fuese necesario. No es comprensible ni lógica una separación del Ejército y la civilidad. Que frustración más grande para un militar entonces, si recibe el rechazo de una sociedad a la cual ha jurado defender con su vida. El patrimonio militar nacido de los esfuerzos de civiles y militares es de todos y sirve para unir y continuar marchando juntos. Falta mucho por hacer, investigar, conocer, sólo así podemos darle valor a las colecciones, ya que sabremos su verdadero significado por lo que creo que es propicia esta oportunidad para invitarlos a continuar investigando.

Que grata, entonces, esta oportunidad para explorar juntos esta veta del patrimonio, con quienes han hecho de su vocación de vida la conservación y restauración de éste. Inmersos en un mundo lleno de contradicciones conservar y restaurar lo que fue nos hace comprender mejor lo que fuimos, lo que somos y lo que queremos ser. Afirmar nuestra identidad, descubrirla en todas sus dimensiones hace a una sociedad mucho más segura de sí misma y le permite dar pasos hacia un futuro mejor.



DEPARTAMENTO DE HISTORIA MILITAR